
EL
DIABLO de
Nueva York
DE LA AUTORA DE ÉXITOS DE VENTAS
AMELIA GATES

El Diablo de Nueva York



PLAYLIST

The Devil doesn't Bargain – Alec Benjamin
At my Worst – Pink Sweat$
Stargazing – Myles Smith
Bruises – Lewis Capaldi
Fine – Kyle Hume
Dynasty – MIIA
Fingers Crossed – Lauren Spencer Smith
Jericho – Iniko
These Walls – Arthur Gun
It's Always Been You – Phil Wickham
Birthday Cake – Dylan Conrique
If this is Goodbye – ANTH

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60

Acerca del Autor

UNO

Nayla

En todos los años que llevo trabajando en el Stonewall, he visto a mucha gente ahogar sus penas. Pero ninguno estaba tan desolado ni tan dispuesto a hundirse como el hombre elegante que ahora mismo se está desmoronando al final de la barra.

Si fuera yo quien estuviera sirviendo, le habría cortado el suministro hace horas; pero es Khory quien le pone las copas a este, y al pasar a su lado, veo por qué.

Este hombre no es de por aquí. Está tan arrugado y desdichado como cualquiera de los parroquianos, pero lleva un corte de pelo demasiado pulcro, los zapatos demasiado brillantes y las uñas demasiado limpias. Hasta su barba corta parece desconcertada por haber crecido un día o dos más de la cuenta.

Bueno, todo eso podría ser el esfuerzo de un chico del profundo Alabama por prosperar en la vida, pero la forma en que paga las copas me confirma que es un forastero.

—Otra —gruñe mientras deja caer un billete sobre la barra—. Sigue sirviendo.

Casi se me saltan los ojos al ver el billete de cien dólares sobre la barra. Con la fluidez de una serpiente de agua, Khory se apropia del billete y le sirve un chupito del whisky más barato. El pobre hombre

rico se lo bebe de un trago y luego saca a duras penas un clip para billetes del bolsillo. Con cierta torpeza —bueno, con *mucha* torpeza —, extrae otro billete y lo deja en la barra.

—Otra.

—¡Nayla! ¿Qué haces, chica? ¡Tráele una cerveza a tu hombre!

—Tú no eres mi hombre, Charlie —le regaño mientras cruzo la sala como una exhalación con su cerveza—. Y ten cuidado, que sepas que tu mujer llamó ayer para preguntar por ti.

Bromear con los clientes habituales me sale solo, así que no le quito el ojo de encima al forastero mientras hago lo mío. Aunque tampoco es que pueda hacer mucho al respecto. Si me interpongo entre Khory y su dinero, es probable que me arranque la cabeza.

—Bah, no le hagas caso. ¿Qué va a hacer, prohibirme la entrada? —Coge la cerveza y me desliza un billete de un dólar entre los dedos, demostrándose a sí mismo que todavía tiene maña después de todos estos años—. Y puede que no sea tu hombre, pero deberías tener uno si vas a seguir trabajando hasta tan tarde, ligando como lo haces.

—Solo ligo con vejestorios cascarrabias —le digo con un guiño—. ¿Te pongo algo más, cielo?

Charlie se parte de risa.

—Te pasas, chiquilla. La próxima vez que llame Mary Anne, será para preguntar por qué su marido dice «Nayla» en sueños.

—Más te vale no decir cochinadas en sueños, señorito —le advierto mientras me alejo con una pirueta para atender un par de manos levantadas en otra mesa. Una de ellas no está tanto levantada como caída, y me armo de valor para hacer lo que hay que hacer.

—¡Ponnos otra ronda, guapa, que estamos de celebración!

Echo un vistazo rápido al grupo. Seis tíos, cuatro de ellos felizmente achispados, uno completamente sobrio y otro borracho como una cuba.

—¿Qué celebramos? —pregunto con una sonrisa.

—Bobby ha cazado hoy su primer ciervo —me dice uno de ellos, señalando al tipo borracho—. ¿Sabes que su madre lo crio como

vegano? ¡Es un gran día para el chaval! ¡El primer paso hacia la hombría!

—N-no hables de mi madre y de mi hombría en la misma frase —dice Bobby, arrastrando las palabras, mientras se inclina sobre la mesa para agitar un dedo. Todo su cuerpo se balancea con el gesto —. Eres un depravado asqueroso.

La mesa estalla en carcajadas y pillo la mirada del conductor designado.

—¿Qué os pongo? —pregunto.

—Jack Daniel's con Coca-Cola para ellos y solo una Coca-Cola para mí —responde.

—Marchando, cariño. —Para Bobby también será solo Coca-Cola, pero no tienen por qué saberlo.

Khory está ocupado en el otro extremo de la barra cuando vuelvo, así que preparo yo misma las bebidas. Mejor así, de todas formas.

Tal y como está esta noche, dudo que estuviera dispuesto a darle a Bobby lo que necesita.

Le lanzo una mirada rápida y preocupada al forastero. Está medio tumbado sobre la barra, con hipo, mirando con tristeza su vaso. Khory sigue ocupado. Puede que tenga tiempo suficiente…

—¿Cómo se encuentra esta noche, señor? —le pregunto al forastero.

—No 'stoy lo bastante borracho —murmura—. ¡Otra!

—Enseguida. —Parece que ahora le ha dado por los julepes de menta. Perfecto.

Rápida como un zorro, mezclo la menta, el azúcar y el agua y lleno su vaso de hielo. Luego, fuera de la vista, empapo un paño limpio en bourbon y lo paso por el borde del vaso. Una ramita de menta después, el forastero tiene su julep casi virgen.

—Eres un ángel —dice arrastrando las palabras, parpadeando, con la mirada nublada—. Un ángel… —Se le quiebra la voz y se echa a llorar. Está buscando a tientas el clip del dinero. Khory tiene un olfato de sabueso para el dinero en efectivo y aparece en un instante para interponerse entre mi primera propina decente de la noche y yo. En fin.

—Ya me estaba ocupando de él —gruñe Khory—. ¿Está bien la copa, señor, o quiere que se la prepare de nuevo? Ella todavía no es una camarera de verdad.

—Es un ángel —solloza el hombre lloroso. Por fin saca un billete y me lo tiende.

—Muchas gracias —digo, en voz lo bastante alta como para que, si a Khory le da por ser un capullo, alguien tenga algo que decir.

Cojo el billete y lo guardo en el delantal. No voy a quedármelo entero. Tengo toda la intención de darle el cambio al final de la noche, suponiendo que Khory le deje marcharse. Nunca lo he visto tan condenadamente encaprichado con un cliente.

—¡Eh, chiquilla! ¿Dónde te metes? —brama mi mesa de cazadores.

—¡Un poco de paciencia, que ya voy! —grito de vuelta.

Me centro en Khory y termino de preparar las bebidas, haciéndole al Jack Daniel's con Coca-Cola de Bobby el mismo truco que al julep del forastero.

Acabo de colocar las bebidas en mi bandeja y estoy a punto de cogerla cuando Khory me agarra del codo con fuerza.

—Como vuelvas a hacerme una jugarreta como esa, desearás que te despida —gruñe—. Será mejor que devuelvas ese dinero si sabes lo que te conviene.

—Pensaba hacerlo —le digo en un tono igual de bajo—. Ninguna copa de este bar vale cien pavos. El hombre lo va a necesitar para pagar las facturas del hospital, al ritmo que bebe.

Khory no responde a eso, pero me aprieta el brazo con un poco más de fuerza antes de soltarme. Eso es lo más cerca que voy a estar de decirle a Khory que le corte el grifo al hombre. El hecho de que todavía tenga este billete encima es un puto milagro.

—Parecías muy cómoda con Khory —me dice uno de los cazadores con una sonrisa—. Espero que eso no signifique que te vayas a ir a casa con él.

—Me voy a casa con la misma persona con la que me voy todas las noches, cariño —respondo mientras les sirvo las bebidas—. Conmigo misma.

—Pues es una verdadera lástima —dice Bobby arrastrando las palabras. Pone su mano sobre la mía y me dedica lo que podría haber sido una mirada encantadora sin los ojos inyectados en sangre, el sudor del whisky y la baba—. Deberías venirte a casa conmigo.

—¿Y conocer a tu madre? —le respondo con descaro—. No, gracias, señorito. Esa buena mujer me despellejaría por dejar que te pusieras en este estado.

Dejo la mesa entre risas, lo que siempre es bueno. Quizá después de todo consiga algunas buenas propinas esta noche. La noche sigue su curso y, poco a poco, el bar empieza a vaciarse. Bobby se ha quedado frito sobre la mesa después de su Coca-Cola con sabor a licor, y sus amigos lo están ayudando a llegar a la camioneta. Charlie me lanza un beso mientras sale tropezando por la puerta y se aleja por la calle cantando a voz en cuello canciones de amor a su Mary Anne.

Una a una, las mesas se van vaciando. Estoy ocupada recogiendo vasos y limpiando mesas, cuadrando cuentas y barriendo cáscaras de frutos secos y alguna que otra bala, pero sigo sin quitarle el ojo a Khory y a su cliente predilecto.

—Última ronda, amigo —oigo que le dice Khory al forastero.

El «otra» del forastero ya ni siquiera suena como media palabra. Khory sirve con un brillo codicioso en la mirada. Podría haberle puesto agua hace una hora y el hombre no se habría dado cuenta, pero supongo que está empeñado y decidido a ayudarlo a suicidarse.

Un par de personas más aprovechan la última ronda, y les cobro la cuenta mientras se terminan sus copas y cervezas.

Limpio a su alrededor, decidida a no quedarme aquí ni un minuto más de lo estrictamente necesario.

Ya estoy muerta de cansancio. Lo único que quiero es irme a casa, darme un baño caliente y acostarme. Hoy he hecho la colada, así que incluso tengo sábanas limpias entre las que meterme. Estoy soñando despierta con meterme en la cama cuando las luces del bar empiezan a apagarse.

—Las llaves están en la caja —me grita Khory desde la puerta trasera—. Cierra tú.

Sobresaltada, me giro para mirar. El bar está vacío, salvo por mí y el desconocido. Khory, con lo capullo que es a veces, nunca me había dejado sola por la noche con un borracho. Debe de tener un montón de dinero sucio entre manos para largarse así y dejarme tirada.

—Espera un momento, Khory, ¿qué pasa con...?

La puerta trasera se cierra de un portazo, interrumpiendo mis palabras.

Maldiciendo a diestro y siniestro, cierro las puertas con llave y termino de limpiar alrededor del desconocido, que no para de roncar. El desastre que haya dejado tendrá que esperar a mañana. Ahora mismo tengo problemas más gordos.

—¿Señor? Señor, ya hemos cerrado.

Ronca. Le toco el hombro y se lo repito. Ninguna reacción. Lo sacudo con más fuerza. Nada.

—¡Señor! ¡Tiene que irse a casa!

Golpeo la barra con un cucharón justo al lado de su cabeza. No se mueve.

Sé que no puedo dejarlo aquí, por muy tentador que sea. Me planteo si debería llamar a una ambulancia, pero eso podría meter a Khory en un lío, lo que sin duda me metería a mí en un lío.

Si llamo a Kamille, Khory se llevará una bronca igualmente, pero al menos su hermana me cubrirá las espaldas. La tía es un torbellino, pero en general es una buena jefa.

Me doy la vuelta para ir hacia el teléfono del bar cuando un estruendo tremendo me da un susto de muerte.

Con un chillido de sorpresa —vale, quizá fuera más bien un grito —, me giro y me encuentro al desconocido tirado en el suelo, inconsciente. Se ha caído redondo del taburete. ¿Qué demonios se supone que tengo que hacer ahora?

—Venga, levántese, ¿me oye? —le regaño, con la voz endurecida por el pánico.

Tiro de su brazo, intentando sacarlo de su letargo, pero no sirve de nada.

Maldito sea Khory por dejarme aquí con este marrón, y doblemente maldito por haberlo provocado. Deberían quitarle la maldita licencia para vender alcohol.

Dejo al hombre en el suelo, me rindo y llamo a Khory. Por supuesto, tiene el móvil apagado.

Se me revuelve el estómago mientras marco el número de Kamille. Odia que la molesten fuera de su horario, y yo ya debería haberme ido hace un buen rato. Su móvil también me manda directamente al buzón de voz.

Bien, pues nada. Ya me encargo yo. Abro la puerta trasera y la dejo entornada, rezando para que todos los maleantes estén ya durmiendo a pierna suelta, y vuelvo con paso decidido hacia mi inconsciente protegido.

—Muy bien, grandullón —le digo, haciendo acopio de toda mi fuerza y paciencia mientras me arrodillo a su lado—. Vamos a llevarle a la cama.

Si no me hubiera ganado las perras de pequeña ayudando en la granja lechera de Odie, el pobre desconocido podría haberse quedado en el suelo para siempre. Pero lo hice, y esos viejos músculos están más que preparados para levantar su peso muerto del suelo. Echándome la parte superior de su cuerpo sobre la espalda y afianzando bien las piernas, llevo al hombre a la puerta trasera, medio a cuestas, medio a rastras.

Me va a costar un esfuerzo titánico meterlo en la parte de atrás de mi viejo Wrangler descapotable. Se mueve lo justo para ayudar un poco, lo que me indica que puedo llevármelo a casa en lugar de a urgencias. Es un alivio. Preferiría no tener que lidiar con eso esta noche, sobre todo sabiendo cómo es la gente de por aquí con los cotilleos. Una cosa llevaría a la otra, y al final Khory quedaría vendido por poner al hombre en el hospital después de haberle estado robando toda la noche. Por cómo lo miraba la gente, puede que le caiga una buena de todas formas, pero al menos mi nombre aún no está asociado al escándalo.

Lo dejo roncando en el asiento trasero mientras voy a terminar al bar. Una limpieza rápida, cierro todo y ya estoy lista para hacer la mayor estupidez que he hecho en todo el año.

Arranco el motor y dudo un instante. —Debería llevarle a casa de Khory —le digo al desconocido, que está demasiado inconsciente para oírme—. En buena lógica, usted es su problema.

Aunque Khory simplemente pasaría de él. Echo un vistazo por el retrovisor a su ceño fruncido y su pelo revuelto. El pobre hombre ya parece bastante desgraciado. No puedo dejarlo tirado en el porche de Khory toda la noche.

—En el hospital ni siquiera le aceptarían, ¿sabe? Si llevara una cartera en vez de esa estúpida pinza para billetes, la habría notado al arrastrar su culo hasta aquí. Harían que el sheriff viniera a tomarle las huellas para saber con quién están tratando. —No tengo ni idea de si eso es verdad, pero a mí me suena bastante convincente. Nadie sería tan tonto como para dejar que un completo desconocido se apalanque en su casa, no sin ciertas garantías. Nadie excepto yo, por lo que parece, porque todo apunta a que eso es lo que va a pasar.

Empiezo a conducir. Soy idiota y lo sé. El tipo podría desvalijarme antes del amanecer y desaparecer. No sé quién es ni de dónde viene, así que tendría que asumir la pérdida y punto. Supongo que no me importa. Tampoco es que tenga mucho que merezca la pena robar, aparte de las propinas que he sacado esta noche, y de todos modos él tiene más que eso en un puñado de calderilla.

—Hay cosas peores que te roben, idiota —me regañé a mí misma —. Podría matarme mientras duermo, o algo peor. Conozco a gente de toda la vida a la que no dejaría dormir en mi casa, ¿y voy y me traigo a un completo desconocido? Y no a uno cualquiera. Un desconocido que claramente no tiene mucho por lo que vivir, ni nada en el mundo por lo que ahorrar. Lleva ropa elegante, un corte de pelo caro y un fajo de billetes; pero si alguna vez ha existido un hombre desesperado sin nada que perder, es este.

Cuando me di cuenta, ya había aparcado delante de mi casa. Es una casucha diminuta y destartalada con un solo dormitorio, pero está cerca de casa de mamá y me la puedo permitir, así que para mí es perfecta. Lo que pasa es que no es precisamente perfecta para alojar a invitados.

—Si muero esta noche, será por mi puta culpa —murmuré para mis adentros mientras abría la puerta—. Vaya forma más estúpida de palmarla.

Ni siquiera decirlo en voz alta fue suficiente para disuadirme. Con todas las puertas abiertas de par en par, fui a buscar al hombre y lo metí dentro. Fuera del Wrangler, subiendo los escalones, a través del diminuto salón, hasta el dormitorio, aún más diminuto. ¡Oh, demonios, eran mis sábanas limpias! Supongo que es mejor que dejarlo dormir en sábanas sucias, pero llevaba deseando meterme en esa cama desde que la hice esa mañana.

Me tragué mi resentimiento mientras le quitaba las botas y el cinturón. Dejé su cartera en la mesilla de noche, pensando que sería un bulto infernal sobre el que dormir toda la noche. Pero hasta ahí estaba dispuesta a llegar. No pensaba desnudar a un desconocido borracho en mi cama. Mamá me enseñó a no hacer esas cosas. Claro que también me enseñó a no traer a cualquiera a casa, pero nadie es perfecto. Mientras se levantara y se fuera por la puerta antes de que ella llegara por la mañana, no tenía por qué enterarse.

—Vale, idiota —me regañé en voz baja mientras cerraba la puerta del dormitorio—. Y ahora, ¿cómo demonios piensas dormir?

Preparé el sofá, fingiendo que no sería imposible dormir en esas condiciones, puse la alarma, enchufé el móvil y encendí la tele. Al cabo de un minuto, volví a apagarla. No podía estar pendiente de si vomitaba en mi cama, se tropezaba con una pared o abría la puerta si estaba escuchando reposiciones de *Reba*.

¿Y si se despertaba furioso y empezaba a destrozarlo todo? Mis cosas no eran caras, pero eran útiles, y no era que tuviera camas y cómodas de repuesto por ahí. Quizá Charlie tenía razón. Quizá sí que necesitaba un hombre, aunque solo fuera para evitar que hiciera estupideces como traer hombres a casa. Quiero decir, tendría que traerme al *definitivo* para no traer a los demás, pero como para empezar no tenía la costumbre de traer hombres a casa, echarme novio ahora sería como cerrar la puerta del establo cuando el caballo ya se ha escapado.

Solo había una cosa que sabía con total seguridad. Tenía que sacarlo de allí antes de que mamá apareciera al día siguiente. Si se

enteraba de lo imprudente que había sido esa noche, el disgusto la mataría.

DOS

Reggie

El estómago revuelto y una vejiga a punto de estallar me arrancan de un sueño profundo. No sé dónde estoy. Y eso es un problema, porque significa que no sé dónde está el baño. Hay un aroma femenino a mi alrededor. Un aroma femenino desconocido. Y tengo resaca. Y no sé dónde estoy.

Ay, Dios. Adrianne me va a matar.

No es hasta que salgo a trompicones por la puerta del dormitorio y entro en el baño, que por suerte está abierto, cuando recuerdo que Adrianne no va a hacer nada de eso. No va a hacer nada en absoluto. Mi estómago pierde la batalla y vomito en la papelera mientras me siento en el váter. Jesucristo, estoy hecho un desastre. ¿Qué coño hice anoche?

O… ¿con quién?

Una vez que mi cuerpo termina su purga rebelde, echo un buen vistazo a mi alrededor. Al principio, solo busco algo con lo que limpiar mi estropicio, pero pronto me veo obligado a afrontar el hecho de que estoy en casa de alguien.

El baño es muy pequeño y está abarrotado de todo tipo de cosas femeninas para las que no podría ni empezar a imaginar un uso.

Hay mucho lila en esta habitación. El color, el aroma y las imágenes. Es reconfortante en cierto modo, pero también me llena de pavor.

Quienquiera que haya decorado este baño es una persona meticulosa y refinada, y yo debí de ser todo lo contrario anoche.

Señor, ojalá pudiera acordarme.

Justo cuando estoy limpiando los últimos restos de mi vergüenza, suenan unos tímidos golpes en la puerta.

—¿Está bien ahí dentro, señor?

¿Señor? ¿Pero qué edad tiene esta chica? ¿Y cuántos años se cree que tengo *yo*?

—Sí, solo, eh… aseándome un poco.

—¿Necesita una toalla? Tengo unas limpias aquí fuera.

Una toalla significa una ducha, y no necesito ni olerme para saber lo mucho que la necesito. Pero ni siquiera conozco a esta chica y no quiero abusar. Aunque supongo que para eso ya es tarde.

—Perdone, no quiero meterle prisa, pero mi madre no tardará en llegar y preferiría no hacerle pasar un mal rato después de la noche que ha tenido —dice.

Oh, no. Es *joven*, *joven*. ¿En qué demonios me he metido?

—Entendido. Salgo ahora mismo. —Siempre puedo volver al hotel y ducharme allí. Agarro el pomo de la puerta, preparándome para encontrar al otro lado a una chica que apenas es mayor de edad. Sin embargo, cuando la abro, me llevo una sorpresa. No es mayor, pero desde luego ya no es una adolescente. Diría que tiene más o menos mi edad, quizá unos años menos. Tiene esa piel olivácea natural que hace difícil saberlo, y unos grandes ojos marrones que distraerían al más crítico de los críticos de cualquier incipiente pata de gallo. Su pelo es una larga melena de rizos negros, y tiene un cuerpo atlético y esbelto que realza sus muy legítimas curvas.

Y lo más importante es que me tiende un juego de toallas blancas y esponjosas, con un cepillo de dientes sin abrir haciendo equilibrio encima.

—En serio —dice—. Mientras seas rápido, no hace falta que salgas de aquí con la pinta de algo que ha vomitado un gato.

—Creía que la expresión era «arrastrado por un gato».

Me echa un vistazo de arriba abajo cargado de descaro.

—Lo tuyo va mucho más allá de «arrastrado», cielo. Venga, date prisa.

Me pone el montón de cosas en los brazos y me empuja de nuevo hacia el baño, dejándome con un sinfín de sentimientos contradictorios.

Me decanto por la adrenalina, porque una mujer tan peligrosa debe de tener una madre de armas tomar, y no estoy en condiciones de camelarme a una belleza del sur con un genio de mil demonios.

Me doy una ducha rápida y me lavo los dientes. No puedo hacer nada con mi ropa, que apesta a alcohol, salvo colgarla cerca de la ducha y esperar una especie de ósmosis mágica. Le debo a esa mujer una disculpa de las buenas. Debí de ser un auténtico desastre anoche.

Una vez que estoy más o menos presentable, salgo a toda prisa del baño. Ella está en el salón, ordenando cosas con nerviosismo.

Mientras observo su cuerpo moverse, me devano los sesos buscando algún recuerdo de ella de la noche anterior.

Tiene que ser preciosa debajo de esa ropa, y por la forma en que se mueve… joder, debo de haber sido una decepción tremenda.

—Lo siento mucho —le digo con timidez—. Pero, eh… no consigo recordar tu nombre.

—Yo tampoco diría que llegué a saber el tuyo —replica con un guiño. Así que fue *esa* clase de noche—. Puedes llamarme Nayla, si me dices cómo puedo llamarte yo a ti.

—Reggie —le digo rápidamente—. Y, de verdad, siento mucho lo de anoche. No me acuerdo de casi nada, pero me lo imagino… Te juro que no suelo ser tan desastroso.

—Todos tenemos nuestros momentos —me dice amablemente.

Hago una mueca.

—O sea, que un completo desastre, ¿eh? ¿Al menos te divertiste un poquito?

Me mira con cara de no entender nada y luego se echa a reír, mientras la vergüenza me sube por el cuello.

—Bueno, no pudo ser *tan* gracioso —refunfuño a la defensiva.

—Oh, Dios mío —dice sin aliento, secándose las lágrimas—. Ay, cielo, no pensarás que *hicimos* algo anoche, ¿verdad? ¡Dios santo! Si no podías ni sentarte sin caerte.

Aunque estoy avergonzado, no puedo evitar sonreír.

—Para ser sincero, supuse que la que se había sentado habías sido tú.

Su risa me complace hasta que se corta con un grito ahogado.

—Ay, Dios, será mejor que te saquemos de aquí.

La adrenalina me recorre la espalda al recordarlo.

—Tu madre.

—Mi madre —dice, y la palabra completa suena un poco extraña en su acento del sur—. Venga, vamos a…

No llega a terminar la frase antes de que la puerta principal se abra de golpe y entre un grupo de gente animada, hablando a toda velocidad y a todo volumen. Identifico rápidamente a su madre como la que está en el centro; tiene la misma melena larga, espesa y rizada, aunque la suya está entrecana de plata. Camina despacio, agarrada al brazo de la mujer más joven que entra con ella, arrastrando los pies al moverse. Tiene los tobillos hinchados y amoratados, del mismo tono cardenal que se asienta como una máscara alrededor de sus ojos ligeramente amarillentos.

El comportamiento un tanto codependiente de Nayla cobra mucho más sentido ahora. Su madre está claramente enferma, aunque no se diría por la forma en que ríe y charla con su amiga. La mujer, quizás a medio camino entre Nayla y su madre en edad, es una rubia robusta de risa sonora y lengua rápida. El resto del grupo parecen ser sus hijos; cuatro chicos, de unos siete a unos catorce años, según mi inexperta estimación.

Quizá debería volver a esconderme en el dormitorio. ¿O en el baño? ¿Hay una puerta trasera? Parece que podría haber una en la cocina, pero tendría que pasar por delante del grupo para llegar a ella. Han pasado apenas unos segundos con mi corazón desbocado, y no veo otra salida que afrontarlo.

—¡Nayla, nena! ¡No me dijiste que tenías visita! —Los ojos de la madre de Nayla son rápidos e inteligentes. Lo que sea que le

aqueja, está claro que no le ha afectado a la mente—. ¿Y quién puede ser este?

—¡Chicos! —ordena la rubia. Su ruidosa prole de cabellos leonados deja de alborotar al instante y se pone firme, sus ocho ojos de un azul intenso fijos en mí. Una escena de una película de terror se reproduce en mi cabeza y me seco las manos, de repente sudorosas, en los pantalones.

—Oh, es bien guapo, ¿verdad? —le dice la madre de Nayla a su amiga—. Nayla, cielo, no sabía que estabas buscando novio, pero desde luego has elegido uno de primera. Seguro que también es dulce. —Le guiña un ojo a su hija, que me lanza una mirada suplicante. Vale, te sigo el juego.

Le ofrezco la mano a la mujer y despliego todo mi encanto.

—No pretendía sorprenderla, señora…

—Oh, por favor, cariño, llámame Amira —dice, tomándome la mano—. ¿Cuánto tiempo llevas saliendo con mi hija? No es propio de ella guardarme secretos.

Por encima de su hombro, la expresión de Nayla se vuelve un poco desesperada.

—Muy poco —le aseguro a Amira.

—Y ya eres lo bastante valiente como para conocer a su madre —responde Amira, asintiendo mientras lo examina—. Llevas buena ropa, aunque le hace falta un planchado. Espero que no pretendas que mi Nayla te haga esa clase de favores antes de casaros.

—Ni se me ocurriría —le digo con sinceridad. Lo último que se me pasa por la cabeza es convertir a esta preciosidad en un ama de casa. Ni a ella ni a ninguna otra, la verdad.

—Le vendría bien la práctica —interviene la mujer rubia. Amira le lanza una mirada fulminante que a mí me habría convertido en cenizas.

—Solo digo —se defiende la rubia— que nunca ha tenido un hombre al que cuidar, no le vendría mal acostumbrarse si por fin ha decidido empezar a salir con alguien.

—¡Lou Anne! —exclama Nayla, muerta de vergüenza.

—No grites, que no es de señoritas —la regaña Lou Anne.

Nayla aprieta los dientes y esboza una sonrisa educada y cargada de rabia contenida.

—Reggie, siento tener que presentarte a la mejor amiga y vecina de toda la vida de mi madre, Lou Anne McKellen, y a sus hijos, Hunter, Louis y Frank. Lou Anne, mamá, chicos, este es Reggie.

—Encantada, estoy segura —dice Lou Anne con una sonrisa socarrona que hace que su hijo mayor tuerza el gesto—. Por favor, llámame Lou Anne. Por aquí, se me conoce como la viuda McKellen. —Me dedica un pucherito coqueto que me da repelús y hace que su hijo frunza el ceño aún más.

—Esa es una de las cosas más amables que le llaman —me dice Amira por lo bajo con un toque de advertencia.

—¡Ay, Amy, qué mala eres! —se ríe a carcajadas Lou Anne mientras le da una palmadita en el brazo a Amira—. Bueno, Reggie, ¿te unes a nosotros para comer? —Esta vez, el pucherito le llega hasta su generoso escote, y noto que sus hijos se mueren de vergüenza. Pobres chicos. Busco una respuesta en la mirada de Nayla, pero ella evita la mía.

—En realidad, ya me iba —digo con evasivas.

—¡Oh, no, tienes que quedarte! No sabes lo bien que le sienta a mi pobre corazón enfermo ver a Nayla con un hombre. Es bueno saber que tendrá a alguien a su lado cuando yo me muera.

—Mamá, no hables así —suplica Nayla.

—¿Qué? Es la verdad. Venga, vamos a sentarnos todos a comer. ¡Quiero conocer a este buen muchacho tuyo, Nayla!

Cuando los demás se dan la vuelta, articulo un «lo siento» silencioso a Nayla. Ella se limita a encogerse de hombros y a dedicarme una sonrisita, y luego me indica con un gesto que la siga. Salimos por la puerta trasera a un patio espacioso y sombreado, envuelto en una mosquitera, donde hay un almuerzo estupendo servido en una mesa de pícnic. Todos toman asiento, y me sorprende ver que hay un cubierto de más. Le lanzo a Nayla una mirada interrogante y ella señala el sitio libre.

—Siéntate, siéntate. No sabía si te quedarías o te irías, así que estaba preparada para todo.

—Esa es mi chica —dice Amira con cariño—. Una anfitriona perfecta.

—Solo una camarera, mamá —dice Nayla mientras empieza a servir limonada en los vasos.

Camarera. Tengo un fogonazo de ella sirviendo copas detrás de la barra anoche, y hago todo lo posible por guardarme esa revelación para mí. Claro, es la camarera guapa. Me preparó una copa; fue la primera copa de toda la noche que me hizo sentir que quizá la vida todavía merecía la pena. O quizá no fue la copa. Ahora que la observo, me parece que quizá es el tipo de sensación que ella irradia de forma natural. Sonríe y charla, y cualquier tensión que pudiera haber entre ella y Lou Anne se ha desvanecido como por arte de magia.

—Mira a ese joven —le dice Amira a Lou Anne en un susurro poco disimulado—. No puede apartar los ojos de ella.

—Has encontrado un buen partido —le dice Lou Anne a Nayla, levantando su vaso a modo de brindis—. Teniendo a toda esta belleza delante, y él solo tiene ojos para ti.

Nayla se sonroja y sonríe mientras toma asiento.

—Hunter, ¿quieres decir la bendición? —le pregunta al chico—. Ya podréis despellejar al pobre Reggie después. —Me guiña un ojo, pero, de algún modo, no creo que esté bromeando.

TRES

Nayla

Sabe Dios que no intentaba retenerlo aquí. Me esforcé muchísimo en hacerle señas para que pusiera cualquier excusa y se largara, pero ahora me alegro un poco de que no lo haya hecho. Hacía mucho tiempo que no veía a mamá tan feliz. Tenía miedo de que me dejara en ridículo, o de que a mamá le diera un infarto al pensar que estaba con un patán borracho, pero me está sorprendiendo. Me pregunto si será actor. Si no lo es, debería serlo. Borda esa mirada de enamorado y ese encanto con el que intenta agradar a todo el mundo. O quizá —y odio pensarlo, con lo amable que está siendo—, a lo mejor es que se mete en líos como este a menudo.

—Tú no eres de por aquí —acusa Lou Anne a Reggie—. ¿Qué te trae a Hartlen? Aparte de lo obvio, claro. ¿Os conocisteis por internet?

Ay, Señor. Por favor, que sea un hombre listo.

—Me estoy tomando un pequeño descanso —explica—. En realidad, solo estaba de paso y pensé que era un lugar bonito para parar a pensar un rato. Conocí a Nayla mientras ella trabajaba.

—Así que bebes —insiste Lou Anne, entrecerrando los ojos—. ¿Eres un borracho agresivo?

—¡Mamá! —se queja Hunter.

—Lou Anne, ¿qué mosca te ha picado? —refunfuña mamá.

—No pasa nada —dice Reggie, con esa sonrisa encantadora suya —. Nos conocimos en el bar, y yo estaba allí para tomar una copa. No bebo muy a menudo, y cuando lo hago, por lo general no soy ni desagradable ni violento. Tú conoces a Nayla. ¿De verdad crees que me habría traído a casa si me hubiera portado mal?

Vaya, ¡sí que *es* listo! Sonsacándoles información sobre mí mientras me halaga *y* pone a Lou Anne en un aprieto, todo con una sola pregunta. Estoy tan impresionada que casi estaría dispuesta a olvidar que todo esto es una farsa.

—Bueno, no, supongo que no —admite Lou Anne.

—Mi niña tiene la cabeza bien amueblada —dice mamá con orgullo—. Nunca ha sido de las que torean a un montón de pretendientes, por mucho que ellos quisieran.

—Nadie quería que lo toreara, mamá —le digo, negando con la cabeza.

—No le hagas caso —le dice mamá a Reggie—. Lleva rompiendo corazones desde primaria, y sin darse ni cuenta. Tiene a la mitad de los tontos del pueblo enamorados de ella, y ni siquiera lo ve. Por eso me sorprendió verte aquí. No pensaba que hubiera un hombre vivo capaz de llamar su atención.

—Desde luego, entiendo por qué se enamorarían de ella —dice Reggie, lanzándome una mirada que hace que me tiemblen las rodillas. Enarca una ceja, mirándome—. ¿De verdad que nunca te diste cuenta?

—Bueno, sí que me di cuenta, supongo —le digo, encogiéndome de hombros—. Y no dejes que mi madre te engañe, no soy ninguna santa ni ninguna virgen. Es que la mayoría de las veces no tengo paciencia para los hombres, y no tengo tiempo para andarme con tonterías.

—Lo tendrías si no pasaras tanto tiempo cuidándome —me dice mamá—. No paro de decirle a esta chica que haga amigos, que vuelva a estudiar, que empiece a vivir su vida, pero ella insiste en preocuparse por esta vieja.

—Tú no eres vieja —replico, sintiendo que el rubor me sube por la piel. Odio que hable así—. Y ya tendré mucho tiempo para amigos

cuando te pongas bien.

Lou Anne hace una mueca de incomodidad y se ocupa de los modales de sus hijos en la mesa. Mamá me dedica una larga mirada llena de tristeza. Reggie sorbe su bebida, observando con atención mientras yo intento evitar derrumbarme.

—Sí, lo tendrás —dice mamá finalmente—. Cuando esté de nuevo en los brazos del Señor, tendrás todo el tiempo del mundo para los amigos. Me alegro de que tengas a alguien contigo para la parte difícil que hay entremedias.

Las lágrimas me escuecen en los ojos y se me hace un nudo en la garganta. Una mano cálida y reconfortante se cierra sobre la mía. Es Reggie, interpretando su papel de novio ante mi desdicha.

—Ojalá no hablaras así —digo, y mi voz no es más que un susurro.

—No hablar de ello no hace que sea menos cierto —dice mamá amablemente—. Pero lo dejaremos a un lado por ahora. De todos modos, tenemos cosas más interesantes de las que hablar. Como Reggie. Me alegro de que Hartlen te haya atraído, Reggie. Es un buen lugar para descansar, si eso es lo que buscas.

—Desde luego, eso parece —dice él—. Es un lugarcito agradable.

—Un pueblucho aburrido —refunfuña Hunter.

Reggie le dedica una sonrisa que me derrite un poco el corazón.

—Creo que, si tuviera tu edad, pensaría lo mismo —dice—. Qué va, si cuando yo tenía catorce años, pensaba que Sacramento era aburrido.

—¿Eres de California? —El interés de Lou Anne se dispara—. Debes de conocer a un montón de famosos.

—Me temo que voy a tener que decepcionarte —dice—. Crecí en el norte de California, y el avistamiento de famosos suele ocurrir más al sur. ¡Aunque una vez conocí a Tony Hawk! O eso creo. El tipo se llamaba igual y todo, pero era difícil estar seguro.

—¿Quién es Tony Hawk? —salta Louis.

—Ay, cállate, cariño —suplica Lou Anne con tono lastimero, haciéndonos reír a los demás.

—Es un *skater* profesional que tenía sus propios videojuegos —explica Reggie con un brillo travieso en la mirada—. Allá por los años

noventa.

—Hala —interviene Frank, con los ojos como platos—. ¿*Inventó* él los videojuegos?

—Ay, Señor —gime Lou Anne—. Cómete la comida, Frankie.

—Pero quiero saber…

—¡He dicho que comas!

Veo en la cara de Reggie la misma expresión entre sorprendida y divertida que he visto mil veces cuando la gente experimenta por primera vez el estilo de crianza de Lou Anne. Es la paciencia personificada cuando sus hijos están heridos o asustados, pero el resto del tiempo es pura pólvora. No es de las que pegan, pero los chicos aún no están del todo convencidos de eso. Les doy un par de años más antes de que empiecen a tantear los límites de verdad.

—Así que, Nayla —Reggie se vuelve hacia mí, ignorando el silencio incómodo y resentido que proviene del otro extremo de la mesa—. No me dijiste que habías estado en la universidad. ¿Qué estudiabas?

Si de verdad estuviera saliendo con él, probablemente estaría un poco nerviosa ahora mismo, pero como no es más que un desconocido, no me importa contárselo.

—Planificación regional. Principalmente planificación rural, pero estaba haciendo un poco de todo. Urbana, de ciudad, todo el percal.

—Y se le daba de maravilla, además —añade mamá—. Pero lo dejó para cuidarme, aunque le dije que no lo hiciera. Tengo a mi Lou Anne justo al lado, que es más que capaz.

—No se fía de mí —dice Lou Anne con un resoplido teatral—. Ya lo he asumido.

—Claro que me fío de ti —le digo, sonriendo y negando con la cabeza—. Pero tienes tres chicos que criar y yo no. Tiene más sentido que yo esté por aquí ahora mismo. Ya tendré tiempo de terminar la carrera más adelante.

—Más adelante, más adelante, más adelante —suspira mamá—. Bueno, en fin. Mi niña es un genio con la tierra y las ciudades, con la gestión de esas cosas. ¿Y tú en qué eres un genio, Reggie?

—Anda, Amira —la reprende Lou Anne—. No todo el mundo es un genio, ¿sabes?

—Pues eso no es verdad —replica mamá—. Todo el mundo es un genio en algo. Mira a Clem Barnaby, por ejemplo. Es un genio para que lo pillen y para librarse de los cargos.

Todos se ríen, y Reggie me lanza una mirada interrogante.

—A Clem Barnaby le gusta beber demasiado y robar en tiendas —le explico—. Lleva años haciéndolo y nunca le han acusado de nada.

—Eso parece un descuido bastante grave por parte de alguien —dice Reggie, con las cejas arqueadas.

—En realidad, no —explica Lou Anne—. Casi siempre le roba a su cuñado, que prefiere darle una paliza de muerte antes que meter a la policía por medio. Si Clem molesta a cualquier otro, solo tienen que llamar a Seymore y él se encarga.

—No sé si eso es de genios o de estúpidos —digo yo.

—A veces la línea que lo separa es muy fina —coincide mamá con una sonrisa—. Y eso hace que las respuestas a esa pregunta sean mucho más interesantes. ¿Y bien, Reggie? ¿Cuál es la tuya?

—Déjame pensar —dice lentamente—. Supongo que si tengo que elegir algo, diría que soy un genio conociendo a las mujeres más interesantes y llenas de vida de Hartlen.

«Más bien un genio sabiendo leer a la gente», pienso. Su estratagema funciona a las mil maravillas. Tanto mamá como Lou Anne están embelesadas como colegialas con el cumplido, aunque no estoy segura de que hubiera funcionado tan bien con mamá si Lou Anne no estuviera aquí. Ella hace que mamá se sienta joven, lo cual es maravilloso.

Las tiene cameladas una y otra vez durante las siguientes horas. Cuando mamá empieza a cansarse y los chicos ya no pueden contener su inquietud, todos nos despedimos. Reggie soporta las palmaditas y los besos de mamá y los toques coquetos de Lou Anne con una gracia asombrosa, y a cada uno de los chicos les regala un apretón de manos en toda regla.

Cierro la puerta con un suspiro de alivio y me derrumbo contra ella.

—Gracias por hacer eso —le digo—. Aunque no sé cómo voy a explicarlo cuando ya no estés por aquí. Creo que Lou Anne se

pondrá de luto. Puede que incluso no vuelva a hablarme nunca.

Me dedica esa sonrisa pícara suya.

—¿Pero de verdad te importaría?

Me río de su desparpajo.

—Solo en la medida en que le dolería a mi madre —admito—. De verdad que son las mejores amigas.

—Bueno, si te sirve de algo, no mentía cuando dije que estaba de año sabático. Pensaba seguir mi camino, pero me encantaría quedarme un tiempo si a ti te parece bien. Solo tengo que llamar al hotel y alargar mi estancia.

—Ay, cielo, la vieja de Barb te cobrará un ojo de la cara por una estancia larga. ¿Por qué no te quedas conmigo? No me importa dormir en el sofá, y te será más fácil aclararte las ideas o lo que sea que estés haciendo aquí si no tienes que preocuparte por el hotel. No me importa en absoluto, de verdad.

No es hasta que veo la sorpresa en su cara que me doy cuenta de que he vuelto a meter la pata, e intento dar marcha atrás.

—A ver, no soy la alegría de la huerta y no estaré mucho por aquí para hacerte de guía turística por Hartlen. Entre el trabajo y cuidar de mamá, tengo la agenda bastante apretada. Sinceramente, tampoco hay mucho que hacer por aquí, pero hay un montón de vistas bonitas y mucha tranquilidad. No me ofenderé si aun así quieres irte, pero estaría más que encantada de que te quedaras.

Solo duda un momento, y entonces una lenta sonrisa se extiende por su rostro.

—Creo que me gustaría —dice—. ¿Te importa llevarme de vuelta al hotel a por mis cosas?

CUATRO

Reggie

No estoy del todo seguro de en qué estaba pensando al aceptar quedarme con Nayla, salvo que disfruto de su compañía. Las pocas horas que pasé con ella y su familia y amigos me hicieron olvidar mi desgracia por un rato, y eso, descubro, es tan adictivo como el alcohol. Además, odiaría decepcionar a su madre, aunque no me sentiría tan mal si decepcionara a Lou Anne. Sinceramente, creo que le hace falta. Además, Nayla tiene razón sobre la mujer que regenta el hotel. Es ese tipo de dueña que ve a la gente como billetes con patas, y aunque no me falta el dinero, no me gusta sentir que para alguien solo soy su próxima paga.

Por no hablar de lo cotilla que es, razón por la cual le he pedido a Nayla que espere en el Jeep mientras liquido la cuenta y recojo mis cosas.

—Oh, señor Marin, no se irá tan pronto, ¿verdad?

Hablando del rey de Roma. Barb aparece a mi lado justo cuando estoy cerrando mi habitación por última vez, maleta en mano.

—Me temo que sí, Barb —le digo, avanzando rápidamente hacia las escaleras.

—Qué lástima —responde, pegada a mí como una lapa. Es un milagro que sus piernecitas puedan seguir mi ritmo apresurado—.

Sabe, si cambia de opinión, puedo hacerle un descuento en la habitación. Lamentaríamos mucho que se fuera de Hartlen. Le da clase al lugar, ¿sabe?

¿Debería decirle que en realidad no pienso irme del pueblo? No sé, parece del tipo de persona que lo iría contando por todo Hartlen. Si he captado bien la fama que tiene Nayla esta mañana, dudo que a ella le hiciera ninguna gracia el cotilleo.

—Bueno, ya sabe cómo es esto, Barb —le digo—. Lugares a los que ir, gente a la que ver, trabajo que hacer.

—Trabaja usted demasiado —me reprende—. De verdad, Reggie, debería quedarse. Me aseguraré de que las limpiadoras le presten su atención más especial.

La mirada que me echa me hace preguntarme si antes regentaba otro tipo de establecimiento. A duras penas reprimo un escalofrío. No puede estar sobornándome para que me quede ofreciéndome los favores sexuales de otras personas, ¿verdad? Voy a fingir que solo se refiere a sábanas limpias todos los días. De esas ya me encargo yo en casa de Nayla si es tan importante.

—Gracias, pero de verdad que tengo que irme —le digo con firmeza.

Chasquea la lengua.

—Qué pena, qué pena. Está bien, bueno, déjeme que le salde la cuenta.

Se toma su tiempo en el ordenador, murmurando para sí mientras teclea y hace clic.

—¿Llegó a ir a Paulo's? De verdad que sirven la mejor comida de la ciudad. No me gustaría que se fuera antes de probarla. Si aún no ha ido, estaré encantada de mantener su habitación abierta hasta que tenga la oportunidad.

—Ya pasaré por allí en algún momento —le aseguro—. Pero de verdad que ya me voy.

—¿Y qué me dice de pescar? Puede sacarse la licencia de pesca en un santiamén, y he oído que este año hay siluros enormes en el arroyo. Claro que las mañanas son las mejores para pescar, así que será mejor que le alargue la estancia un día o dos si piensa hacerlo.

—No lo haré —le digo con firmeza—. ¿Tengo que firmar algo?

—¿Para la licencia de pesca? Bueno, sí, pero es muy rápido.

—Para dejar la habitación.

—Ah. Bueno. Si está decidido a irse…

—Lo estoy.

—…entonces sí que tendrá que firmar algunas cosas. Si es mucha molestia, claro, podría…

—No me alargue la estancia. Me voy. Por favor, déme lo que sea que tenga que firmar para poder largarme de aquí. —Empiezo a desesperarme. Por suerte, creo que lo interpreta como que estoy a punto de perder los estribos.

—Vale, vale, no se altere —refunfuña. Me lanza una mirada pícara que creo que ella considera coqueta—. A no ser que prefiera no hacerlo, claro.

No digo nada. ¿Qué podría decir a eso? Además, seguirle el juego solo retrasará lo inevitable, y eso es lo último que quiero. Al final, imprime las mismas tres páginas que firmé cuando me registré, lo que confirma mis sospechas de que solo me estaba reteniendo para camelarme.

Me escabullo tan rápido como puedo, pero entonces empieza a seguirme hacia la puerta.

—Tendré que hacer que el servicio de limpieza revise su habitación —dice, y su tono pasa de hospitalario a hostil—. Irse con tanta prisa me hace preguntarme qué ha estado haciendo ahí dentro. Que sepa que tengo derecho a cobrarle un suplemento si ha hecho algo indecoroso.

La indignación me arde en el pecho. Respiro hondo y me vuelvo hacia ella.

—Señora, si hubiera hecho algo indecoroso ahí dentro, o en cualquier otro sitio, no dejaría pruebas para que las encontraran sus limpiadoras ni nadie. Que tenga un buen día.

—Voy a investigarlo, señor Marin —me grita a la espalda—. Acuérdese de lo que le digo, usted y yo no hemos terminado.

Meto mis cosas en la parte de atrás del jeep de Nayla, con un humor visiblemente amargado, y agradezco que no diga ni una palabra hasta que volvemos a la carretera.

—¿Te ha dado la lata por irte? —pregunta.

—Y mucho más —refunfuño—. Creo que puede que me haya amenazado. O sobornado. O ambas cosas. Sea como sea, me alegro de haber salido de allí.

—Me lo imaginaba —dice con compasión—. A la vieja Barb se le da bien enturbiar las aguas.

—¿Quieres decir que le gusta remover la porquería?

Nayla asiente.

—Incluso cuando no la hay. —Me dedica una breve sonrisa y luego su rostro adopta una expresión pensativa—. Pero, dicho esto… ¿hay porquería en tus aguas, Reggie?

—Si no la hubiera, ¿sería de verdad un estanque?

Me lanza una mirada de reproche.

—Has estado haciendo eso toda la mañana, ¿sabes? Has esquivado hábilmente cada pregunta que te han hecho. Anda, no hagas que me arrepienta de haberte ofrecido mi hospitalidad.

Hay una sonrisa en su voz, pero algo en sus ojos me dice que quizá ya se lo esté pensando. Ni siquiera puedo culparla. No me conoce, y no es que esté preparada para recibir visitas. Como ninguno de los dos sabe cuánto tiempo me quedaré, está arriesgando su propio dormitorio, además de su intimidad y su comodidad, a cambio de… nada en particular. Es mucho pedir a cualquiera, y si no hubiera tenido tanta resaca esta mañana, probablemente habría rechazado su oferta.

—¿Por qué no me llevas a ver algunas de esas vistas? —sugiero —. Si tienes tiempo, claro.

No sé por qué, pero eso parece relajarla.

—Tengo tiempo —dice—. Prepárate para la belleza de Hartlen.

Demasiado tarde, pienso mientras contemplo sus ojos, que brillan como el caramelo a la luz del sol. La belleza de Hartlen ya me ha dejado sin aliento.

CINCO

Nayla

Sé exactamente adónde llevarlo, y esta vez voy a ser un poco más lista. El viejo molino de maíz junto al río es la vista más bonita que he visto en mi vida, y está justo al lado del mercado agrícola, que hoy está a rebosar. Si pasa algo, tengo vecinos a un grito de distancia; si no, tendremos la suficiente intimidad como para, quizá, sonsacarle alguna verdad sobre él.

—Oh, esto es precioso. —Inspira los aromas de la ribera mientras apago el motor.

—Es uno de mis lugares favoritos —admito—. A veces vengo yo sola, solo para ver el agua correr y pensar un rato.

—¿Te quedas en el coche cuando te sientas a pensar? —pregunta.

Le sonrío.

—Eres asombroso, ¿lo sabías? Es como si pudieras leerme el pensamiento. Venga, te lo enseñaré. Ah, siempre y cuando no te importe ensuciarte un poco los zapatos.

Se encoge de hombros.

—Los zapatos son zapatos —dice—. No me importa en absoluto.

Mi sonrisa se ensancha un poco más.

—No esperaría ese pragmatismo de alguien como tú —confieso mientras salimos del jeep.

—¿Alguien como yo?

Señalo su atuendo.

—Esas ropas caras, esos zapatos de cuero de Wall Street que llevas, ese corte de pelo de cien dólares a la semana. Esperaría que alguien así evitara el aire libre y, desde luego, no esperaría que viniera a dar un paseo por la naturaleza conmigo.

—Eso parece un poco injusto —dice, con un brillo divertido en los ojos a pesar de su ceño fruncido.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, quiero decir que yo no esperaría que alguien con tu acento soltara como si nada palabras como «pragmatismo», pero me gusta pensar que sería demasiado educado para decirlo.

—¡Cielos! —exclamo, mortificada—. Tienes razón, por supuesto que tienes razón, lo siento mucho.

—No pasa nada —me asegura con una risita.

—No, no, sí que pasa, ha sido grosero y ha estado fuera de lugar. Por favor…

—Estás perdonada —dice, sonriendo.

—No, iba a decir: por favor, no se lo digas a mi madre.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe, espantando a los pájaros de sus nidos. Es un sonido que podría calentarle el corazón a un muerto, y a mí me estremece por completo. Lo guío por la parte de atrás del viejo molino y subimos por unos escalones irregulares de pizarra tallados por la madre naturaleza, cruzando un arroyo poco profundo que viene del río, hasta un antiguo tocón. Décadas de intemperie lo han ahuecado por la mitad y lo han pulido, y sus retoños extienden sus ramas por encima, creando un pequeño espacio lo bastante grande para dos personas adultas.

Empiezo a subir a la cuna de madera y me encuentro su mano justo donde la necesito. Me ayuda a subir al árbol y luego trepa detrás de mí, ensuciándose todo su traje elegante.

—Mis amigas y yo solíamos venir aquí todo el tiempo —le digo mientras lo ayudo a subir los últimos centímetros—. Y no fuimos ni de lejos las primeras.

La luz moteada del sol parpadea sobre las tallas del viejo tocón. Algunos nombres son tan antiguos que apenas se ven, simples muescas alisadas en la madera. Otros están tan frescos como si los hubieran tallado ayer. Quizá lo hicieron.

—¿Dónde está tu nombre? —pregunta.

Me doy la vuelta y lo busco a tientas. Cuando lo encuentro, cojo su mano con la mía, intentando que no se me note lo mucho que se me acelera el corazón al tocarlo así. Nunca he estado loca por los chicos, pero empiezo a entender el atractivo.

—Aquí —le enseño, presionando sus dedos sobre mi nombre. Está oculto bajo un saliente de ramas vivas que se cuelan desde el árbol vecino—. Ahí está Miranda, era mi mejor amiga en el colegio; Lacy Lee, que estaba pegada a nosotras como una lapa; y ahí estoy yo.

—Es increíble —dice en voz baja—. Dudo que mi nombre siga grabado en alguna parte. Claro que, en mi caso, todo eran mesas de pícnic y pupitres de colegio. Me pregunto si esas dos vuelven alguna vez a visitar vuestros nombres.

—Estoy segura de que lo harán algún día. —Le suelto la mano y dejo que mis dedos recorran sus nombres de nuevo—. Miranda se fue a la universidad y Lacy Lee se fue con ella. Se suponía que yo también iba a ir… Todas soñábamos con ir juntas a la universidad…, pero entonces mamá se puso enferma y tuve que renunciar a ello. —Se me encoge el estómago al recordar esa conversación—. No hemos hablado mucho desde que se fueron.

—¿Por qué no?

Me encojo de hombros y me muerdo el labio. No he venido aquí a llorar.

—Les hice daño. Habíamos tenido ese plan toda la vida, solo nosotras tres, comiéndonos el mundo juntas. Cuando mamá enfermó, al principio lo entendieron; pero luego ella no paraba de insistir en que me fuera, y yo en que me quedara. Cuando vieron que yo no iba a ceder, sintieron que las estaba rechazando. —Se me escapa una lágrima a pesar de todo.

—Lo siento —dice en voz baja—. No me parece muy justo para ti.

—Tal vez. Pero tal vez sí que lo es. A lo mejor me preocupo demasiado, es que… es que no puedo tomarme la salud de mamá tan a la ligera como ella. Últimamente pasa mucho tiempo en el hospital, y las facturas no dejan de acumularse. Además, están los tratamientos experimentales que el seguro no cubre, suplementos que podrían ayudarla, un montón de cosas. Y como ella no trabaja, cuesta un dineral solo mantener un techo sobre su cabeza y la comida en la mesa. No podía marcharme y dejar que se enfrentara a todo eso sola.

—Supongo que no te fiabas de que Lou Anne se encargara.

Se me escapa una risa ahogada.

—En el fondo, es una mujer encantadora. Mi madre la quiere con locura, y sé que ella siente lo mismo. Lo que pasa es que tiene a sus hijos, y su marido murió solo seis meses antes de que mamá enfermara. Era demasiada carga para echarle encima.

Trago saliva con dificultad.

—Pero mamá se puso furiosa. Me dijo que no se había pasado todo ese tiempo criándome para que fuera una mujer independiente solo para que yo tirara mis estudios por la borda. Durante un tiempo, llegué a un acuerdo con ella para que se quedara tranquila. Fui a la universidad local todo el tiempo que pude, pero no llegué a graduarme. La ayuda financiera se agotó y entonces tuve que tomar una decisión. ¿Iba a pagarlo de mi bolsillo y añadirlo a la montaña de deudas que ya tenía por los cuidados de mamá? ¿O iba a dejarlo, buscar un segundo trabajo y cuidar de mi familia?

—Dicho así, parece una decisión sencilla.

—Sencilla, sí. Pero que me parta un rayo si digo que fue fácil. Decirle adiós a la universidad, aunque fuera por un tiempo, fue una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? —pregunta—. Quiero decir, entiendo lo que decías. Pero si tu madre te decía que no, y tus amigas te decían que no, y… bueno, no me imagino a Lou Anne muy entusiasmada con que abandonaras los estudios, al menos no delante de tu madre… ¿qué te llevó a hacerlo? Supongo que tu madre no te lo agradeció demasiado.

—Nunca se ha tratado de gratitud —le digo—. No necesito su agradecimiento, ni su permiso, ni su aliento. Se trata de hacer lo correcto. Aunque a su orgullo le cueste admitirlo, me necesita ahora mismo. Y con todo lo que esa mujer sacrificó para criarme, no voy a dejar que una cosita como un título universitario se interponga entre mí y lo que hay que hacer.

Su mano vuelve a la mía, cálida y reconfortante.

—Eres una buena hija, Nayla.

—Eso sí que puedes decírselo a mi madre.

Él sonríe. Yo suelto una risita, y entonces caigo en la cuenta y se me corta la respiración.

—¡Ah, diablos! ¡Lo has vuelto a hacer!

Parece desconcertado de verdad.

—¿Qué? ¿Qué he hecho?

—¡Hemos venido aquí a hablar de ti y has conseguido que me enrolle hablando de mí misma! Venga, se acabaron las distracciones. Te toca.

—Vale —dice con vacilación, apartándose un poco de mí—. ¿Qué quieres saber?

Mamá solía decirme que todo asesino tiene una historia que te hará reír, y todo cómico tiene una historia que te hará llorar. El problema de preguntarle a un desconocido por su pasado es que, en ese momento, le das el poder de contarte la historia que quiere que oigas. Sin contexto, toda persona es siempre la mejor versión de sí misma en sus propias palabras.

—Empecemos por el aquí y el ahora —decido—. ¿Adónde vas? ¿De dónde vienes?

—¿Charla sin importancia?

—A veces, la charla que parece no tener importancia la tiene, y mucha, si las respuestas son más grandes de lo que crees.

—Sabias palabras —dice con solemnidad, relajando la postura—. ¿Te lo enseñó tu madre?

—Ah, ah —digo, negando con el dedo—. Ya te he calado. Se acabaron las distracciones.

La renovada tensión en sus hombros me dice que he dado en el clavo. Estaba intentando por todos los medios que volviera a hablar

de mi madre.

—Cierto, perdona. Pues… empecé el viaje en Memphis, en casa de mi madre.

—¿En casa de tu madre? ¿No eras de California?

—Lo soy —dice con una sonrisita—. No todo el mundo se queda donde echa raíces, ya sabes. Sobre todo en California. Se ha puesto carísimo en los últimos años. Además, mi madre siempre ha sido la mayor fan de Elvis y quería jubilarse en un sitio donde pudiera ver Graceland cuando le apeteciera.

—Ya veo. Así que empezaste el viaje en Memphis. Pero ¿por qué empezaste a conducir? ¿Adónde ibas?

Una sombra le cruza la cara y al instante se me encoge el corazón de pena por él.

—Lejos —dice en voz baja—. Lejos de las miradas indiscretas, de la lástima y de la gente preguntándome día sí y día también que cómo lo llevo, cuál es mi plan, qué va a ser de mí ahora… No podía más. Sentía que no podía respirar, y mirara donde mirara, era más de lo mismo. «¿Cómo lo llevas?». No lo llevo. «¿Cuál es tu plan?». No tengo ninguno. «¿Y ahora qué vas a hacer?». Si ni siquiera soy capaz de mantenerme en pie, ¿cómo esperan que piense en el futuro?

Su voz y su rostro están tan llenos de tormento que se me parte el corazón. Se pasa una mano áspera por la cara, pero todavía puedo ver el brillo de sus lágrimas.

—Así que me fui —dice—. No tenía un plan. Me metí en el coche y conduje hasta que no pude más. Acabé aquí. Sentía que todavía podía oírlos, como si estuvieran todos revoloteando sobre mi hombro. «¿Cómo lo llevas?». «¿Cuál es el plan?». —Toma una inspiración entrecortada—. Así que encontré el bar más cutre que pude y traté de beber hasta morir.

Se da cuenta tarde de lo que ha dicho, y todo él se convierte en una disculpa. Le resto importancia con un gesto de la mano.

—No me ofendo. El Stonewall es de verdad el bar más cutre de Alabama, elegiste bien.

Su sonrisa es débil, pero la mía también. Extiendo la mano y cojo la suya entre las mías, sujetándola con fuerza.

—Comprendo tu dolor. No hace falta que me digas de dónde viene si no estás preparado. Y no pasa nada si nunca lo estás. Gracias por dejarme entrar hasta aquí.

Permanecemos en silencio un rato, mientras la luz se vuelve cálida a nuestro alrededor, el último espectáculo del sol antes de ponerse.

—Para que lo sepas —le digo al cabo de un rato—. Estuviste a punto de cumplir ese deseo tuyo. Te juro por mi madre que, como vuelvas a intentar matarte en mi bar, te llevaré a la parte de atrás y te daré la paliza de tu vida.

—Sí, señora —dice, sonriendo.

Asiento con brusquedad.

—Bien. Y ahora, ¿qué tal si vamos a cenar algo?

SEIS

Reggie

Nayla es tan amable de llevarme a su casa para que pueda quitarme esta ropa arrugada y sucia antes de que salgamos a cenar.

—¿Necesitas ayuda con algo? —pregunta.

—Es solo una bolsa —le digo con una sonrisa—. La verdad es que no estaba planeando… bueno, esa es la cuestión. No estaba planeando nada. Simplemente cogí lo que tenía a mano y me largué.

—¿Es habitual en ti? —pregunta con una sonrisa desafiante y coqueta—. ¿Coger lo que es fácil?

Me río de su doble sentido, pero niego con la cabeza.

—La verdad es que no.

—¡Ah! Bien. —Me guía hasta la casa, abriendo la puerta sobre la marcha—. Tendré que hacerte una copia de la llave —dice—. Has tenido la suerte de venirte abajo en mi viernes libre, pero mañana salgo temprano para mi turno en el supermercado y no vuelvo hasta que cierre el bar.

—¿Turno en el supermercado? —pregunto. La sigo hasta el salón y entonces dudo. Me parece demasiado atrevido llevar mis cosas a su dormitorio, pero es hacia donde se dirige. Abre la puerta y me hace un gesto para que pase.

—Vamos, ya es un poco tarde para ponerse tímida. Sí, acepté un trabajo a tiempo parcial en la frutería cuando mamá empeoró. De momento solo son unos días a la semana, pero me viene bien, así tengo tiempo suficiente para ver cómo está.

Entro en la habitación y dejo la bolsa en el suelo, sintiéndome todavía como un invasor alienígena.

—Ah, antes de que te cambies, déjame que coja un par de cosas… —Nayla abre su armario y saca dos camisas de uniforme distintas y un vestido, y luego un par de pantalones de la cómoda. Hace una pausa—. Mira para otro lado —dice.

Lo hago, pero la mujer tiene espejos por toda la habitación, así que me resulta imposible no ver lo que está sacando del cajón de arriba. No es nada escandaloso, solo calcetines blancos y ropa interior, pero la imagen mental de ella vestida solo con su ropa interior hace que se me caliente la sangre. Esconde la ropa interior debajo de las demás prendas que lleva en brazos y yo me dedico a estudiar el techo antes de que se dé la vuelta.

—Ya está —dice. La miro y está sonrojada hasta las orejas—. Tómate tu tiempo y refréscate, yo iré a cambiarme al baño. Ah, los zapatos…

—Yo te los cojo —me ofrezco rápidamente. La habitación es pequeña y solo necesito un paso para ponerme a su lado, pero para entonces ya se le ha caído la ropa que llevaba en brazos. Me agacho para coger los tacones bajos de color rosa que me había indicado cuando nos damos un cabezazo y a ella se le cae todo.

—Lo siento, ven, deja que te ayude…

—¡No! No pasa nada, si ya…

Se interrumpe en seco, con el rostro pálido y rígido, como si hubiera visto un fantasma. Bajo la mirada y me doy cuenta de que, en mi prisa por devolverle sus cosas, he conseguido cogerle las bragas. Me quedo paralizado. Con un sonido ahogado, me las arrebata de las manos, recoge el resto de sus cosas y sale corriendo de la habitación.

Cierro la puerta y me cambio rápidamente. No creo que le haga demasiada ilusión que me quede aquí después de esto, así que probablemente no debería deshacer el equipaje todavía. Tampoco es

que haya mucho que deshacer. No es que estuviera pensando con claridad cuando metí todo esto en la maleta. Ni siquiera llevo unos vaqueros. Por alguna razón, me imagino que voy a ir demasiado arreglado vayamos donde vayamos, pero no hay mucho que pueda hacer al respecto.

Mientras estoy terminando, me doy cuenta de que uno de sus zapatos rosas se ha quedado atrás en su prisa por marcharse. Como si la situación no fuera ya lo bastante incómoda sin que yo tenga que hacer de Príncipe Encantador para su Cenicienta. En fin. Lo cojo y abro la puerta para encontrarla con un vaporoso vestido rosa, haciendo equilibrios sobre un solo zapato.

—Esto… —empieza, sonrojada.

—Toma. —Le tiendo el zapato con torpeza y ella lo coge agradecida. Listo. Se acabó el cuento de la Cenicienta.

—Bueno —dice mientras se abrocha la tira del zapato—. Ahora que has visto los secretos más oscuros y profundos de mi cajón de arriba, supongo que eso nos convierte en amigos.

—Mujer, si unas bragas de algodón blanco son tu secreto más oscuro y profundo, puede que tenga que irme antes de corromperte. Lo siguiente será que te compres braguitas de encaje rojo, y ¿qué dirá entonces tu mamá?

Se ríe y, así sin más, la tensión se rompe.

—Entonces, ¿adónde vamos? —le pregunto mientras coge el bolso—. Elige tú, pago yo. Es lo menos que puedo hacer.

—Oh, no te preocupes, cielo, ibas a pagar de todas formas —dice, sacando un arrugado billete de cien dólares del bolso. Me lo tiende con una sonrisa que parece una suave reprimenda—. La próxima vez que salgas a beber, quizá deberías dejarte el clip para billetes en casa.

—Será mejor que te lo quedes —le digo con un guiño—. No querrás que le deje demasiada propina a la camarera, ¿verdad? Además, hay mucho más de donde ha salido eso. Considéralo una muestra de gratitud por aguantar con tanta elegancia mis gilipolleces de borracho.

—Ah, qué mono eres —dice ella. Echa un vistazo al dinero, se detiene un momento y luego lo guarda con cuidado en el bolso—.

Pero sigues pagando tú, ¿no?

—Por supuesto —le digo con una sonrisa—. ¿Adónde vamos?

—ME SORPRENDE que no hayas sugerido Paulo's —le digo a Nayla mientras nos bajamos de su camioneta en el aparcamiento de un pequeño restaurante de aspecto acogedor—. Por cómo hablaba Barb, pensé que era como el único sitio del pueblo que le gustaba a todo el mundo.

Nayla sonríe.

—Eso es porque su hermano, Paul, es el dueño. Maddie's es mucho mejor y no te hará un agujero tan grande en el bolsillo. Por no mencionar que es mucho menos probable que tus asuntos acaben en boca de todos aquí que en Paulo's.

—Cosas de pueblo pequeño —reflexiono en voz alta—. Debe de haber sido toda una experiencia crecer aquí.

Entramos en el vestíbulo y nos recibe inmediatamente la encargada de las mesas. Es una joven morena, de la misma edad que Nayla, si tuviera que adivinar.

—¡Nayla Anchour, en carne y hueso! —dice, mientras sus ojos me recorren de arriba abajo—. Vaya, nunca pensé que llegaría el día en que te vería por aquí con un hombre. ¡Y qué hombre tan atractivo! ¿Quién es? ¡Por favor, dime que es un primo perdido!

—Pues sí —dice Nayla con sequedad—. ¿No ves el parecido familiar?

La chica se detiene un momento, mirando alternativamente la piel morena, el espeso pelo negro y rizado y los ojos marrones de Nayla, y mi piel clara, mi pelo castaño rojizo y mis ojos verdes.

—Yo… la verdad es que no lo habría adivinado —tartamudea la pobre.

—Será porque estoy de guasa, Kayleen. No es mi primo, pero tiene hambre. ¿Tienes una mesa?

Kayleen no es la única que nos escruta mientras cruzamos el comedor. Me alegro de haber convencido a Nayla de pasar por su

casa a cambiarme antes de cenar. Si no, estoy seguro de que todo el mundo, hasta la abuela, estaría comentando sobre el vagabundo sucio que Nayla se ha sacado a cenar. Tal y como están las cosas, estoy bastante seguro de haber oído algún cuchicheo preguntándose si seré alguien famoso. Dudo que mi notoriedad, si se le puede llamar así, signifique nada por aquí.

—¡Aquí la tenéis! Una mesa para dos. ¿Qué os traigo para empezar? ¿Algo para picar? ¿Bebidas? ¿El menú especial para parejas? —Las preguntas de Kayleen tendrían más sentido dirigidas a Nayla, pero ella coquetea conmigo sin ningún disimulo.

—Una Coca-Cola para mí —dice Nayla.

—Yo tomaré un té helado.

—¡En marcha, cariño! Un té helado, ahora mismo.

—Y una Coca-Cola —reitera Nayla.

—Y una Coca-Cola —dice Kayleen con desdén mientras se alece contoneándose, con un meneo de caderas tan exagerado que temo que se le vaya a salir una.

—Quizá Paulo's habría sido mejor —murmura Nayla—. Se me había olvidado que Kayleen había empezado a trabajar aquí.

—¿Tenéis historial vosotras dos? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Tengo historial con prácticamente todo el mundo de por aquí —dice—. En un charco tan pequeño, todos los peces son grandes. Kayleen y yo fuimos juntas al cole desde parvulitos hasta la graduación. Siempre ha estado loca por los chicos y ha sido muy competitiva. Por alguna razón se le metió en la cabeza que yo era la razón por la que no conseguía a los chicos que le gustaban.

—Me lo imagino —digo sin pensar.

Me mira sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

Mierda, piensa rápido.

—Solo quiero decir que sois dos personas muy diferentes, y entiendo que pudiera sentirse insegura si se comparaba contigo. También entiendo que pudieras atraer la atención de chicos, u hombres, que a ella le interesaran.

Me lanza una mirada inquisitiva.

—¿No serás político por casualidad? La forma que tienes de darle la vuelta a todo para evitar cualquier roce me hace pensar que has practicado bastante.

—No —le digo con una carcajada—. Desde luego que no soy político. Simplemente se me da bien salirme con la mía hablando. Y meterme en líos también, supongo. —Me aclaro la garganta, pensando en el pequeño momento de incomodidad que hemos tenido al prepararnos para venir—. Y normalmente se me da mejor pensar las cosas. Nayla, no puedo quedarme en tu casa.

Parece dolida, y eso me mata, pero es la verdad. Estoy a punto de explicárselo mejor cuando Kayleen vuelve con las bebidas y las cartas.

—¡Aquí estáis, tortolitos! Dos bebidas, dos cartas. Vuelvo en un periquete a ver qué tal vais. —Me guiña un ojo y se alece de nuevo pavoneándose, pero no mucho. Me queda claro que mantiene una oreja pegada a nuestra conversación.

Bajo la voz.

—Es que no me parece bien ocupar tu dormitorio —le digo—. Sobre todo porque no sé cuánto tiempo me voy a quedar. Sé que has dicho que estabas cómoda en el sofá, pero no me imagino que vayas a estar contenta viviendo así mucho tiempo. No es justo para ti.

—¿De verdad te preocupa eso? —pregunta—. Sé sincero.

—Te soy sincero, es lo único que me preocupa. Pareces una mujer estupenda y me lo estoy pasando genial contigo. Me encantaría quedarme mientras sea cómodo y divertido para los dos, pero no me parece muy caballeroso por mi parte echarte de tu propia cama, sobre todo cuando puedo permitirme de sobra una habitación de hotel.

—Bueno, pues no te comas el coco con esas cosas de caballero. Y no vuelvas corriendo a ver a Barb todavía. Esa casa y yo aún tenemos unos cuantos ases en la manga.

Ladeo la cabeza para mirarla por encima de la carta.

—Me tienes intrigado.

Y es verdad. Me pregunto cuánto tardaremos en acabar compartiendo habitación —y cama—, por pura comodidad, claro.

Solo de pensar adónde podría llevarnos eso, y lo rápido que podría pasar, hace que el aire a mi alrededor parezca más denso.

Ella se ríe, una risa cálida y profunda que le brota de la garganta.

—¿Sabes ya lo que vas a pedir?

—Estoy a punto de exigirte que me enseñes esos ases que te guardas en la manga —bromeo—. ¿Qué me recomiendas?

—¿Te apetece algo de cuchillo y tenedor o de comer con las manos?

—La verdad es que me da igual. Me apetece un plato caliente.

—El pastel de tomate de aquí está muy bueno —dice, y luego se ríe de mí cuando arrugo la nariz con gesto de extrañeza—. Es como una pizza —me promete—. Bueno, más o menos. Pero si no te gusta, también preparan un plato de gambas con sémola de maíz que está de muerte. Por supuesto, también hay filete con huevos, bollos de pollo frito, minihamburguesas de cerdo desmenuzado… Esos son los platos estrella, diría yo.

—¿Tú qué vas a pedir?

—Me apetece mucho el pastel de tomate con una ración de tomates verdes fritos —dice—. Y de postre, tarta de melocotón con helado.

—¿Qué te parece si compartimos?

Ella enarca una ceja.

—Invito yo, si lo que te preocupa es el precio —dice, incrédula.

—No —me defiendo, riendo—. Es que nunca he probado la mayoría de esas cosas y me gustaría hacerlo, pero no estoy preparado para comprometerme.

—Ya veo —dice, con un brillo en los ojos—. ¿Siempre tienes problemas de compromiso o es solo con los platos sureños?

Se muerde el labio; está para comérsela. La tensión casi crepita entre nosotros, y me la imagino pegada a mí, con esos ojos pícaros oscureciéndose mientras le recorro la piel a besos. Siento una punzada en el estómago.

—Eh… ¿dónde está el baño? Ah, ya lo veo. Perdona, ahora vuelvo. Si… si viene la camarera, ¿puedes pedir por mí el filete de pollo frito, por favor?

—Ninguna molestia —murmura, frunciendo el ceño con preocupación.

Su pregunta ha hecho que me entre un sudor frío, y no por las razones que ella supondría si se hubiera dado cuenta. Se me revuelve el estómago y tengo la espalda tan agarrotada que se podría planchar una camisa sobre mis hombros. Un vistazo rápido me indica que el baño está vacío, así que me lavo la cara con agua fría en el lavabo. No ayuda mucho. Estoy temblando. Cierro la mano izquierda en un puño y me paso el pulgar una y otra vez por el dedo anular desnudo.

—Adrianne —susurro, inclinado sobre el lavabo—. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

SIETE

Nayla

Reggie tarda tanto en el baño que empiezo a pensar que se ha largado por la puerta de atrás. Me esfuerzo por reprimir esa inquietud, me la trago cuando otra camarera se acerca a tomar nota y le resto importancia mientras espero la comida, hasta que Kayleen regresa con nuestros platos.

—Ese novio tan guapo que te has echado lleva ahí dentro una eternidad. ¿Quieres que mande a Leroy a ver si está bien, o te vas a comer también lo suyo?

—Volverá de un momento a otro, Kayleen.

—No sé, cielo. Me recuerda mucho a una cosa, a ver si me acuerdo… ¡Ah, ya sé! A cuando Bradley Cook se convirtió en el hombre invisible la noche del baile de fin de curso. ¿Te acuerdas? Ay, qué pena me diste, ahí sentadita, tan sola con tu vestido de gala.

—Qué cielo eres —le digo en un tono mordaz que deja muy claro lo que quiero decir—. ¿No tienes otras mesas que atender?

—Pues sí —dice, echando un vistazo alrededor—. Avísame si cambias de opinión y quieres que Leroy vaya a ver qué tal está tu hombre.

Furiosa, doy un sorbo a mi bebida. La comida que tengo delante ya no me parece tan apetitosa. Por supuesto que Kayleen se

acordaba de cómo Bradley me dio plantón delante de todo el instituto la noche del baile. Me dejó esperando junto al carro de heno hasta que el caballo se impacientó y, cuando por fin me tragué el orgullo y me subí yo sola, Kayleen se pasó todo el trayecto morreándose con su novio para que la viera. Luego, cuando llegamos al baile, Bradley ya estaba allí, liado con otra. El recuerdo de la humillación hace que me ardan las mejillas.

—Siento mucho haber tardado tanto —dice Reggie mientras se deja caer en el asiento de enfrente—. Es que algo me ha sentado mal. ¡Vaya, esto tiene una pinta increíble!

—No habrá sido nada de lo que has comido, ¿verdad? —pregunto, sintiendo un alivio inmenso al verle.

—No —dice, cortando su filete—. Es que no estoy acostumbrado a beber así. Ni a lidiar con las consecuencias.

—Espero que no te acostumbres nunca —le digo con una sonrisa —. Me gustas más sobrio.

—A mí también me gusto más sobrio —dice con una risita—. Aunque, si no te importa, creo que el estómago se me asentará antes si me cuentas ese as que os guardáis en la manga la casa y tú.

—No le des tantas vueltas —le digo, riendo—. A ver, mi casa antes tenía dos dormitorios.

—¿Antes?

Asiento y empiezo a cortar mi comida.

—En la cocina, al lado de la puerta corredera, está la puerta del cuarto de la lavadora. Detrás de ese cuarto hay otra habitación, una pequeña que he estado usando de trastero. Hace un par de años se le cayó un árbol encima y los dueños decidieron que costaría demasiado rehabilitarla, así que me bajaron el alquiler y la dejaron como una «habitación extra». Llevo tiempo queriendo arreglarla y habilitarla como cuarto de invitados para mi madre, por si alguna vez lo necesita, o quizá como despacho para cuando vuelva a estudiar, pero nunca he encontrado el momento. Supongo que este es tan buen momento como cualquier otro.

—¿Qué hay que hacerle? —pregunta.

—No estoy del todo segura. Sé que ya no tiene armario y que el hueco de la ventana está tapado con tablones. En una esquina no hay aislamiento, solo se ve el ladrillo y unos listones de madera, y en la otra pared hay humedades en la escayola. Pensaba hacer una chapucilla para tapar lo peor, al menos hasta que pudiera permitirme poner una ventana. Como la casa no es mía, no quiero invertir mucho, pero me vendría muy bien tener esa habitación.

—Me imagino que sí —dice. Mastica pensativamente un momento —. ¿Te importaría que le echara un vistazo mañana? Tengo algo de experiencia en ese campo. Me gustaría ayudar si puedo.

—En absoluto, si es para que no te aburras —le digo con una sonrisa—. Pero tienes que prometerme que no te gastarás un dineral. Lo digo en serio. El viejo Oswald no le daría ni las migajas a un huérfano, y no estoy dispuesta a arreglarle la casa gratis.

—Entendido —dice con una sonrisa—. Pero puede que necesite mi coche.

—Ya he pensado en eso, cielo. La grúa no se lleva los coches del aparcamiento del bar los domingos, así que por eso no hay problema. Podemos pasar a por él de camino a casa, si quieres. Y mañana te dejo mis llaves. Si crees que vas a necesitar salir, puedes hacerte una copia. ¿Te parece?

—Me parece genial —dice. Se le nota mucho más relajado desde que hemos empezado a hablar de la habitación. Me pregunto si le incomoda estar rodeado de mis cosas o si se siente culpable por dejarme dormir en el sofá. Sea como sea, ahora parece más tranquilo, lo que hace que yo también me relaje.

—Por esa experiencia que tienes, no serás contratista, ¿verdad? Te lo pregunto porque sé que Hank Seville, el de la ferretería, estaba buscando un instalador. No sé cuánto tiempo piensas quedarte, pero si te aburres o te quedas sin un duro mientras estás aquí, seguro que te agradecería mucho la ayuda.

—Gracias por el consejo —dice con una sonrisa sincera—. Lo tendré en cuenta. No, ahora mismo no soy contratista.

Me muero de ganas por preguntarle a qué se dedica para permitirse tirar el dinero como lo hacía la otra noche, pero no sería de buena educación, sobre todo porque acaba de esquivar mi

indirecta. Se le da demasiado bien, y supongo que eso es, en parte, lo que me produce tanta curiosidad. ¿Qué clase de vida ha de llevar un hombre para andarse con tantos rodeos?

—Quería preguntarte una cosa —dice antes de que se me ocurra otra forma de saciar mi curiosidad—. Entre el bar y el supermercado, ¿dónde te gusta más trabajar?

Vacilo un instante con el bocado a medio camino de la boca y luego dejo el tenedor en el plato.

—¿Qué?

Parece tan confundido como yo.

—¿Qué de qué?

Me sacudo la sorpresa de encima.

—No es la pregunta que me esperaba —admito—. La mayoría de las veces, cuando la gente sabe tanto de mi situación como tú, o me preguntan cuándo voy a volver a estudiar o si estoy intentando cazar un marido.

Casi se atraganta con el filete, enrojece al intentar contener la risa y bebe un gran trago de agua. Hago además de levantarme del asiento para ayudarlo cuando por fin logra emitir un sonido y me hace un gesto para que me quede sentada.

—Estoy bien, no pasa nada —grazna con la sonrisa que casi le parte la cara en dos—. Es que la segunda parte me ha pillado por sorpresa, eso es todo.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? Y que conste que, si vas y dices que no soy de las de casarse, a lo mejor me da por montar un numerito.

Esta vez se ríe a carcajadas y noto con cierta satisfacción que ha atraído la atención resentida de Kayleen. Le devuelvo una sonrisa pícara y doy un bocado delicado mientras espero a que se recomponga.

—Madre mía, vas a acabar conmigo aquí mismo —dice, con la voz quebrada por los últimos rescoldos de la risa—. Ni se me había pasado por la cabeza, te lo juro por Dios. Es solo una especie de choque cultural, supongo, oír a alguien hablar de cazar un marido con tanta naturalidad, como si fuera lo que se espera de una.

—¿Me estás diciendo que las chicas de California no se casan? —Enarco una ceja con incredulidad.

Algo en su expresión cambia sutilmente, como una nube tenue que se desliza sobre el sol.

—Oh, no, sí que se casan —dice, y la misma sombra se percibe en su voz—. Supongo que no es el mismo tipo de expectativa de «o una cosa o la otra». Es como una de las cosas que podrías hacer si quieres, pero no es… ¿inevitable? Creo que esa es la palabra que busco.

—Inevitable —murmuro, pensativa—. Es una buena palabra. Nunca lo había pensado, pero así es exactamente como se siente. Nunca se trata de *si* o *por qué*, solo de *cuándo* y *con quién*. Creo que nunca he conocido a nadie en la vida real que lo viera de otra manera.

—Bueno, pues entonces… —dice, levantando su copa a modo de brindis—. Permíteme ser el primero en decírtelo sin rodeos. Nayla, no tienes por qué casarte nunca, aunque no vuelvas a estudiar. Tu vida es tuya, y solo tú tienes el derecho a dirigirla.

Siento un repentino impulso de llorar, así que, en lugar de eso, sonrío y levanto mi propia copa.

—Será mejor que no le digas eso a mi madre —le digo—. Te estás buscando una pelea.

Me sonríe, pero esa profunda y suave tristeza aún persiste en sus ojos. ¿Qué entristece tanto a este hombre?

OCHO

Reggie

Me ha costado un poco, pero finalmente he convencido a Nayla para que durmiera en su propia habitación esta noche. No ha sido muy difícil una vez que se lo he razonado. Yo estoy inquieto y no tengo que estar en ningún sitio por la mañana; ella está agotada y tiene que trabajar, básicamente, un turno doble. Su hospitalidad —y su buena educación, supongo— casi pudo más que la lógica, pero insistí.

Mucho después de que se haya acostado, sigo despierto de par en par, contemplando su pequeño patio trasero desde la mecedora del porche acristalado. El móvil me pesa en la mano como un ladrillo; lleva apagado casi tres días y me aterroriza pensar en todo a lo que tendré que enfrentarme cuando lo encienda.

Esa palabra, *inevitable*, me viene de nuevo a la mente. Cuanto más espere, peor será. Cuanto más espere, más crecerá el pánico y más difícil será empezar.

Pero la sinfonía de ranas y grillos es tranquilizadora. No se oye ningún otro sonido, ni tráfico, ni gente, nada. Podríamos ser los únicos seres humanos vivos en kilómetros a la redonda y sonaría igual, aunque desde donde estoy sentado puedo ver las tres casas de sus vecinos más cercanos. ¿Sería tan malo ignorar mi móvil para

siempre? Podría aceptar ese trabajo en la ferretería. Fichar al entrar, hacer el trabajo, fichar al salir, olvidarme por completo hasta la próxima vez que fiche.

Podría comprar una casa. Algo pequeño y tranquilo, algo que necesite un poco de cariño y atención para mantener mis manos ocupadas cuando no esté trabajando. Algo como esta casa. Me pregunto si el casero de Nayla estaría dispuesto a venderla.

No. No debería comprar una casa. Eso solo me devolvería a los mismos círculos viciosos, y no pasaría mucho tiempo antes de que tuviera otro móvil pesándome en la mano.

Inevitablemente.

Con un profundo suspiro, finalmente enciendo el maldito cacharro. Durante un largo y engañoso instante, no pasa nada. Si yo fuera otra persona, eso podría ser una señal de que simplemente no hay nada que descargar; pero soy yo, así que significa que hay tanto que descargar que mi móvil está a punto de colapsar. Como si hubiera oído mi pensamiento, mi móvil empieza a vibrar.

Me alegro de haberlo dejado en silencio.

Una notificación tras otra zumba. Ni siquiera me molesto en mirar la pantalla. Zumbido, zumbido, zumbido, hasta que la mano se me empieza a quedar dormida, hasta que estoy medio convencido de que no va a terminar nunca. Con cada vibración, otra parte de mí se desconecta. No puedo lidiar con todo esto si me permito sentir algo. Ya ni siquiera tengo que esforzarme en desconectar mis sentimientos; es automático. No estoy seguro de si eso me hace menos humano, o simplemente más capaz. Quizá ambas cosas. Quizá ninguna. Quizá solo significa que por fin estoy quemado.

Y las notificaciones también, por lo visto. Por fin. Abro el pequeño cuaderno que hay en la mesita de hierro forjado a mi lado, hago girar el bolígrafo y me pongo manos a la obra.

Urgente, urgente, urgente. Una fila de signos de exclamación rojos salpica toda la primera página de mi bandeja de entrada, así que la ordeno por remitente. Un correo urgente podría ser urgente. Varios correos urgentes de la misma persona requerirían mi atención inmediata, y cuantos más haya, más probable es que se trate de una situación de vida o muerte.

A menos, claro, que esos correos vengan de mi preocupada madre. Siento una punzada entre los ojos mientras paso la vista por una docena de mensajes, todos con asuntos como «por favor, llámame» y «como estés muerto, te mato». Antes de que haya llegado al siguiente remitente, mi bandeja de entrada se actualiza con otro nuevo mensaje suyo.

Esta vez no hay asunto. La vista previa solo muestra tres palabras: «Te echo de menos».

Mascullando una sarta de tacos y obscenidades, cierro el correo y abro la aplicación del teléfono. Si sigue despierta a estas horas, es que está literalmente poniéndose enferma de la preocupación por mí, y no voy a poder concentrarme en una mierda hasta que hable con ella.

Su cara me sonríe desde la página de contacto. Lleva unas gafas de sol enormes y apenas se distingue la llamativa chaqueta blanca de lentejuelas que viste por el recorte de la foto. La imagen completa aparece en mi cabeza. La aparto, pero es demasiado tarde. Todos esos sentimientos que había logrado apagar se han vuelto a encender, recalentándose como antiguas máquinas de fax en el fondo de mi mente. Adrienne está en esa foto, frente a mi madre, con el pelo recogido en un ridículo moño que le caía sobre la frente como un tupé rubio y curvilíneo a lo Elvis. Ambas están posando, enmarcando un cartel que dice: «Bienvenidos a Graceland». Incluso el olor a asfalto caliente y a sudor de verano vuelve a mí, transportándome al pasado por un instante.

Rápidamente, antes de poder hundirme más en este delirio de desesperación, pulso el botón de llamada. Descuelga antes de que termine el primer tono.

—¿Reagan?

—Hola, mamá.

—¡A mí no me vengas con «hola, mamá»! ¿Tienes idea de lo preocupados que hemos estado? ¡Llevo días llamándote, mandándote mensajes y correos! Tu padre no ha podido localizarte, he tenido a todo el consejo de administración acribillándome el teléfono para intentar contactar contigo, Bob y Amy me llaman cada hora para ver si te hemos encontrado ya, ¡y la *policía* vino a casa

ayer porque alguien presentó una *denuncia por desaparición*! ¿Dónde demonios te has metido?

—Mamá, sé que estás preocupada, pero necesito que bajes el tono. Precisamente por esto apagué el móvil.

—¡Oh, es típico de ti! ¡Huyendo de tus responsabilidades, volviendo loco a todo el mundo, *ignorando a tu familia!* Esto es como en la universidad otra vez. Ya tienes otra chica, ¿verdad? ¿La has conocido en un campus también? Aún no se ha enfriado el cuerpo de Andie en la tumba y tú ya estás…

—Cállate de una puta vez.

El silencio atónito podría ser gratificante si no fuera porque ya soy incapaz de sentir nada positivo.

—¡Reagan Heracles Marin! —le espeta, sin aliento.

—Silencio. Estás preocupada. Lo entiendo. Te están machacando todos los que creen que no pueden funcionar sin mí. Lo entiendo. Estás molesta, disgustada y frustrada. También lo entiendo. Puede que incluso estés de luto. Desde luego, eso espero, teniendo en cuenta que acabas de perder a tu nuera.

—Por supuesto que lo estoy, yo…

—He dicho que te calles. Escúchame. Has perdido a tu nuera y has perdido el contacto con tu hijo durante un par de días. *Yo acabo de perder a mi mujer*. Siéntete triste, preocupada, enfadada y frustrada y lo que cojones quieras, pero no me cargues con esa mierda. No puedo soportarlo ahora mismo. No tengo cabeza para eso.

—¿No tienes cabeza para tu madre?

—*Mi madre* debería estar haciéndole un hueco a *mi dolor*. Lo he perdido todo, mamá. A mi mujer. A mi Adrienne. A mi Andy. Mi pasado, mi futuro, mi mundo entero. Se ha *ido*. ¿Cómo demonios esperas que te proteja *a ti* del parloteo constante cuando cada célula de mi cuerpo preferiría estar en ese ataúd con ella antes que seguir por ahí respirando y toda esa mierda?

—No hables así, Reagan, no te atrevas…

—No voy a suicidarme, madre. Adrienne nunca me lo perdonaría. Pero tampoco puedo seguir como si nada. No estoy en condiciones de tomar decisiones de negocios, y desde luego no estoy en

condiciones de tratar con los padres de Adrienne. El mundo puede seguir girando sin mí durante un tiempo.

—¿Durante cuánto tiempo?

—El tiempo que me lleve recomponerme lo suficiente para poder funcionar.

—Bueno, ¿cuánto crees que tardarás? Necesito saber qué decirle a la gente, Reagan.

—Diles que soy un ser humano que acaba de perder al amor de su vida. Si insisten, diles que se vayan a tomar por culo. *Necesito tiempo*.

Respira hondo varias veces y traga saliva sonoramente, lo bastante alto como para que lo oiga por el teléfono. La última vez que la vi hacer eso en persona, yo era un niño. Lleva décadas con la ansiedad bajo control. El hecho de que esté reaccionando así ahora, luchando por controlarse, peleando con su propio cerebro, casi me hace sentir mal por haber sido tan duro con ella.

Solía cabrearme mucho con mi padre cuando era malo con ella —desde mi punto de vista—, cuando entraba en una espiral de pánico. Ahora lo entiendo. No se trata de ser malo ni de castigarla por su ansiedad. Es un cubo de agua helada, un vaso de brandy, una inhalación de sales aromáticas, un freno para su cerebro desbocado. Las espirales son formas resistentes; se necesita fuerza para romper una.

—Vale —dice con voz temblorosa—. Vale. Yo me encargo. Yo me encargo.

—Antes de que te encargues, tienes que llamar a tu médico. Que te aumenten la dosis de la medicación durante un tiempo.

—Reagan, mi medicación ha estado perfectamente equilibrada desde…

—Desde antes del accidente. Mírate, mamá, estás fuera de control.

Suelta otro largo suspiro y casi puedo sentir el fuego en él.

—Te estás esforzando demasiado por morderte la lengua —le digo—. Si necesitas una motivación extra, de acuerdo. No me llames, no me envíes mensajes, no me mandes correos, no me contactes de ninguna manera hasta que hayas visto a tu médico *y* hayas hecho lo

que te diga. *No puedo* tener otra conversación como esta. No puedo ni quiero. Una crisis más y cambio de número. Te quiero. De verdad. Pero es que no puedo con esto.

—Vale —dice en voz baja—. Lo siento. Yo también te quiero. Cuídate, hijo.

—Tú también. Y lo digo en serio.

—Lo sé. Lo siento. Yo me encargo. Me encargaré de mí, luego me encargaré del resto y… y entonces supongo que ya veremos. Solo prométeme que estarás bien.

—Estaré a salvo. Pero no puedo prometerte ahora mismo que vaya a estar bien alguna vez.

Lo digiere en silencio. —Vale —susurra finalmente—. Te quiero, cariño. Buenas noches.

—Yo también te quiero, mamá. Dulces sueños.

Todo el aire y la tensión abandonan mi cuerpo mientras cuelgo el teléfono. Desplomado en la silla, contemplo la luna llena, que proyecta contornos plateados sobre las densas siluetas negras de los árboles. Estoy hecho polvo, pero al menos sé que las cosas no pueden ir a peor. Debería pasar al siguiente lote de mensajes urgentes.

Apoyo los pies en la gastada caja de herramientas que tengo delante, echándome hacia atrás hasta el límite de lo que la silla puede soportar, y apoyo los codos en los brazos de esta y el móvil sobre la barriga. Sin embargo, en lugar de mirar la pantalla, observo cómo una nube de murciélagos pasa rozando la cara de la luna. Un viento fresco barre la humedad del día, dejando un frescor nítido a su paso. El teléfono atenúa amablemente su brillo y luego se oscurece, dejándome de nuevo a solas en la noche oscura y silenciosa.

Revisaré los mensajes en un minuto.

NUEVE

Nayla

Dios mío, bendito sea ese hombre por convencerme de que me quedara con mi cama. He dormido como un bebé en sábanas limpias, me he despertado con los ojos más brillantes y más animada que nunca. Me sorprendo tarareando durante mi rutina matutina, canturreando fragmentos de canciones mientras me arreglo y me visto para un largo día. El turno doble no parece tan abrumador después de una buena noche de sueño.

Algo me reconcome mientras camino de mi dormitorio al baño, alguna cosita fuera de lugar. Lo descarto, concentrada en prepararme. Del baño de vuelta al dormitorio, algo vuelve a pincharme, pero es que tengo que ponerme los zapatos ya. Del dormitorio a la cocina para preparar el café. Normalmente solo preparo media cafetera, pero esta vez la haré entera, por si Reggie quiere un poco.

Reggie.

Mi cerebro por fin arranca y todo encaja. El sofá sigue preparado, listo para dormir en él, y el hombre en cuestión no está por ninguna parte. Quizá se ha levantado temprano y ha decidido empezar con la habitación pequeña. Voy a ver cómo le gusta el café… y tampoco está aquí.

Se me revuelve el estómago. No se habrá largado sin más, ¿verdad? No ahora que empezábamos a conocernos. Él no lo haría. ¿O sí? Sintiéndome un poco mareada y con los pies de plomo, corro hacia la ventana. El alivio me invade con tal fuerza que me da un vuelco todo y me mareo. Así que sigue aquí, en alguna parte, a menos que se haya ido a pie, lo que no tendría ningún sentido.

Sintiéndome como si me faltara un tornillo, vuelvo a registrar todas las habitaciones, como si un hombre hecho y derecho pudiera haberse caído debajo de la nevera o algo así. ¿Lo he alucinado por completo? Siento que se me está yendo la olla.

—¡Ah! —exclamo, porque ese pensamiento acaba de orientarme en una dirección más cuerda. Riendo como una idiota, lo cual encaja con el momento, salgo por la puerta trasera y me dejo caer con alivio. Ahí está, en carne y hueso, roncando a pierna suelta. El pobre hombre se ha quedado dormido en mi mecedora, lo que me produce una sensación cálida y agradable de la cabeza a los pies.

Mi humor vuelve a subir a las nubes mientras regreso sigilosamente a la cocina. Cuando se despierte, debería tener un café esperándolo. Me preparo el mío, luego le sirvo una taza y la pongo en una pequeña bandeja junto con azúcar y nata. La primera taza de café del día es sagrada. No querría estropearle la suya.

Vuelvo a salir y camino de puntillas hasta la mesita que hay junto a la mecedora. Aparto un cuaderno y dejo la bandeja para él. Al hacerlo, oigo el lejano pitido de la alarma de mi móvil, que me avisa de que me quedan diez minutos para terminar y meter el culo en el jeep. Vuelvo a entrar con el café en la mano en un santiamén y me dirijo a mi móvil para apagar la alarma, cuando me doy cuenta de que todavía tengo su cuaderno. Lo dejo, cojo el móvil, apago la alarma, meto el móvil de nuevo en el bolso, cojo el cuaderno…

Debería devolvérselo. Al fin y al cabo, es su cuaderno personal y privado, y no tengo por qué meter las narices en él.

Pero todo ese dinero, esa tristeza y ese secretismo… ¿y si es una lista de objetivos, una lista de contactos de drogas o de deudores a los que partirles las rodillas? Podrían ser números de tarjetas de crédito, números de bastidor o números de la seguridad social para robar. Podría ser un diario detallado de todas las mujeres con las que

se ha acostado después de convencerlas de que solo es un alma triste e incomprendida. ¿De verdad es cotillear si lo hago por mi propia seguridad?

Supongo que sí, si el cuaderno no tiene nada sospechoso. Podría ser su diario personal, lleno de sus pensamientos personales, privados, absolutamente benignos y que no son de mi incumbencia. O un diario de negocios, lleno de información personal, privada, absolutamente benigna y que no es de mi incumbencia de otras personas. Si tiene algún tipo de autorización de seguridad, podría poner en peligro toda su carrera por meter las narices donde no me llaman.

El móvil vuelve a sonar, diciéndome que entre y fiche. Por supuesto, se supone que debe hacerlo cuando ya estoy en el aparcamiento de la tienda.

—¡Maldita sea!

Lanzo el cuaderno sobre la mesa de centro y le dirijo una rápida mirada de pesar mientras aterriza con las páginas abiertas.

—Decídete de una vez —murmuro enfadada conmigo misma mientras arranco el coche. Meto la marcha atrás con brusquedad y salgo a toda velocidad por el camino de entrada, apenas mirando por el retrovisor en mi prisa por largarme.

Mi cabeza rebota contra el volante al oír el estruendo de un claxon y el chirrido de metal contra metal. Soltando una sarta de tacos que haría que mi abuela se revolviera en su tumba, vuelvo a poner la palanca de cambios en punto muerto y pongo el freno de mano. La adrenalina me recorre el cuerpo con un temblor que me sacude con tanta fuerza que no puedo agarrar bien el tirador de la puerta.

—¿Estás bien? —pregunta la voz de un hombre desde algún lugar detrás de mí. Levanto la mano, moviéndome despacio. Mañana voy a tener la espalda hecha polvo.

El conductor del camión contra el que he chocado aparece en mi ventanilla.

—¡Joder, chica, has salido como alma que lleva el diablo! ¿Es que tu madre no te enseñó a mirar por los malditos espejos? A ver, déjame ver… Joder. Te va a salir un chichón de campeonato, te lo

digo yo. Y esos ojos no tienen muy buena pinta, la verdad. Vamos a llamar a la ambulancia para que te echen un vistazo. ¡Santo Dios, chica, no tienes dos dedos de frente! No, quédate sentada, que te vas a caer y te vas a hacer en las rodillas lo mismo que en la frente. ¡Quieta, chica! ¡Ni miras, ni escuchas, santo Dios bendito, que alguien venga a por su hija!

—Sí, señor, lo siento, señor, yo…

—¡Nayla!

El bramido de Reggie me deja en silencio y hace que el otro conductor retroceda un par de pasos. Lo veo todo un poco borroso y demasiado brillante, pero la furia oscura en el rostro de Reggie está clara incluso para mí.

—¡Llame al 112, ahora! —le espeta al conductor.

Para toda la labia que tenía el hombre hace un minuto, el tipo contra el que he chocado se queda completamente mudo mientras saca el móvil del bolsillo y marca. El rostro de Reggie llena mi campo de visión, sus manos a ambos lados de mi cabeza, sus ojos fijos en los míos. Está mortalmente pálido y las profundas arrugas de preocupación que surcan su rostro lo han envejecido unos diez años.

—Nayla, cariño, háblame —dice, mientras sus dedos remueven mi pelo con frenesí.

—Estoy bien —le digo, tan desconcertada por oírme arrastrar las palabras como por su comportamiento—. Probablemente solo sea una pequeña conmoción, nada más. Estoy bien.

—Chis, chis, no hables —dice, y luego presiona sus labios contra mi cabeza, con fuerza. Me besa la cabeza una y otra vez, subiéndose al estribo para rodearme los hombros con sus brazos—. No hables, Andy, no pasa nada, estás bien, te van a curar, vas a estar perfectamente.

—¿Andy? —Mi voz sale amortiguada por su camisa, pero no me suelta y no para de mandarme callar. Las sirenas aúllan a lo lejos, acercándose. Qué alivio. Quizá los de la ambulancia consigan quitarme de encima a estos dos pesados para que pueda ponerme hielo en la cabeza e irme a trabajar.

Una gota cae de mi pelo y me resbala por la mejilla. Quizá estoy peor de lo que pensaba si estoy sangrando. Quiero comprobarlo,

pero me tiene tan aprisionada que no puedo ni ver. Forcejeo contra él, intentando apartarlo, pero es un muro de ladrillo enroscado a mi alrededor. Su pecho se estremece mientras hace estúpidos ruidos tranquilizadores que ni siquiera necesito. Creo que he chocado con algo mucho más grande que ese camión; algo dentro de Reggie que se moría por liberarse.

¿Y quién coño es Andy?

Las sirenas se apagan y un minuto después una voz firme le ordena a Reggie que se aparte. Él retrocede, manso como un cordero, y se coloca junto al otro conductor, solemnemente silencioso. Su rostro ahora brilla, ¿me ha empeorado la vista? Toco la humedad de mi mejilla. No es sangre. Parecen lágrimas. Con un grito ahogado, vuelvo a mirar a Reggie. Lo está. Está llorando a mares. ¿Qué demonios lo ha alterado tanto? Apenas ha sido un accidente; si no hubiera acelerado tan rápido para salir de allí —o si me hubiera puesto el cinturón de seguridad antes de hacerlo—, no me habría golpeado la cabeza. ¡Y apenas me he dado! Solo duele tanto porque este maldito jeep ha perdido todo el acolchado del volante.

Los sanitarios por fin abren la estúpida puerta. Me revisan la cabeza y me enfocan los ojos con una linterna. Me revisan el cuello y me ponen un collarín a pesar de mis objeciones. Antes de que me dé cuenta, el ejército de sobreprotectores ha aumentado y me llevan al hospital para hacerme radiografías.

De acuerdo. Sé cuándo me han vencido.

—¿Puedo llamar a mi jefa para decirle que no voy a ir a trabajar?

—Primero las radiografías, después las llamadas —me dice Lorry, la sanitaria—. Ha sido una soberana estupidez, Nayla. ¿En qué demonios estabas pensando?

—Estaba pensando en que llegaba tarde al trabajo.

—Mejor tarde que muerta. Ya sabes que en esa maldita calle el límite de velocidad es poco más que una sugerencia.

—Eso parece un problema para tus amiguitos policías.

—¿Ah, sí? Pues ahora mismo tiene toda la pinta de ser un problema para ti.

Contra eso no puedo discutir. Maldita sea. Podía soportar los regaños del viejo, pero luego la forma en que Reggie actuaba como si ya estuviera medio muerta, y ahora Lorry gritándome… Me duele la cabeza como mil demonios, voy a perder un trabajo y que Dios me pille confesada cuando se entere mamá. Es demasiado para soportarlo. Una lágrima se desliza por mi mejilla, aunque al menos esta la he producido yo sola. Por fin, el compasivo corazón de sanitaria de Lorry se apiada de mí.

—¿Del uno al diez, cuánto te duele? —pregunta con brusquedad —. Y ten en cuenta que yo estaba allí el día que te rompiste el fémur en el guardaganado.

Gracias por recordármelo, capullo. —Un cuatro, supongo. Subiendo a cinco. Y será un seis si sigues dándome la matraca como si fueras mi madre.

Su ceño se frunce aún más, pero aparte de eso, no reacciona a mi último comentario. —Voy a darte algo para el dolor. ¿Has tomado drogas, alcohol o algún medicamento en las últimas veinticuatro horas?

Tengo que pensarlo un segundo. ¿Qué he bebido con la cena? Solo una Coca-Cola. —No.

—¿Seguro?

—¿Me estás llamando mentirosa o borracha, Lorry?

Suspira y me frota la piel con una toallita de alcohol. —Un pinchacito.

—*¡Hijo de…!*

—Cierra la boca —espeta—. Te han picado abejas más grandes que esto. Estamos a dos minutos, así que más te vale empezar a comportarte.

—Te estás tomando muchas confianzas para ser un profesional sanitario —le digo.

—Eso es porque estoy muy familiarizado con tus trastadas —dice —. Cualquiera diría que, con tu madre tan enferma, tendrías más cuidado de no acabar aquí tú también.

Justo cuando dice eso, la ambulancia se detiene y las puertas traseras se abren de golpe. Sacan la camilla. Me incorporaría para protestar, pero lo que sea que me han inyectado me lo impide. Es

como si todo el cielo descansara sobre mi pecho, ingrávido y aplastante a la vez. Aunque eso es bueno. Prefiero estar totalmente colocada mientras todo el mundo y su madre comentan lo idiota que soy.

El técnico de rayos X se acuerda de mí por el incidente del guardaganado. No me llama idiota, pero lo insinúa. La enfermera se acuerda de mí de la última vez que traje a mi madre. Sus «ay, pobrecita» podrían arrancarle la piel a un cerdo. Una vez que me dejan a solas con mi humillación, y para rematar, llamo a la tienda.

—Roy's Market, soy Dennis, ¿en qué puedo ayudarle?

—Dennis, soy Nayla. He tenido un acciden…

—¿Nayla? ¡Tenías que haber estado aquí hace media hora!

—Lo sé, lo siento, he teni…

—Hoy llega un pedido doble, la hora de llegada estimada para el primer camión es en veinte minutos. Más te vale estar aquí en dieciocho.

—Dennis, por favor…

—¡Sin excusas! O estás aquí o estás despedida. —Cuelga el teléfono de la tienda con un portazo que me hace castañetear los dientes.

Pues qué bien, ¿no? Gruñendo, hundo la cara en la áspera almohada del hospital. ¿Puede este día ir a peor? Por supuesto que puede, porque en esta habitación esterilizada no hay madera que tocar, ni tampoco sal que echar.

—¡Toc, toc!

A regañadientes, me quito la almohada de la cara mientras la cortina se abre y la doctora Auger entra pavoneándose con un brillo en los ojos y un bolígrafo en el pelo.

—Vaya, vaya, vaya, sí que te has dado un buen golpe, ¿eh? Bueno, la buena noticia es que es lo único que te has hecho. Ni rastro de fracturas o conmoción cerebral. Siéntate, cielo, vamos a ver qué tal ese latigazo cervical. Voy a tener que palparte un poco, tú solo dime cuándo te duele.

Me quita el estúpido collarín y me palpa la espalda, el cuello y la cabeza, moviendo esta última un poco.

—¿Alguna molestia?

—No, pero me dieron algo para el dolor en la ambulancia.

—Lo sentirías de todos modos. ¡A mí me parece que está todo bien! Sinceramente, Nayla, me sorprende que estés aquí. Estabas saliendo de tu entrada cuando el viejo Nichols te dio, ¿verdad?

—Sí, doctora. Y créame, no ha sido decisión mía. Nichols y Reggie se pusieron como locos y llamaron, y creo que Lorry solo quería darme una lección.

—Bueno, entonces, parece que estamos de acuerdo en esto. Haré que las enfermeras te preparen el alta. Ve llamando a alguien para que te recoja. Si intentas irte a casa andando con esa medicación en el cuerpo, volverás aquí antes de que puedas decir ni pío.

Se marcha a toda prisa, dejándome mirando el móvil. ¿A quién narices se supone que voy a llamar? A mi madre no. Últimamente no conduce mucho, y llamarla desde el hospital seguro que le da un susto, aunque no me pase nada. Nada, claro, excepto quedarme sin trabajo.

Reggie sería la opción obvia si no fuera por cómo se ha estado comportando. Llamándome Andy y actuando como si me estuviera muriendo y todo eso. Estaba más afectado que yo por todo el asunto. Bueno, no hay más remedio. Si me quedo aquí mucho más tiempo, mi madre se enterará, y entonces vendrá ella misma a llevarme a casa, sea seguro para ella o no. Peor aún, haría que condujera Lou Anne, y ya tengo un dolor de cabeza.

Mis dedos se ciernen sobre el teclado por un momento antes de que haga un sonido de asco hacia mí misma. No tengo el número del hombre. ¿Cómo es posible que lo tenga alojado en mi casa, que me invite a cenar, que entre en pánico por un golpe en la cabeza, y ni siquiera tenga su número? La única persona que se me ocurre que podría tenerlo es Barb, y querría saber demasiadas cosas antes de dármelo.

—A ver, un momento, señor, que ni está muerta ni se está muriendo, no hay necesidad de montar una escena. Siéntese ahí y veré si ella siquiera quiere que esté usted aquí. Dios mío, hoy todo el mundo ha perdido el juicio.

Una enfermera entra furiosa en mi cubículo sin siquiera un «toc, toc», y me mira con el ceño fruncido y las manos en las caderas.

—Un hombre que dice llamarse Reggie está ahí fuera muriéndose por verte. ¿Es él la razón por la que parece que te ha coceado en la cara un burro testarudo?

—No, señora —le digo—. La burra testaruda hoy soy yo. Me di en la cabeza con el volante por hacer el tonto. Puede pasar, solo estoy esperando mis papeles del alta.

—Yo me encargo de eso —dice—. No tardo ni un minuto.

Supongo que eso resuelve un problema, pero no me ayuda a sentirme mejor. La forma en que le hablaba me hace pensar que sigue delirando y no sé si puedo confiar en que me lleve a casa de una pieza sin manosearme.

Un instante después de que se vaya, la cortina se abre de nuevo para revelar a un Reggie con cara de circunstancias.

—Hola, Nayla —dice—. ¿Cómo te encuentras?

—Un poco atontada por lo que sea que me han dado, pero por lo demás estoy bien. ¿Qué tal, um... qué tal mi jeep?

—Está bien —dice—. Lo he llevado al taller para que le cambien el piloto trasero. Espero que no te importe.

—Qué es una factura más —digo, forzando una risa—. Entre eso y el viaje en ambulancia, espero de verdad que Dennis cambie de opinión.

—¿Dennis?

—Mi supervisor en la tienda. Me ha llamado para decirme que llegaba tarde y que estaba despedida. He intentado explicárselo, pero no ha querido escucharme.

—Oh, Dios —dice con una mueca—. Lo siento muchísimo. No te preocupes por las facturas de hoy, yo me encargo de ellas. Son culpa mía, en su mayor parte. Pero ¿estás bien? ¿Sin huesos rotos, sin conmoción cerebral?

—Sana como una manzana —le digo con una pequeña sonrisa—. Aparte de este chichón, claro.

—Está bastante oscuro —dice—. Me temo que te vas a pasar toda la noche aguantando comentarios sobre él.

—Mejor que lo hagan —le digo mientras me deslizo fuera de la cama—. La gente que no hable de ello simplemente va a asumir que has sido tú.

Parece confundido por un momento, luego sus ojos se abren de par en par. —¡Ah!

—Sí, por eso la enfermera se ha tomado su tiempo para dejarte pasar. Pensó que podría haber sido cosa tuya. No te preocupes, se lo he aclarado. Es solo que es lo primero que va a pensar la mayoría de la gente, eso es todo.

Su rostro se ensombrece de una manera que me rompe el corazón. Quiero tranquilizarlo, pero me pone nerviosa que si me pongo demasiado cómoda con él, vuelva a perder los estribos conmigo. Me quedo retorciéndome las manos durante un tiempo incómodamente largo antes de que la enfermera vuelva a entrar con mi documentación.

—Aquí tienes tus papeles del alta —me dice—. La parte subrayada es nuestra factura; recibirás otra de la ambulancia. Deja que te acompañe a recepción y puedes hablar de tus opciones con Jeannie.

Mis opciones… La cabeza me da vueltas. Los números son como jeroglíficos, no tengo la menor esperanza de ponerlos en orden. ¿Cómo puede un golpecito en la cabeza costar tanto maldito dinero? Me siento mareada de nuevo, pero creo que es más por la inminente catástrofe del mostrador de pago que por el golpe en la cabeza.

—¿Me permites? —pregunta Reggie.

Aturdida, le entrego los papeles. La enfermera nos saca de la habitación y nos acompaña por el pasillo, sujetándome del brazo, mientras Reggie se adelanta a toda prisa. Supongo que eso significa que ya no le puede su instinto caballeroso.

Lo pierdo de vista al doblar una esquina.

—Justo ahí delante —me dice la enfermera—. Parece que Jeannie tiene a alguien con ella. No tardará más de un minuto. Siéntese, por favor. La llamará en cuanto esté libre.

Me hundo en la silla, esperando que Reggie vuelva del baño o de dondequiera que haya ido antes de que se abra la puerta de Jeannie, ya que él tiene la factura. Se me encoge el corazón cuando

el pomo de la puerta gira. Seguro que Jeannie puede buscar mi expediente, pero no servirá de nada. No tengo ni idea de cómo voy a pagar esa factura.

—Muchas gracias —dice una mujer, supongo que Jeannie, desde dentro de la habitación—. Dele mis mejores deseos a la señora Anchour, por favor.

—Lo haré, y gracias, Jeannie. —Reggie cruza el umbral y se acerca a mí, tendiéndome la mano con una sonrisa—. Todo arreglado —dice—. ¿Lista para irnos?

—Más que lista —le digo, aceptando su mano—. ¿Pero y la factura? No habrás… —Dios mío, ni siquiera puedo terminar la frase. Si ha pagado esa factura por mí, estaré en deuda con él el resto de mi vida.

—Como te he dicho antes —dice, guiándome hacia la puerta—, fue culpa mía que acabaras aquí. Lo justo es que me ocupe yo de la factura.

—Pero… era muchísimo dinero… —Oh, Dios, creo que voy a vomitar—. Nunca podré pagártelo.

—No es tu deuda —me dice con firmeza—. Yo siempre pago mis deudas, Nayla, y esa era mía. También pienso encargarme de la ambulancia. Si no hubiera perdido la cabeza por un momento, no te verías en esta situación.

—Entonces, desde luego que no puedes pagar lo del faro trasero —le digo—. Eso fue culpa mía, no tuya.

Él se limita a darme una palmadita en la mano y me acompaña a su coche. Por alguna razón, no creo que vaya a dejar que pague eso tampoco. Llegamos a su coche y me siento inmediatamente intimidada. Lo vi en el aparcamiento y me pareció bonito, pero estar dentro es como entrar en otro mundo. Los asientos son increíblemente suaves, frescos incluso con el calor del otoño, y el salpicadero parece algo para lo que necesitarías un título de la NASA solo para saber cómo manejarlo.

—Bueno, pues… —suspira mientras pulsa un botón para arrancar el coche—. Vamos a llevarte a casa.

—De eso nada —le digo—. Necesito que me lleves al Roy’s Market.

—Claro. ¿Qué necesitas? ¿Ginger ale? ¿Hielo?

—Mi trabajo —le digo—. Voy a plantarme allí tambaleándome con la camisa del uniforme y la cara hecha un desastre, y voy a obligar a Dennis a que me mire a la cara, con el ojo hinchado y todo, y me diga que estoy despedida.

Reggie me mira fijamente un instante y luego se ríe.

—Como mandes, jefa. Recuérdame que nunca te busque las vueltas.

—Oh, seguro que te acordarás.

Él se limita a negar con la cabeza, riendo entre dientes, y sale del aparcamiento del hospital.

DIEZ

Reggie

Aunque me he ofrecido a acompañarla a la tienda, Nayla está decidida a parecer lo más lastimera posible antes de enfrentarse a su encargado. Me alucina que su primer instinto haya sido acorralarlo así, obligándolo a elegir entre su enfado y el qué dirán delante de sus empleados y de medio pueblo. No creo que ninguna de las mujeres que he conocido hubiera pensado en eso, y mucho menos lo habría hecho. Mamá se habría bloqueado por completo y ni siquiera habría intentado recuperar el trabajo, o habría gritado, llorado y amenazado por teléfono, perdiendo así cualquier oportunidad.

Adrienne habría… *Adrienne habría muerto*, me interrumpe mi cerebro gilipollas. Maldita sea. No sé cómo voy a explicarle a Nayla lo que ha pasado esta mañana. No estoy seguro de entenderlo del todo ni yo mismo. Oí el choque, vi a Nayla en el jeep y luego…

Y luego, no lo sé. En realidad, no recuerdo todo lo que pasó después.

Cuando lo intento, lo único que veo es el todoterreno de Adrienne, aplastado y retorcido en el fondo de aquella zanja. No hay ni una nube en el cielo y no la ha habido en todo el día, pero cuando intento pensar en esta mañana, lo único que siento es la lluvia.

Me tiemblan las manos y respiro hondo. Nayla está bien. Está mejor que bien, está llena de vida, de fuego y de determinación.

Ahora mismo está ahí dentro, sacándole los colores a un tipo para que le devuelva el trabajo. Es genial.

Está viva.

Está perfectamente bien, y va a necesitar que yo también lo esté hoy, porque va a necesitar que la lleve al bar y la traiga de vuelta.

Ella vale mucho más que sus trabajos. Entiendo perfectamente la frustración de su madre.

El hecho de que su espíritu y su mente estén aquí vendiendo sandías y sirviendo cervezas en lugar de estar impulsando la próxima gran innovación para la sociedad es una maldita tragedia. Si te digo la verdad, no sé cuánto tiempo podré quedarme y verla malgastar su tiempo así. Si no tengo cuidado y me muerdo la lengua, acabaré dándole más la matraca que su madre.

Estoy mirando hacia la puerta principal y la veo salir de la tienda. Se mueve despacio y tiene la expresión más triste del mundo. Mierda. Parece que no ha conseguido convencerlo.

Supongo que, de todas formas, era muy improbable, viendo que él es el tipo de persona que ni siquiera la deja hablar. Pobre chica. Quizá haya algo que yo…

Espera un momento. ¿Es…? ¡Sí!

En cuanto se acerca al coche, una sonrisa diabólica se dibuja en su rostro. Entra deprisa y se echa a reír.

—¡Madre mía, tenías que haber visto la cara de ese hombre! Empecé mostrándome muy arrepentida, y él intentaba interrumpirme, pero yo seguí hablando, diciéndole que sé lo importante que es la descarga, así que he venido directamente del hospital, y que no me importa si quiere despedirme después de que nos encarguemos del camión, pero que no puedo dejar que se ocupe él solo de todo. Seguí así un buen rato, el tiempo suficiente para que un puñado de cotillas encontraran una excusa para curiosear en la sección de frutería. Para cuando terminé, tenía a cuatro abuelas mirándolo como si le hubiera pegado una bofetada a sus propias madres. El pobre hombre estaba sudando la gota gorda.

—¡No me extraña!

—Casi me siento mal, pero, sinceramente, él se lo ha buscado. Al final me estaba suplicando que me fuera a casa a descansar, me dijo que podía volver en cuanto me sintiera lista, y ni un segundo antes. Presioné un poco más, haciendo un poco de teatro, y me dijo que me pagaría el turno para que me tomara el día libre. Supuse que no podía sacarle más, así que dejé que me convenciera.

—Absolutamente brillante. Con un cerebro como el tuyo deberías estar negociando contratos millonarios.

Ella se ríe.

—No creo que acorralar al viejo Dennis para que haga lo correcto se parezca en nada a negociar grandes sumas de dinero. Solo conozco su punto débil, eso es todo.

—Sí que lo conoces —le digo—. Y has descubierto exactamente cómo explotarlo, *con* analgésicos nublándote la cabeza, *después* de una mañana traumática. Oh, sí. Eres jodidamente lista. Encajarías perfectamente entre algunos de los tiburones más astutos que conozco.

Sonríe, sonrojada.

—Si no te conociera, pensaría que me estás haciendo la pelota.

—La pura verdad —le digo—. Eres demasiado inteligente para los trabajos que tienes. Esta gente tiene contratada a una fuera de serie y no tienen ni puta idea.

—Oh, qué amable eres —dice.

No sé si se está tomando en serio algo de lo que le digo. Mi primer instinto es seguir lanzándole mis ideas hasta que se aferre a una, pero sé que no debo. Si presiono demasiado, ella simplemente se resistirá con más fuerza.

Después de ver cómo ha lidiado con su madre, y ahora con Dennis, creo que voy a tener que ser muy cuidadoso si quiero hacerla cambiar de opinión sobre cualquier cosa, pero especialmente sobre los estudios.

—¿A qué hora tienes que estar en el bar? —le pregunto.

—No entro hasta las tres —dice—. Y ahora es… apenas mediodía.

—¡Genial! Entonces, ¿tienes hambre?

—Qué va, solo estoy hecha polvo. Aunque no me importa pasar por algún sitio de comida para llevar si tienes hambre. Estaba

pensando en echar una cabezadita antes de ir a trabajar.

Y eso es precisamente lo que hacemos: una vuelta rápida por el restaurante de comida rápida más cercano y de regreso a su casa. Todavía quedan algunos cristales en la carretera, delante de la entrada de su garaje, y tomo nota mental de que tengo que limpiarlos antes de que vuelva a salir.

Una vez que está a salvo en la cama, vuelvo a sentirme inquieto. ¿Cómo es que esta casi desconocida se ha convertido de repente en el centro de mi mundo? Lo único que quería era dar una vuelta en coche, escaparme, aclararme las ideas, y ahora estoy aquí, viviendo con una mujer y cuidándola. El fantasma de Adrienne me parece muy lejano. La voz crítica de mi madre parece resonar en cada una de las interacciones que he tenido con Nayla. Hay una espiral aquí, girando lentamente, tratando de deslizarse bajo mis pies y arrastrarme a su interior.

Necesito una distracción.

Mi primer impulso es, por supuesto, el móvil. Eso no ayudará en absoluto. No necesito que me recuerden todo y a todos los que estoy descuidando ahora mismo, y desde luego no necesito que me recuerden que soy un hombre digno de lástima. Lo que sí necesito es anclarme en el aquí y el ahora, sentir mi cuerpo en este nuevo lugar, formar parte de él de alguna manera. No para afianzarme, solo para mantenerme a salvo en aguas poco profundas.

Con el mayor sigilo posible, abro la puerta corredera que da al lavadero, que es bastante grande. «La puerta de mi izquierda debe de ser la habitación extra», pienso. Al abrirla, me encuentro con un cuarto polvoriento, mohoso y claramente dañado por el agua, con algunos muebles rotos y dos pilas de cajas de plástico, cada una meticulosamente etiquetada. Cuando dijo «trastero», me había imaginado el típico desorden caótico propio de un acumulador que se suele encontrar en sitios así, pero esto está todo muy ordenado, limpio y minimalista. Todo cabe perfectamente en la única esquina intacta de la habitación. Eso me facilita mucho el trabajo.

Necesitaré la cinta métrica y una libreta. Vuelvo sobre mis pasos hasta el coche y abro el maletero. Saco mi bolsa de lona, llena de herramientas y cachivaches varios que he ido necesitando en alguna

ocasión, y vuelvo a entrar. Dejo la bolsa en la cocina y salgo al porche, donde había dejado la libreta.

Me encuentro con una escena confusa. La mesita está volcada y una bandeja de madera está boca abajo frente a ella. Hay un azucarero y una jarra de leche a juego, una taza de café en medio de un charco y manchas de café salpicadas por la pared y el suelo. Sin embargo, no hay ni rastro de la libreta. Automáticamente, empiezo a limpiar el desastre mientras me esfuerzo por recordar los primeros momentos de la mañana.

Oí el estruendo y me moví al instante. Debí de volcar la mesa al pasar corriendo, pero ¿de dónde ha salido el café? Nayla debió de dejármelo. Sería un detalle por su parte, y ella es la amabilidad en persona. Debió de quitar la libreta de en medio, pero ¿dónde demonios la ha metido?

Un rápido vistazo es suficiente para ver que no está en ninguna parte del porche. Nayla mantiene sus espacios ordenados y organizados, lo que significa que probablemente tenga un sitio para cosas como mi libreta, pero no me imagino dónde podría ser. ¿Un cajón de sastre, tal vez? No, no para las cosas de un invitado. Espero que no la haya metido en su propia habitación, eso sería un fastidio.

Así que, sintiéndome como un intruso, empiezo mi búsqueda. No tardo mucho en encontrarla, aunque está en el lugar más insospechado; de hecho, paso por delante dos veces antes de reconocerla. Había dado por hecho que era suya, ya que estaba abierta en medio de la mesa de centro, y no quería ponerme a curiosear.

Por lo visto, a ella no le molesta tanto como a mí invadir la intimidad de los demás. Y bien, Nayla, ¿qué has descubierto sobre mí mientras dormía?

No puede ser. Ni de coña.

La ira le pisa los talones a la paranoia en mi cabeza y un sudor frío me baña el cuerpo. De todas las páginas de esta libreta —notas de llamadas al azar, listas de suministros y de la compra, recordatorios sueltos—, tenía que estar abierta justo por esta. Uno de los muchos, muchísimos borradores que escribí para el discurso

fúnebre de Adrienne. El primer borrador. El borrador en crudo y sin filtros, el que maldice a Henry Ford y a todos sus descendientes, tanto biológicos como empresariales; el que ruega a alguien, a quien sea, que se apiade de mi sufrimiento y ponga fin a mi vida sombría y sin amor; el que proclama que no hay mujer viva que pueda volver a hacerme sentir algo, porque Adrienne era mi corazón, y yo no soy nada sin ella.

El discurso que finalmente pronuncié tenía muy poco en común con este. Este era yo desangrándome. Una purga. Es lo único vitalmente personal que he escrito en esta libreta en concreto, que yo recuerde, y es la página que ha dejado abierta.

Justo antes de tener un accidente. Un accidente causado por sus propias acciones imprudentes y descuidadas… o eso pensaba yo. Ahora mismo, estoy pensando en lo improbable que es que ella lea sobre mi amor por otra mujer, lea los detalles del fallecimiento de esa mujer, y que, justo después, se viera envuelta por pura coincidencia en una situación parecida.

¿Tan desesperada está?

La mayoría de la gente me pregunta cuándo voy a volver a estudiar, o si estoy intentando pillar marido.

Inevitable… esa es una buena palabra.

Quizá lo esté. Quizá no he visto las señales. ¿Por qué iba a ofrecerme su propio dormitorio si no era con la intención de que me quedara, de que acabáramos compartiéndolo? Dice que tenía la intención de arreglar esa habitación, pero ¿cómo? ¿Cuándo? ¿Con qué tiempo o dinero? ¿Con el mío?

Maldita sea. He caído de lleno. Alardeando de mi dinero, pagando sus facturas… por supuesto que va detrás de mi dinero. He visto de primera mano lo decidida que puede ser, la tenacidad con la que persigue algo cuando se le mete en la cabeza. Si pensó que la única manera de llamar mi atención era imitando mi mayor trauma, si mi atención era algo que deseaba con tantas ganas, desde luego que la veo capaz de llegar a esos extremos para conseguirlo.

Miro la hora. Es la una en punto, lo que significa que tengo al menos una hora antes de que se despierte. Eso me deja dos opciones. Puedo irrumpir en su habitación y exigirle que se despierte

y me dé la cara, o puedo hacer algo productivo y darle vueltas a todo esto hasta que me sienta menos violento. El impulso de hacer lo primero es tan fuerte que sé que tengo que hacer lo segundo. Así que, armándome de valor y tragándome la rabia, cojo la libreta y vuelvo furioso a la habitación del fondo, deteniéndome solo lo justo para coger mi bolsa.

Tras un par de medidas garabateadas, salgo a buscar la ferretería. Solo hay una en el pueblo, así que debe de ser de la que hablaba anoche. Anoche parece que fue hace un siglo. El aparcamiento está sorprendentemente concurrido para ser un lunes por la mañana, igual que lo estaba el del supermercado. Me pregunto a qué se dedica todo el mundo por aquí para tener tanto tiempo libre para ir de compras en medio de un día de trabajo.

—¡Buenas! Bienvenido. No te había visto nunca por aquí. ¿Puedo ayudarte a encontrar algo? —me saluda un hombre de unos cincuenta y tantos años, con un delantal verde y una camisa de cuadros azules, en cuanto entro por la puerta.

—Quizá. Estoy reformando una habitación que sufrió daños graves y luego se quedó abandonada durante demasiado tiempo. Voy a necesitar ventanas, aislamiento, pladur, algunas herramientas de corte para quitar lo que está podrido, subsuelo y algunos listones de madera, para empezar. El tejado también necesitará algún arreglo, imagino, pero aún no sé hasta qué punto.

—Suena a un proyecto a largo plazo. ¿Vas a quedarte una temporada por el pueblo, entonces?

Me encojo de hombros y hago un ruido evasivo.

—¿Puedes indicarme dónde está todo?

—Mejor aún, te acompaño. Oye, esos daños… ¿no serán en la casa de alquiler de Steve Oswald, verdad? Llevo casi dos años intentando convencerlo de que arregle esa habitación. Le he dicho: «Steve, estás perdiendo dinero por no alquilar ese sitio como un piso de dos dormitorios, no te costaría más de un mes de alquiler dejarlo apañado». Pero él me da largas y básicamente me ignora. ¿Al final ha contratado a alguien para hacerlo?

—No, lo siento. Nadie me ha contratado, solo le estoy haciendo un favor a una amiga. Y no, el nombre de esa amiga no es Steve

Oswald.

El hombre se ríe, y su barriga se sacude como la de Papá Noel.

—No le habría preguntado eso. Oswald no es el tipo de hombre que tiene amigos que le hagan favores, no a menos que él les haya hecho un favor primero. No es lo que se dice un tipo agradable. ¿Tiene las medidas?

—Sí. —Le enseño la página de mi cuaderno donde las garabateé. Sus ojos astutos lo examinan todo y casi puedo verlo comparar mis números con los cálculos o las medidas que tiene en la cabeza del trastero de Nayla. He trabajado en pueblos pequeños antes. Incluso viví en uno durante unos meses. Pero nunca he visto un pueblo entero con este nivel de interdependencia y enredo, y empieza a darme repelús.

—Entonces, sus ventanas irán por aquí. Tenemos ese tamaño en existencias, así que debería encontrar lo que necesita. ¿Quiere que hagan juego con las otras ventanas de la casa?

Mierda, sabía que se me olvidaba algo.

—Dejemos las ventanas por ahora —le digo—. Empecemos por el suelo y las paredes.

—No se pueden hacer unas paredes en condiciones sin ventanas —dice con desaprobación, aunque se equivoca—. ¿Tiene una foto de la casa? Podría ayudarle a encontrar unas que hagan juego.

Por el amor de Dios.

—Enséñeme lo que tiene, a ver si puedo elegirlas a ojo.

Su sonrisa triunfante me pone de los nervios. ¿Y a él qué más le da si estoy trabajando en casa de Nayla?

—Estas parecen adecuadas. Las probaré.

—Eeeh… ¿Está seguro, hijo? No pretendo saber en qué está trabajando, por supuesto, pero si yo fuera usted, me fijaría en estas.

Joder, tiene razón. Pero si le digo que tiene razón, lo sabrá con certeza. Sigo sin saber por qué demonios le importa, pero me fastidia darle más motivos para que se ponga chulo. Me limito a encogerme de hombros.

—No sé. ¿Cuestan lo mismo?

—¡Claro que sí! Y si me equivoco, no tiene más que traerlas de vuelta y le daremos las correctas.

Me encojo de hombros de nuevo.

—De acuerdo, supongo.

Avanzamos por la tienda. No sé qué he hecho para merecer un asistente personal de compras y la verdad es que preferiría no tener que lidiar con él. Pero supongo que vine aquí para distraerme y, si algo es, es una distracción.

—Déjeme que le dé un consejo, hijo —dice el hombre mientras entramos en el almacén de madera.

—¿Sobre listones?

—Sobre mujeres.

—No recuerdo haberle dicho nada sobre mujeres —digo con irritación.

Niega con la cabeza.

—No ha hecho falta, hijo. Lo lleva escrito en la cara. Hacerle un favor a una amiga, muy calladito sobre quién puede ser esa amiga o el alcance del favor… por no mencionar que se parece a ese forastero del que todo el mundo habla y que ha estado pasando el rato con la chica Anchour. Una chica que, casualmente, vive en la casa de Oswald, la que tiene esa habitación dañada por la tormenta. No, no diga nada, no hace falta. Solo estoy aquí para decirle que soltarle pasta a una chica guapa como esa no le va a servir de mucho. Hombres mejores que usted lo han intentado. No es de las que sientan la cabeza. Le cogerá el dinero con una sonrisa y lo dejará esperando hasta que sus intenciones se marchiten y mueran.

—Gracias por el consejo.

Sonríe y abre la boca para decirme que no es nada o algo por el estilo, pero lo interrumpo.

—Pero usted no sabe nada de mí ni de mis intenciones y, por su descripción, está bastante claro que tampoco sabe nada de Nayla. Dedíquese a vender herramientas, viejo. No necesito sus consejos.

Se encoge de hombros.

—No diga que no se lo advertí. Esa chica es una auténtica rompecorazones. Coquetea, se ríe y coge todo lo que puede, pero nunca da nada de lo que un hombre quiere a cambio. Está jugando con usted. Si quiere caer en la trampa, adelante.

—¿Y a usted qué le hizo? —pregunto—. Tiene edad para ser su padre. No me diga que está resentido porque lo rechazó *a usted*.

Niega con la cabeza como si se avergonzara de mí.

—Aún es joven. No lo entendería. Un hombre llega a mi edad y empieza a pensar en el futuro. Tengo demasiado dinero para mí solo, sin hijos con los que compartirlo. Eso no está bien. Simplemente no está bien.

—Suena a que es un problema suyo. ¿Sabe qué? Creo que voy a pedir que me envíen estas cosas por internet. Probablemente sea más barato, además.

Dejo el carrito con las ventanas en medio del almacén de madera, a cargo del hombre que echa humo por las orejas. Gilipollas engreído. Estoy tan cabreado que casi me choco con una chica de aspecto agobiado, de unos diecinueve años, que lleva el mismo delantal verde que él.

—Disculpe que lo moleste, señor, pero ¿no estaba usted con Hank? Lo necesito en la entrada y no responde a mis llamadas.

—En el almacén de madera —le digo, señalando por encima del hombro con el pulgar.

Me lanza una mirada preocupada y luego se apresura a buscarlo. Así que ese era Hank. Ni de coña trabajaría para ese baboso cabrón que solo te hace perder el tiempo. Probablemente Nayla ya esté levantada, esperando a que la lleve. Instintivamente, busco el móvil para ver si me ha enviado un mensaje, pero entonces recuerdo que no le he dado mi número. No quiero tener que mirar el móvil hasta que esté listo para enfrentarme a la avalancha de mensajes.

A la mierda. Después de dejarla en el trabajo, iré a comprarme uno nuevo. Y este podrá quedarse en la guantera hasta el día del Juicio Final, que a mí me da igual. Vida nueva, móvil nuevo. Parece lo más apropiado, ¿no?

ONCE

Nayla

Me despierto con el sonido de la puerta de un coche cerrándose de golpe en mi entrada, y deseo con todas mis fuerzas que no fuera así. Me martillea la cabeza, tengo la boca seca y no es justo tener esta resaca sin ni siquiera haberme divertido emborrachándome. Me doy la vuelta y miro la hora. Las dos y cuarto. Vaya, mierda. No hay tiempo que perder lamentándose, así que salgo de la cama y voy a trompicones por la habitación mientras el mundo se inclina y da vueltas a mi alrededor.

Diez minutos más tarde, después de pelearme para vestirme, salgo y me encuentro a Reggie preparándose una taza de café. ¿Un poco tarde para eso, no? Lo saludo con la mano y con la mejor sonrisa que soy capaz de esbozar, y luego me dirijo al baño. Cuando termino, está junto a la puerta, sosteniendo mi pequeña bandeja en sus manos.

—He pensado que necesitarías esto —dice—. Agua, una aspirina y café. —Deja todo en la mesita de centro y me invita a sentarme. Lo hago, sintiendo una confusa mezcla de emociones borrosas que se disipan muy rápido después de la aspirina y el agua.

—Oh, vaya —digo una vez que mi cerebro se activa y reconoce algunas similitudes—. Se me ha olvidado. Traje tu cuaderno esta

mañana, creía que lo había dejado justo aquí. Iba con prisas, así que a lo mejor se ha caído… —Me inclino para mirar el suelo alrededor del sofá e inmediatamente desearía no haberlo hecho cuando la cabeza me da una punzada.

—Lo he encontrado —dice con voz neutra—. ¿Has disfrutado de la lectura?

Abro los ojos como platos ante la acusación, aunque una punzada de culpabilidad me atraviesa el corazón. Había estado a punto de hacerlo.

—¡No! —le digo—. No he leído ni una palabra. Te pido disculpas si no debería haberlo tocado. No era mi intención molestarte.

Ahora que estoy más despierta, puedo ver la sospecha y la ira en su rostro. Me estoy devanando los sesos para intentar pensar por qué creería que lo he leído.

—Entonces, supongo que lo estaba leyendo un fantasma —dice con sarcasmo—. ¿O quieres que me crea que por la mañana hace tanto viento aquí dentro que el cuaderno se abrió solo?

—¡Oh! Oh, ya veo. Oh, Dios mío, lo siento mucho. No, ninguna de las dos cosas. Lo que pasó es que tenía prisa para prepararme y lo llevaba en la mano, con la intención de dejarlo en algún sitio, pero estaba hecha un manojo de nervios. Sonó mi alarma de «mueve el culo a la tienda» y lancé el cuaderno. Aterrizó con las páginas abiertas. Debería haber sido más cuidadosa, no es mi cuaderno para andar tirándolo por ahí como una salvaje.

No parece convencido, y su recelo está reavivando mis propias sospechas de esta mañana.

—Estás actuando de forma muy territorial con ese cuaderno —señalo sin rodeos—. Así que, ¿es una lista de objetivos o son contactos de un cártel?

Su rostro se contrae en una extraña mezcla de confusión, ira y asco.

—¿Qué?

—Escucha, cielo, he conocido a mucha gente muy reservada con sus cosas, pero tú actúas como si yo supiera demasiado, y me suena a rollo de mafiosos. Si estás metido en algún tipo de organización criminal o algo así, no digo que te vaya a echar, pero sí que voy a

querer saber cuánto peligro corro. ¿Estamos hablando de polis o de criminales? —Intento con todas mis fuerzas mantener la calma, pero tengo el corazón en un puño y seguro que nota que estoy sudando.

—No —dice él, con una expresión más de confusión que otra cosa. Hace una pausa, y parece que está procesando lo que le he dicho—. ¿Por qué...?

La alarma del móvil me avisa de que tengo que irme.

—Es la hora —le digo—. Podemos hablarlo de camino al trabajo.

Él asiente y me sigue hasta la puerta. Una vez en el coche, retomo la conversación donde la dejamos.

—A ver, puede que haya leído demasiadas novelas policíacas y visto demasiadas series de crímenes, pero fíjate en los hechos. —Los voy enumerando con los dedos—. Uno, tienes demasiada pasta y no te importa cómo te la gastas. Dos, estás huyendo de algo y no quieres decir de qué. Tres, todavía no me has dicho a qué te dedicas. Cuatro, solo has usado el móvil cuando yo no estaba, y no me has dado tu número. Cinco, no me has dicho tu apellido. Y seis, te has puesto hecho una furia cuando has pensado que te había tocado el cuaderno. Son un montón de pistas que claman al cielo, ¿no te parece?

Permanece en silencio el tiempo suficiente para que yo empiece a sudar de nuevo. Tengo el móvil en la mano por si acaso decide conducir a cualquier otro sitio que no sea el Stonewall. Como mi bocaza haga que me peguen un tiro y me entierren en algún bosque, mamá no me lo perdonará jamás.

—Vale, creo que entiendo por dónde vas —dice finalmente—. Aunque, sin duda, *sin duda alguna*, creo que se te está yendo la mano con las historias macabras.

—Puede que sí —admito—. Pero eso sigue sin explicar qué es lo que te ha sulfurado.

Inspira hondo y espira lentamente, luego niega con la cabeza.

—No soy un criminal. Soy empresario, y no lo digo como eufemismo. No huyo de la ley ni de ninguna organización criminal. Es como te dije antes. Huyo de gente bienintencionada que no me deja en paz el tiempo suficiente para aclararme la cabeza. Por eso

no uso el móvil si puedo evitarlo, porque en cuanto desbloqueo el maldito cacharro, me acribillan a mensajes y llamadas.

Deja escapar un largo suspiro.

—Lo siento —le digo—. Me siento mal por haberme metido donde no me llaman. No era mi intención.

—Lo sé, lo sé. No lo estaba viendo desde tu perspectiva, y eso es culpa mía. El cuaderno me ha alterado porque cometí el error de escribir algo muy personal en él. Algo de lo que no estoy preparado para hablar. Puede que nunca esté preparado para hablar de ello. No es nada por lo que debas preocuparte. No oigo voces que me dicen que mate gente ni nada por el estilo. Es solo una de esas cosas de la vida que duelen.

Entra en el aparcamiento del Stonewall, mirando al frente con una intensidad que me estremece. Pongo mi mano sobre la suya y me conmueve ver cómo le tiembla la barbilla.

—Siento muchísimo que te hayan herido tan profundamente —le digo, hablando desde el fondo de mi corazón—. No volveré a meterme donde no me llaman, no te preocupes. Tómate todo el tiempo que necesites.

Gira su mano y se aferra a la mía como si fuera un salvavidas. Unas lágrimas de compasión asoman a mis ojos.

—Has sido maravilloso conmigo —le digo—. Y me gustaría hacer lo mismo por ti, en la medida de lo posible.

Toma aire con un temblor y se le suaviza la expresión. Ha conseguido controlarse, pero sigue crispado. Decido arriesgarme un poco para intentar aligerar el ambiente.

—Solo me queda una pequeña preocupación —le digo.

—¿Cuál?

—¿Y cómo demonios se supone que voy a decirte cuándo salgo si no usas el móvil?

La pregunta lo pilla por sorpresa y esboza una sonrisa. ¡Éxito!

—Dame tu número —dice—. Ya tenía pensado comprarme un móvil hoy, así que en cuanto lo tenga te enviaré un mensaje.

—Eres un genio —le digo.

Envalentonada por el éxito de mi última arriesgada decisión, le doy la vuelta a su mano y le garabateo mi número en la muñeca.

Luego, sintiéndome feliz como una perdiz, me inclino sobre el asiento y le doy un beso en la mejilla.

Se queda paralizado como un cervatillo deslumbrado por los faros de un coche, y un rubor le sube por la cara, revelando unas cuantas pecas que antes estaban ocultas.

—Gracias por traerme —le digo, sonriendo mientras recojo mis cosas. Salgo del coche antes de que haya descubierto cómo reaccionar, pero cuando me vuelvo a mirar, me dedica una sonrisa de oreja a oreja. ¡Doble éxito!

Entro al trabajo dando saltitos. Kamille está con cara de pocos amigos junto a la caja registradora y Khory está fregando el suelo como si intentara demolerlo.

—¡Buenas tardes! —digo canturreando.

Ambos hermanos me fulminan con la mirada. Khory gruñe algo que casi suena a un saludo... de un gran simio. Kamille entrecierra los ojos.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Sabes, Kamille, eso es lo que me encanta de ti. Eres tan refinada como discreta.

—Y tú eres un encanto —replica ella—. Te vas a pasar todo el día sirviendo a cotillas, más vale que te acostumbres a responder.

—Me di un golpe en la cabeza con el volante —le digo encogiéndome de hombros—. Una de esas cosas. Ahora que he respondido a tu pregunta, puedes responder tú a la mía. ¿Y todo esto? —Hago un circulito en el aire con el dedo, señalando el espacio entre ella y Khory—. El ambiente está tan cargado que se podría cortar con un cuchillo.

Pone los ojos en blanco en dirección a su hermano.

—Algún maldito idiota ha decidido meterse en el bolsillo suficientes propinas para mantener este bar a flote durante los próximos tres meses, no se ha molestado en añadirlas al bote común y lo ha hecho delante de al menos dos empleados: uno que ya ha presentado una queja formal y ha amenazado con demandar, y la otra que, por lo visto, se ha quedado tonta por el golpe que se ha dado con el coche.

—De todos modos, ella no se quejaría —gruñe Khory—. Ahora tiene a la gallina de los huevos de oro para ella sola.

Kamille parpadea.

—¿Perdona?

Khory sonríe con desdén y friega el suelo con más fuerza.

—Deberías usar los ojos a veces, Kamille. El señorito rico acaba de dejarla. Y parecían muy acaramelados, además. Si no recuerdo mal, ligar con los clientes va contra las normas, ¿no?

—Lo es —dice Kamille lentamente—. ¿Nayla?

—No es que ligara con él, exactamente —explico—. No de esa manera, al menos. Tommy ya se había ido antes de que cerráramos, y Khory...

Un chasquido brusco me interrumpe cuando Khory tira la fregona al suelo de madera.

—¿También me vas a echar la culpa de eso?

—Cállate —espeta Kamille—. Sigue, Nayla.

—Bueno, el caso es que Khory se fue justo al cerrar, pero el bar no estaba vacío. El hombre al que estaba sirviendo se quedó completamente sopa en la barra. Tuve que sacarlo a rastras. No sabía adónde llevarlo, así que dejé que se le pasara la borrachera en mi casa.

—Y luego te lo follaste —espeta Khory con desdén.

—Una palabra más y llamo a mamá —espeta Kamille—. No te vas a librar de esta, víbora.

—Pues llámala —replica él—. A ver cuándo encuentras el momento, porque yo me largo. —Levanta las manos y empieza a retroceder hacia la puerta principal.

—Ah, no, de eso nada —gruñe Kamille. Rodea la barra y se planta delante de su hermano—. No sin antes devolver ese dinero al bote de las propinas.

—No puedo hacerlo —dice él, con el ceño fruncido de rabia.

—Puedes y lo harás, ahora mismo.

—No. No puedo. Ha desaparecido, Kamille.

Se le queda mirando con la boca abierta. La abre y la cierra, pero no le salen las palabras. Como siga así, se va a desmayar.

—¿Me estás diciendo —dice, con voz temblorosa—, que te has gastado más de cinco mil dólares... en *dos días*?

—No es para tanto —refunfuña—. Es solo dinero.

—¡¿Solo dinero?! ¡¿*Solo dinero*?! ¡Es nuestro *bar*, idiota! Si Tommy sigue adelante con esto, podríamos perderlo todo. Sobre todo con lo que acaba de decir Nayla. ¿Quieres perderlo todo, Khory? Pues así es como se hace.

Khory masculla algo que no logro oír, pero debe de ser algo desagradable porque Kamille le estampa una bofetada en toda la cara. Me quedo de piedra, paralizada, mientras esos dos se empeñan en llevar el negocio a la ruina.

—Lárgate de aquí, Khory Barnhouse —dice ella con una voz baja y peligrosa—. Lárgate de aquí y no vuelvas sin ese dinero. ¿Me has oído?

Khory se da la vuelta sin decir ni mu. Una vez que la puerta se cierra de un portazo a su espalda, suelto un suspiro de alivio. Demasiado pronto, al parecer, porque Kamille se gira, todavía echando chispas de furia, y la descarga toda sobre mí.

—Continúa con lo que él estaba haciendo —me espeta, señalando la fregona en el suelo—. No estamos para tonterías.

Hago lo que me dice. Kamille se mueve de un lado a otro como una tormenta, preparando las cosas para la hora punta de la noche. Su mal humor debería contagiarme, pero la imagen de Reggie sonriéndome en el coche me mantiene el ánimo a flote y la ligereza en los pasos. Bofetada o no, drama o no, estoy decidida a tener un buen turno.

DOCE

Reggie

Desde que dejo a Nayla hasta el momento en que le envío un mensaje, una sonrisa de tonto no se me borra de la cara. Ese pequeño momento ha sido tan adorable, tan amable y tan atrevido; todo lo que me atrae de ella. Le envío un mensaje con mi número y ella me responde casi al instante con un «graciaaas xoxo» y un emoticono de un corazoncito.

Y es entonces cuando la sonrisa desaparece.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Debería estar trabajando. O de luto. En lugar de eso, estoy por ahí con esta chica, en este pueblo tóxico de narices, haciendo el tonto por un beso en la mejilla. Una oleada de culpa me sacude hasta la médula, como si Adrienne estuviera en casa esperándome, como si siguiera casado, como si pasar tiempo con Nayla y permitir que me bese fuera una infidelidad.

Siento que es una infidelidad.

Siento que es una traición a cada parte de mi vida que alguna vez me importó. Debería estar pendiente de mis empresas y sus proyectos. Debería estar consultando con la junta directiva, consolando a los padres de Adrienne, dejando que mi madre me mime hasta hartarse. Debería estar prestando atención a mi vida, a

mi vida real, no a este mundo de fantasía en el que caí a través del fondo de un vaso de cerveza.

Debería irme. Debería irme ahora y decirle a Nayla que llame a Lou Anne o a su madre o a quien sea para que la lleven a casa. Pero, Dios, no quiero irme, y no es solo porque todavía no me sienta preparado para afrontar mi vida en casa; es porque está empezando a encantarme cómo me siento cuando estoy aquí. Cuando estoy con ella.

Y me odio por ello.

Aparco delante de su casa y reviso las ventanas automáticamente. Hank tenía razón sobre cuáles necesitaba. No creo que vaya a perdonarle por eso en un futuro próximo, aunque no vaya a estar por aquí para terminar —o siquiera empezar— el proyecto. Eso no parece muy justo. En cierto modo, le prometí a Nayla que trabajaría en ello. No puedo faltar a mi palabra sin más.

No. Deja de poner excusas. Haz las maletas, sal a la carretera y envíale un mensaje en un par de horas, cuando sea demasiado tarde para dar la vuelta.

Por dentro, me siento como una bola de pinball rebotando de un lado a otro, mi mente saltando de una zona a otra, repasando mentalmente mis cosas y revisando cada rincón. No es como si me hubiera mudado ni nada por el estilo, pero, de alguna manera, todas mis cosas han conseguido encontrar su sitio en su casa. Esa es otra señal de que tengo que largarme de aquí antes de que acabe como uno de ellos.

Suena el timbre y abro la puerta mecánicamente, con la cabeza todavía recopilando todos los rastros de mi presencia en casa de Nayla. Cuando abro, me encuentro a la madre de Nayla de pie en el porche, con cara de pocos amigos.

—Hola, Amira, me alegro de…

—No malgastes tus cumplidos conmigo, chico —dice, señalándome el pecho con un dedo—. ¿Dónde está mi niña?

—Eh…, debería estar en el Stonewall, la he dejado allí hace un rato. Hum…, ¿quieres pasar?

—Pues claro que quiero pasar —dice, resoplando mientras cruza el umbral con dificultad. Le ofrezco el brazo y ella lo acepta, aunque

parece que preferiría rompérmelo. La guío hasta el sofá, que todavía está hecho cama, y la ayudo a sentarse.

—Deja que te traiga un poco de agua.

Ella asiente, haciéndome un gesto con la mano para que me aparte mientras intenta recuperar el aliento. Tiene tan mal aspecto que empiezo a pensar que hoy haré otro viaje al hospital. Le traigo el agua y me siento en el borde de la mesa de centro, queriendo estar cerca por si se desploma. Da un pequeño sorbo, luego otro, y después se reclina y se abanica, respirando larga y profundamente varias veces.

—¿Necesitas ir al hospital? Te llevo, no es ninguna molestia.

Niega con la cabeza. —Solo necesito recuperar el aliento —dice —. No quería esperar a que Lou Anne llegara a casa después de lo que he sabido. He venido andando. Maldito corazón.

El color vuelve lentamente a su rostro y levanta la cabeza. —Cariño, ¿me quitas los zapatos y me pones los pies en alto? Los tengo tan hinchados que parece que me van a reventar los dedos.

Hago lo que me pide, poniendo antes un cojín sobre la mesa de centro, intentando no ejercer más presión de la estrictamente necesaria en sus tobillos. No puedo imaginar lo doloroso que debe de ser para ella. Una vez que tiene los pies en alto, se queda sentada unos minutos más y finalmente respira hondo.

—Te lo agradezco mucho —dice—. Ahora, déjame que te cuente por qué he venido. Me ha llamado Abel Peterson, el del taller, haciéndome todo tipo de preguntas sobre el jeep de Nayla. Ha habido un poco de confusión, por supuesto, hasta que se le ha escapado que mi niña ha tenido un accidente de coche esta mañana, y que su novio llevó su coche al taller… *mientras ella estaba en el hospital.*

El dolor y la rabia en el rostro de la mujer me recuerdan por un momento a mi madre.

—Dime por qué he tenido que enterarme de eso por el maldito de Abel Peterson y no por mi propia hija. ¿Dime por qué su novio se tomó la libertad de contarle al maldito de Abel Peterson que estaba en el hospital, y no a su propia madre?

—Lo siento muchísimo, Amira. Estaba preocupado por Nayla cuando dejé el coche y hablé de más. Estaba divagando, la verdad. No debería haberle contado nada de eso, y menos antes de decírtelo a ti. En cuanto a eso…, bueno, la verdad es que no tengo tu número.

—¿Qué? —La furia que había calmado ha vuelto, y con el doble de fuerza—. ¿Quieres decir que mi hija tiene a un hombre prácticamente viviendo con ella y no te dio mi número de teléfono? ¿Dónde tiene la cabeza?

—Que yo sepa, la sigue teniendo bien puesta sobre los hombros —digo solemnemente—. Estoy seguro de que no pretendía disgustarte. La cosa es que acabo de cambiar de móvil hoy mismo. No he podido usar el que tenía antes, así que no habría podido guardar tu número de todos modos.

—Podría habértelo apuntado —bufa Amira—. Ay, esta niña. Bueno, en fin, ya estoy aquí. Cuéntame qué ha pasado, dime cómo está. ¿Ha hecho la tontería de ir a trabajar? A veces es así, ya sabes.

—Lo sé —convengo, sonriendo al recordar cómo se enfrentó al supervisor del supermercado—. Bueno, primero, déjame asegurarte que está bien. Solo un golpecito en la cabeza, nada más.

Amira se relaja un poco y le cuento el resto. Incluyo el hecho de que reaccioné de forma exagerada y llamé a la ambulancia, pero hago lo posible por restar importancia a mi reacción inicial. No quiero asustar a la madre justo después de haber calmado las ansiedades de la hija. No es que importe, porque en cuanto lleve a Amira de vuelta a su casa, haré las maletas y me iré.

—Así que, eso es todo —termino—. Está fresca como una lechuga, según sus propias palabras, aparte del golpe en la cabeza. Podría llevarte al bar si quieres para que la veas tú misma.

—Oh, no —dice Amira, sorprendiéndome—. Confío en ella y confío en ti. Si ambos pensabais que estaba lo bastante bien para ir a trabajar, entonces estoy segura de que lo estaba.

Una nueva punzada de culpa se retuerce en mi interior. Que confíe en mí hace que sea mucho más difícil hacer lo que sé que tengo que hacer, sobre todo en su estado.

—Ese chico, Abel, debe de ser un poco nervioso, aunque nunca lo había pensado —dice, pensativa, estudiándome el rostro con sus ojos penetrantes—. Dijo que estabas destrozado, como si se hubiera muerto alguien.

Alguien murió. Solo que no fue Nayla. Apenas me salen las palabras.

—Supongo que yo también soy un poco sensible para esas cosas —es la única y pobre respuesta que se me ocurre.

—¿Te refieres a los accidentes de coche? ¿O a que la mujer que amas esté en el hospital?

¿Pero qué es esto? ¿Acaso es adivina? Si fuera de los que sospechan de todo, podría apuntarlo como otra razón para pensar que Nayla leyó mi cuaderno y le pasó la información a su madre, pero, sinceramente, no creo que sea el caso.

—¿Te ha hablado Nayla alguna vez de su padre? —pregunta Amira después de que yo tarde demasiado en responder.

—La verdad es que no —le digo.

—No me sorprende. Apenas tuvo la oportunidad de conocerlo, pobrecita. Falleció cuando ella era solo un bebé. Yo nunca volví a casarme. ¿Quieres saber por qué?

Desesperadamente. —Claro, si quieres contármelo.

Suspira. —Al principio, estaba de luto. Lo asumí. Pero más tarde… mucho más tarde, cuando Nayla ya era una niña que iba al colegio y yo todavía era lo bastante guapa como para llamar la atención… nunca conseguí armarme de valor. Lo intenté. Todo el mundo me decía que Nayla necesitaba una figura paterna en su vida, que yo necesitaba un compañero que me ayudara a sobrellevar la carga, que era joven y merecía volver a enamorarme. Unas lágrimas que no llega a derramar le brillan en los ojos y traga saliva un par de veces.

—Y yo les creía —dice—. Todavía les creo. Creo de verdad que una viuda —o un viudo— merece la oportunidad de volver a enamorarse. Simplemente, no pude hacerlo. Si alguna vez alguien se fijaba en mí, me encerraba en mí misma, buscando los pedazos de él que había dejado en mi corazón, buscando consuelo en mi interior y rechazando a todos los demás. Cualquier otra cosa me parecía una

deslealtad. Como si él no estuviera realmente muerto hasta que yo dejara que mi corazón siguiera adelante, y no podía soportar dejarlo morir.

Me quedo sentado, paralizado en silencio, mientras sus palabras hacen eco de los sentimientos contra los que he estado luchando. El corazón se me encoge.

—Lo guardé en mi corazón durante tanto tiempo que, cuando por fin conocí a alguien que me hizo querer cambiar, cuando por fin quise permitirme sanar, se me rompió el corazón. Escúchame, Reggie. Literalmente, se me rompió el corazón. Cuando dejé que aquel hombre me besara, sentí un dolor tan fuerte que pensé que me estaba dando un infarto. No lo fue, no exactamente, pero sentó las bases. Poco después, caí enferma con un virus que cogí de los niños con los que trabajaba. Esas dos cosas se unieron para convertir mi vida en lo que es hoy.

Me coge la mano y me la aprieta con fuerza. —Me estoy muriendo, Reggie. Apenas tengo edad para pensar en la jubilación y me estoy muriendo. Porque no decidí vivir después de que mi marido falleciera. Porque cada parte de mí deseaba tanto unirse a él en la muerte que, sencillamente, no fui lo bastante fuerte para sentirme viva.

—Fuiste tú —caigo en la cuenta—. Tú eres la que leyó mi cuaderno.

—Vine ayer, con la esperanza de pillar a Nayla entre un trabajo y otro —admite—. No estoy orgullosa de ello, pero tampoco me avergüenzo demasiado. No soporto la idea de estar a las puertas de la muerte y confiarle el corazón de Nayla a alguien en quien no puedo confiar.

—¿Se lo has contado?

—No. Eso te corresponde hacerlo a ti, cuando lo consideres oportuno.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora?

Señala hacia la puerta. —Porque tienes las maletas hechas y veo el conflicto en tu cara. Conozco esa cara. La veía en el espejo cada día. Siento tu inquietud. Parece que quieres huir. Mira, no es asunto mío meterme en vuestra relación. Solo quería asegurarme de que

tuvieras todos los datos antes de que vayas y le rompas el corazón a mi niña… y quizá te hagas daño a ti mismo en el proceso.

Estaría en mi perfecto derecho a decirle que nos lo inventamos todo solo para explicar mi presencia en casa de Nayla a primera hora de la mañana, pero no creo que pudiera vivir conmigo mismo si lo hiciera.

—Te entiendo —le digo sin más—. Gracias.

—De nada, de verdad —dice—. Alguien debería sacar provecho de las lecciones de mi vida si no voy a estar aquí mucho tiempo para usarlas. Bueno, Reggie, estoy cansada. Llévame a casa.

—Por supuesto.

La ayudo a incorporarse, a ponerse los zapatos y, después, a subir al coche. Resulta que la madre de Nayla solo vive a cuatro casas, a la vuelta de la esquina. Me sorprende un poco que no se enterara antes del accidente, con lo rápido que viajan las noticias por aquí.

POR SUPUESTO que la ayudo a entrar. Y, por supuesto, con lo persuasiva que es, me convence para que me quede a comer y a charlar. Al menos tiene piedad de mí y mantiene la conversación ligera y amena, con cotilleos sobre gente y lugares del pueblo de los que no tengo ningún contexto. Sin embargo, incluso sin contexto, hay algo tranquilizador en escucharla hablar de su vida.

Me habla del jardín de su vecina mientras charlamos, luego del complicado parto de alguien mientras recojo la mesa, y después se adentra en la historia del pueblo y sus fundadores mientras lavo los platos. Es una mina de información, y ninguna de esas historias me sirve para nada, lo que, de algún modo, también resulta reconfortante. Conocer los problemas de esta gente sin tener nada que ver con ellos me sitúa en una posición a la que no estoy acostumbrado: la de un espectador distante. Todo lo que se necesita de mí es un oído atento y una palabra amable, y puedo ofrecer ambas cosas con gusto y de buen grado.

—Bueno. Esto le ha sentado bien a mi viejo corazón. La compañía me mantiene en marcha, ¿sabes?, pero ni se te ocurra decírselo a Nayla. La pobre se exige demasiado, y no soporto que se preocupe tanto por mí. Tú, sin embargo… hacía mucho, mucho tiempo que no tenía un hombre guapo a mi alrededor para que me mimara. Vuelve cuando quieras.

—Lo haré, tenlo por seguro —le digo.

Me abraza y el gesto me pilla por sorpresa. Le devuelvo el abrazo y me dejo envolver por él por un momento. Me había equivocado con ella. No se parece en nada a mi madre. No hay garras ni púas en su abrazo, ni desesperación en su invitación a volver. No es que no quiera a mi madre, porque la quiero… pero que me permitan recibir sin dar nada a cambio es algo a lo que no estoy acostumbrado, y resulta increíblemente sanador para algunas heridas de mi alma.

Así que, al final, es Amira más que Nayla quien me tienta a quedarme. Sus galletas recién hechas, sus peticiones ocasionales para que la lleve a algún sitio, su jardín descuidado que nunca me mencionó, salvo para disculparse por él. Durante los días siguientes, ella, Nayla y yo nos instalamos en una especie de cómoda rutina; un sueño del que no sé si quiero despertar.

El miércoles, cuando Nayla tiene la noche libre en el bar, prepara la cena para su madre, Lou Anne y los chicos. Ya me siento lo bastante cómodo en la casa como para ayudar. Es agradable volver a ser anfitrión, e incluso Lou Anne ha decidido comportarse. En su mayor parte.

—Oye, Reggie, el otro día me llamó Hank y me hizo un montón de preguntas sobre ti. ¿Qué diablos le hiciste para poner de los nervios a ese viejo cascarrabias?

—Fui de compras. Quería hacerme una idea de lo que costaría arreglar el trastero de Nayla, pero Hank fue un imbécil, así que me fui. Tenía la intención de ocuparme de ello esta semana, pero he estado un poco liado.

—¿Liado con qué? —pregunta Nayla inocentemente.

—Ha estado conmigo toda la semana —aclara Amira, riéndose de mi expresión de traición—. Creo que el pobrecito es adicto a mis

galletas.

—Como lo estaría cualquier hombre en su sano juicio —dice Nayla con afecto. No estoy seguro de si ese afecto va dirigido a su madre o a mí, pero me complace de cualquier modo. Hay un cambio sutil en el ambiente de la mesa durante el resto de la velada; o quizá es que me estoy volviendo más sensible a la atmósfera que siempre ha habido aquí.

Una vez que los demás se marchan, Nayla me lanza una mirada pícara. —Creo que ya es hora de que tú y yo nos sentemos a tomar una copa de vino —dice.

Tengo la ligera sospecha de que sus palabras son un eufemismo en sí mismas, o el preámbulo de uno. Sea como sea, no estoy segura de tener fuerzas para oponerme. Según una mujer muy sabia, ver adónde nos lleva la noche probablemente será un ejercicio muy cardiosaludable.

TRECE

Nayla

—Has sido tan dulce con mi madre —le digo, mientras le llevo una copa de vino al columpio del porche donde está sentado—. La verdad, me siento mucho mejor trabajando tanto sabiendo que estás por aquí para atenderla si Lou Anne no está disponible.

—Debe de ser duro para ti, estar dividida de esa manera.

—Madre mía, y tanto que lo es —resoplo, dejándome caer en el asiento a su lado—. La cabeza me dice que necesito que entre dinero para pagar mis cosas y lo que ella necesita; pero el corazón me dice que lo que más necesita es que la cuide yo misma. Pero me gustan tus manos.

—¿Ah, sí? —pregunta, ofreciéndome una.

—Oh, sí. —Le cojo la mano y la presiono contra mi mejilla—. Son unas manos buenas y fuertes.

—Para trabajar en un bar, debes de aguantar poquísimo el alcohol —dice con una sonrisa. Es una sonrisa tensa, cargada de nervios y energía. Hace que mi propio pulso se acelere un poco—. Creo que ni siquiera has probado el vino y ya pareces achispada.

Le doy un beso en la mano y luego dejo que las nuestras, entrelazadas, descansen sobre el asiento. —Estoy un poco embriagada —admito—. Estar contigo, así… ver lo unido que te has

vuelto a mamá, lo bien que se te da manejar a Lou Anne y a sus pequeños diablillos… estar sentada tan cerca de ti en una noche tan perfecta… todo ello es un poco embriagador.

—Ya veo —suspira, sus ojos verdes quemando los míos—. Salud.

Chocamos las copas y bebemos un sorbo de vino sin apartar la mirada el uno del otro. Estoy toda revuelta por dentro, como si estuviera a punto de saltar por un precipicio y, a la vez, montar una fiesta. Nos acercamos más cuando él me pasa el brazo por los hombros, y su olor me hace querer arrancarle toda la ropa. Me contento con apretar mis curvas contra sus líneas duras y musculosas. Él responde apretándome el hombro y dando un largo trago.

—¿Necesitas que te rellene la copa? —pregunto, agitando las pestañas.

—No —sus palabras salen con media risa—. Creo que con una es más que suficiente. Odiaría decepcionarte de verdad.

Un calor me recorre, acumulándose entre mis caderas, solo de saber que está pensando exactamente lo mismo que yo. Me bebo lo que queda de un trago y dejo la copa. Girándome hacia él, tiro de su hombro más alejado para acercarlo, poniéndolo al alcance de mis besos.

—Pues no lo hagas —lo desafío.

El brillo del fuego en sus ojos dice *desafío aceptado*, y la forma en que su beso me recorre hasta los dedos de los pies lo confirma. Hay un toque ligeramente desesperado en su contacto que me hace preguntarme cuánto tiempo ha estado resistiéndose a esto mismo. Más o menos el mismo que yo, supongo.

Sus manos y su boca no se apartan de mí mientras nos movemos por la casa, perdiendo zapatos y camisas de camino al dormitorio. Voy a encender la luz, pero él me detiene la mano.

—Déjalas apagadas —gruñe, haciendo que se despierten las células más primarias de mi cuerpo—. Quiero sentir cada parte de ti.

Un gemido se me escapa de la garganta. Sus manos recorren mi cuerpo, soltando mi sujetador, desabrochando mis pantalones, tocando cada centímetro de piel hasta que soy un manojo de nervios tembloroso bajo su atención. Su boca sigue el mismo camino,

dejando charcos de lava sobre mi piel, desde la clavícula hasta el ombligo, hasta que se arrodilla frente a mí.

—Ah… —suspira, y luego aprieta la boca contra mis bragas. Mis dedos se clavan en sus hombros mientras las rodillas me fallan, y el placer se dispara por todo mi ser. No deja que me caiga. Cogiéndome por el culo, me levanta en volandas y me deposita en la cama, donde sus dientes y sus dedos eliminan la última barrera entre nosotros.

Ni un hambriento se lanzaría a un plato de patatas como este hombre se lanzó a mí. Me lleva al límite solo para retroceder, una y otra vez, hasta que sollozo de placer. Temblando y meciéndome como un potro salvaje, le suplico sin palabras que me dé el final.

Cuando finalmente accede, cae como un rayo. Antes de que las últimas ondas del orgasmo hayan terminado, ya está en la cama conmigo, con la cara en mi cuello y sus caderas entre las mías. Lo busco, siento su suave terciopelo y cierro los ojos ante la música de su gemido.

—Espera —jadea—. Espera. —Me detengo, soltándolo a regañadientes—. ¿Usas anticonceptivos? —pregunta.

—Claro que sí —ronroneo contra su pecho. Sigue dudando, así que le cojo la mano y la presiono contra la parte superior de mi brazo—. Justo ahí. ¿Lo notas?

—La pregunta es —responde, con la voz también cargada de deseo—: ¿Y *tú*?

Le respondo con un grito ahogado mientras se desliza dentro de mí. Sus poderosos brazos me reclaman, sus poderosas embestidas me encienden, su poderosa alma se aferra a la mía como un demonio en una iglesia. Su respiración se vuelve más sonora, su cuerpo me atrapa en un ritmo enloquecedor. Mientras el placer me desgarra una vez más, le presto mi voz al momento. Bajo mis gritos, oigo sus gemidos, palabras que no logro distinguir; y, cuando las pulsaciones en mi vientre comienzan a disminuir, las suyas las reactivan.

Yacemos abrazados, húmedos por el sudor del amor. Mientras su respiración se calma, me acaricia la mejilla con ternura y me besa profundamente. Esas tres palabritas flotan peligrosamente en la

punta de mi lengua, amenazando con romper este momento tan hermoso que está naciendo. En su lugar, lo beso de nuevo, y otra vez, intentando enterrar las palabras bajo actos que, para mí, significan lo mismo.

No es hasta que el último atisbo de vigilia abandona mi cuerpo que se me ocurre preguntarme si él siente lo mismo.

Me despierto con el olor a café, con la pregunta perdida en la bruma de hermosos sueños. A medida que mis ojos se abren con dificultad, también lo hace la puerta de mi dormitorio. Reggie entra con una bandeja y una sonrisa tímida en la cara.

—Buenos días, sol —dice en voz baja—. Probablemente aún no te apetece desayunar, pero aquí lo tienes por si lo necesitas. Anoche nos quedamos dormidos tan rápido que creo que se te olvidó poner el despertador.

Solo estoy confusa un momento antes de caer en la cuenta. —Es jueves —gimo—. Día de mercado. Tengo que irme. —Empiezo a apartar las mantas antes de darme cuenta de que, a pesar de lo que pasó entre nosotros anoche, este hombre nunca me ha visto desnuda. De todos modos, no importa, ya que me empuja de nuevo a la cama con un suave toque de la bandeja.

—No sin desayunar. No te preocupes, tienes tiempo. Me he asegurado de ello.

Miro los huevos, las tostadas y el café que tengo delante y me rugen las tripas. —El desayuno en la cama —digo, asombrada—. ¡Reggie, no tenías por qué!

—Sí que tenía —dice. Hay algo doloroso en su mirada—. ¿Estás bien? Quiero decir, después de lo de anoche.

Me siento recta y ataco el desayuno. No recuerdo la última vez que me he despertado con tanta hambre. Supongo que el ejercicio nocturno es lo que tiene.

—Claro que estoy bien —le digo entre bocados—. ¿Por qué no iba a estarlo? —«Quizá porque él no lo está», pienso, abriendo los ojos como platos—. ¿Tú no lo estás?

—Yo estoy genial —dice, sonriendo de una manera que no borra del todo el tormento de su mirada. Ojalá lo conociera lo suficiente

como para decírselo a la cara, o incluso para saber si debería hacerlo o si sería mejor dejarlo estar.

—Genial —repito con mi propia sonrisa—. Gracias por esto, Reggie. Por despertarme así. Es lo más dulce y amable que nadie ha hecho por mí en mucho, mucho tiempo. No recuerdo la última vez que me sentí tan especial.

—Deberías sentirte así siempre —dice, y me besa en la frente—. Te dejo tranquila. Come, bébete el café. Te mereces empezar bien el día.

Mientras sale de la habitación, no puedo evitar sentir que, mimándome así, está intentando compensar alguna transgresión. ¿No pensará que me convenció él, verdad? En todo caso, fue al revés. Aunque, la verdad, creo que algo le remuerde la conciencia profundamente.

—Le dije que se tomara todo el tiempo que necesitara —me digo a mí misma en voz baja y firme—. Y no lo hará si me pongo a fisgonear y a hurgar en cómo se siente.

Aun así, aunque no lo acose a preguntas, quizá pueda disipar algunos de sus miedos tácitos. Suponiendo que tenga razón sobre ellos, claro. O que siquiera sea miedo lo que siente. Le doy vueltas a lo mismo una y otra vez hasta que llega la hora de irme. Ayer me devolvieron el jeep, lo que me entristece un poco. He acabado por disfrutar de nuestras pequeñas conversaciones en el coche. Parece que se abre un poco más cuando tiene algo más que hacer.

—Nos vemos luego —le digo, dudando un instante frente a él. No sé si debería besarle en la boca o en la mejilla, o si debería evitarlo por completo. En mi momento de vacilación, él toma la iniciativa. Creo que eso me gusta de él. Eso, y la forma en que me besa para despedirse, haciéndome sentir la mujer más deseable del mundo.

—Deberías saber una cosa —le digo sin aliento—. Lo de anoche fue absolutamente glorioso. Disfruté de cada segundo. Por si acaso, ya sabes..., seguías pensando que podías haberme decepcionado.

La sonrisa que me devuelve parece sincera esta vez, y me dirijo alegremente a mi jeep, disfrutando del calor que me transmite. Lo saludo con la mano, encantada con su imagen recortada en el umbral de la puerta, encantada de saber que seguirá aquí cuando

vuelva a casa. No creo que pueda cansarme nunca de que me besen así.

Sé con certeza que nunca me cansaré de que me quieran así.

CATORCE

Reggie

Suelto el aire en cuanto su coche desaparece de la vista. Tengo la cabeza hecha un lío, el corazón sepultado bajo una montaña de culpa y vergüenza, y estas paredes se me echan encima. En cuanto estoy seguro de que no se ha olvidado nada por lo que tenga que volver, cojo la cartera y las llaves y voy directo a mi coche.

No pienso mucho en adónde voy ni en qué voy a hacer cuando llegue. Incluso el día que me fui de casa de mi madre, lo pensé más que esto. Esto..., esto es puro instinto. Estoy huyendo otra vez, lo sé, pero no puedo parar. Necesito alejarme de aquí lo suficiente como para poder escuchar mis propios pensamientos, lejos de Nayla, lejos de Amira, lejos de todas las cosas que he dejado de lado al estar con ellas.

Necesito a Adrienne.

Las lágrimas me nublan la vista mientras elijo una dirección y la sigo. Acabo en una carretera sinuosa que me lleva hacia las colinas, adentrándome en el territorio en el que me perdí cuando encontré a Nayla. Parpadeo, sin molestarme en luchar contra las lágrimas que se deslizan por mis mejillas. No hay nadie más que yo aquí fuera, y no puedo juzgarme con más dureza de la que ya lo he hecho.

Sin embargo, al final, es demasiado. No puedo ver, y la verdad es que no tengo intención de morir hoy. Me meto en una pequeña y aislada área de descanso que parece llevar mucho tiempo tomada por la fauna local. Perfecto. Aparco bajo un árbol y salgo, paso de largo el cenador y sus mesas, ignoro el sendero marcado y me adentro en la naturaleza sin más protección que unos zapatos inadecuados y un móvil de mala muerte.

A Adrienne le encantaban los sitios como este. Lugares salvajes, vírgenes. Solía recorrerlos, cartografiándolos, estudiándolos, ayudando a científicos de toda clase con el trabajo duro. A ella le encantaba el trabajo duro. De vez en cuando, cuando trabajaba en un sitio nuevo, se topaba con un montón de basura de plástico que la corriente o el viento habían arrastrado hasta una zona, y se enfurecía y lloraba por ello, desesperada con el mundo y todo lo que había en él, maldiciendo a la humanidad por su egoísmo.

Yo le secaba las lágrimas y la abrazaba, recordándole que ella y la gente con la que trabajaba estaban salvando el mundo, palmo a palmo, recogiendo un montón de basura tras otro. A veces dejaba que la convenciera con mis palabras. A veces conseguía que me contara por qué le afectaba tanto, y hablábamos hasta que volvía a encontrarle sentido a su lugar en el mundo y a la existencia de la humanidad en su conjunto.

Otras veces, hablar solo la alteraba más. —*A veces* —me decía—, *lo único que necesito es consuelo. No puedes arreglarlo todo, Reggie. A veces lo único que se puede hacer es dejar que alguien te abrace en tu miseria.*

Dejo que sus palabras me inunden y me aferro a ellas. Antes nunca entendí cómo la miseria podía ser demasiado grande para las palabras, cómo un problema podía estar fuera del alcance de una solución. Ahora lo entiendo. Un tordo sargento se posa en una rama frente a mí, observándome con sus brillantes ojos negros.

—¿Significa eso que está bien dejar que esto ocurra? —pregunto. No sé a quién le pregunto. Quizá al pájaro—. No la estoy reemplazando, ¿sabes? Ni siquiera sería posible. Ella es..., ella era... demasiado especial. Demasiado única. Era mi tesoro. Pero se ha ido.

Una oleada de comprensión me sacude como un terremoto. Sé que se ha ido, nunca lo he olvidado, pero decirlo en voz alta lo hace real de nuevo. Nunca va a volver.

Un segundo tordo se posa en la rama junto al primero y ambos me observan un momento antes de empezar a gorjear entre ellos.

—Ves, tú tienes un amigo —le acuso al primer pájaro—. ¿Qué harías si la mataran delante de ti, eh? ¿Dejarías de cantar para siempre? ¿Acaso guardarías luto por ella o simplemente te irías volando? ¿Te importaría siquiera que se hubiera ido?

El pájaro me mira fijamente un momento y luego suelta un trino que suena muy parecido a un «¿De qué estás hablando?».

—¿¡Es que acaso entiendes la muerte!? —le grito.

Los pájaros se van volando, asustados por mi repentino arrebato. O quizá es que están hartos de aguantarme. Yo lo estaría. Pero claro, nunca he tenido mucha paciencia con la depresión y el estar de capa caída, ni con pagarlo con gente que no tiene la culpa, ni con enfrascarse tanto en los sentimientos que eres incapaz de dar el siguiente paso lógico. Incluso con Andy, mi paciencia tenía un límite, y por eso chocábamos constantemente. Por muchas veces que me dijera que solo necesitaba que la abrazaran, yo siempre acababa luchando por no intentar arreglarlo.

A veces solo necesito consuelo.

—Yo también, cariño. Yo también.

Observo a los pájaros volar entre los árboles mientras una miseria impotente se apodera de mí.

QUINCE

Nayla

—Nayla, tienes una llamada. —Kamille me fulmina con la mirada desde detrás de la barra, sosteniendo el antiguo auricular. Frunzo el ceño, saco mi móvil del bolsillo y le echo un vistazo mientras me abro paso entre los clientes. Ni mensajes, ni llamadas perdidas. ¿Quién demonios...?

—Gracias, Kamille, lo siento, te aseguro que le dejaré las cosas claras —le digo mientras cojo el teléfono.

—Más te vale. Esto no es para socializar, ¿sabes?

Una carcajada desde la mesa del rincón la contradice, pero me callo.

—Soy Nayla —digo al teléfono.

—Nayla, cariño, siento mucho llamarte al trabajo, pero tu madre ha tenido una pequeña caída y me he dejado el móvil. Antes me sabía los números de todo el mundo de memoria, ya sabes, pero Señor, los móviles me han atrofiado la memoria. —El nerviosismo de Lou Anne resuena en mi oído y me recorre la espina dorsal.

—¿Está bien?

—¡Pero bueno, qué pregunta más tonta! ¡Usa la cabeza, niña, que no la tienes solo de adorno! Te estoy llamando desde el hospital, ¿no? Tu madre está ahora en el quirófano, han dicho algo

de la rodilla o la cadera, y que les preocupaba un poco el corazón, ya sabes que su corazón ya no está bien, y con la anestesia y todo...

—Voy para allá.

—Bueno, no tienes por qué ladrarme así, sabes que hago todo lo que puedo por cuidarla, sabes que la quiero como a una hermana, pero tengo a mis chicos encima todo el día y no siempre puedo estar ahí cuando le da el pronto de hacer alguna tontería...

Cuelgo el teléfono. Kamille enarca una ceja.

—¿Que vas para allá?

—Mi madre está en el hospital, Kamille, tengo que ir.

—¿Qué eres, médica ahora? Está allí, está bien. No puedo llevar yo sola todo el bar, ¿sabes? Te necesito aquí.

Apenas la escucho mientras me quito el delantal a toda prisa y lo cuelgo en el gancho.

—Será mejor que respires hondo y te lo pienses bien, chiquilla. Como salgas por esa puerta y me dejes aquí en plena hora punta, no tendrás trabajo al que volver.

Mi cabeza va a mil por hora e intenta arrastrar a mi cuerpo, pero esa frase me obliga a detenerme. Si mamá está en el quirófano ahora mismo, eso significa un copago elevado. Si tienen que dejarla ingresada un tiempo…, y probablemente lo hagan…, significará aún más dinero que ella, sencillamente, no tiene. En Roy's ya estoy en la cuerda floja. Si pierdo uno solo de estos trabajos, no podré ayudarla. Si pierdo los dos, seré una carga para ella.

Pero eso no significa que me vaya a rendir sin más. Es hora de sacar a la universitaria que llevo dentro y soltarle un par de palabras complejas.

—¿Me estás diciendo que ahora mismo, cuando tienes un litigio pendiente contra tu empresa por robo de salarios, también vas a ignorar la ley de permisos familiares? No creo que haga falta que te recuerde que soy parte de la denuncia contra Khory por el robo de salarios. Un doble golpe como ese hará que un juez piense que la estás tomando conmigo por alguna razón. —Me paso los dedos por el brazo moreno y le lanzo una mirada cargada de intención.

Su ceño se frunce aún más.

—Vamos, sabes que no es por eso…

—¿Ah, sí? Parece que podría defender mi caso, ¿no crees?

Tuerce la boca como si hubiera chupado un limón.

—Venga, vete. Pero esto no ha terminado. Mañana, cuando vengas, nos sentaremos a tener una conversación.

Siento una oleada de alivio que desafía su amenaza. Rápida como el rayo, cojo las llaves y salgo por la puerta, directa al hospital. Estoy harta de este maldito lugar. Mientras apuro el límite de velocidad tanto como me atrevo, empiezo a preguntarme qué ha pasado.

Lou Anne dijo que se cayó y que estaba haciendo alguna tontería. ¿Qué tontería? ¿Por qué no la detuvo Reggie? Lleva pasando todos los días con ella, ¿no? Pero si hubiera estado allí, me habría llamado él, no Lou Anne. Quizá salió a buscar trabajo. Parece que se ha acomodado mucho aquí; buscar empleo sería sin duda su siguiente paso si pensaba quedarse.

Si.

Se me encoge el corazón. Si ha elegido precisamente hoy para largarse, cuando la vida de mamá pende de un hilo… si los pierdo a los dos en un solo día… no sé si podré superarlo.

Desecho ese pensamiento. No es que lo haya contratado para que la vigilara ni nada parecido. Diablos, ni siquiera se lo pedí, lo hacía porque quería. Es un hombre adulto, tiene todo el derecho del mundo a hacer lo que le plazca, y no es culpa suya que ella se haya hecho daño.

Aun así, probablemente querrá saberlo.

Una vez que he aparcado en el hospital, casi dentro de las líneas, saco el móvil y le envío un mensaje. *En el hospital con mamá. Se ha caído y la están operando. No sé nada más todavía*.

Con eso hecho, llamo a Lou Anne.

—Acabo de llegar. ¿Dónde estás?

Me dice dónde encontrarla y subo. Odio el ala de cirugía más que nada en el mundo. Mamá ha pasado por media docena de operaciones, y parece que pierde un trocito más de sí misma cada vez, y cada vez tarda más en recuperarlo del todo. Veo a Lou Anne caminando de un lado a otro, mordiéndose las uñas, con los ojos rojos e hinchados.

—¡Oh, Nayla! —Me rodea con los brazos y me estruja en su abrazo—. ¡Ay, cariño, lo siento tanto! Había salido a recoger a los chicos del entrenamiento. Para cuando volví, estaba tirada de cualquier manera en el camino de la entrada. Te juro por Dios que pensé que se había muerto, pero se movía. Llamé a la ambulancia de inmediato. Tenía un chichón en la cabeza y la pierna doblada de mala manera, pero lo que me preocupan son los moratones que tiene por todo el costado. ¡Ya sabes que su corazón no está bien!

Sus lágrimas se acumulan en mi pelo, apelmazándolo contra mi espalda. La abrazo, compartiendo su miedo, intentando consolarla mientras yo me hundo a toda velocidad.

—Lo siento mucho —solloza de nuevo—. Le dije que le sacaría la basura cuando volviéramos, te lo juro, pero es que ya no tiene paciencia para nada. Qué mujer más insensata.

—Tranquilízate —le digo con toda la firmeza que me permite mi voz temblorosa—. No tiene nada de malo que una mujer intente valerse por sí misma. Está herida y no es culpa tuya, pero tampoco tienes que echarle la bronca. Es fuerte e independiente y sabes tan bien como yo lo mucho que odia necesitar ayuda.

—Ya lo sé, ya lo sé —sorbe por la nariz, apartándose. Cojo unos pañuelos de la caja que hay en la mesa de la sala de espera y se los doy. Se suena la nariz y se seca los ojos, luego hunde la cara en uno limpio y se limita a respirar.

—¿Te han dicho algo más? —le pregunto.

Niega con la cabeza, abatida.

—Han dicho que probablemente tarden una hora. No quieren tenerla sedada más tiempo, así que van a intentar acabar rápido. No sé qué es todo lo que tienen que hacer, parecía que la cadera y la rodilla, o quizá solo la cadera y estaban hablando de la rodilla, no sé, estaba hecha un lío.

—Está bien. Ya estoy aquí, así que ve a por algo de comer. O de beber. Vete a casa a por el móvil para que tus hijos puedan localizarte si lo necesitan. Yo me quedo aquí.

—Eres un ángel —dice, todavía sorbiendo por la nariz—. Un verdadero ángel. Vuelvo en un santiamén, no te preocupes.

Se aleja a toda prisa y yo me hundo en una silla.

—No, por favor, tómate tu tiempo —murmuro para mis adentros. Prefiero estar a solas con mi corazón preocupado que gastar todas mis energías en calmar el suyo. Ni siquiera puedo oír mis propios pensamientos con ella lamentándose de esa manera. Respiro hondo y miro el móvil. No hay respuesta de Reggie. No pasa nada. No pasa absolutamente nada.

Lágrimas silenciosas resbalan por mi cara en la sala de espera vacía. Nunca he sentido tanto miedo —nunca me he sentido tan sola — y todo lo que quiero en este preciso instante es a mi mamá. Se me rompe el corazón y se desata la tormenta. En mi soledad, dejo que me arrastre, dejo que los sollozos me sacudan el cuerpo, dejo que el miedo y la soledad me llenen y se desborden. Lloro hasta que apenas puedo respirar, y aun así la presión en mi pecho no cede.

Apenas oigo los pasos antes de que unos brazos fuertes me rodeen, atrayéndome contra un pecho firme y reconfortante. Me dejo caer al suelo y dejo que Reggie me abrace, meciéndome como a un bebé. No hay lugar en mi corazón para la vergüenza; ahora que está aquí, abrazándome, la pena que ruge en mi interior está perdiendo parte de su poder.

Poco a poco, recupero la fuerza y el control. Antes de que pueda siquiera preguntar, me está dando pañuelos. Después de limpiarme y empezar a respirar con más calma, pienso que quizá debería levantarme de su regazo y del suelo… pero sienta tan bien que me abrace que, sencillamente, no encuentro la motivación para moverme.

—¿Cómo es que estás aquí? —le pregunto una vez que estoy segura de que la voz no se me va a quebrar.

—He venido en cuanto he recibido tu mensaje —dice, y su pecho retumba contra mi mejilla—. Luego me he encontrado con Lou Anne fuera y me ha dicho dónde encontrarte. Lo siento mucho, cariño.

Cariño. Una palabra bastante normal para dirigirse a alguien, sobre todo por aquí; pero oírsela a él hace que todo vuelva a su sitio.

—Estoy haciendo el tonto —le digo, sorbiendo por la nariz—. Ni siquiera ha salido aún de la operación. Es una luchadora, va a estar bien. Es solo que… que…

—Estás aterrorizada —dice, frotándome la espalda entre los omóplatos—. Lo sé. No pasa nada.

Nos quedamos así un rato. ¿Qué otra cosa se puede hacer? Al final, sin embargo, Lou Anne me manda un mensaje diciendo que ya vuelve, pregunta si queremos algo, y tras un breve intercambio, nos decidimos por unos cafés especiales. El café solo es para el duelo, dice Lou Anne. Vamos a tomar cafés de la esperanza, signifique eso lo que signifique. Después de eso, me levanto a regañadientes del abrazo de Reggie y vuelvo a sentarme en una silla.

Al parecer, el café de la esperanza son frappés de moca con doble de chocolate, extra de nata y virutas de colores. ¿Quién lo iba a decir?

—Esto es una barbaridad —le digo a Lou Anne.

—Estoy bastante seguro de que esto dejó de ser café hace siete ingredientes —coincide Reggie, arrugando la nariz ante la bebida.

—Oh, chitón, bébetelo —dice Lou Anne—. Piénsalo como un sacrificio por Amira, si quieres.

—No estoy seguro de cómo ayudará esto a la pobre mujer —dice Reggie, y luego se encoge de hombros—. Lo que haga falta, supongo. —Le da un sorbo a la bebida y luego se aparta como si le hubiera dado una descarga—. La verdad es que está bastante bueno. No es café, pero está bueno.

Eso me hace sonreír, para mi sorpresa. No sabía que todavía me quedaran sonrisas. Deslizo mi mano en la suya, como un agradecimiento silencioso por estar aquí conmigo en este momento. Me aprieta la mano sin mirarme, un reconocimiento cómplice. Podría acostumbrarme fácilmente a esto.

La cháchara de Lou Anne ha pasado a temas más ligeros y sin importancia. Reggie participa lo justo para mantenerla ocupada, y no puedo evitar preguntarme si sabe lo que está haciendo. Tiene que saberlo, decido. Es imposible que de verdad le importe lo que Noreen se puso para la venta de pasteles de la iglesia la semana pasada; está fingiendo para que yo no tenga que hacerlo. Está siendo un escudo y un pilar para mí, todo a la vez.

Si antes corría el peligro de enamorarme de él, ahora lo estaba sin ninguna duda.

—Y *entonces* ella dijo…

—Disculpen. —Un médico de aspecto sombrío interrumpe la historia de Lou Anne, y, así sin más, el ambiente en la habitación se vuelve tenso y aprensivo—. ¿Son ustedes los que esperan noticias de la señora Anchour?

—Sí —digo, poniéndome de pie de un salto—. ¿Está bien?

—Ha superado la operación —dice, cansado—. Tardará un poco en despertarse.

—¿Puede decirme qué ha pasado? —pregunto, desesperada por obtener respuestas que no estén empapadas en culpa y lágrimas.

—Pensábamos que se había roto la cadera —me dice—. La buena noticia es que no ha sido así. La mala es que se ha desgarrado los ligamentos de la articulación. La hemos arreglado lo mejor que hemos podido, pero va a tener que estar un tiempo sin apoyar la pierna. Sé que odia estar atada a una silla de ruedas, pero es la opción más segura ahora mismo. No se curará tan rápido como nos gustaría y, con su corazón, tenemos que asegurarnos de que no se esfuerce demasiado.

—Lo entiendo —le digo—. Nos aseguraremos de que esté bien cuidada. ¿Puedo verla?

—De uno en uno, si no les importa —dice—. No queremos abrumar a la pobre mujer en cuanto se despierte.

—¡Venga ya! No creo que se abrume tanto por tener a su mejor amiga y a su hija a la vez —protesta Lou Anne mientras yo empiezo a seguir al médico.

—Me temo que sí —le dice—. Y por ahora preferimos pecar de precavidos.

—Ah, bueno, eso es una tontería —dice ella, con la voz alcanzando ese tono agudo de pánico—. Nayla, cielo, ¿no me dejas estar con ella cuando se despierte? No quiero que piense que la he abandonado, no podría dormir si pensara mal de mí y, además, puedo decirle que estás aquí y si quiere verte…

—Lou Anne. —La voz de Reggie tiene la fuerza suficiente para detener un tren de mercancías—. Ven a sentarte.

Se queda de pie, en silencio, con el labio inferior temblando.

—Me estabas contando lo que dijo Noreen después de que le dijeras que se tapara el escote —le recuerda en un tono más suave —. Y sé que *yo* no podré pegar ojo si no sé cómo acabó todo eso.

Lou Anne vuelve a su asiento a regañadientes.

—Le diré que estás aquí —le prometo—. Sabrá que no la has abandonado.

Con una mirada de agradecimiento a Reggie, salgo a toda prisa por el pasillo para ver a mi madre. Ese hombre se ha sacrificado por mí y no tengo ni la más remota idea de cómo podré agradecérselo.

DIECISÉIS

Reggie

—¡Caramba! —La adorable palabrota de Amira va seguida inmediatamente por el tintineo de un utensilio al estrellarse contra el suelo de baldosas. Corro a recogerlo.

—Esa ha llegado lejos —le digo con una sonrisa mientras recojo la espátula y me apresuro a enjuagarla en el fregadero—. ¿Qué te ha hecho para que te enfades tanto?

Me fulmina con la mirada. Ha estado de un humor de perros desde la operación, pero creo que está empezando a ablandarse conmigo otra vez. Un poco.

—¿Cómo demonios se supone que voy a cocinar sentada sobre el culo? —pregunta—. Dos semanas, *dos semanas*, y apenas me dejan empolvarme la nariz sola. No soy una muñeca de porcelana, ¿sabes?

—Lo sé —le digo, devolviéndole la espátula—. Pero tú tampoco eres una jovencita.

—Listillo —resopla, volviendo al trabajo con la espátula—. ¿Sabes?, creo que antes eras un buen chico. No tan descarado. Si no te conociera, diría que mi niña es una mala influencia para ti.

—Pues sabes que probablemente tengas razón —le digo. Lo digo un poco en serio, pero no en el mismo sentido que ella. Suspiro teatralmente—. Tendré que decirle que lo nuestro se ha acabado.

—Ni se te ocurra —dice, agitando la espátula hacia mí como si pretendiera usarla como arma—. Mi niña nunca ha sido tan feliz. Además, si no estuvieras aquí, se pasaría todo el tiempo preocupándose por mí. Aunque tú también estás perdiendo el tiempo, pero no pareces muy molesto. ¿Por qué será?

—Me mantienes ocupado —le digo con sinceridad—. Me gusta estar ocupado. Me impide pensar demasiado.

—¿Preocuparte te impide pensar? Menuda contradicción.

—En realidad, no —digo mientras le paso la pimienta negra que intenta alcanzar—. Si me preocupo por ti, no tengo tiempo para preocuparme por mí. No hay contradicción.

—Bueno, pues quizá deberías preocuparte un poco por ti. No has trabajado, no te has divertido, no has hecho otra cosa que pasarme cosas y llevarme de un lado para otro durante las últimas dos semanas. Se supone que los años sabáticos no duran para siempre, ¿sabes? El dinero no viene solo, hay que engatusarlo.

—El dinero y yo nos entendemos muy bien —explico con una sonrisa—. Yo le digo adónde ir y va. Si le digo que venga a mí, vendrá.

Se me queda mirando un segundo, y luego suelta una carcajada —. ¿Me estás intentando decir que eres una especie de mago del dinero?

Me encojo de hombros—. Algo así. Ganar dinero siempre se me ha dado bien. Diablos, en primaria ya me sacaba un dinerillo dibujando caricaturas para la gente.

—Caricaturas, ¿eh? —dice, haciendo una pausa para probar lo que está cocinando—. Pimentón. ¿Así que eres artista?

Le doy la especia—. Más o menos. Dibujo un poco, pero ahora es más bien la parte técnica.

—Mmm. Arquitecto, entonces.

—A veces.

Me mira con los ojos entornados—. ¿Sabes, hijo? Llevas casi un mes con mi hija y conmigo y todavía no nos has dicho a qué te dedicas. ¿A qué se debe eso?

Un montón de posibles respuestas me pasan por la cabeza, todas con distintos grados de verdad. Mientras las repaso, me pongo a

limpiar las encimeras y a ordenar un poco.

—Mi trabajo es difícil de explicar —empiezo lentamente—. Y si soy demasiado específico, se abrirá la caja de Pandora y ahora mismo no tengo fuerzas para lidiar con eso.

—¿Qué diablos significa eso? ¿Qué clase de trabajo es ese? A ver, si fueras famoso o algo… pero no lo eres. Lo noto. No tienes esa mirada de animal acosado.

—Vale, entonces… y esto es totalmente hipotético, no tengo ni idea de programación… pero digamos que te dijera que inventé un nuevo tipo de red social justo al salir de la universidad, y que dirigir esa empresa junto con un consejo de administración es a lo que me dedico.

Frunce el ceño mientras empieza a servir torpemente humeantes raciones de comida que huele de maravilla—. Supongo que me preguntaría qué plataforma es. Quizá haría un par de cálculos, un par de preguntas.

—¿Quizá buscarme en internet?

Abre los ojos como platos y levanta las cejas, mirando a un lado.

—Pues sí —digo, sonriendo ante su evidente proyección—. Y encontrarías mi página de Wikipedia, opiniones de desconocidos, artículos de la prensa rosa... y si hubiera algo preocupante o sorprendente, tú, como buena madre que eres, se lo dirías inmediatamente a Nayla. Entonces Nayla, siendo como es, no descansaría hasta tener todas las respuestas. Y tanto tú como yo sabemos que se aseguraría muy bien de que esas respuestas te convencieran. Lo que significaría someterme a un interrogatorio hasta la extenuación. Y eso antes de que a una de las dos se os escape algo y le dé una pista a Lou Anne.

Ella hace una mueca. Es bueno saber que es muy consciente de los defectos de su amiga.

—Vale, vale, ya te he entendido —dice—. Pero eso no me deja mucho más tranquila con toda esa pose de hombre misterioso que te gastas detrás de esa sonrisa de *boy scout* servicial.

—No hay ninguna pose —le digo con inocencia—. ¡Soy un *boy scout* servicial y misterioso!

Se ríe, y es la señal más genuina de felicidad incipiente que le he visto desde su operación. Parte de la tensión se desprende de mis hombros.

Esa tensión vuelve de inmediato cuando un número conocido aparece en mi móvil. Mi móvil nuevo. Hablando de acosar a la gente, aquí está la reina de las acosadoras.

—Disculpa un minuto, Amira —le digo—. Tengo que cogerlo.

—Bueno, vuelve pronto. La comida no se va a mantener caliente para siempre.

Salgo al patio de atrás por la puerta corredera de cristal y respondo a la llamada.

—¿Cómo has conseguido este número?

—¡Cariño! Ahí estás, ay, estaba tan preocupada. ¿Sabes que tienes el buzón de voz lleno en tu otro móvil? He estado llamando sin parar y me salta directamente a ese mensaje. ¿Por qué no me dijiste que tenías un número nuevo? Me habría ahorrado un montón de tiempo y dinero.

—El hecho de que tú siquiera..., ¿sabes qué?, da igual. No me importa cómo has conseguido este número. Te dije que no me llamaras hasta que no hubieras visto al médico.

—¡Eso fue hace tres semanas! Por supuesto que he visto al médico.

—¿Y?

—¿Y qué? Estoy perfectamente de salud, ninguna queja.

—Ni siquiera se lo has contado.

—¿Contarle el qué? Ah, esa tontería de mis pastillas, ya me acuerdo. No, no le he dicho que mi hijo, que *no es* médico, cree que necesito que me mediquen para apartarme del papel que me corresponde. ¿Cuándo vuelves a casa?

—¡El papel que te...! —Por el rabillo del ojo, veo que la cabeza de Amira se gira bruscamente hacia mí. Bajo la voz—. ¿Tu papel de qué, de mi acosadora?

—De tu madre, querido. Responde a la pregunta. ¿Cuándo vuelves a casa? ¿Cuándo vuelves al trabajo? Esos pobres idiotas están completamente perdidos sin ti. Todos lo estamos. Te *necesitamos*, Reagan. Al menos, contacta con tu junta directiva

antes de que lleven tu empresa a la ruina. ¡No te imaginas el tipo de preguntas que me han estado haciendo! No soy ni la directora general, ni la directora financiera, ni la directora de lo que sea, no puedo hacer esto por ti.

—No tienes que hacer esto por mí.

—¡Pues alguien tiene que hacerlo! ¡Y yo esperaba que fueras tú! Si no mueves el culo y vuelves al trabajo, van a sacar tu empresa a bolsa. ¿Es eso lo que quieres? ¿Un puñado de don nadies llevándose su trozo del pastel que tú creaste? ¡No lo consentiré, Reagan, simplemente no lo haré! ¡Y si crees que voy a quedarme de brazos cruzados mientras le rompes el corazón a la pobre madre de Adrienne, dejándola de lado para poder ir persiguiendo faldas por todo Alabama, estás muy equivocado!

—No estoy... Espera. ¿Qué te hace pensar que estoy en Alabama?

—Oh, cállate, cariño, no eres tonto. Si no quisieras que supiera dónde estabas, no habrías aceptado un número de móvil de aquí. Ahora, escúchame, y escúchame bien. Me niego a quedarme de brazos cruzados mientras dejas que todo lo que has construido se desmorone. ¿Que estás de luto? Pues yo también. Y también tus amigos y tu familia, y su familia. Pero eso no es excusa. Adrienne formaba parte de esa empresa tanto como tú, y si sigues huyendo y dejando que esos idiotas la destrocen, más te valdría escupir en su tumba.

Esas palabras recorren mi espalda como agua helada. ¿De verdad podría ser tan grave? No llevo tanto tiempo fuera. A estas alturas, la empresa debería funcionar prácticamente con el piloto automático. Pero si es tan grave, y mamá no está simplemente exagerando... si la empresa que Adrienne y yo construimos juntos está de verdad en peligro... un escalofrío nauseabundo me recorre.

—Sabes que tengo razón —está diciendo mamá—. Pero si decides ponerte terco con esto, entonces tendré que tomar cartas en el asunto. Te estoy haciendo un favor al llamarte. Iba a coger el primer avión e ir a buscarte yo misma, pero pensé que merecías una última oportunidad para hacer lo correcto. ¿Y bien? ¿Qué va a ser?

¿Vas a volver y encargarte de esto, o voy a ir yo allí y encargarme de ti?

—Tú ganas —le digo, aturdido—. Dame una semana para dejar las cosas atadas aquí.

—Una semana —dice—. Ni un minuto más. Si no estás de vuelta en la oficina o entrando por mi puerta a las cinco y treinta y siete del próximo martes, vuelo para allá. ¿Entendido?

—Sí, señora.

—Bien. Te quiero, Reagan. Algún día lo entenderás.

—Lo entiendo. Yo también te quiero.

—Nos vemos la semana que viene, entonces.

—Sí. Nos vemos.

Siento los brazos pesados al colgar el móvil. Una semana. Una semana para hacer las paces con la idea de dejar atrás esta vida. Una semana para prepararme para el percal que me esté esperando en casa. Una semana para despedirme de Nayla.

La culpa se me agria en las tripas, pero no sé si es más por dejarla a ella o por haber estado con ella. Probablemente ambas cosas.

Una sarta de improperios que de alguna manera no logran ser ni tacos ni obscenidades resuena desde la cocina. Corro adentro para ayudar a Amira, esperando con cada fibra de mi ser que esté lo suficientemente bien como para apañárselas sola en su casa dentro de una semana. Un peso más se añade a la balanza de mi culpa.

No estoy seguro de cuánto más puedo soportar.

Más tarde, de vuelta en casa de Nayla después de que llegue del trabajo, hacemos el amor con las luces encendidas por primera vez. Antes, siempre me había dado miedo. Miedo de lo que me haría ver a otra mujer en el lugar de Adrienne. Miedo de desmoronarme o acobardarme, miedo de que la culpa destrozara mi corazón y de que mi cuerpo me traicionara. Esta noche, Adrienne no está en la habitación con nosotros. Solo estamos Nayla y yo, amando nuestros cuerpos, poniendo a prueba nuestros límites, sosteniéndonos el uno al otro en la caída.

Dios, cómo voy a echarla de menos.

Supongo que no tiene sentido alargar esto. Prefiero hacerlo ahora, mientras está apretada contra mi pecho dolorido, que más tarde, cuando no pueda amortiguar el golpe.

—Nayla —murmuro.

—¿Mmm?

—Hay algo que tengo que decirte. Hay... problemas en casa. Voy a tener que irme.

Oigo su brusca inspiración y se me encoge el corazón. Se gira en mis brazos, sus ojos grandes y líquidos, suplicantes. —¿Cuándo volverás?

No voy a volver. Pero y si... En realidad, no está tan lejos...

—En un par de días —le digo, mi mente de repente acelerada con nuevas posibilidades—. Solo tengo que arreglar un par de cosas y volveré enseguida.

Su suspiro de alivio me inunda, derritiéndome. —Gracias al cielo —musita—. Por un momento, pensé que estabas pensando en marcharte para siempre.

—Bueno...

—¡Pillo! ¡No me tomes el pelo así, que no tiene gracia!

Sus ojos brillan como hogueras, su sonrisa es juguetona y cálida, y no soporto volver a entristecerla. De todas formas, voy a volver, ¿no? Le devuelvo la sonrisa, siguiéndole el juego, fingiendo ante mí mismo que de verdad solo estaba bromeando.

—¿Estás diciendo que no puedes vivir sin mí? ¡Y yo que pensaba que eras una mujer fuerte e independiente! —Le mordisqueo el cuello, haciéndole cosquillas. Ella chilla y se retuerce, su risa ahogándosele en la garganta. Dios, me encanta cómo se ríe.

Puedo hacerlo. Puedo plantarme allí un día o dos, poner a todo el mundo en su sitio y volver enseguida. Como ir al baño en la oscuridad para no desvelarte, lo haré lo más rápido e indoloro posible y me deslizaré de nuevo en este hermoso sueño.

Pan comido.

DIECISIETE

Nayla

—¡Cuidado! ¡He dicho que con cuidado, niña! Ay, ahora lo has llenado demasiado.

Inspiro larga y profundamente entre los dientes y suelto el aire con la misma lentitud. —Pues le quito un poco.

—¿Y raspar la base? ¡Válgame Dios, niña! ¿Es que quieres estropearlo?

Me muerdo la lengua para no soltar una impertinencia que me habría costado unos cuantos azotes hace una década. Lo único que quería hoy era distraerme de la ausencia de Reggie, pasar un rato con mamá y echar una mano en la venta de pasteles de la iglesia. Pero mamá ha estado tan refunfuñona que ni siquiera se fía de que me encargue yo sola de los pasteles y las tartas.

—Entonces lo vierto yo.

—¿Para que lo derrames todo por el lado y prendas fuego al horno? Lo sabía, ¡estás intentando librarte de mí de una vez por todas!

—Eso te gustaría demasiado.

—¿Qué has dicho?

Me doy la vuelta, con una mano en la cadera en un gesto de exasperación.

—He *dicho*... —verla hecha un ovillo e indefensa en su silla calma mi genio—. Vaya día llevas hoy, mamá. ¿Hay algo que te preocupe?

—No —dice, sorbiendo por la nariz—. Es solo que no quiero que dejes mi nombre por los suelos delante de Dios y de todo el mundo en la iglesia con unos pasteles incomibles.

—No he estropeado un pastel desde tercero y lo sabes de sobra. Así que, ¿de qué va esto en realidad? No pienso tocar ni una sola cosa hasta que me lo digas, así que o empiezas a hablar o esa mantequilla puede empezar a derretirse.

Abre los ojos de par en par, con una chispa de pánico, y luego su cara vuelve a mostrar una especie de mohín malhumorado.

—No me gusta que no esté aquí.

—¿Quién, Reggie? Vaya, mamá, no tenía ni idea de que le hubieras cogido tanto cariño. Volverá en un día o dos, no le des más vueltas a esa cabecita tuya.

—Mmm —gruñe, y aparta la mirada.

—¿Qué? ¿Crees que no volverá? Más le vale, se ha dejado toda la ropa en mi casa. A ver, supongo que es lo bastante rico como para comprarse más dondequiera que vaya, pero no me da la impresión de que sea un derrochador.

Frunce los labios, sus ojos me escudriñan como si estuviera decidiendo si contarme algo. Niega levemente con la cabeza y vuelve a apartar la mirada.

—¿A no ser que haya algo que yo no sepa?

—Mmm.

—Mamá, venga, no te portes así. ¿Qué pasa? Puedo soportarlo, te lo prometo.

Vuelve a negar con la cabeza y suspira.

—No es nada. Quizá no sea nada. O quizá sí, no lo sé.

—Bueno, si no es nada, no hay razón para no contármelo; y si podría ser algo, cuatro ojos ven más que dos para averiguarlo, ¿no?

—Deja de hacerte la lista —resopla.

—Ni hablar, señora.

Me lanza una mirada fugaz y vuelve a suspirar.

—El otro día, cuando estaba aquí, recibió una llamada. Parecía muy alterado. Cuando volvió a entrar intentó fingir que no estaba

más cabreado que una mona, pero se le notaba en toda la cara.

—Me dijo que le habían surgido algunos problemas en casa y que tenía que irse a solucionarlos rápidamente. Probablemente la llamada era sobre eso.

—Quizá —dice, apretando los labios hasta formar una línea recta —. La cosa es que... estaba hablando con una mujer, y parecía que tenían un pasado en común. No sé de qué tipo. Solo me dio que pensar. Un hombre se toma un mes sabático y se instala contigo, solo para volver pitando de dondequiera que haya salido en cuanto otra mujer chasquea los dedos. A todo esto, ¿cuánto sabes de él?

—Estás empezando a sonar como Lou Anne. —Empiezo a verter el relleno en las bases para las tartas ahora que se ha distraído.

—Puede que Lou Anne sea la cotilla más grande que he conocido en mi vida, pero no se equivoca mucho con la gente la mayoría de las veces. Ella también se ha hecho preguntas sobre él desde el día que apareció. Me dice que le resulta familiar, pero no consigue ubicarlo. Jura y perjura que lo ha visto antes.

—Ella ve a muchos hombres —digo, manteniendo el tono más inocente posible—. Probablemente lo confundió con otro.

Rápida como una serpiente, mamá retuerce el paño de cocina que ha estado sujetando y me da un azote en el culo con él.

—Bocazas.

Riendo, me aparto de su alcance con un saltito juguetón. Me alegra ver que ha recuperado el ánimo, aunque su cuerpo esté más débil que nunca. En cuanto Reggie vuelva, sé que se le volverá a iluminar la cara. Espero que vuelva pronto con nosotras.

DIECIOCHO

Reggie

—¿Demasiado pronto? Pero ¿de qué demonios hablas, demasiado pronto? ¡Ha pasado un mes! —Mi madre me fulmina con la mirada por encima del cigarrillo, con una mano firmemente anclada en su huesuda cadera.

Me hundo sin fuerzas en el incómodo sofá de mimbre. Sin fuerzas. Así es exactamente como me siento. Estoy impaciente por irme de aquí, por volver con Nayla y la vida pequeña y tranquila a la que me estoy acostumbrando en Alabama, pero no puedo decírselo a mi madre. No es que lo que le estoy diciendo sea mentira. *Es* demasiado pronto. No estaba preparado. No sé si alguna vez lo estaré.

—He apagado los fuegos —le digo con voz monocorde—. He hablado con los padres de Andy. He consolado al consejo de administración. He pasado las dos últimas noches escuchando todo lo que tenías que decir. Ya está. Es todo lo que podía dar de mí. Estoy agotado. No puedo hacer esto sin Adrienne. Todavía no.

Algo casi tierno parpadea en su rostro curtido por el sol. Le da una larga calada al cigarrillo y lo apaga de un golpe en el cenicero, luego se sienta en el banco de mimbre frente a mí y me coge una mano entre las suyas.

—Escúchame, hijo. Sé que ahora mismo te sientes fatal, pero tienes que recordar algo. Escúchame. Tú construiste esta empresa. Tú. No Adrienne. Tú reuniste a esta gente e hiciste que el mundo entero se fijara en ti. Lo hiciste tú. Solo tú.

Una furia tan profunda y negra que me hiela la sangre empieza a subir por mi interior. Me arden los ojos, me arde la garganta y, a pesar del frío, las manos empiezan a sudarme.

—No hagas eso. —Mi voz sale entrecortada, y ella se ablanda más, malinterpretando mi rabia como angustia. Se inclina hacia delante, mirándome con seriedad desde debajo de su áspero flequillo rubio.

—¿No hacer qué? ¿Animarte? ¿Decirte la verdad? Adrienne no hizo todo eso, cariño, lo hiciste tú.

—¡No *hagas* eso! —Le aparto las manos de un manotazo y me levanto tan rápido que ella se sobresalta—. No minimices todo lo que ella era. No lo hagas. No, cállate. ¡Basta ya!

Permanece en silencio hasta que estoy fuera de su alcance, y entonces empieza a graznar a mi espalda. No la escucho. Ya no importa. No hay ni una maldita cosa que pueda decir ahora que pueda borrar cómo acaba de ningunear a mi mujer. Nada en mi vida sería como es sin Adrienne, ni una sola maldita cosa.

Cierro la puerta de mi coche de un portazo y me alejo a toda velocidad de la casa de mi madre. Mi avión me ha estado esperando en el aeropuerto desde las cinco de la mañana. Creo que ya es hora de que despegue.

Sin embargo, una vez a bordo, empiezo a dudar. El avión me llevará de vuelta a Nayla demasiado rápido; debería haber conducido, aunque hubiera sido un engorro manejar dos coches yo solo allí. Pero ya estamos rodando por la pista y es demasiado tarde para dar marcha atrás.

Toda la impaciencia que sentía por volver con Nayla se ha retorcido hasta convertirse en algo más oscuro, menos humano, después de esa estúpida confrontación. Mi cabeza está llena de mi madre y de Adrienne, mi corazón está lleno de dolor y de asco. Esto se parece peligrosamente a cómo me sentía la primera noche que conocí a Nayla. Me siento con ganas de romper algo, de estrujar

algo hasta que deje de retorcerse. Y ese algo bien podría ser mi propio hígado…, pero solo hay un par de bares en ese pueblucho de mierda. Lo último que quiero es repetir la primera noche.

Menos mal que tengo la clase de dinero que se presta fácilmente a las malas decisiones, ¿verdad?

—Oye, Boris —digo por el altavoz de la pared—. ¿Es demasiado tarde para cambiar el plan de vuelo?

Hay una breve pausa. Luego:

—Depende de adónde quiera ir, jefe.

—¿Qué te parece Atlantic City?

—Como un sueño hecho realidad, jefe. Usted no se preocupe, que yo me encargo.

Ya lo sé, Boris. Y también sé que te pulirás el sueldo de un mes en cuanto aterricemos. Qué demonios, quizá esta vez me una a él. No hay nada como codearse con la auténtica escoria para quitarme de encima este asco que me doy.

Saco el móvil de prepago y echo un vistazo a los pocos mensajes que me ha enviado Nayla: pequeñas cosas que pensó que me harían sonreír, una pregunta casual sobre cómo estoy. Debería decirle que tardaré un día más. Pero ¿y luego qué? ¿Le voy a decir por qué? No. Eso es abrir la caja de Pandora y no quiero hacerlo. No quiero pasar la noche en Atlantic City con la amenaza de un interrogatorio cerniéndose sobre mi cabeza.

A la mierda. No tengo por qué darle explicaciones a ella, como tampoco tengo por qué llamar a mi madre. Hasta que no tengan ni la más remota idea de por lo que estoy pasando, ambas pueden guardarse sus opiniones. Solo me tengo a mí mismo. ¿Verdad? Verdad.

Tiro el móvil en un portavasos y me relajo con una cerveza fría. Más vale empezar ya.

DIECINUEVE

Nayla

Entro corriendo por las puertas del Roy's Market cinco minutos tarde e intento llegar a la máquina de fichar sin que me vean. Mientras meto mi código, siento el peso de una presencia maliciosa sobre mi hombro.

—¿Cuál es la prisa, Nayla? —Dennis alarga mi nombre como si estuviera saboreándolo. Me da repelús.

—Siento llegar tarde. Mi mamá ha tenido una mañana difícil, ya sabe, con la rodilla y…

—Tu *mamá* no es empleada mía —gruñe a través de sus dientes amarillentos—. Y me importa una mierda su rodilla fastidiada. Tu rodilla no está rota, así que mueve el culo ahí detrás y empieza a descargar.

Necesito este trabajo, necesito este trabajo, necesito este trabajo. El mantra me acompaña por toda la tienda y hasta el almacén, donde lo uso como ritmo de fondo para sacar y lanzar cajas llenas de todo tipo de verduras de los palés a las estanterías de la cámara frigorífica. Necesito este trabajo, necesito este…, pero juro por mi mamá que, si ese hombre vuelve a plantárseme delante hoy, me largo. Puedo encontrar otro trabajo.

—¿Qué haces ahí remoloneando? —ruge el demonio a través de las cortinas de goma de la puerta—. ¡He dicho que empieces a descargar!

—¡Eso es lo que estoy haciendo!

—No me hables en ese tono, niña, que ya estás en la cuerda floja. ¿He dicho que descargues los palés? No recuerdo haber dicho que descargaras los palés.

Necesito este trabajo, necesito este trabajo.

—¿Qué le gustaría que descargara, señor? —pregunto, poniendo toda la dulzura almibarada que puedo en mi voz.

—¡El maldito camión, zoquete! Lleva casi treinta minutos esperando en el muelle por ti. Más te vale disculparte con el conductor, tiene cinco paradas más hoy y tu holgazanería hará que eche horas extra. Discúlpate como es debido, y a lo mejor no me pide que te despida.

La insinuación es tan burda que me revuelve el estómago. Dale un poquito de poder a un hombrecillo y mira lo que pasa. Necesito este trabajo, necesito…

—¡Ahí, así me gusta! El culo en marcha, vay-mu-nos o como se diga. ¿No es eso lo que decís vosotros?

—No tengo ni idea de lo que está hablando.

—Claro, claro, que tú no eres de esas, eres de las otras. Aloha Ackbar, entonces.

—Se ha equivocado de alienígena —murmuro.

Está intentando que renuncie. Ni siquiera Dennis es tan descarado con su gilipollez la mayor parte del tiempo. Hoy se está pasando tres pueblos. Necesito este trabajo.

—¡Ja! Claro, tú lo sabrías, ¿verdad? Seguro que sabes mucho de esos alienígenas.

Algo va muy mal. Me da un vuelco el corazón. El camión no tiene que venir hoy, y nunca llega tan temprano. Nunca. Eso, más la forma en que está hablando, como si intentara deshumanizarme a marchas forzadas, como si estuviera poniendo toda la distancia posible entre nosotros, tan rápido como puede… Algo en todo esto me hace pensar que, si entro en ese muelle de carga, no volveré a salir.

Así que sigo caminando de largo.

—¡Eh! ¡Oye! ¿Te has vuelto idiota esta mañana? ¡El camión está por aquí!

—No, no lo está —respondo con calma. Estoy segura de ello. Más segura aún cuando se pone rojo como un tomate y se queda boquiabierto, con una expresión tan exagerada que parece un mal actor.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? ¿Crees que te estoy mintiendo sobre un camión que hay que descargar? ¿Por qué iba a hacer yo algo así?

—Desde luego, yo no lo sé —respondo remilgadamente. Mis manos y mis pies parecen moverse solos, quitándome el delantal e impulsándome hacia la puerta. Supongo que esto es lo que se siente al llegar al límite.

—¿Adónde coño te crees que vas?

—Dimitro. —Ni siquiera lo miro, simplemente dejo el delantal sobre el mostrador y sigo caminando. Él resopla y farfulla como una tetera abollada, pegado a mis talones incluso cuando salgo por las puertas. Intenta agarrarme del brazo y me zafo con un tirón brusco.

—No me toques —le espeto—. Te he dicho que dimito. No trabajo aquí. ¿Quieres que la gente te vea acosando a una clienta?

Aprieta la mandíbula, con la cara roja como un tomate maduro.

—Espera un momento. No te estoy acosando, y tampoco estaba intentando nada delictivo ahí detrás.

—Algo estabas intentando —replico, sin detener mi paso.

—Vale, para. Por favor.

Dudo, y luego me giro a medias. Parece casi tímido. Es espeluznante.

—Mira, solo quería preguntarte una cosa. Nada más. Lo he hecho todo mal. Te pido disculpas.

—¿Qué querías preguntarme que no podías preguntar en la sección de frutería?

Arrastra los pies y junta los dedos, inclinando la cabeza y mirándome desde abajo como un personaje de dibujos animados que está colado por alguien. El repelús se multiplica.

—Quería preguntarte si tendrías la amabilidad de considerar salir conmigo.

Lo miro, a este calvo de mediana edad, malintencionado, ávido de poder, impotente y asqueroso, y no sé si reír o llorar. Me decido por negar con la cabeza.

—Adiós, Dennis.

La máscara se le hace añicos tan rápido como apareció y su rostro se contorsiona en una mueca fea y furiosa. Para cuando pierde los estribos, ya me estoy subiendo a mi jeep, con las llaves bien apretadas en el puño.

—Estúpida…

El motor ruge y lo acelero un par de veces para ahogar el veneno que escupe por su bocaza.

—… lo mejor que vas a conseguir en este pueblo, fea de…

Acelero de nuevo y salgo de la plaza marcha atrás, asegurándome de mirar por encima del hombro. Su mal genio lo domina y se abalanza sobre mi coche, intentando obligarme a parar y a escuchar cualquier sarta de estupideces que tanto valora. Le doy el mismo susto que él me ha dado a mí, actuando como si no estuviera allí, rozando peligrosamente una demanda cuando mi jeep pasa rozándolo a toda velocidad. Apenas salta para apartarse a tiempo. No le habría dado de verdad…, creo.

Estoy temblando tanto que el jeep tiembla conmigo. Señor, qué ganas tengo de que vuelva Reggie. Por muy desquiciado e iluso que fuera el despotrique de Dennis, no estaba del todo equivocado; si estuviera buscando marido en Hartlen, no podría aspirar a mucho más que Dennis. No es que haya nada terrible en mí, no lo creo; pero es que no hay mucha variedad en la calidad de los hombres de por aquí. Los listos y ambiciosos se van justo al terminar el instituto, los amables y curiosos se van en cuanto dejan de ser necesarios, hasta que todo lo que queda en el mercado de citas local son pichabravas tontos y pagados de sí mismos que no distinguen un arboreto de un árbitro y ni les importa intentarlo.

Conocer a Reggie fue un jodido milagro. Tendré que asegurarme de que él también se sienta como uno cuando vuelva.

VEINTE

Reggie

Me despierto con el rugido de un motor a reacción y me dan arcadas por el sabor de mi propia boca. Todavía medio borracho, intento levantarme del mullido asiento de cuero, pero alguien me ha puesto el cinturón de seguridad. Forcejeo con él durante unos segundos antes de darme cuenta de que la brillante señal de «abróchense el cinturón» está encendida encima de mi cabeza.

La voz de Boris suena por el altavoz, lo bastante alta y alegre como para hacerme sangrar los oídos.

—Les habla su capitán. Por favor, mantengan el cinturón de seguridad abrochado hasta que alcancemos la altitud de crucero. En el asiento de al lado tienes una caja con aspirinas y agua.

¡¿Cómo demonios está siquiera despierto a estas horas?! Estaba bebiendo más rápido que yo. Lo sé, ¡porque era él quien me picaba para que siguiera su ritmo! Busco a tientas el altavoz de la pared, intentando enfocar el que parece menos borroso de los dos que veo. Me mareo con el intento y me tomo un respiro.

La verdad es que es bueno que no pueda alcanzarlo. Si tuviera que adivinar, diría que Boris me ha tirado en este asiento precisamente porque no puedo alcanzar esa estúpida cosa desde aquí, pensando que en mi estupor etílico me olvidaría de su única e

inviolable regla: no hablar con Boris hasta que el avión esté en el aire.

Dándome por vencido, cojo la caja del asiento de al lado y me tomo la aspirina con un trago de agua. No ayuda tanto como me gustaría, pero supongo que al menos ya no me siento tan fatal como hace un minuto. Joder, qué mal estoy. Y tengo purpurina y una mancha misteriosa en la camisa. Y en los pantalones. ¿Pero qué coño *hicimos* anoche?

Sé que bebimos. Ruleta. Póquer. Tengo un vago recuerdo de Boris bailando sin camiseta. Sobre todo, recuerdo que las copas no paraban de llegar y no sirvieron de mucho para apagar el fuego que me consumía por dentro. Quizá el sueño sí funcionó, porque ya no siento rabia... solo vacío y asco.

La luz del cinturón de seguridad se apaga.

—Ya puedes dar tumbos por la cabina. Pero no rompas nada. Después de lo de anoche, no estoy seguro de que pudieras permitirte reemplazarlo.

—Mierda. —Me libero del estúpido cinturón y me muevo para pulsar el botón—. ¿Cuánto he perdido? —le pregunto.

—¿Dinero? No demasiado, un par de millones, quizá. ¿La dignidad? Toda. Será mejor que no te acerques a Atlantic City en una temporada.

Gimo y el sonido hace que me martillee la cabeza. Boris se toma lo de que yo malgaste mi dinero con mucha más calma que yo. Puedo permitírmelo, claro, pero hay muchos sitios mejores a los que podría haber ido a parar ese dinero. Casi puedo sentir la mirada crítica de Adrienne desde el más allá.

Molesto por estar haciendo exactamente lo que Boris dijo que haría, me arrastro hasta el baño y me quedo mirando la cara del espejo. Supongo que mi dolor de cabeza no es solo resaca. Parece que me he peleado con un tramo de escaleras y un mapache rabioso. Fantástico.

Después de conseguir parecer medio humano, arrastro mi lamentable culo de vuelta a mi asiento y pulso el botón de nuevo.

—¿A quién coño cabreé?

Su risa, que suena como un ladrido, no augura nada bueno.

—Tío, ¿a quién *no* cabreaste? Buscabas pelea y la encontraste de sobra. ¿No te acuerdas?

—No recuerdo una mierda desde que te quitaste la camisa. ¿A qué coño vino eso?

—La vida es para vivirla —dice Boris, sin aclarar nada—. A veces, para vivir la vida, hay que hacer sacrificios.

—¿Sacrificaste tu camisa?

—Eres demasiado literal. Tómate un café, te sentará bien. Noventa minutos hasta Hartlen..., a menos que pienses cambiar el plan de vuelo otra vez. Esta vez podría costar un poco más.

Hartlen. Nayla. El estómago se me retuerce dolorosamente; nunca le dije que iba a tardar un día más, y ahora, encima, tengo que explicarle estos moratones. Quizá no debería volver. Quizá debería decirle a Boris que siga volando hasta que no podamos volar más y ver dónde acabo.

Igual que hice la última vez que me alejé de mis problemas en coche. Igual que hice cuando terminé en el dormitorio de Nayla, demasiado borracho para darme cuenta del puto milagro que fue aquello. Podría haberme metido en el calabozo para que se me pasara la borrachera. Joder, probablemente debería haberlo hecho. Le habría ahorrado un montón de disgustos.

Suena un móvil y lo busco a tientas. Es mi móvil de usar y tirar, atascado en la grieta entre el asiento y la pared. Lo saco de un tirón.

Te echo de menos. Espero que todo vaya bien. Este fin de semana hay un festival. Si vuelves para entonces, me encantaría que fuéramos. Invito yo. Besos.

Ese cariño tan sencillo, esa sutil preocupación, el hecho de que viera algo divertido que hacer y pensara en mí, todo se extiende como un bálsamo por mi pecho. Me pregunto si sabe que me ha tendido la mano justo en el momento oportuno.

—No hay cambios —le digo a Boris—. Rumbo a Hartlen. Oye..., ¿tienes algún consejo para explicarle a una chica guapa por qué tienes la cara hecha un cromo?

Me recuesto en el asiento, escuchando a Boris entretenerme con historias de hazañas caóticas, aderezadas con los suficientes

consejos como para que podamos hacer como que de verdad está respondiendo a mi pregunta.

VEINTIUNO

Nayla

El bajón en mis ingresos escuece un poco, but me alegro de volver a tener las mañanas libres, sobre todo ahora que mamá está en la fase de ejercicios de su recuperación. Sabe Dios que por su cuenta no haría los ejercicios de fisioterapia.

—Presta atención, jovencita —dice—. Ya me has estirado la cadera veintidós veces. Mi viejo cuerpo no da para tanto, ¿sabes?

—Lo siento, mamá. —Le bajo la pierna y la ayudo a incorporarse y a echarse para atrás para que pueda apoyarse en el sofá. Sus ojos perspicaces me escrutan la cara.

—¿Qué te pasa esta mañana? ¿Problemas en el paraíso?

Sujetándole el pie, empiezo a girarle el tobillo con suavidad.

—No. Bueno, en realidad no. No lo sé. —Resoplo, exasperada conmigo misma, y empiezo a girarle el tobillo hacia el otro lado.

—Eso no es decir nada. Habla conmigo, nena. ¿Qué pasa?

—Es que... Reggie lleva ya unas semanas de vuelta y hay algo que no me cuadra.

Una chispa se enciende en sus ojos.

—¿Qué está haciendo? Puede que esté un poco hecha polvo, pero todavía puedo pedir favores.

Eso me hace soltar una risita.

—Lo tendré en cuenta si alguna vez lo necesito. No, no está haciendo nada malo..., solo que se ha estado comportando de un modo un poco... no sé, raro.

—¿Raro? ¿Raro cómo?

—No sé, mamá, últimamente no es él mismo. No me está tratando mal ni nada... de hecho, me trata mejor que nunca. Es solo que parece que pasa mucho tiempo perdido en sus pensamientos, y la pinta que tenía cuando volvió a casa... no sé. Hizo una de las suyas: eso de que parece que responde a la pregunta, pero en realidad no lo hace, y todavía no sé muy bien cómo se llevó esa paliza. Siento que se ha cerrado en banda y no sé cómo llegar hasta él. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Bueno, piénsalo —dice con dulzura—. Ha vuelto a trabajar, ¿no?

Asiento.

—Ha arreglado la habitación de invitados y se ha montado un pequeño despacho allí.

—Eso tiene que cambiar un poco las cosas, ¿no crees? Tiene menos tiempo para mimarte y tú lo estás notando. Eso es lo que pasa cuando las relaciones maduran, cada uno tiene su vida, no vais a estar todo el día el uno encima del otro. No es divertido, pero es la vida.

Su razonamiento tendría sentido... si no fuera porque no lo tiene. Todavía me despierta con café y el desayuno. Todavía nos revolcamos en la cama más de lo que me siento cómoda admitiendo delante de mi madre. Ni siquiera sé cómo describir lo que es diferente entre nosotros; es solo una sensación que no logro quitarme de encima.

—Probablemente tengas razón —le digo, sin querer admitir que ni siquiera yo entiendo muy bien cómo me siento—. Supongo que me estoy volviendo demasiado dependiente.

Se inclina hacia delante y me da una palmadita en el brazo.

—No pasa nada por ser un poco dependiente. A los hombres les gusta que los necesiten, siempre y cuando no le presiones para que deje de hacer las cosas a su manera. Y ahora, ¿no crees que ya le

has dado bastantes vueltas a este tobillo? Tengo otra pierna entera, ¿sabes?

Más tarde, de vuelta en casa, el coche de Reggie está en la entrada y no se le ve por ninguna parte. A estas alturas, ya sé que eso significa que está metido en su pequeño despacho improvisado, haciendo lo que sea que hagan los hombres de negocios importantes. Una punzada de tristeza me atraviesa el corazón mientras me cambio para ir a trabajar. Supongo que eso significa que mamá tenía razón. Me estoy volviendo demasiado dependiente. Así que, en lugar de meterme en su guarida, le envío un mensaje rápido lleno de besos cuando estoy lista para salir por la puerta. Oigo sonar su móvil en el despacho, pero no espero una respuesta. Eso sería de dependiente.

Parece que de todos modos no habría recibido respuesta. A las tres en punto, la clientela del sábado ya es abundante, pero es imposible no reconocer sus ondas cobrizas entre la multitud. Está de cháchara con un par de vaqueros en la esquina, y parece que se lo están pasando en grande. Una sensación desagradable me recorre por dentro, algo parecido a los celos, pero con otro matiz.

«Deja de ser tonta», me digo a mí misma. «Tiene derecho a tener amigos, ¿no?».

Pero no es eso. No es que esté por ahí con gente que no soy yo. Ni siquiera es que estuviera con ellos mientras yo estaba ocupada echándole de menos. Es que se ha dejado el móvil en casa y no me ha dicho que iba a salir. No es que tenga que darme explicaciones de dónde está ni nada de eso, es solo que… Ni siquiera sé lo que es. No me gusta, y no me gusta que no me guste, y lo que de verdad no me gusta es no saber por qué no me gusta.

—¡Nayla! ¿Estás dormida? ¡La mesa cinco!

—¡Ay!

Esto empieza a parecerse a aquella primera noche. El bar está a reventar y no doy abasto, y mientras tanto él se emborracha cada vez más. Intento cruzarme con su mirada un par de veces, pero si no lo conociera, juraría que me está evitando a propósito. Sabe que trabajo esta noche, ¿no? Y aunque no lo supiera, tiene que haberme visto. ¿Por qué finge que no me conoce?

Uno de los ganaderos levanta la mano para pedir. Voy directa hacia la mesa, pero soy demasiado lenta. Kamille se me adelanta, desplegando todos sus encantos, coqueteando y revoloteando a su alrededor. A lo mejor solo son los celos que me hablan, pero me parece que con Reggie está exagerando un poco más. Y él se lo está tragando todo. La mira a los ojos, le dedica su sonrisita coqueta. Siento como si me dieran una puñalada directa al corazón.

Cuando vuelve a la barra, pasa lo bastante cerca como para sisearme al oído.

—La mesa dos es mía. Compartiré las propinas, no soy Khory, pero tú trabaja en tu zona. ¿Me oyes?

—Sí, señora.

Quiero hacerme un ovillo y llorar. ¿Por qué está haciendo esto? ¿Qué he hecho mal?

A medida que pasan las horas, los clientes van y vienen. Incluso los acompañantes de Reggie cambian poco a poco; uno se va, otro se une, hasta que está sentado con un grupo completamente nuevo. La cara se le está poniendo roja y ya no enfoca bien la mirada. Si no le corta el grifo pronto, voy a tener que ponerme seria. Hay un límite de veces que una chica puede sacar a rastras a su hombre borracho de un bar antes de que su reputación se vea afectada.

Hacia las siete, Reggie deja de ser mi mayor problema. Dennis y su pandilla de babosos entran dando pisotones como si fueran a tomar el local y se sientan deliberadamente en pleno centro de mi zona.

—¿Qué os pongo? —pregunto educadamente.

Supongo que la mirada lasciva de Dennis es contagiosa. Toda su mesa está infectada.

—Una cita —dice Dennis.

Sus asquerosos amigos vitorean y gritan como si hubiera dicho algo ingenioso.

—Lo siento, no servimos fruta —le digo, con una disculpa inocente—. Pero tenemos los frutos secos del bar, como podéis ver, y hay un restaurante justo al lado. Seguro que tienen algo que os guste.

Comparten una mirada condescendiente.

—Querida, tontita de Nayla. No hablo de fruta. Hablo de ti y de mí.

—Tú pides, yo traigo. Y ahora. ¿Qué os pongo?

—¿Qué tal si nos enseñas esas tetas? —interrumpe uno de sus amigos—. Y no me refiero a los pájaros.

Señalo el cartel clavado en la pared justo detrás de ellos.

—¿Qué tal si ejerzo mi derecho a negaros el servicio?

Algo oscuro parpadea en la expresión de Dennis. En un segundo, se levanta de su asiento y se acerca a mí. El instinto me hace retroceder unos pasos en la dirección equivocada, y ahora me tiene acorralada.

—¿Pero quién coño te crees que eres? —exige, con voz baja y cruel—. No eres más que una zorra inmigrante de mierda. Más te vale que te lo pienses dos veces antes de tocarme las narices.

—Qué curioso, juraría que lo he pensado tres veces y he decidido seguir adelante. —El corazón se me acelera y siento que me falta un poco el aire, pero mi voz es fuerte y clara—. Ahora siéntate o lárgate.

Esas últimas seis palabras se proyectan por encima del murmullo del bar y todo queda en silencio. Siento sus ojos clavados en el rincón oscuro, aunque el corpachón de Dennis me tapa la vista. Pasan unos segundos, y entonces una mano grande se posa con fuerza en el hombro de Dennis.

—Creo que ha llegado el momento de que te vayas.

El gruñido grave y peligroso de Reggie me provoca un escalofrío por la espalda. Supongo que al final sí que se había fijado en mí. Estoy demasiado aliviada por su rescate como para cabrearme con él ahora mismo, pero de esta vamos a hablar más tarde, y mucho.

—Esto no es asunto tuyo —responde Dennis, sin apartar los ojos de los míos—. Esta es mi chica.

—Una mierda.

La esperanza y la vergüenza luchan en mi pecho. Por supuesto que quiero que me defienda, por supuesto que quiero que Reggie me reclame como suya; pero esto es exactamente lo que Lou Anne insinuaba cuando se enteró de que Reggie venía a mi bar. Si estos dos empiezan a darse de hostias, no parará de repetírmelo. Por no

mencionar que, si no está acostumbrado a pelear borracho, es un momento terrible para aprender.

—Ya basta…

—Tú mantén tu puta boca cerrada. —Apenas salen las palabras de su boca y Reggie lo agarra por detrás, lo aparta de mí de un giro y lo lanza hacia sus amigos. El grandullón maleducado atrapa a Dennis mientras tropieza, y los dos se estrellan contra la mesa y los frutos secos salen volando.

—¡Tengo a la policía al teléfono! Tenéis menos de cinco minutos para largaros de mi bar antes de que vengan y os arresten a todos. ¡Vamos! ¡Fuera!

Dennis aúlla, farfullando como un idiota.

—¡Mi brazo! ¡Me ha roto el brazo! ¡Voy a demandarte por todo lo que tienes! ¡Voy a demandar a este bar entero! Más le vale a esa zorra de Nayla que rece para que no vaya a por ella. ¡Vais a caer todos! ¡Todos!

Su amigo el grandullón lo arrastra firmemente hacia la puerta, sin hacer caso de sus aullidos y gritos. Sus otros colegas se escabullen detrás de ellos, intentando aparentar que no se conocen. Los aullidos de Dennis se desvanecen al salir por la puerta, mezclándose con el chirrido de las sirenas que se oyen a lo lejos.

—Tú también —dice Kamille, mirando fijamente a Reggie.

—Pero… —empiezo, pero me interrumpe.

—Me da igual si se estaba haciendo el caballero andante, me da igual si es tu galán, me da igual. —Se vuelve hacia él, dirigiéndole una mirada que no me gustaría ver ni en mi propia madre—. No permito peleas en mi bar. Ahora, largo de aquí antes de que haga que te detengan a ti en particular.

Reggie se encoge de hombros y sale del bar. Ni siquiera me mira. ¿Me echa la culpa de haberle metido en esto? Quiero seguirle, pero Kamille no me quita el ojo de encima ni mientras se ocupa de todo lo demás. No puedo perder este trabajo, y menos ahora. Me centro e intento con todas mis fuerzas concentrarme en mi trabajo, pero es mucho más difícil cuando todo el mundo me mira como si fuera una pobre desgraciada.

Reggie y Dennis no son los únicos que se meten en líos. Debe de haber luna llena esta noche; Kamille, Tony y yo tenemos que separar tres peleas en total, y Kamille llama a la policía tantas veces que el coche patrulla acaba aparcado en el aparcamiento para ahorrar tiempo.

—Jesús, cualquiera diría que se les ha sincronizado la regla a todas o algo —se queja Kamille después de la tercera—. La próxima vez que estalle una pelea, tírale un tampón, ¿quieres?

Fuerzo una risa por su chiste malo, pero me recuerda que tengo que comprar más. Ya casi me toca, creo. Por mucho que quiera llegar a casa y hablar con Reggie, creo que será mejor que pase primero por la tienda.

VEINTIDÓS

Reggie

Justo tengo el tiempo suficiente entre que me echan del bar y Nayla llega a casa para cultivar una espumosa ración de autodesprecio que ahoga un mar de resentimiento. Ella no se merece lidiar con ninguna de las dos cosas, pero se lo tomará con una sonrisa compasiva y un cálido abrazo, y también la odio por eso.

No sabría decir por qué.

Cuando entra por la puerta, apenas puedo mirarla.

—¿Reggie? —pregunta, con la voz tan compasiva como esperaba. Cuando se arrodilla a mi lado y me toca el brazo, su contacto es incluso más cálido de lo que pensaba. ¿Por qué es así? ¿Por qué no ha podido entrar echando pestes, como yo quería, para darme una razón para soltar todo el veneno que llevo en la sangre?

—Lo siento —mascullo.

—No sientas nada —dice, con un tono que, de algún modo, sigue siendo compasivo en su rechazo—. ¿Qué pasa? ¿He hecho algo que te haya molestado?

Joder. Me pongo de pie, le aparto la mano de un manotazo y marco distancia entre nosotros.

—¿Por qué me preguntas eso?

Sostenerle la mirada a esos ojos inocentes y desconcertados duele tanto como mirar directamente al sol.

—Porque no acabo de entender por qué te comportas así, a no ser que haya hecho algo que te haya molestado —dice.

Estoy demasiado borracho para esta conversación. Mierda.

—Sí, me has molestado —le digo, avergonzándome del veneno en mi voz—. Esta mierda me molesta. Mírate, toda sumisa y demás gilipolleces, con esa cara que pones, como si prefirieras acunarme en tus brazos a soltarme un derechazo. ¿Por qué te haces eso a ti misma? Esa es la mierda que me cabrea, tú, actuando como si... como si... como si solo valieras eso.

Aprieta los labios en un gesto que me recuerda a su madre y luego se levanta con un movimiento ágil.

—A ver si lo he entendido —dice, acercándose lentamente a mí —. ¿Estás molesto porque te gusto?

—No. —Ahora encima va a hacer que se lo explique—. Estoy cabreado porque te estás pudriendo en ese antro en lugar de aprovechar esa mente brillante que tienes. Estoy cabreado porque, incluso después de haberte tratado como una mierda, vienes aquí a preguntarme qué has hecho mal. Sabes tan bien como yo que no has hecho absolutamente nada mal, excepto llevarte a casa a un capullo como yo.

—Creo que estás siendo demasiado duro contigo mismo.

—¡Pues yo creo que no estoy siendo lo bastante duro! Y creo que tú ni siquiera sabes cómo ser dura con nadie. ¿Qué coño te pasa? Nos tienes a mí y a ese baboso del bar peleando por ti. ¿Crees que eso es lo mejor a lo que puedes aspirar?

Se encoge de hombros, lo que me enfurece.

—Creo que tú no estás nada mal. No es una competición entre tú y Dennis. Es una competición entre tú y mi propia soledad. Y, de momento, vas ganando tú.

—Eso es una mierda.

Se encoge de hombros de nuevo.

—Puede. Pero es verdad. Estoy a gusto conmigo misma. Valoro mi tiempo a solas. Estoy perfectamente contenta llevando una vida de soltera. Pero, con todo eso, me gustas un poquito más.

—Entonces eres idiota.

Enarca una ceja y parece que está conteniendo la risa.

—¿Primero soy brillante y ahora soy idiota?

—¿Y?

—Y tú, mi vida, estás borracho. Lo que dices ya no tiene sentido. Venga, vamos a la cama. Por la mañana te sentirás mejor.

Me rindo. Nunca va a entrar en razón, no hasta que pueda expresarme sin tropezar y arrastrar las palabras. Pero ya lo verá. De eso me encargo yo.

Cuando llega la mañana, no me siento mejor. Si acaso, me siento peor. Recuerdo claramente todo lo que le dije anoche, todo lo que hice en el bar, cada pequeña mirada de dolor que me dirigió. Lo que lo empeora es el sol de media mañana, que se ceba con mi resaca, y la detallista bandeja con remedios para el malestar que hay junto a la cama. Hay una nota.

He ido a casa de mamá. Nos encantaría que vinieras cuando vuelvas a ser tú mismo.

Cuando vuelva a ser yo mismo, ¿eh? No creo que eso vaya a pasar pronto. Pensando que más vale seguir la corriente, ya que no se me ocurren mejores opciones, me arreglo y me dirijo a casa de la madre de Nayla.

VEINTITRÉS

Nayla

—¿Qué le pasa a ese hombre tuyo? —pregunta mamá una semana después—. No ha venido desde el domingo pasado, y se pasó todo el tiempo con pinta de estar medio muerto. No estará trabajando demasiado, ¿verdad?

—Puede ser —murmuro.

Su mirada aguda me pilla desprevenida.

—Ahora que lo pienso, tú tampoco has estado muy católica últimamente. ¿Qué pasa? ¿Problemas en la cama?

—¡Mamá!

—Bueno, ya sabes, estas cosas pasan, y los hombres suelen darse cuenta antes que las mujeres. A algunos hombres también se les pone cara rara con la regla, ¿sabes?, y si estás en esos días...

—¡Mamá!

—Oh, vamos, no te escandalices. No hay ninguna razón por la que una madre no pueda hablar de estas cosas con su propia hija. Hay algunas cosas que no puedes saber hasta que las vives, y la forma en que un hombre reacciona a tu ciclo es una de ellas.

—Hablas como si no la hubiera tenido desde que él está aquí. Y, para tu información, se portó como un perfecto caballero —le digo, ya exasperada—. No es eso, y no hay ningún problema en la cama.

—Entonces, hay un problema en otro sitio —dice sin rodeos—. Ayúdame a ir al baño para que pueda meter estos viejos huesos en la cama.

Últimamente camina más, pero todavía no tiene mucho equilibrio. Le paso el brazo por la cintura y la ayudo a soportar su peso mientras avanzamos lentamente por el pasillo.

—Es que no se me ocurre qué puede ser —confieso.

—Buscar el origen de un problema es como buscar una cartera perdida. Tienes que desandar tus pasos. ¿Cuándo fue la última vez que las cosas iban bien? ¿Qué cambió, y cuándo, y qué estaba pasando cuando cambió? Sé sincera contigo misma.

Me cierra la puerta del baño en las narices y yo me apoyo en la pared, esperando y pensando.

—Supongo que todo empezó cuando se fue a casa esos días y volvió todo magullado. Pero luego las cosas fueron geniales durante un tiempo... y después se comportó de forma muy rara en el bar. Nunca me dio una explicación de verdad para ninguna de las dos cosas. Eso me molesta.

—Tienes que dejar que el hombre tenga algo de intimidad —dice a través de la puerta.

—No se trata de eso —le digo—. No estoy enfadada con él por mantener su intimidad. Solo me preocupa lo que significa. Simplemente, las cosas no cuadran. En los momentos en que está atento, es más atento, generoso y tierno que nunca... pero cuando no lo está, está muy lejos. No lo entiendo y no sé cómo hablar de ello.

—Fácil —dice mamá—. Abres la boca y dejas que las preguntas salgan. No importa lo confusas que sean al principio, al menos habrás empezado. No se puede empezar una conversación con el silencio.

Sé que tiene razón, pero saber lo que es correcto no siempre hace que sea más fácil hacerlo. La ayudo a meterse en la cama y la arropo, besándole la frente como ella solía hacerme a mí.

—No te acostumbres a esto —dice entre un bostezo—. No pienso dejar que me trates como a un bebé para siempre.

—Ni se me ocurriría —le digo con una sonrisa.

De camino a casa, pensando en nuestra conversación, la parte en la que hablaba de la regla destaca por encima de todo lo demás. Compré tampones hace una semana pensando que me vendría de un día para otro, y todavía están en su caja sin tocar debajo del lavabo.

Empiezo a contar los días hacia atrás. Pensando que debo de estar equivocada, saco el móvil y miro el calendario. Hay un puntito rojo, justo donde pensaba que estaría.

Con las palmas de las manos sudorosas, cambio de dirección en el último segundo y cruzo la calle hacia una pequeña tienda 24 horas. Todo el rato estoy repasando el último mes, pensando que debo de haberme equivocado en la cuenta, aunque sé que no es así. La regla me viene con retraso, sin duda alguna.

—A lo mejor se ha quedado atascada en un atasco —mascullo.

No sirve de mucho para levantarme el ánimo. Compruebo la fecha de caducidad de la carísima prueba, cojo una segunda por si acaso y me dirijo a la caja.

El cajero es Danny Lewis, porque, cómo no, tenía que ser él. Su hermana mayor iba a mi curso y su madre era mi catequista. No lo miro a los ojos cuando pongo mis cosas en el mostrador.

—¡Anda, mira quién está aquí! Señorita Nayla Anchour, hay que ver, cada día estás más guapa. ¿Qué va a ser hoy?

—Solo eso, por favor.

—¡Marchando! Caray, sí que están caros últimamente, ¿verdad? Sabes, mi novia los compra en la tienda de todo a un euro, dice que funcionan igual de bien. ¡Lleva pleno, tres de tres! ¡Así que supongo que funcionan mejor que los anticonceptivos! —Se ríe mientras mete las dos pruebas en una bolsa. Siento que me arde la cara y se me revuelve el estómago. Se toma demasiadas confianzas para contar todo eso; está claro que mi pequeña compra nocturna no va a ser ningún secreto.

Pago rápidamente y le arrebato la bolsa de la mano.

—Gracias, Danny. Hasta luego.

—¡Nos vemos! Y buena suerte, sea cual sea el resultado que esperes.

«Cállate ya, pedazo de idiota», pienso, frenética, mientras veo entrar a otras dos personas en la tienda.

Guardo rápidamente la compra en el bolso, desesperada por mantener mi apuro en secreto el mayor tiempo posible.

De camino a casa, le doy vueltas a si debería decirle a Reggie que quizá haya algo de lo que preocuparse.

Al final, decido que es mejor mantener la boca cerrada hasta que esté segura. No tiene sentido darle un susto de muerte si solo es un pequeño retraso. Aún es un poco pronto, más o menos... Podría hacerme la prueba ahora y salir de dudas de una vez.

Justo cuando me decido a hacerlo, llama Kamille. Tom se ha puesto enfermo en el trabajo y necesita que cubra sus últimas horas. Con una mirada anhelante a la cálida luz que brilla desde la ventana del despacho de Reggie, me subo al jeep y me voy a trabajar.

Tres horas más tarde, después del turno en el que he estado más ausente de mi vida, por fin consigo volver a casa.

Me fue imposible concentrarme en el trabajo por más que lo intenté, no con esta pregunta rondándome la cabeza. Para cuando entro por la puerta, todas las luces están apagadas y sus suaves ronquidos son el único sonido que se oye.

Parece que, de todos modos, no habría tenido la oportunidad de hablar con él. Resulta deprimente, una sensación que he tenido cada vez más a menudo en las últimas semanas. Ojalá pudiera meterme en su cabeza y desenredar lo que sea que le hace tan desgraciado.

Lo que necesito es una forma de empezar. Por suerte para mí, puede que tenga una en el bolso… y en la barriga. Pasando de puntillas por delante del dormitorio, me dirijo al baño con el corazón latiéndome tan fuerte que temo que pueda despertarlo.

Leo las instrucciones tres o cuatro veces hasta que me quedo satisfecha. Creo que no me había concentrado tanto en hacer pis desde que aprendí a ir al baño. Tragando saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta, me siento y me pongo a ello.

—Tres minutos —murmullo para mí mientras vuelvo a colocar el capuchón—. Tengo que dejarlo tres minutos.

No tarda ni uno en aparecer la doble línea en la ventanita. Me quedo mirando la maldita cosa durante los dos minutos siguientes,

esperando a que esa segunda rayita desaparezca. Pero solo se vuelve más oscura, la muy tozuda. No sé cuánto tiempo llevo aquí sentada mirándola, pero la respuesta no va a cambiar. Dios mío, ¿qué pensará Reggie? Le dije que tomaba anticonceptivos, y es verdad, así que ¿por qué? ¿Cómo?

Y yo que estaba dispuesta a confesarlo todo para ver si eso lo conmovía, pero ahora… si le digo que estoy embarazada y luego le digo que estoy enamorada de él, pensará que fue al revés. Pensará que me estoy convenciendo a mí misma de que lo amo por el bien del niño o, peor aún, que intento atraparlo con unos sentimientos falsos para protegernos a mi hijo y a mí.

Pero si le confieso lo que siento y me rechaza con delicadeza, y luego le hablo del bebé, no me creerá. Pensará que me lo estoy inventando solo para convencerlo de que se quede.

Pero ¿y si no me rechaza? ¿Y si él siente por mí lo mismo que yo por él? ¿Y si recibe al bebé con los brazos abiertos? Entonces seríamos una familia. ¿Querría hacerlo oficial? ¿De verdad podría ser yo la típica chica que se casa con un bombo?

Sacudo la cabeza y tiro la prueba a la basura junto con la caja y los envoltorios. Cuando me lavo las manos, espero ver alguna diferencia en el espejo. Un brillo o algo, no sé. Alguna señal de que toda mi vida ha cambiado para siempre, alguna diferencia en mi cara que trace la frontera entre Nayla la mujer y Nayla la madre.

Madre.

Voy a ser mamá.

La idea es demasiado grande para que pueda asimilarla. Dejo que retumbe en mi cabeza, intentando encontrar su sitio, y vuelvo a la cama.

Al mirar el dulce rostro de Reggie dormido bajo la luz de la luna, me pregunto si el bebé heredará su pelo cobrizo o mis rizos negros. Quizá un niño adorable y moreno con el pelo rojo y rizado y sus brillantes ojos verdes, o con el pelo negro y alborotado y mis ojos marrones.

Parece menos aterrador pensar en el aspecto del bebé que en la reacción de Reggie cuando se lo cuente por la mañana, así que eso es lo que hago.

Cierro los ojos y combino nuestros rasgos de un millón de maneras diferentes, hasta que la ansiedad de abrirle mi corazón a Reggie desaparece bajo un mar de bebés risueños.

El sol me despierta antes de que suene el despertador y el olor a café flota en el aire, lo que significa que me he quedado dormida. Reggie ya está levantado.

Reggie.

Abro los ojos de golpe al recordar de pronto que todo ha cambiado. Estoy embarazada. Embarazada del hijo del hombre que amo.

Una sonrisa se dibuja en mi cara, apartando los últimos restos de ansiedad. El amor es un chute de valor más fuerte que el güisqui.

Me siento fuerte como el acero, con el corazón lleno, y estoy más que lista para lanzarme de cabeza a esta conversación.

Me estiro, disfrutando de la sensación hasta que mi brazo extendido topa con algo duro y frío en el lado de la cama de Reggie. Espero no haber tirado una bandeja de café entera, eso sería…

Es un maletín. Uno que no había visto nunca. Uno que encaja con el hombre que conocí en el bar, no con el Reggie que se ha sentido cómodo a mi lado con vaqueros y camisetas. Se me revuelve el estómago cuando veo mi nombre, escrito con su caligrafía en una nota adhesiva pegada al maletín.

—¿Reggie? —lo llamo. La casa me devuelve un eco apagado, como si yo fuera el único ser vivo aquí. No, si se hubiera ido, su coche no estaría aparcado…

No lo está. Se me encoge el corazón cuando miro por la persiana hacia la entrada de casa y veo el espacio vacío donde debería estar su coche.

Todo me da vueltas y me desplomo sobre la cama, doblada por el dolor que me oprime el pecho. El maletín me golpea la espalda, instándome a mirar dentro. No quiero. No sé lo que me ha dejado en su elegante maletín, y la verdad es que no quiero saberlo. Si fuera algo importante, podría habérmelo dado en persona.

A menos que no pensara volver.

Maldiciendo en voz baja, cojo el toro por los cuernos. O el maletín por los cierres, en este caso.

No está cerrado con llave, pero, Dios mío, debería haberlo estado. Estoy mirando un fajo de billetes como no he visto en mi vida. Encima de todo hay una nota, si es que se le puede llamar así. Solo una palabra, garabateada a toda prisa en una página de su cuaderno. *Perdón.*

—¿«Perdón»? Oh, ya te arrepentirás, ya.

Con el corazón desbocado, rebusco en el maletín buscando cualquier otra cosa. Cualquier otro trozo de papel, una pista, lo que sea. No hay nada más que montones y montones de dinero.

—A la mierda con esto. —Encuentro mi móvil y llamo al único número que tengo de él.

Está desconectado.

Mi móvil sale volando por la habitación antes de que pueda pensarlo, y rompo a llorar.

¿Es demasiado pronto para echarle la culpa a las hormonas? Probablemente.

Se la echaré a él, entonces. A fin de cuentas, me parece que es culpa suya. ¿Qué demonios se le ha pasado por la cabeza para largarse así? Y encima dejarme un montón de pasta. La noche anterior fue tan perfecta, ¿qué ha podido cambiar entre entonces y ahora?

Bueno… aparte del embarazo, claro. ¡Pero si ni siquiera se lo he dicho!

La revelación me golpea como un mazazo y un sudor frío me recorre el cuerpo. En un instante, salgo de la cama y entro en el baño.

Ahí está, tan claro como el agua, boca arriba en la papelera. El dichoso test de embarazo, con un aspecto tan positivo como el de anoche. Oh, no.

Ya sé lo que ha pasado. Puedo verlo como si estuviera ocurriendo justo delante de mis ojos.

Reggie se despierta, entra aquí medio dormido para lavarse la cara, mira distraídamente a su alrededor mientras está a lo suyo y ve… eso.

Entra en pánico.

Hace la maleta.

Saca un pastizal —suficiente para que cruce la frontera del estado y me *ocupe* de esto, supongo— y se pira antes de pensárselo dos veces.

Lágrimas amargas me resbalan por la cara. No usaré ese dinero sucio, ni un céntimo, y desde luego no para eso. No puedo creer que me haya enamorado de un cobarde baboso.

Las lágrimas que me caen por la cara se burlan de mí por mentirme a mí misma. No hubo ningún «casi».

Me tenía en cuerpo y alma. «Tenía», ¡ja! Todavía me tiene.

Por muy destrozada que esté ahora mismo, una parte de mí sigue esperando a que vuelva a entrar por esa puerta, y sé en lo más profundo de mi ser que me aferraría a él con fuerza y no lo soltaría jamás.

VEINTICUATRO

Reggie

Varias voces se solapan, algunas tranquilas y comedidas, otras acaloradas y frenéticas, todas ellas altas. Estoy sentado a la cabecera de una larga mesa y mi junta directiva es la responsable del caos. Por mucho que ellos, y mi madre, insistieran en que se me necesitaba aquí, en este momento me siento más una figura decorativa que un capitán. Todos discuten por detalles que en realidad debería gestionar alguien más abajo en la cadena de mando, pero la mitad de ellos están tan empeñados en la microgestión que han empezado a microgestionar las áreas de sus compañeros de la junta.

—¡Es sencillo! ¿Por qué me lleváis la contraria en esto? Negociamos un acuerdo con un único proveedor, conseguimos un trato excelente y recibimos todo el material directamente. ¿Qué tiene de malo ahorrar dinero?

—¿Ahorrar dinero? ¿Crees que ahorraremos dinero si hacemos que envíen bolis al puñetero Guam desde nuestro proveedor favorito en lugar de dejar que bajen a la calle y compren unos cuantos? ¿Y qué me dices de Australia? ¡Ni siquiera tienen un centro de distribución de Paperclips en ese hemisferio!

—El coste del envío se compensará con el ahorro —insiste Leslie.

—Tengo que estar de acuerdo con Paul en esto —dice Jeremy, entornando los ojos hacia Leslie—. La forma en que lo defiendes me hace pensar que parte de ese «ahorro» podría ser una comisión encubierta.

—Yo no he dicho eso —dice Paul apresuradamente, pero su negativa se pierde entre los nuevos chillidos de Leslie.

—¡¿Comisiones?! ¡Cómo te atreves! ¡Yo velo por los intereses de esta empresa, que es más de lo que puedo decir de ti y tu genial idea de «enviemos un calendario a cada cliente en diciembre»!

—Genera lealtad.

—¡Genera deudas! ¿Le has echado un vistazo a nuestras cuentas últimamente?

Más abajo en la mesa, Charles y Dina mantienen una discusión igual de acalorada sobre la parte tecnológica.

—No tenemos el ancho de banda para una actualización de ese tipo —está diciendo Dina.

—Mi gente no está de acuerdo. Mira, han preparado toda esta presentación...

—Entonces, ¿por qué no me enseñas la presentación? ¿Crees que tú argumentas mejor que un puñado de ingenieros?

—¡No saben formular un argumento! Apenas pueden formular una frase comprensible la mitad de las veces. ¿Tú has conocido a algún ingeniero?

—*Soy* ingeniera. Idiota.

Al otro extremo de la mesa, Casper parece estar sacando puntos al azar de las dos discusiones y lanzándoselos a Reina. Reina, todo hay que decirlo, lo soporta todo con una mirada pétrea, respondiendo solo de vez en cuando con frases cortas y mordaces. Su instinto de abogada se ha impuesto y se ha encerrado en su caparazón.

Es agotador. Todo.

—Vale. Ya es suficiente. —Lo digo, pero mis palabras no parecen llegar a ninguna parte. Suspirando profundamente, me meto dos dedos en la boca y suelto un silbido estridente. Todos se callan menos Leslie, e incluso ella se ha calmado lo suficiente como para murmurar en lugar de chillar.

—He dicho que ya es suficiente. —La miro directamente al decirlo, preguntándome cómo no me había dado cuenta antes del increíble parecido entre ella y mi madre. Por fin, deja de hablar.

—¿Quién ha convocado esta reunión? —pregunto.

Se miran unos a otros, perdidos, hasta que Reina habla. —Nadie —dice—. Es una reunión fija. Adrienne estableció reuniones periódicas de forma indefinida para el último jueves de cada mes.

—Ya veo. ¿Y alguien se encargó de crear un orden del día? ¿De levantar acta? ¿De revisar la reunión del mes pasado?

—Ella también se encargaba de todo eso —dice Paul con aire avergonzado.

Idiotas. Estoy rodeado de idiotas.

—¿Es que pensabais que se había ido de vacaciones?

Un silencio avergonzado me responde.

—Han pasado cuatro meses. Yo he estado fuera la mayor parte del tiempo. No podíais localizar a ninguno de los dos. Y vuestra respuesta ha sido, ¿qué..., presentaros aquí y gritaros los unos a los otros durante una hora?

—O dos horas, o tres —interviene Casper—. Normalmente con catering.

—Con catering. Teníais un festival de gritos con catering todos los meses porque a ninguno se os ocurrió la brillante idea de delegar las responsabilidades de Adrienne.

—Si te soy sincera, ninguno de nosotros sabía realmente cuáles eran sus responsabilidades —me dice Dina, vacilante—. Simplemente estaba ahí, ¿sabes?

—Supuse que ella era el florero y tú el cerebro —murmura Jeremy sin mirarme.

Niego con la cabeza, mirándolos a todos. —Y yo que pensaba que erais lo bastante listos como para no subestimar a vuestros administradores. No quiero ni pensar qué más se os puede haber pasado por alto mientras estabais aquí haciendo el idiota. Estáis todos despedidos.

Se produce un instante de silencio sepulcral, y entonces Jeremy se echa a reír. —Buena esa, jefe. Has captado nuestra atención, eso te lo concedo.

El resto, salvo Reina, se ríen nerviosamente con él.

—No estoy de broma. Estáis despedidos. Pensé que algunas cosas se habrían descuidado mientras estaba fuera, pero esto... —Cojo una citación de la mesa que fue emitida hace un mes e ignorada hasta hoy—. Esto es inaceptable. Vuestra negligencia nos ha expuesto a acciones legales. Tengo veintisiete días para solucionar nuestro incumplimiento de la normativa de prevención de riesgos laborales, una resma de informes de incidencias y una demanda por daños personales, o podemos decirle adiós a esta empresa y a todos sus directivos. Y no es que tenga ningún interés en darle un beso a ninguno de vosotros, cabrones.

Tiro el papel con asco. Debajo hay un fajo de papeles de un tamaño considerable, todos ellos relacionados con los problemas que he mencionado.

—¿Y crees que vas a arreglarlo más rápido si nos despides? Vale, sí, puede que se nos haya pasado una o dos cosas mientras no estabas, pero vamos. No puedes pretender arreglarlo todo tú solo.

—No lo espero —le respondo a Jeremy—. Lo que espero es despediros a todos y vender la empresa, trozo a trozo.

Se produce un alboroto al darse cuenta de lo que eso significa.

—¡¿La vas a sacar a bolsa?!

—¡No puedes *hacer* eso!

—¿Sabes quién compraría la participación mayoritaria de inmediato? Bezos, ese mismo. ¡¿En qué estás pensando?!

—¡A quién le importa lo que pienses tú, ¿qué demonios pensaría Adrienne?! ¡Se le rompería el corazón!

Me levanto de la silla con fuerza suficiente para lanzarla contra la pared. Las bocas se les quedan abiertas, mudas.

—Adrienne está muerta —digo con voz monocorde—. Lo que significa que soy el dueño del cien por cien de esta empresa. Hasta el último céntimo. Si queríais tener algo que decir, deberíais haber hecho un mejor trabajo en mi ausencia; podría haberme animado a transferir la propiedad. Pero prefiero que venga un pez gordo y tome el control a dejároslo a vosotros, panda de críos peleones. Tenéis el resto de la semana para terminar lo que estéis haciendo, recopilar toda vuestra información de acceso en un archivo para la

transferencia e informar a vuestros contactos de que vuestro jefe en duelo os ha cortado el grifo injustamente o lo que sea. Si decidís sabotear vuestras cuentas o la transferencia de control de alguna manera, estaré más que encantado de endosaros personalmente la carga de este litigio.

—Estás cometiendo un error —advierte Jeremy.

—¿Lo estoy? Quizá. Os diré una cosa: os daré a cada uno la oportunidad de convencerme. A solas. Estad atentos a vuestros correos, concertaré citas con todos vosotros individualmente.

Sometidos, furiosos y en silencio, salen de la sala de juntas. Reina se queda. Me imaginaba que lo haría.

—¿Vas a intentar convencerme de que no lo haga? ¿A decirme que es demasiado pronto para tomar grandes decisiones, que estoy demasiado sensible, que no puedo despedirte porque te necesito? ¿O solo quieres decirme que no puedo despedirte porque dimites? —Le doy un sorbo al café, deseando que fuera alcohol.

—Nada de eso —dice con calma—. Apruebo esta decisión.

Me atraganto con el café. Por un momento me alegro de que no sea alcohol, pero la sensación no dura mucho. Llevo con esa sed desde que me fui de Alabama. Joder, incluso desde antes de irme.

—Perdona, ¿qué?

Me dedica la sonrisa serena que me recuerda que fue mi amiga antes que mi asesora legal.

—Estratégicamente hablando, es el momento adecuado para una maniobra como esta. FlopHouse es una marca muy conocida, por así decirlo. Los cambios que se están haciendo en tus narices, aunque son buenos para el balance final, no están del todo en sintonía con tu declaración de principios personal. Los sabuesos de internet ya andan husmeando, y no pasará mucho tiempo antes de que tu reputación se vea perjudicada por la aparente hipocresía. Lo que todo esto significa es que probablemente obtendrás el mayor beneficio ahora, en lugar de hace seis meses o dentro de seis meses.

Ni siquiera lo había pensado de esa manera, pero tiene bastante razón.

—Si estás de acuerdo, ¿entonces por qué te has quedado?

—Para ofrecerte mi ayuda —dice—. Sacar una empresa a bolsa es un proceso complicado, por no hablar de los problemas legales que has mencionado hoy, que deberían resolverse con la mayor rapidez y discreción posible para maximizar los beneficios potenciales. Por no mencionar que hoy has cabreado a mucha gente. Sería mejor para ti que me quedara a tu lado hasta que todo se resuelva.

Se me hace un nudo en la garganta y siento una opresión en el pecho. Doy un trago largo para aclarar la voz y ganar tiempo hasta que las emociones se hayan calmado.

—Sé que no me lo merezco…, pero ¿qué te parecería quedarte a mi lado después de que todo esto se resuelva?

Ladea la cabeza como si me estuviera examinando. —Estaré a tu lado hasta que me des una muy buena razón para no estarlo, Reg. Pero ¿supongo que te refieres al plano legal?

—Sí, supongo que se podría decir así. No quiero entrar en detalles aquí, pero no pienso dejar de trabajar cuando todo esto acabe, si entiendes lo que quiero decir.

Asiente lentamente. —Creo que sí. No te prometeré nada hasta que sepa exactamente lo que ofreces, por supuesto. Pero como estoy a punto de buscar trabajo, hay muchas posibilidades de que puedas torcerme el brazo.

—Gracias. De verdad que te agradezco que lo consideres.

—De nada —dice, levantándose de la silla. Se detiene y me lanza una mirada severa—. Lo digo en serio, como tu amiga y tu abogada. No lo menciones en absoluto.

—Entendido —acepto con una breve sonrisa—. Te lo agradezco.

—Sí, sí, díselo a mi finiquito —dice con un guiño—. Ahora, ¿esos archivos que has impreso para poder blandirlos en plan dramático están en mi bandeja de entrada, o me llevo las copias impresas?

—Ya te están esperando —le digo.

—Fabuloso. Entonces parece que tengo trabajo que hacer. —Se marcha con un gesto pícaro y una sonrisa radiante, que desaparecen tras su expresión seria y estoica antes de que salga del despacho. Vaya coraza de acero que tiene, y casi se me había olvidado el privilegio que es que te permita verla caer.

Ese privilegio pesa sobre mí. Me recuerda la forma en que Nayla se abrió a mí, con cautela al principio y luego de golpe, lo que a su vez me recuerda lo mal que traté esa confianza. No, no merezco la lealtad de Reina, y nunca merecí la confianza de Nayla. La última vez que fui alguien que valía la pena fue cuando estaba con Adrienne; lo que, creo, significa que esa persona que valía la pena en realidad no era yo.

Me dirijo a las ventanas y contemplo la ciudad. El río brilla y se retuerce, tan peligroso y misterioso como un mar estrecho. No alcanzo a ver Graceland desde aquí, pero puedo sentir su influencia, igual que siento el peso de la presencia de mi madre en este lugar. La presión del fantasma de Adrienne es más fuerte que ambas. No puedo ni imaginar lo que pensaría de mí ahora. ¿Despiadado? ¿Malvado? No lo sé. Nunca tuvo nada malo que decir de mí, pero nunca me vio así.

Y Nayla… bueno, Nayla probablemente me odia ahora. Tiene todo el derecho. De hecho, me sorprende que no empezara a odiarme hace mucho tiempo; no es que estuviera en mi mejor momento cuando estaba con ella. Estoy seguro de que se dará cuenta de que se ha librado de una buena en cuanto use el dinero que le dejé para sacarse la carrera y dejar sus trabajos de mierda. Se dará cuenta de que es mucho mejor que ese lugar; que es mucho mejor que yo. Con el tiempo, lo sé, verá que le hice un favor al marcharme.

VEINTICINCO

Nayla

Estoy acurrucada en el sofá con un cubo en el suelo a mi lado y una estúpida película romántica en la tele, llorando a moco tendido, cuando suena el timbre.

—Largo —sollozo.

—Vamos, ¿son esas formas de hablarle a tu madre?

Mamá entra resoplando, apoyándose con fuerza en un andador.

Me incorporo de golpe, la preocupación por ella imponiéndose a mi propia miseria, y al instante mi estómago se rebela.

No puedo hacer nada para ayudarla mientras todo lo que he comido desde el día en que nací intenta salir disparado de mis entrañas. Para cuando me he recuperado, ella ya se ha acomodado en el sofá de dos plazas que está en diagonal a donde estoy yo.

—Tú no estás enferma —dice con recelo.

—Díselo a mi estómago —gimo, dejándome caer de nuevo sobre mi almohada sudada y manchada de lágrimas.

—Puede que tu estómago esté revuelto, pero tú no estás enferma.

—Puede que tu cabeza piense con lógica, pero tu boca no dice más que tonterías —le respondo—. ¿Pero qué demonios dices, mujer?

Mira por encima de un hombro y luego del otro. —¿Dónde está Reggie?

Las lágrimas me ruedan por las mejillas sin que pueda controlarlas.

—No está aquí —le digo, con la voz quebrada—. Pero estoy bien, no tienes que preocuparte por mí, estoy bien. Dame un minuto para recuperar el aliento y te traeré algo de beber. ¿Quieres limonada?

Por alguna razón, la palabra limonada me provoca otro ataque de llanto. Uf, soy un desastre, y sé que debo de parecer loca de remate.

—No vas a mover un músculo hasta que me digas qué está pasando —dice, su propia voz volviéndose un poco fina y débil—. Vamos, estás empezando a preocuparme, niña. No has venido a verme, no contestas al teléfono, y Mary Anne me ha llamado hace un rato diciendo que no te ha visto por el supermercado últimamente, y su Charlie tampoco te ha visto en el bar. ¡Tienes a todo el mundo en vilo, y tu propia madre no sabe lo que pasa! Es una pena, una verdadera pena.

Eso solo me hace llorar más, lo que solo la preocupa más a ella. Es un círculo vicioso, y si una de las dos no encuentra la forma de romperlo, no pararemos.

—¿Te estás muriendo? —pregunta. Lo único que puedo hacer es negar con la cabeza y sollozar—. ¿Estás embarazada?

El corazón y la respiración se me detienen, y luego se me disparan a la vez. Gimo contra la almohada mientras asiento.

—¿Reggie está trabajando?

Niego con la cabeza.

—¿Ha hecho un viajecito a casa?

Vuelvo a negar con la cabeza.

Se queda en silencio durante un largo, largo rato. Cuando vuelve a hablar, su voz es como fuego gélido. —¿Te ha dejado?

Mis sollozos se acallan, mi respiración deja de temblar, y me encuentro calmándome de nuevo mientras los escalofríos recorren mi cuerpo. —Sí —murmuro.

—¿Por el bebé?

Me limpio la cara con un puñado de pañuelos de papel y me siento, sorbiendo por la nariz. —Por lo que puedo deducir —le digo

—. Se enteró mientras yo dormía… Dejé la estúpida prueba en la basura… Antes de que me despertara, se había ido.

—¿Simplemente se fue? ¿Sin nota ni nada?

Me río con amargura. —Había una nota —le digo—. Encima de un montón de dinero. Todo lo que decía era «lo siento».

—¿Un montón de dinero?

Señalo el maletín que está en la mesita auxiliar a su lado. —Lo traje aquí con la intención de quemarlo, pero resulta que mi chimenea es solo de adorno. Está todo sellado.

Sin previo aviso, se inclina hacia delante y me da una colleja.

—¡Ay! ¿Y eso por qué?

—No he criado a una tonta —espeta—. ¡No se quema el dinero solo porque no te guste de dónde viene! Si la Iglesia hiciera eso, nunca tendría suficientes diezmos para arreglar el tejado. ¡Tienes un bebé en camino! No puedes actuar como si fueras demasiado buena para el dinero de un hombre.

Me cruzo de brazos y aparto la mirada. Estoy enfurruñada como una niña, y me odio por ello, pero no puedo evitarlo. No quiero ese dinero sucio, y no creo que ella entienda del todo lo que ese dinero debe de significar.

—Sabes lo que quería que hiciera con ese dinero, ¿verdad?

Se detiene justo cuando va a abrir el maletín y me lanza una mirada tan afilada que puedo sentirla.

—No podría adivinarlo, no hasta que vea cuánto hay aquí dentro. —Lo abre. Espero un jadeo o un grito o algo, pero ella solo lo mira. Remueve los fajos de billetes, sus labios se mueven mientras calcula cuánto hay. Una vez que termina, se echa hacia atrás, con las manos cruzadas en el regazo y el ceño fruncido.

—¿Lo entiendes? —le pregunto, con la voz quebrada de nuevo—. Hay suficiente dinero ahí para que haga que todo esto simplemente desaparezca. Como si nunca hubiera pasado. Como si *nosotros* nunca hubiéramos existido.

—Claro, si quieres verlo así —dice ella con calma—. Pero supongamos que lo hicieras. ¿Sabes cuánto dinero te sobraría?

Me encojo de hombros. —No lo he pensado.

—Pues deberías haberlo pensado. Porque si conozco a ese hombre..., y creo que lo conozco un poco..., no te dio esto con una sola cosa en mente. ¿Sabes lo que te ha comprado con esto?

—¿Miseria?

—¡Oh, déjate de tonterías, niña! Piénsalo. Piénsalo bien. Aquí hay suficiente para que vayas a la universidad, pagues la entrada de una casa y todavía te sobre para criar a un hijo. ¿Crees que te dio todo eso solo para asegurarse de que pudieras quitártelo de en medio?

Eso me descoloca. No me había percatado de cuánto dinero era en realidad. —¿Quieres decir que... no estaba comprando mi silencio?

—Quizá sí, en cierto modo —dice encogiéndose de hombros—. Te dio lo suficiente para que no lo buscaras para pedirle la pensión alimenticia. No digo que sea un ángel, cariño, ni de lejos. Está claro que ese hombre tiene problemas que no ha querido compartir. Pero lo que sí te digo es que si dejas que tus sentimientos heridos controlen tus actos y tiras todo este dinero por la borda, estarás tirando tu futuro por la borda otra vez. Y esta vez no solo el tuyo. Tienes un pequeño en quien pensar. ¿No crees que se merece lo mejor que puedas darle?

La culpa se me revuelve en el estómago. Ni siquiera había pensado en el futuro, y es lo único en lo que debería estar pensando por encima de todo en este momento.

—Ahora bien, si te matriculas cuanto antes, para cuando llegue el pequeño ya tendrás la mitad del camino recorrido. Después de eso, bueno, ya veremos qué hacemos. La cuestión es que si alguna vez hubo un momento para que empezaras a pensar en ti misma y en tu propio futuro, ese momento es ahora.

Hay un brillo en sus ojos que me produce curiosidad y resentimiento a partes iguales. Mi mundo está hecho añicos y patas arriba, ¿de qué se alegra tanto?

—Mamá. No estarás disfrutando de mi desgracia, ¿verdad?

Esta vez consigo esquivar el manotazo dirigido a mi cabeza.

—¿Tienes la cabeza llena de serrín, niña? Claro que no. Pero estás aquí, mirando esto como si fuera el fin del mundo, y no lo es. ¿Que no vas a ser la mujer de Reggie? Sí, no es para sonreír. Pero

vas a ser mamá. Vas a tener a alguien a quien cuidar cuando yo no esté. No vas a estar sola... y no vas a estar sin un duro. ¿Qué más podría pedir una madre?

Ahora se le llenan los ojos de lágrimas, lo que, obviamente, hace que yo vuelva a romper a llorar como una magdalena.

—Lo siento, mamá —sollozo.

Se acerca hasta poder abrazarme. Me mece, haciéndome sentir como una niña pequeña, consolándome hasta que las lágrimas se detienen.

—Ya está. Esa es mi niña. Nadie dijo que una buena vida fuera a ser fácil, cariño. Pero va a merecer mucho la pena. Ya lo verás.

Me aferro con fuerza a ella y a sus palabras. Necesito algo en lo que creer ahora mismo, y ella siempre ha sido mi pilar. Se queda conmigo, ayudándome a superar los momentos de duda y angustia con sus palabras, hasta mucho después de la hora de cenar. Pedimos comida y seguimos hablando. Ahora mismo es más una mejor amiga que una madre, y casi parece que está intentando meter a la fuerza hasta el último de sus consejos en esta única conversación.

—¿En qué colores has pensado para la habitación del bebé? —pregunta cuando pasamos a temas más ligeros.

—¡Dios mío, el bebé necesita una habitación! No he pensado en eso. No puedo meterlo en el cuarto del fondo. Estaba estupendo como despacho para un hombre adulto, pero no sirve como dormitorio, ¡y mucho menos como cuarto para un bebé! Supongo que me gustan los amarillos y los azules..., pero no, ese ni siquiera es el problema. ¿Dónde voy a meter a un bebé?

Mamá coge un poco de helado con la cuchara y deja que se derrita en su boca. Puedo ver su mente funcionando a mil por hora tras sus ojos entornados.

—Escucha, cariño —dice después de tragar—. Sé que me puse muy pesada con lo de que no volvieras a casa cuando me puse enferma. Mi mayor deseo era que encontraras tu propio camino lejos de mí, y me moría de miedo de que vivir conmigo solo te mantuviera estancada. Pero ahora que tienes un bebé en camino, y como te voy

a dejar la casa cuando yo falte, no tiene ningún sentido que sigas viviendo en esta casucha destartalada.

Las lágrimas acuden a mis ojos una vez más. Ya estoy harta de las malditas lágrimas, y apenas llevo un minuto embarazada. —¿Me estás diciendo que puedo volver a casa?

Me señala con la cuchara y me lanza una mirada severa. —Con una condición, señorita, y me darás tu palabra antes de que hagamos más planes o promesas, ¿me oyes?

—Sí, señora.

—Si te mudas, vas a centrarte en ti y en el bebé, ante todo. Vas a centrarte en tus estudios y en tu salud. Mi salud no tiene remedio, siempre ha sido así, y si te distraes de cuidar de ti y de lo tuyo por preocuparte por mí y lo mío, te echaré de aquí de una patada en el culo. ¿Me has oído?

—Te oigo, mamá. Yo... —¿De verdad puedo prometer algo así? No para de decir que su salud es una causa perdida, pero ahora que tenemos todo este dinero, ¿no hay nada que podamos hacer para cambiar eso?

—Deja de mirar ese maletín como si fuera la respuesta a mi salvación, niña. No dejaré que te gastes un céntimo en mí. Ni uno. Te lo digo una y otra vez, y sigues sin oírme. Estoy viviendo de prestado, y mi tiempo se acaba. ¿Cuándo vas a dejar de intentar hacer milagros y vas a dejar que el buen Dios me lleve a casa en paz?

Trago saliva. —Es que no quiero que te vayas, mamá. ¿Cómo se supone que voy a aprender a cuidar de mi propio hijo sin que estés ahí para guiarme?

Me coge la mano y me la aprieta con fuerza. —De la misma manera que yo, cariño. Solo quiérelo. Por encima de todo, quiérelo. Y no te olvides de quererte un poco a ti misma también. Una mamá feliz es una buena mamá..., y sé que tú vas a ser una magnífica.

VEINTISÉIS

Nayla

—Uf, ¿cómo se supone que voy a aguantar esto tres meses más? —Tengo la tripa tan grande e hinchada que se me cansan los brazos solo de intentar llegar al teclado.

—Usándola a tu favor —dice mamá. Se acerca, coge el teclado de mi escritorio y me lo planta en la tripa—. ¡Tienes una mesa incorporada!

No sé qué es peor: que no se me haya ocurrido a mí o que funcione tan bien.

—Ahora que ya lo sabes, puedes poner los pies en alto y bajar la hinchazón de los tobillos.

—Mira quién habla —le digo en broma—. ¿Tenemos helado?

—¿Que si tenemos helado? ¿Que si tenemos *helado*? ¿Qué va a ser lo siguiente, que si tenemos pepinillos? ¿Crees que nací ayer, niña? Lo tengo todo.

Me hace un gesto para que no me mueva y se dirige lentamente a la cocina. Sonrío al oírla trajinar por allí, preparando una de sus mágicas bandejas de antojos. Si no fuera ya un caso perdido, estaría preocupada por la línea.

—¡Ya estamos aquí, tía!

La tropa de Lou Anne irrumpe por la puerta, todos ataviados con monos de trabajo y cargados con herramientas de pintura. Lou Anne, con su habitual aspecto agobiado, entra apresuradamente tras ellos.

—¿Dónde están vuestros modales? ¿Os habéis olvidado de llamar a la puerta? —los regaña.

—¿Para qué vamos a llamar? ¡Solo serviría para que se tuvieran que levantar! La tía Amira odia levantarse, y Nayla está... bueno, ya sabes —Hunter infla los mofletes y extiende los brazos como si sujetara una pelota de playa, echándose hacia atrás de forma cómica.

—¿De verdad tengo ese aspecto? —pregunto, consternada y divertida.

—Claro que no —resopla Lou Anne—. Estás preciosa, radiante, llena de milagros. Moved el culo escaleras arriba y poneos a trabajar, chicos.

—¡Sí, señora! —Suben las escaleras como una estampida, con las brochas y los rodillos en la mano, y unos instantes después, el sonido de sus disputas llega desde mi antiguo dormitorio.

—Dios mío, esos tres no van a parar hasta que me lleven a la tumba antes de tiempo —se queja. Se deja caer pesadamente en una silla y luego mira a su alrededor—. ¿Dónde está tu madre, Nayla? ¡No me digas que esa vieja pelleja ha salido sola

—Ni se me ocurriría —dice mamá con sequedad mientras vuelve de la cocina—. Solo le estoy preparando a mi niña algo de combustible para el cerebro, eso es todo. No me atrevería a salir de casa sin escolta, no vaya a ser que te dé por venir a buscarme.

—A ver, deja de hablar como si fuera tu carcelera —resopla Lou Anne—. Sabes que solo miro por tu bien.

Se oye un estrépito en el piso de arriba.

—Eso sí que suena a mi bien —dice mamá con una sonrisa irónica—. ¿Vas a dejar que esos cachorros me destrocen toda la casa, o solo la habitación del bebé?

Lou Anne se pone pálida y sube corriendo las escaleras, gritándoles a sus retoños durante todo el camino.

—¿Eso es lo que me espera? —le pregunto a mamá en voz baja mientras acepto el bol de helado adornado con pepinillos y galletas de jengibre.

—Solo si llevas a tres ahí dentro —dice, dándome una palmada tranquilizadora en el brazo—. O si sigues trayendo más bebés sin traer a un hombre.

—¡Qué fuerte, hablar así de tu amiga! —le digo con un guiño.

Me resopla.

—¿Qué amiga? ¡Hablaba de ti!

Me río y vuelvo a centrarme en mi trabajo. Es el último trabajo de mi última asignatura preparatoria antes de poder lanzarme de cabeza a las cosas que de verdad me interesan. Creo que me haría más ilusión si no estuviera tan rematadamente cansada todo el tiempo. Al menos, a eso se lo achaco.

Se me escapa un suspiro antes de poder reprimirlo.

—¿Qué pasa, cariño? ¿No te apetece el helado? Puedo pedirle a Lou Anne que vaya a la tienda si hay otra cosa que quieras.

Mis ojos se desvían hacia la pequeña ecografía pegada al borde del monitor y se me hace un nudo en la garganta.

—No creo que vendan eso en las tiendas —le digo, consciente de lo dramática que estaba sonando—. ¿No crees que tiene su nariz?

—No sé cómo puedes ver algo así en esa foto tan granulada —dice, tajante—. No estarás suspirando por él ahora, ¿verdad?

Siento un peso en el pecho.

—Desde luego que no debería. Nos abandonó, sabiendo perfectamente lo que hacía. Aun así…, no puedo evitar pensar en cómo podría haber sido. Me pregunto si se le iluminaría la cara al saber que iba a tener una niña, o si se pondría triste porque no fuera un niño. ¿Sabría lo que se me antoja en mitad de la noche? ¿Saldría corriendo a buscarlo, o se quejaría, refunfuñaría y lo haría a regañadientes?

Se me escapa una lágrima y me la seco con frustración.

—Solo desearía que se hubiera dado la oportunidad de quererla como la quiero yo.

Me pasa un brazo por los hombros y me da un apretón reconfortante.

—Hay muchas verdades amargas que tenemos que aprender a aceptar a lo largo de la vida, cariño mío. Una de esas verdades amargas es que los hombres no saben lo que es bueno para ellos hasta que lo pierden. Sácatelo de la cabeza, mi amor. Él tiene sus propios demonios con los que luchar y tú tienes los tuyos. Vas a tener que ser lo bastante fuerte por los dos.

—Pues no es justo.

—No, no lo es. Pero ya sabes lo que dicen…

—¡Pues la vida no es justa, Hunter! ¡Ahora mismo devuélvele a tu hermano el rodillo o juro por tu abuela que te voy a curtir el lomo! —El grito de Lou Anne la precede escaleras abajo, haciendo que tanto mamá como yo nos echemos a reír.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunta Lou Anne mientras recupera su asiento—. Tú espérate, jovencita. Dentro de unos años, serás tú la que escuche las palabras de tu madre salir de tu boca mientras persigues a tu pequeña por todas partes intentando que te haga caso. Te lo juro, están intentando acabar conmigo.

—Levanta los pies, mujer —le ordena mamá—. Toma unos pepinillos.

VEINTISIETE

Reggie

—Me llamo Reggie y soy alcohólico.

—Hola, Reggie.

Ese coro nunca deja de hacer que me encoja. Jugueteo con mi medalla de noventa días, deseando que contenga el valor que me daría un trago de güisqui.

—Como Ferris me señaló el sábado, soy el único de aquí que no ha contado su historia de cómo tocó fondo. Supongo que es porque nunca pensé que tocaría fondo. Ni siquiera estoy seguro de cómo es tocar fondo para mí. El alcohol no acabó con mi matrimonio; irónicamente, lo hizo un conductor borracho. El alcohol no me hizo perder mi negocio; elegí liquidarlo y empezar de nuevo en la otra punta del país. El alcohol no me hizo perder amigos; los que consideraba algo más que simples socios siguen conmigo. El alcohol ni siquiera se ha interpuesto entre mis padres y yo; de eso se encargó la naturaleza cruel de mi propia madre.

Hago una pausa, mirando los rostros que me rodean, esperando que se vuelvan contra mí. Todos ellos han revelado sus momentos más bochornosos, vergonzosos y desgarradores durante las últimas semanas, momentos que son el eco de todo lo que no me pasó a mí. Espero que me echen de aquí y me digan que no estoy lo bastante

roto para formar parte de su club. En cambio, todo lo que veo es paciencia y compasión. Y, de algún modo, eso es peor.

Respiro hondo y continúo.

—Cuando mi mujer murió, sentí que mi propia vida terminaba con ella. Pensé que podría ahogarme en una botella y reunirme con ella, ya que no veía ninguna razón para seguir adelante sin ella. En mi peor momento, estaba inconsciente en el suelo de un bar desconocido en un pueblo desconocido en un estado por el que antes solo había pasado de largo. Ese debería haber sido mi fondo. Y lo habría sido, de no ser por la mala decisión de una mujer que se apiadó de mí.

Trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta y me obligo a seguir.

—Debería haber llamado a la policía. En vez de eso, me llevó a su casa. Me dejó entrar en su casa y en su vida sin dudarlo ni un instante. Aceptó que yo sufría, que no quería hablar de ello y que no me quedaría para siempre.

Presiono los dedos contra mi medalla hasta que duele.

—Y la utilicé. Ahogué mis penas en ella, y cuando eso ya no fue suficiente, volví a la botella. La humillé delante de sus amigos, clientes y compañeros de trabajo. Estaba demasiado roto para ser bueno para ella, y lo sabía, pero aun así me quedé. Me quedé…, porque hacía que mi dolor disminuyera. Porque trajo vida a mi mundo cuando mi sol se apagó. Fui un egoísta y, en mi egoísmo, le hice daño.

Tengo la garganta seca y una sed terrible, anhelando una botella.

—Cuando ya no pude mirarme al espejo, me marché. Ni siquiera tuve el valor de decirle por qué. No encontré las palabras para explicarle que estaba demasiado perdido para que me ayudaran, que no podía soportar agotarla por completo, que se había convertido en mi nueva adicción. Así que volví a casa con el rabo entre las piernas y me refugié de nuevo en la botella. Después del trabajo, antes del trabajo, durante las comidas de negocios…, siempre que había demasiado silencio, demasiados minutos entre los pensamientos funcionales en los que los sentimientos empezaban a abrirse paso de nuevo.

»Hoy cumplo tres meses sobrio. Y siento cada puto segundo de esos meses, y duele. Duele más que cualquier cosa que pensara que podría soportar. Lo peor de todo es que sigo pensando en ella. Sigo queriendo ahogar su recuerdo en alcohol. Sigo sufriendo al pensar que le fui infiel a mi mujer al meterme en los brazos de otra tan poco después de que ella se fuera. Sigo odiándome cada día… y ahora estoy lo bastante sobrio para sentirlo.

Me siento, tembloroso, con la sensación de que lo que he contado ha hecho más mal que bien. La sed me quema en la garganta, me acartona la lengua y se extiende hasta mis dedos, haciendo que me piquen por coger un vaso.

—Gracias por compartirlo, Reggie —dice Ferris—. Creo que es importante darse cuenta de que tocar fondo no siempre tiene por qué ser como despertarse en la cuneta, y no todas las recuperaciones van a ser un camino de rosas. La gente no empieza a beber porque sea feliz. Todo el mundo huye de algo, y es importante reconocer y ponerle nombre a aquello de lo que huyes. Buen trabajo, Reggie. Cuando terminemos, recuérdame que te dé algunos recursos. Creo que la terapia de duelo podría hacerte mucho bien.

Quiero bufar, pero me limito a asentir. Quizá de verdad lo necesite. Quizá un terapeuta especializado en duelo podría ayudarme con este problema que tengo, este en el que todo lo que hago, pienso y digo parece rebotar en el fantasma distorsionado de Adrienne y me mantiene despierto por la noche con críticas que estoy seguro de que ella nunca habría hecho en vida.

Quizá un terapeuta podría ayudarme a entender por qué me odio a mí mismo por haber dejado a Nayla, aunque sé que fue lo mejor para ella.

Necesitaba cortar los lazos que me unían a ella antes de que se viera más enredada conmigo, antes de que se enamorara, antes de que —Dios no lo quiera— trajéramos una nueva vida a mi mundo disfuncional.

Un simple fallo de un anticonceptivo era todo lo que se interponía entre nosotros y un hijo. Solo uno…, porque fui tan descuidado con su salud como con su corazón.

Al menos puedo consolarme pensando en que me fui antes de que la cosa llegara tan lejos.

VEINTIOCHO

Reggie

—Menuda diferencia con Memphis, ¿verdad? Y con Sacramento, ya que estamos. —Reina está a mi lado en nuestra nueva sala de juntas, contemplando el horizonte.

Me encojo de hombros.

—A mí no me parece tan distinto. Edificios altos, un poco de agua, mucha contaminación. —Nada que ver con Hartlen. Lo cual es bueno. Si se pareciera demasiado a Hartlen, no podría perderme en la ciudad.

Reina me lanza una mirada extraña.

—No pareces muy entusiasmado con tu gran éxito. ¡Mira dónde estás!

Me aparto de la ventana con un suspiro.

—No elegí este sitio por las vistas, Reina. Lo elegí porque me pareció el mejor lugar para hacer el mayor bien posible. —Y porque era lo más lejos que podía estar del bochornoso sur y de todos sus recuerdos paralizantes sin toparme con aún más fantasmas de la costa oeste.

—Vale, lo pillo. Hoy vamos a tope con el trabajo. Entonces, ¿qué hay en el orden del día, jefe? —Se sienta a la mesa, rodeada de sillas vacías, y me mira con seriedad por encima de su cuaderno.

Señala con el bolígrafo la sala desierta—. Imagino que lo primero será llenar estos asientos.

Niego con la cabeza.

—No lo creo. Ahora que tengo más experiencia y menos mierdas superfluas de las que preocuparme, pienso ser muy celoso con esta empresa; al menos, durante un tiempo. Tengo una visión y, si algo he aprendido de trabajar con otra gente, es que cuantas más aspiraciones hay en una sala, más se enturbia la visión del conjunto.

Enarca las cejas y una especie de sonrisa tímida tira de la comisura de sus labios. Se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Entonces…, solo tú y yo.

—Por ahora —le digo bruscamente, fingiendo no darme cuenta de la mirada coqueta que me está lanzando. Lo último que necesito en mi vida son más complicaciones con mujeres. Son peores que los miembros del consejo—. Ahora, apunta esto. Lo primero es la investigación. Necesitamos saber qué tipo de licencias y permisos necesitamos. Necesitamos saber qué está disponible públicamente y qué es privado. Y lo más importante, necesitamos saber qué vecinos están en peligro inminente y qué medidas se deben tomar para aliviar ese peligro.

—¿Te refieres a la gentrificación?

—Justo lo contrario. Me refiero a la conservación y la mejora. Vamos a necesitar mano de obra. Sé que está un poco fuera de tu campo de especialización, pero voy a pedirte que redactes las ofertas de trabajo una vez que decidamos exactamente qué puestos hay que cubrir y qué tipo de personas necesitamos para cubrirlos de forma eficiente.

—Deberíamos determinar qué beneficios sociales atraerán más a la mano de obra de esta zona —señala, escribiendo frenéticamente.

—Correcto. Y nada de contratistas. Si trabajan para mí, estarán en plantilla con todos sus beneficios. Aparte de los subcontratistas, obviamente.

—Bueno, claro. Uf, ¿sientes eso? ¡Se me pone la piel de gallina! Dios, me encantan las *startups*, ¿a ti no? ¡Esa emoción de la página en blanco es excitante!

Sonrío ante su entusiasmo, deseando tener algo del mío para sumarme a su euforia. Yo antes me sentía así. Cada vez que tenía una idea nueva y brillante, no podía esperar a compartirla, no podía esperar a ponerla en marcha. Pero siempre había alguien con quien compartirla, alguien que pensaba que era igual de brillante. Adrienne. Nayla. Incluso Ariana. Reina está aquí ahora, así que debería ser lo mismo…, pero no lo es. Creo en mi idea, estoy decidido a llevarla a buen puerto…, pero ese entusiasmo simplemente no está. Falta algo.

Tengo la terrible sensación de que algo va a faltar en mi mundo durante mucho, mucho tiempo. No sé si alguna vez podré sentir algo que no sea una versión apagada o teñida de rabia de las emociones que solían alimentar mi energía.

Es ese pensamiento el que me impulsa a terminar la reunión antes de tiempo y dejar a Reina con su investigación. Tiene que haber algo en esta ciudad interminable que me inspire, algo que me haga sentir medio normal otra vez. Camino por las aceras agrietadas y desmoronadas, perdiéndome entre las ondulantes olas de gente. Giro una esquina y casi se me para el corazón. A pocos metros de mí, una mata de rizos negros y sueltos capta la luz del sol, apuntando como una ancha flecha hacia un par de caderas bien formadas.

—Nayla… —su nombre se escapa de mi boca y me lanzo calle abajo, sintiéndome más vivo de lo que me he sentido en meses. Extiendo la mano y le toco el codo. Ella se da la vuelta con una expresión de asco en su cara desconocida.

—Oye, ¿qué haces? —espeta, y se libra de mi agarre de un manotazo.

—Lo… lo siento —le digo a la desconocida, sintiéndome como un idiota—. Creía que eras otra persona.

—Búscate otra excusa, pervertido —dice, y escupe en la acera, delante de mis pies—. Piérdete.

No hace falta que me lo diga, señora. Encogiendo los hombros, me doy la vuelta y salgo de allí tan rápido como puedo. Cerebro idiota. Por supuesto que no estaría aquí. Está a miles de kilómetros, justo como yo quería, disfrutando de la vida. Al menos, más le vale

estar disfrutando de la vida. Le di el dinero para que no tuviera más excusas, así que más le vale estar aprovechándolo. Como me entere de que cogió ese dinero y se lo fundió todo en patrañas de curandero para su madre, voy a…

¿Qué? ¿Qué voy a hacer? ¿Y cómo me iba a enterar? No es que la esté vigilando ni nada por el estilo. Demonios, he evitado deliberadamente vigilarla, por muy tentador que haya sido buscarla en internet. Sacudo la cabeza, frustrado conmigo mismo. Solo estuve con esa mujer tres meses y, supuestamente, apenas me involucré con ella. ¿Por qué sigue atormentándome seis meses después de que me fuera? ¿Por qué me sigue importando?

Mis pasos se ralentizan cuando el inconfundible sonido y olor de un antro se escapa a la acera. Empiezo a derivar hacia él, atraído por la promesa de anestesiar el dolor. Un hombre sale tambaleándose del bar y choca contra una farola, donde vomita su propia miseria en una papelera. El olor no me revuelve el estómago como debería. Más bien, le tengo envidia.

Tragando saliva, saco el móvil y busco reuniones de Alcohólicos Anónimos cerca de mí. Hay una que empieza a la vuelta de la esquina en diez minutos. Tardaré ese tiempo en llegar andando…, pero tardaré la mitad en estar sentado en un rincón oscuro con una cerveza en la mano.

La mujer a la que delirantemente había confundido con Nayla me empuja al pasar.

—La acera es para *andar*, no para quedarse plantado. ¡Circula, tío!

Sí, señora.

VEINTINUEVE

Nayla

—¡Empuja! ¡Empuja! Bien, ahora respira.

Me desplomo contra la almohada, temblando y sudando, aferrándome a la mano de mamá como si me fuera la vida en ello.

—Lo estás haciendo genial, cariño —dice, apartándome el pelo húmedo de los ojos—. Lo estás haciendo muy bien.

—No es justo —sollozo—. ¡Él debería estar aquí!

—Lo sé, mi amor, lo sé. Es de lo que estuvimos hablando, ¿recuerdas? Tienes que ser fuerte.

Lo que fuera a responder se disuelve en un grito mientras otra contracción me sacude el cuerpo. La mirada de mamá es de preocupación por encima de la mascarilla mientras observa al médico.

Esos ojos son lo último que reconozco como parte de mí antes de que todo mi ser se disuelva en oleadas de agonía y euforia. Siento que me he salido de mi cuerpo, que me he partido en dos: la bestia que da a luz y el cerebro que observa en silencio. Lo único que une las dos partes de mí son los gritos y los gemidos. Entonces, justo cuando estoy segura de que no puedo más, de que mi próximo aliento será el último, un nuevo sonido atraviesa el ruido.

Un bebé está llorando.

Mi bebé está llorando.

Intento alcanzarla, pero estoy muy mareada. Una enfermera me empuja de nuevo sobre la cama y empieza a amasarme la barriga como si fuera un gato sádico y enorme. Mis gemidos se convierten en gruñidos furiosos mientras todo mi cuerpo se contrae con una agonía renovada.

—Tienes una niña —me dice mamá—. Es una preciosidad.

Aún puedo oírla llorar. La quiero, pero los puños gigantescos de esta enfermera me están aplastando contra el colchón.

—¿Puede parar? —consigo decir por fin.

—No hasta que tú lo hagas, chiquilla. Tienes una hemorragia considerable. Estate quieta, deja que la medicación y yo hagamos nuestro trabajo.

—Medicación… ¡Oh! —Ni siquiera voy a mencionar por dónde me han metido la medicación. La poca dignidad que me quedaba se ha esfumado por completo. Por primera vez desde que empezaron las contracciones, me alegro de verdad de que Reggie no esté aquí; no creo que me recuperara nunca si hubiera presenciado eso.

Mientras sigo hecha un desastre, una enfermera se acerca a toda prisa y me pone algo en el pecho, y por poco se me cae antes de que mamá me agarre el brazo tembloroso y lo coloque alrededor de la cosita. Se retuerce, está mojada y hace todo tipo de ruiditos que hacen que me duelan las tetas.

—Dale el pecho, ayudará —me dice la enfermera sádica que sigue hundiéndome los puños en el vientre.

—¿Cómo se supone que voy a…?

Las humillaciones no cesan. De repente, me están colocando el pecho, el brazo y a la bebé en posición. A la pequeña se le da mucho mejor que a mí; como ella no está lidiando con la agonía y la incomodidad, se acomoda enseguida para su primera comida. No creo que esté sacando nada; todavía no he visto ni gota de leche, y por mucho que mueve su pequeña mandíbula, solo parece frustrada. No es la única. Hay tanto ruido y caos, tantas manos de gente sobre mí, tanto lío entre las piernas, que ni siquiera sé cómo sostenerla bien.

La gente siempre te dice que te enamorarás de tu bebé a primera vista. Me siento como una madre fracasada porque no siento ese arrebato; todo lo que siento es frustración. Miro a mi madre con impotencia, deseando que pueda leerme la mente y decirme por qué soy incapaz de sentirlo.

Sus ojos se arrugan cuando me sonríe detrás de la mascarilla. Me aparta el pelo de la cara y me pasa la mano por la cabeza, luego me frota la espalda en círculos entre los omóplatos.

—Mírala —dice, con voz baja y tranquilizadora—. Mira a tu hija. ¡Qué deditos tan pequeños! Y todo ese pelo negro, igual que su mamá. —Sigue susurrando un sinfín de cosas bonitas y me encuentro casi hipnotizada por su voz y la dulce carita de mi bebé. El caos de la habitación se desvanece en el fondo y mi niña se vuelve nítida. Ahora lo entiendo.

—Es perfecta —susurro.

—Claro que sí, cariño.

Siento un hormigueo intenso en un lado del pecho. Unos segundos después, mi niña se calma, acurrucándose y succionando como un gatito satisfecho. Soy muy afortunada de que se haya quedado dentro todo el tiempo que debía, muy afortunada de que haya venido al mundo sin problemas.

Solo dejo que me la quiten una vez para ponerle una vacuna. El resto de nuestra corta estancia en el hospital, no se separa de mi lado.

Calculó su llegada casi a la perfección. Las vacaciones de verano acababan de empezar, lo que significa que tengo seis semanas enteras para no hacer nada más que conocerla antes de tener que volver a clase. Estoy muy contenta por eso, porque este semestre tengo un montón de clases presenciales a las que tengo que ir. He contratado a una niñera para que la cuide mientras estoy en la universidad, ya que no quiero cargarle todo eso a mamá, y no me fío de que los hijos de Lou Anne no usen a la niña de balón de fútbol.

Aunque confío en la niñera, y viene con muy buenas referencias, detesto la idea de dejar a mi angelito ni un solo minuto. Mamá me asegura que eso cambiará, pero no veo cómo. Incluso después de llegar a casa, la llevo pegada a mi pecho siempre que no está

durmiendo en su cuna. Por supuesto, mamá insiste en cogerla de vez en cuando para que pueda ducharme y usar el baño sola, pero incluso en esos pequeños momentos la echo de menos. Por eso, probablemente no ha habido tantos de esos momentos como debería.

Su nombre es Alayia Rose Anchour, y la quiero más que a mi vida.

Un día, apenas unas semanas después de que viniera al mundo, estoy acunando a mi bebé para que se duerma en el piso de arriba cuando mamá grita mi nombre desde el salón.

—Ay, por el amor de Dios —susurro. No lo bastante bajo, porque sus ojitos se abren como platos en un instante y su diminuta cara se arruga en una mueca de fastidio.

—Lo sé, mi amor —le murmuro mientras, con cuidado, nos pongo de pie a las dos—. Pero mamá me necesita.

Se acurruca contra mi pecho en su portabebés y poco a poco empieza a dormirse de nuevo mientras bajo las escaleras.

—¡Nay…! Oh, ahí estás.

—Mamá, de verdad —la regaño, exasperada, mientras la niña empieza a llorar—. Gritas tan fuerte que podrías despertar a un muerto.

—Oh, cállate ya —dice mamá—. Lleváis tanto tiempo encerradas en esa habitación que pensaba que iba a tener que llamar a los bomberos para que os bajaran. Ahora, dame a esa quejica, tienes visita.

—¿Tengo…? —El timbre suena antes de que pueda terminar la pregunta. Le lanzo a mi madre una mirada de asombro—. ¡Mamá! Llevo mi bata de estar por casa, que es comodísima, pero para nada bonita, tengo el pelo hecho un desastre, unas ojeras enormes, ¡no estoy presentable para recibir a nadie!

—Si no hubieras sido tan cabezota con lo de pasarme a la niña de Pascuas a Ramos, no tendrías ese problema, ¿verdad? Venga, dámela y abre la puerta.

El timbre vuelve a sonar, fuerte e insistente. A regañadientes, le paso la bebé a mamá y corro hacia la puerta, dándome palmaditas y tirones en un vano intento de parecer un poco más humana. Abro la

puerta y suelto un suspiro de alivio cuando veo que solo es Lou Anne.

—¡Nayla! Pobrecita, ¡qué cara de cansancio tienes!

—Pasa, Lou Anne. —No tengo ni energía para pensar en una respuesta ingeniosa.

Ella duda, lo que no es propio de ella, pero solo dura un instante. Entra como Pedro por su casa, lanzando una mirada crítica al salón. De repente, reparo en todas las pequeñas cosas que he pasado por alto: un paño de cocina por aquí, un chupete por allá, no lo suficiente como para alarmar a nadie, pero más que suficiente para que todo el lugar parezca un poco desordenado. Intento recoger un poco disimuladamente mientras saluda a mamá, pero noto que no me quita el ojo de encima. Siento que me arden las mejillas de vergüenza.

—Deja eso, chica —dice Lou Anne—. No he venido a comprobar qué tal se te da lo de ser una supermamá. Sal un minuto al patio conmigo, quiero hablar contigo.

Le echo una mirada nerviosa a mi hija.

—¡Anda, vete! Yo te saqué adelante, ¿no? Venga, ve a hablar con un adulto un minuto antes de que se te reblandezca el cerebro.

—Bueno, vale.

Sigo a Lou Anne por la puerta de atrás mientras oigo a mamá tararear una nana. Por alguna razón, se me encoge el corazón como si fuera a llorar, pero no se me ocurre por qué. Aunque le he estado echando la culpa de todo lo demás a las hormonas; supongo que esto también irá al mismo saco.

Lou Anne se sienta en una silla de mimbre con un largo suspiro. Yo me siento en otra silla frente a ella, deseando haber pensado en ponerme ropa de calle hoy. La brisa es lo suficientemente fresca como para enfriarme los tobillos.

—A tu madre se le da de maravilla esa niña tuya.

—Está enamorada —confieso con una sonrisa—. Y me parece que Alayia está igual de fascinada con mamá. En cuanto se pone a cantar, la niña cae frita.

—Menos mal —murmura Lou Anne, pensativa—. No nos vendría bien un niño revoltoso por aquí. No ahora.

—¿Qué quieres decir con «no ahora»?

Lou Anne me lanza una mirada rápida, pero la aparta de inmediato. No es la de siempre y eso me está crispando los nervios.

—Tu madre fue al médico ayer. ¿Te lo dijo?

El corazón me da un vuelco y el pavor empieza a calarme hasta los huesos.

—Se le habrá olvidado.

Lou Anne resopla, pero es un resoplido sin fuerza.

—Puede que el cuerpo de tu madre le esté fallando, pero su mente está más lúcida que nunca. ¿Te dijo que tenía cita?

No, no lo hizo, y eso hace que se me revuelva el estómago. Siempre me lo dice, asegura que es para que no la atosigue con que pida cita, pero sé que no es la única razón. Tiene miedo, por mucho que lo niegue. No digo nada de eso en voz alta, pero los pensamientos son tan densos y ruidosos que no dejan espacio para nada más.

—Eso me parecía —dice Lou Anne con otro largo suspiro—. Escucha, Nayla, sabes que no soy de meterme en los asuntos de los demás…

Sí, claro. Ese es tu principal rasgo de personalidad.

—… pero me preocupa que no esté viendo las cosas con claridad ahora mismo. Si todo sale como dicen, y si sigue tan hermética como está, entonces… bueno, tú tienes al bebé y los estudios de los que preocuparte, y ella cree que por eso debería afrontar las cosas a su manera, pero créeme, sé cómo las sorpresas pueden dar al traste hasta con el mejor de los planes.

—Lou Anne —digo con toda la delicadeza de la que soy capaz con el corazón desbocado—, estás dando muchos rodeos, pero no estás diciendo gran cosa. Has venido hasta aquí para hablar conmigo, ¿no?

—Sí.

—Bueno, pues te escucho.

Suelta el aire y se mira las manos, que tiene apretadas con fuerza en el regazo. Los años se le marcan en la cara con una dureza que nunca antes le había visto, y el pavor que siento se hace aún más pesado.

—Han llegado los resultados de sus pruebas.

Las palabras flotan como un humo denso en el aire entre nosotras. Quiero sacarle el resto a la fuerza, hacer que suelte ya la otra bomba, pero al mismo tiempo quiero seguir en la ignorancia el mayor tiempo posible. No importa lo que sospeche, no es real hasta que lo diga en voz alta. Creo que ella se siente igual, porque a ella también le cuesta pronunciar las palabras.

—El pronóstico… bueno, no es bueno.

—Si lo fuera, habría sido una llamada de teléfono.

—O una fiesta —concuerda Lou Anne con una sonrisita triste. Niega con la cabeza—. Le han dicho que tendrá suerte si dura tres meses. El médico parecía sorprendido de que aún respirara… Sinceramente, tres meses podría ser hasta generoso.

Oigo las palabras y las entiendo, pero es como si patinaran sobre la superficie de mi cerebro, como si mi interior se negara a asimilarlo.

—¿Tres meses?

Lou Anne asiente lentamente.

—Tres meses. Por eso quería hablar contigo, Nayla. Tu madre se ha mostrado muy reacia a hacer preparativos para todo esto, y solo quiero asegurarme de que tú te las estás apañando bien. Hay todo tipo de cosas en las que pensar, el funeral y el catering, y como tienes al bebé y los estudios y todo eso, no quería que te pillara por sorpresa.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Supongo que me pillaría por sorpresa de todas formas —confieso—. Es que no me entra en la cabeza. La veo cada vez más débil, pero es que… no es real. No puede serlo. Está ahí dentro cantándole una nana a mi niña, y no puedo soportar la idea de que un día no estará ahí para hacerlo.

—Ese «un día» está al caer —dice Lou Anne con firmeza—. Y más te vale centrarte si quieres darle a esa mujer una despedida como Dios manda.

Trago saliva para deshacer el nudo de la garganta, odiando saber que tiene razón.

TREINTA

Reggie

Un aire bochornoso se mueve con pesadez a mi alrededor, como una brisa cálida que se asfixia bajo su propia depresión. La hierba alta se inclina bajo ella, igual de reacia a moverse. El sol está a punto de ponerse, pero sé que eso no ayudará mucho. Refrescará lo justo para darles a los mosquitos un nuevo brío, pero no lo suficiente para reanimar mi cuerpo dolorido. Esta colina parece más alta y empinada de lo que recordaba, y las lápidas a mi alrededor parecen estar más juntas, apiñándose y cerniéndose sobre mi aislamiento como un grupo de vecinos cotillas.

Finalmente, llego a la cima de la colina. Por un instante, casi desearía haberme quedado atrapado subiendo para siempre. Este no es un lugar en el que quisiera estar. Esta no es una conversación que quisiera tener; no así.

La lápida de Andie reluce con un blanco nacarado, brillando en el aire húmedo. Flores marchitas, frescas ayer y sucumbiendo rápidamente al calor, se enroscan en coronas naturales a su alrededor. Los muertos abrazando a los muertos. Aprieto mi propio ramo lacio un poco más fuerte, sintiéndome de repente ajeno a todo, como un extraterrestre que presencia esta extraña tradición humana por primera vez. ¿Para quién son estas flores? Andie nunca

las verá. Se descompondrán y se pudrirán, pequeñas metáforas tristes y estúpidas.

Niego con la cabeza. Estoy enfadado, y esa es la emoción equivocada para traer a este momento. Es la emoción equivocada para asociar a mis recuerdos de ella, de nosotros. Está mal, pero es real. Estoy enfadado y dolido y tan desesperadamente deprimido que ni siquiera puedo recuperar el puto aliento. Quiero maldecir el calor opresivo, dar una patada a una lápida, hacer trizas este ramo.

En lugar de eso, aparto las últimas ofrendas y me siento justo en su lugar. Este trozo de roca es lo suficientemente alto como para permitirme balancear los pies, así que lo hago, desafiante.

—Hola, cariño —digo en voz alta. Suena tan absurdo como parece, lo que aplaca mi ira al instante—. Siento llegar tarde. —Empujo una corona ya mustia con la punta del zapato, lo justo para ver la caligrafía de la etiqueta—. Supongo que mamá ya ha estado aquí. Sabes, en cierto modo puedo entender lo de las flores. Supongo que hacer ofrendas a los difuntos es algo humano. Pero ¿firmar una tarjeta? Eso me parece muy raro. Ah, toma. Te he traído estas. No, no te levantes, no pasa nada. He traído un jarrón.

Saco el estrecho jarrón de piedra del bolsillo y meto los tallos en él.

—Aunque no creo que sirva de mucho —admito, bajando de un salto para clavar la pequeña ofrenda en la tierra—. No se me ha ocurrido traer agua. Espero que no tengas sed.

El delicado grabado de su hermoso rostro capta la luz, parpadeando como una risa. Me corta la respiración. La miro fijamente, dejándome caer al suelo, agarrándome las rodillas como si fueran salvavidas huesudos. Estaba demasiado afectado para apreciar la maestría la última vez que vi esto; es idéntica a ella, y los destellos de la piedra y sus vetas, finas como cabellos, le dan una viveza que resulta completamente inapropiada para el lugar.

—Dios, qué guapa eres —musito. Me duele el corazón cuando mi cerebro traidor corrige al tiempo pasado. Trago saliva con dificultad, notando un nudo en la garganta. Rebusco en mi bolsillo, buscando el pequeño disco que he pasado los últimos tres meses puliendo con

los dedos. Lo saco, sintiéndome como un niño de parvulario que enseña un dibujo torpe pero hecho con todo su cariño.

—Quería traer esto aquí para enseñártelo —digo, girando la piececita entre mis dedos—. Es mi ficha de los noventa días. Por favor, que nadie aplauda, no es para tanto. En realidad, es la segunda que consigo. Supongo que eso sí que es un poco impresionante, ahora que lo pienso. En un solo año, he conseguido desarrollar un problema con el alcohol, tocar fondo, arrastrar mi lamentable culo a Alcohólicos Anónimos, dejar de beber, volver a caer y dejarlo de nuevo.

Miro la ficha con el ceño fruncido, moviéndome inquieto sobre el suelo.

—Aunque no creo que siguiera el orden correcto. Mis compañeros, los otros alcohólicos de las reuniones, quiero decir, todos tienen esas historias sobre tocar fondo, y el alcohol siempre va primero. Siempre. Es la herramienta de su destrucción.

Ni siquiera soy capaz de mirar el grabado a los ojos. Patético.

—Para mí no fue así —confieso, con la voz áspera contra mi garganta de papel de lija—. Cuando me dijeron que te habías ido… ese fue el momento en que toqué fondo. Luego, mi maldita madre y la puñetera junta directiva me tiraron un cartucho de dinamita y volaron mi fondo por los aires, y me deslicé hasta el infierno. El alcohol fue el demonio que me recibió con los brazos abiertos.

Las lágrimas me escuecen en los ojos y en el centro del pecho.

—Estaba preparado y dispuesto a dejar que me llevara. Lo único que quería era volver a estar contigo. No me importaba cómo, siempre que pudiera llegar hasta ti.

Las lágrimas me resbalan por las mejillas, pero no apagan el ardor que siento dentro.

—Había alguien más allí, en la oscuridad —digo en voz baja—. Me salvó. No debería haberlo hecho. Fue una soberana estupidez, la verdad. Pero ella vivía en su propio infierno y supongo que decidió que, si yo era el demonio que la arrastraba al fondo, no le importaría. No dejo de pensar en ella.

Las lágrimas me nublan la vista y desdibujan la imagen grabada, refractando la luz, oscureciendo su pelo y cambiando la forma de su

cara. Durante un único y resplandeciente instante, veo a Nayla donde debería estar Andie.

Se me escapa una risa amarga.

—Supongo que esa es la verdadera razón por la que estoy aquí. Quería que supieras que… estoy mejor. O al menos, eso creo. La vida ya no parece tan infernal. El ansia de bourbon ya no me consume a cada instante. A veces incluso soy feliz y no me siento culpable por ello.

Hago una pausa, relajando la tensión de la mandíbula.

—Eso no significa que no te eche de menos, Andie. Te echo de menos cada puto día. Aun así… el mundo vuelve a tener color y sabor. No es que esté en la cima del mundo ni nada parecido, pero el pozo en el que estaba ha quedado muy atrás. Y hasta ahora… incluso cuando no estoy buscando desesperadamente cualquier cosa que se parezca un poco a ti… incluso cuando estoy bien con estar vivo sin ti… todavía la echo de menos a ella.

Dejo de hablar, contengo la respiración, esperando a medias que un rayo caiga del cielo despejado y me fulmine aquí mismo. En lugar de eso, la brisa encuentra la energía para alborotarme el pelo y hacer que un mirlo sargento baje del cielo. Se posa en la lápida de Andie y me observa con sus ojillos brillantes. Gorjea y luego suelta un silbido agudo. Un momento después, su pareja pasa volando por encima, devolviéndole el gorjeo y el silbido. Alza el vuelo y se une a su compañero en una danza por el cielo.

Soltar una risita me duele, pero no puedo evitarlo.

—Mensaje recibido, cielo.

Me pongo de pie, sintiendo que me he quitado un peso de encima. Me tomo un momento para recolocar las coronas y los ramos, una disculpa silenciosa por mi arrebato, tanto para Andie como para quienes le demostraron su amor en el aniversario de su muerte. Apoyo la mano en la piedra y miro al cielo.

—Te quiero, Andie. Y… gracias.

No sé si es racional. No sé si el mensaje que he recibido fue un mensaje enviado o una coincidencia. No sé si existe un dios o espíritus o fantasmas. Quizá algún día me convenza a mí mismo de que la seguridad que siento en este momento es falsa; pero, por

ahora, siento hasta la médula de mis huesos, en lo más profundo de mi alma, que Andie me ha dado su bendición. Puedo encaminarme hacia un futuro creado por mí. Puedo honrar su memoria con una vida plena y feliz, sin el peso de la culpa, sin cuestionar cada una de mis emociones y estados de ánimo.

Quiero a mi mujer. Siempre la querré. Y ahora creo que estoy listo para volver a amar la vida.

TREINTA Y UNO

Nayla

Ajusto la sombrilla sobre la cabecita de mi hija y entorno los párpados para protegerme del sol. Hay demasiada luz para esto. Es obsceno. ¿Sería mucho pedir que lloviznara un poco? El canto de los pájaros y los dulces aromas veraniegos que nos rodean son una burla a nuestro dolor, y es un dolor inmenso. Hasta los hijos de Lou Anne están serios y callados.

Es surrealista.

Paseo la mirada por encima del montículo de lirios hasta el rostro afligido del médico. Estoy medio esperando que cancele el funeral, que esboce esa sonrisa cálida y descarada que tiene y nos diga que todo es una broma. Se estaría riendo, pero se disculparía, reprendiendo suavemente a mi madre, que estaría dando gritos y alaridos, riéndose a carcajadas de todos nosotros por haber picado. Una escena digna de Huckleberry Finn y de este estúpido día soleado. No me extrañaría que hiciera algo así, solo para ver cuánta gente se presenta a llorar por ella.

Hay mucha gente. Más de la que esperaba. El médico no está solo; todo el equipo médico de mamá está sentado frente a mí, desde sus cirujanos hasta su fisioterapeuta y su dietista, y todo el personal que la atendió entretanto. Las señoras del círculo de

costura están aquí, y la gente de su club de lectura —algunos sorprendentemente jóvenes, todos apesadumbrados—. La querían de verdad.

Es un pueblo pequeño y los grupos se solapan. Toda la iglesia está aquí; puede que sea tanto por miedo al qué dirán como por un luto auténtico, pero, de cualquier forma, hay un montón de lágrimas. A mi lado y detrás de mí, más gente derrama lágrimas por el fallecimiento de mi madre, algunos a los que ni siquiera conozco. ¿Cómo es posible que todavía tuviera a tanta gente en su vida? Al final no tenía mucha movilidad, ni era muy simpática, pero desde luego la mujer sabía cómo proteger sus relaciones.

El predicador dice algo que hace sollozar a Lou Anne. Probablemente debería estar prestando atención. Intento concentrarme. Las palabras se me antojan borrosas, desdibujadas, como si tuviera que forzar la vista para poder entender lo que oigo. De todos modos, no sé qué podría decir que yo no sepa ya.

La niña se queja y me la pongo al pecho, acunándola y tranquilizándola con el piloto automático puesto. Si alguna vez ha habido un momento para que se me llenaran los ojos de lágrimas, sería este. Aunque mi mente se resista a recordarlo, mi cuerpo no olvida. Estábamos así, las tres juntas, tumbadas en el sofá. Mamá quería cantarle a la niña para que se durmiera, pero se encontraba débil. Así que yo acuné a mamá mientras ella acunaba a la niña, y las mecí a las dos mientras ella cantaba. No pasó mucho tiempo hasta que a mamá se le apagó la respiración. Seguí meciéndolas un rato más, deseando que volviera a empezar, oyendo su voz en mi cabeza con tanta fuerza que podía fingir que todavía estaba cantando.

Pero la niña había empezado a quejarse. No sé de dónde saqué las fuerzas, pero acosté a mi madre en el sofá y cogí a mi niña de sus brazos de una vez, con toda la delicadeza del mundo. Luego tapé a mamá con una manta, hasta los hombros, como si estuviera durmiendo. Le besé la sien, que se enfriaba, y le di las buenas noches. Cuando las luces parpadearon y una oleada de amor se elevó desde el sofá, pasó por encima de mi cabeza y se alejó, me rompí.

Quería gritar y gemir y arrancarme el pelo. Pero Alayia dormía en mis brazos y tenía que llamar al médico. No iba a saturar las líneas de urgencias; todos sabíamos que esto iba a pasar. Pero necesitaba que alguien lo supiera. Que alguien me dijera qué hacer en ese mismo instante para no desmoronarme. Teníamos un plan, sabía que lo teníamos, pero no podía recordar qué demonios era.

Vuelvo a posar mi mirada nublada en el médico sentado frente a mí. Ahora se está secando las lágrimas. Cualquiera diría que está demasiado acostumbrado a la muerte como para sentirla así. Supongo que no es lo mismo cuando conoces a una persona desde hace varias décadas. Había sido tan amable, tan delicado, tan servicial cuando lo llamé esa noche. Me devolvió la calma y me dijo que hiciera las llamadas. Hice todo lo que me dijo, llamé a todo el que tenía que llamar. Gracias a Lou Anne, los planes llevaban hechos más de un mes. Yo solo tenía que ponerlos en marcha.

Entre el trabajo y la niña, me había mantenido ocupada cada momento hasta que me senté frente al ataúd de mamá. Ahora es el momento de llorar. En lugar de eso, mezo a la niña, deseando con toda mi alma que hubiera algo más que pudiera hacer, algo en lo que pensar que no fuera el cielo demasiado brillante y las flores demasiado dulces y la maldita pena escrita en la cara del médico.

Parece más joven que ella, pero la enfermedad la había envejecido mucho. Me pregunto si hubo algo más entre ellos de lo que me confesó. Él levanta la vista y nuestros ojos se encuentran. Un gesto de culpa asoma a su rostro y agacha la cabeza. Sus hombros se sacuden en sollozos silenciosos.

Pobre hombre, seguramente cree que lo culpo. Fue él quien me dijo que no me resistiera si me encontraba allí cuando ocurriera. Fue él quien finalmente me contó su secreto: que llevaba siglos sufriendo un dolor inmenso, que la única razón por la que su corazón siguió latiendo tanto tiempo fue que era demasiado terca para dejarme. Dejarme sola, sin nadie por quien vivir, la asustaba más que la muerte. No le había sorprendido saber que solo había fallecido cuando estaba arropada entre su hija y su nieta, cantando y meciéndose. Sí, fue él quien me dijo que no interfiriera, y me encantaría poder culparlo. Si pudiera señalar a alguien con el dedo,

tal vez el vacío absoluto que siento dentro cobraría alguna forma y color. Tal vez sentir rabia me abriría la puerta a sentir… cualquier cosa.

Sin embargo, no puedo culparlo. Él siempre se desvivió por ella. Todos lo hicieron. Todas las cien o más personas que se presentaron para despedirla se volcaron en ella. Mire donde mire, todo lo que veo son caras cubiertas de lágrimas. Alayia empieza a llorar y dirijo toda mi atención hacia ella, dándole lo que necesita. Parece que todo el mundo está llorando. Todos menos yo.

Cuando empiezan a cantar, no encuentro la energía para alzar la voz. Tarareo por lo bajo, meciendo a mi hija, mirándola a la cara para que nadie se dé cuenta de que no estoy llorando a gritos. Ojalá pudiera. Mamá se lo merece. Es que no sé cómo; no sé dónde encontrar los sentimientos.

Bajan el ataúd a la fosa. Es hora de que haga algo. Apretando a Alayia contra mí, me pongo en pie y arrastro mi cuerpo hasta el montículo de tierra. Un puñado para mí, un puñado para Alayia; iniciamos el proceso de devolver a mamá al abrazo eterno del planeta. Fila por fila, los asistentes hacen lo mismo, añadiendo cada uno su propio trozo de tierra al manto de mamá.

Descansa tranquila, mamá. Al menos una de nosotras debería hacerlo.

Pongo a Alayia de nuevo en su cochecito y me alejo, encabezando la procesión fuera del cementerio. Algunos de los más allegados a mamá vendrán a casa, donde la empresa de catering ya ha preparado un buen surtido. Lou Anne se encargó de todo eso; yo no podía ni pensar en la comida y en la muerte de mamá en la misma frase, así que no tenía estómago para esa tarea en particular.

Resulta que casi la mitad de los que fueron al funeral se cuentan entre los más allegados. Una larga fila de dolientes camina detrás de mí, la mayoría dejando sus coches en el cementerio. La casa de mamá no está lejos de las lápidas. Claro que la mayoría de las casas de por aquí no lo están. Los pueblos pequeños como el nuestro tienden a crecer de forma orgánica, extendiéndose desde las partes más esenciales de la civilización. Y no hay nada más esencial, ni más

civilizado, para un pueblo sureño que una bonita iglesia que vela por sus muertos.

De vuelta en casa, agradezco ver a Lou Anne asumiendo con naturalidad el papel de anfitriona. En lugar de molestar a mi bebé dormida, la llevo a través de la verja hasta el patio trasero. Allí, dos carpas largas y estrechas sin laterales protegen varias mesas llenas de comida y bebida. Cada fuente y cada cuenco tiene su propia y delicada mosquitera para mantener a los bichos a raya. Una tercera carpa, ancha y redonda en lugar de larga y estrecha, se alza sobre un conjunto de mesas pequeñas. Sus sencillas cortinas ondean al viento, invitando a pasar.

—¡Nayla, mi pobre y dulce Nayla!

Apenas he registrado la exclamación cuando me veo aplastada contra un pecho opresivamente grande envuelto en un sedoso tejido de color entre morado y negro. Un perfume floral, denso y pesado, me llena la garganta y me escuece en los ojos. Sus pesados brazos me agarran como si intentara exprimirme como a una naranja.

—Gloria —grazno, retorciéndome.

Gloria, una de las amigas más antiguas de mamá, me suelta a regañadientes. Tiene la cara hinchada y amoratada, y los ojos enrojecidos. Su gran labio inferior tiembla y se aprieta las manos cubiertas de anillos contra el pecho, dedicándome la mirada más lastimera que he visto jamás en una persona adulta. Bajo la vista, incómoda ante su efusividad, estando yo tan cerrada en mí misma.

—Cariño, si tú o esa preciosidad de niña necesitáis cualquier cosa, lo que sea, no dudes en llamar a tu tía Gloria, ¿me oyes? — Hace ademán de querer agarrarme de nuevo y me agacho rápidamente tras el cochecito para protegerme.

—Muchas gracias, tía. Será mejor que saque a la niña del sol.

Mientras me alejo empujando el cochecito, la oigo empezar de nuevo, hablando de la pobre de mí y de la pobre Alayia a quienquiera que la escuche. Esa mujer vive por y para el teatro en la vida real, siempre ha sido de las que dan la nota.

Lo peor es que no es la única. Alrededor de la comida, los dolientes zumban como moscas ansiosas. Bajo la gran carpa, cloquean, parlotean y se retuercen las manos hasta que encuentran

a alguien a quien aferrarse. Alayia necesita salir del sol, pero las cortinas ondulantes no consiguen tentarme a entrar en esa trampa de abrazos. En lugar de eso, me dirijo al viejo magnolio en la esquina trasera del patio, el que decidió hace mucho tiempo que formaba parte de la valla. El tronco nudoso atraviesa tres vallas distintas, uniéndolas inextricablemente mientras las va destrozando poco a poco.

El viejo y desgastado banco es casi invisible en la sombra, pegado al tronco y a la valla del mismo color. Ramas largas y sinuosas se inclinan y se retuercen, ocultando aún más el pequeño espacio. No es exactamente un escondite secreto, pero sin duda es suficiente para disuadir a la mayoría de esta gente de seguirme. No hay nada que les guste más a estas marujas que consolar a una doliente que llora, y ningún desafío más tentador que una doliente que no llora. «No quiere», al menos así es como lo verían ellas. Desde aquí dentro, estoy bastante segura de que, simplemente, no puedo.

Un largo suspiro se me escapa mientras me acomodo en el banco. Mantengo el cochecito en movimiento, empujándolo hacia adelante y hacia atrás con el pie. Duerme mejor cuando se mueve así o cuando está tumbada sobre mi pecho, y me gustaría que siguiera durmiendo todo el tiempo que sea humanamente posible. No soporto a toda esta gente aquí, todo este parloteo. No tengo paciencia para ello. Anestesiada como estoy, no sé qué pasará cuando esa poca paciencia se agote. ¿Violencia? ¿Lágrimas? Lo dudo. Es más probable que me quedara dormida de pie. Dios, se pondrían las botas con eso.

Justo cuando me he relajado, oigo a alguien haciendo crujir las ramas al otro lado del árbol.

—Santo cielo —murmura una mujer para sus adentros—. ¿Tanto te costaría madurar de una vez?

TREINTA Y DOS

Nayla

Me quedo mirando, atónita, con la boca abierta. Admito que estoy huyendo de los mimos, pero eso es irse demasiado al otro extremo, ¿no? Cierro la boca de golpe y lanzo una mirada furiosa en la dirección de la voz, preguntándome quién en este santo mundo sería tan estúpido y maleducado como para decirle algo así a una hija que acaba de enterrar a su madre. Las ramas se apartan y mis ojos se abren de par en par.

Ha cambiado en estos últimos cinco años. Tiene la cara más delgada, el pelo más corto y parece que por fin ha aceptado sus rizos naturales. Ni rastro de las pecas que la atormentaron durante todo el instituto. Lleva un vestido negro de tubo de estilo *vintage* con cuello barco y un sencillo collar de perlas, un cambio sorprendente en comparación con la princesa de los retales que solía ser. Aun así, mientras se abre paso a trompicones entre las ramas, no me cabe duda de que la mujer que tengo delante es Lacey Lee. Hace mucho tiempo fue una de mis mejores amigas.

—¿Has venido hasta aquí solo para decirme que madure? —pregunto con voz plana y fría.

Sobresaltada, da un respingo y una rama se le enreda sin remedio en el pelo rizado.

—¡Ay! ¡Maldita sea! —Forcejea con la rama para liberarse el pelo, lanzándome miradas suplicantes. Me quedo donde estoy, impasible. Resopla, irritada—. ¡No te lo decía a ti, Nayla, se lo decía a este maldito árbol! ¿Pero qué clase de árbol idiota tiene las ramas apuntando para abajo? —Con un gemido, levanta las manos, impotente, mirando la dichosa rama que sigue firmemente enganchada en el pelo. Sus intentos no han hecho más que empeorar las cosas.

No estoy convencida. Aun así, ahora este es mi árbol, y ella viste como una mujer que podría permitirse un abogado sin escrúpulos. Con un suspiro, detengo el cochecito y me pongo en pie. Siempre he sido bastante más alta que Lacey, incluso con sus tacones de cuña, lo suficiente como para ver la raíz del problema. El delicado proceso de separar a Lacey del árbol es exactamente lo que necesito. El dulce alivio de tener delante un problema tangible que puedo resolver con mis propias manos libera parte de la presión que siento en el pecho. No mucha, solo la suficiente para soltar un pequeño y tembloroso suspiro, pero por ahora es más que de sobra.

—¡Ay, cielo santo! Gracias, Nayla. Estaba segura de que este árbol por fin iba a engullirme para siempre. —Se aparta unos mechones de la cara de un soplido y se atusa el pelo; luego, se dirige con cautela hacia el banco. Se me encoge el corazón cuando se asoma al cochecito. Irritada, la aparto y me interpongo entre ella y mi hija, sentándome de lleno en el banco.

Ella levanta las cejas y luego se acomoda en el otro extremo. Es un banco pequeño, así que no hay mucho espacio, pero la poca distancia me da un respiro que no sabía que necesitaba.

—Qué niña más bonita —dice Lacey Lee, con sus ojos curiosos todavía fijos en la cara de mi hija.

—Sí, lo es. —Siento sus preguntas silenciosas flotando en el aire entre nosotras, pero no me siento obligada a decirle nada que es demasiado cobarde para preguntar en voz alta.

—Tiene tu nariz —continúa Lacey—. Y tus rizos. ¿Son rojos?

Aprieto la mandíbula. Casi puedo ver el archivador mental de los hombres de la zona girando tras sus ojos mientras repasa a todos los posibles pelirrojos. Hay unos cuantos, pero debería conocerme lo

suficiente como para saber que ninguno de ellos merecería mi tiempo.

—¿Quieres que te saque la carta de colores? —pregunto con acidez.

Lacey suspira. —Nayla, cariño, sé que hoy es un día muy duro para ti, y lo siento de verdad. Tu madre era la mejor. He venido por ti, como tu amiga. No intento hacerte enfadar, de verdad.

—¿Mi amiga? —No puedo evitar el desdén en mi voz—. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste mi amiga?

Su mirada parece preocupada y por fin aparta la vista de mi hija para mirar hacia las ramas del árbol. Traga saliva con delicadeza.

—Me equivoqué —dice, con voz lejana y suave—. Cuando eres joven..., ya sabes, no crees que sea real. La muerte, quiero decir. Crees que unos pocos años aquí o allá no importan, que todo seguirá igual, esperándote cuando termines de conquistar el mundo. —Su mirada se desvía de nuevo hacia Alayia—. Me equivoqué. Y lo siento.

—¿Por equivocarte? —Por alguna razón, eso solo me irrita más.

Niega con la cabeza. —Por la forma en que te traté cuando estaba equivocada. Marissa estaba tan alterada y desconsolada, y tu madre se oponía tan firmemente a que te quedaras, que no pude ver por lo que estabas pasando. Me avergüenzo de mí misma, Nayla, de verdad. Lo único que veía era que estabas causando mucho dolor. No fui capaz de ver que era tu propio corazón el que se estaba rompiendo.

Me toca la mano con timidez. Como no la aparto, rodea la mía con sus dedos. —No debería haber estado fuera tanto tiempo. No puedo imaginar por lo que has estado pasando, entre tu madre y la niña... Deberías haber tenido una amiga apoyándote todo este tiempo.

Me arden los ojos, pero no hay lágrimas para apagar el fuego. —Habría estado bien —murmuro.

Ella suelta un profundo suspiro. —Bueno, sé que no volvemos a ser íntimas de la noche a la mañana solo porque por fin se me haya encendido la bombilla. Pero, por Dios, Nayla, ¡me *muero* por que me cuentes lo de tu pequeña!

Una pequeña sonrisa tira de la comisura de mi boca. —Hay que reconocerlo, Lacey Lee, has aguantado más de lo que pensaba.

—Tía, he estado *hasta arriba* con los estudios, no he tenido tiempo para un buen cotilleo en no sé cuánto. ¡Te lo ruego, cariño, sácame de esta agonía!

Cualquier otro día, podría sentir la tentación de dejarla con la intriga. Demonios, podría sentir la tentación de dejarla con un comentario mordaz y que le diera vueltas el resto de su vida. La forma en que ella y Miranda se largaron me dolió profundamente, y hubo un tiempo en que fui lo bastante terca y estaba tan furiosa que las di por muertas.

Pero Lacey me ha dado algo ahora mismo. Me ha hecho sentir cosas. Irritación, una ligera diversión... estos pequeños destellos en el profundo gris de mi alma bien valen el precio de una historia.

—Esta historia no tiene un final feliz —le advierto.

—Cariño, si lo tuviera, un pelirrojo grandullón y de buen corazón ya me habría ahuyentado en cuanto lo hubieras señalado.

Resoplo. —Exacto. Pues déjame que te cuente la historia de un tipo...

TREINTA Y TRES

Reggie

—Estás muy guapo —ronronea Reina desde el otro lado de la mesa. Su brillante pelo negro reluce con tonos azules a la luz de las velas, creando un intenso contraste con su vestido carmesí—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Poca presión de agua —digo con sequedad.

Ella se ríe, con los ojos brillantes. —Pillo, sabes que no me refería a eso. Llevo *meses* tirándote los tejos. Un poco más y habría corrido el riesgo de parecer una tonta.

—¿Tú? ¿Tonta? ¡Anda ya! Como si tú fueras a permitir eso —resoplo en broma.

Me dedica una sonrisa llena de una promesa oscura y sensual. —Nunca se sabe —murmura—. Pero estoy seguro de que lo averiguaremos.

Mientras lo dice, llega el camarero para tomar nota de las bebidas.

—El cabernet, por favor —dice Reina con una sonrisa pícara y centelleante—. Y deje la botella.

Mi sonrisa se congela en mi cara. Reina sabe que he estado sobrio... Quizá no he sido tan sincero sobre mi problema como

podría haberlo sido. A menos que piense bebérsela toda ella sola, lo que supone un problema totalmente distinto.

—Para mí, una Coca-Cola —le digo al camarero.

—¿Y una copa para el vino? —pregunta.

Niego con un firme movimiento de cabeza. El camarero se aleja deprisa, sin insistir en el tema. Reina, sin embargo, me mira con incredulidad.

—¿Intentas mantenerte alerta? —pregunta, con un deje de acidez en su tono. Sonríe, suavizándose deliberadamente—. De verdad que te has propuesto hacerte el duro, Reagan.

Arrastra la erre de mi nombre de pila, un truco que aprendió en la universidad. Por aquel entonces, era una forma fácil de sacarme de mis casillas, de ponerme nervioso y torpe. Hoy, sin embargo, solo consigue irritarme.

—Ya no bebo —le recuerdo, incapaz de ocultar del todo la irritación en mi voz.

Ella levanta las cejas. —Claro —dice, alargando la sílaba como si no se lo creyera del todo—. Pero, vamos, ¿una copa de vino? No va a pasar nada. Llevas con el jueguecito ese de estar sobrio..., ¿qué, un año ya? No pensarás en serio seguir así para siempre. Eso es algo que hacen los alcohólicos. De todas las cosas que has sido a lo largo de los años, nunca has sido un borracho.

Nayla no estaría de acuerdo, supongo. Por supuesto, Reina nunca me vio en mi peor momento, no de verdad. Me vio acercarme, pero nunca fue testigo de lo peor. Nayla es la única persona viva que ha visto lo bajo que puedo caer.

No pienso contarle a Reina nada de eso. Me limito a lanzarle una mirada severa antes de abrir la carta. —¿Qué está bueno por aquí? —pregunto.

—El cabernet —bromea.

Levanto la vista hacia ella, la irritación tensándome la mandíbula y apretando mis labios en una fina línea. Se tapa la boca con las yemas de los dedos, riendo con coquetería.

—Vale, vale, ya paro —promete. No la creo—. Pero en serio, cariño, tienes que relajarte. ¡Diviértete un poco! Si has olvidado lo que significa «divertirse», tengo algunas sugerencias. —Me lanza

una mirada sensual por debajo de las pestañas. Está claro lo que tiene en mente, pero la sugerencia no está consiguiendo la reacción que busca en mí.

El camarero regresa y se ofrece a darnos más tiempo para decidir, pero las bromas de Reina me están impacientando. Pido lo primero que no tiene mala pinta, poniéndola en un aprieto. Ella titubea, pero se recompone rápidamente y charla un poco con el camarero hasta que decide qué quiere y lo pide. Cuando él se marcha de nuevo, me dedica una mirada divertida.

—¿Tienes tanta hambre? ¿O es que tienes muchas ganas de llegar al postre? —pregunta en tono de broma.

—Hoy no he comido mucho —digo, esquivando la pregunta.

—Vaya, ¿nervios de primera cita? Me halagas. —Me guiña un ojo desde el otro lado de la mesa.

Le dedico una sonrisa. No había sentido nervios en absoluto. Al fin y al cabo, era Reina. Nos conocíamos desde hacía años y trabajábamos juntos todos los días. ¿Qué podía ponerme nervioso? Aunque, ahora que entiendo mejor sus intenciones, quizá debería haber sido un poco más precavido.

Da un sorbo a su vino y suelta un gemido teatral de placer, con los ojos en blanco y todo. Se supone que eso debería provocarme algo por debajo del cinturón, pero no es así. ¿Será que tengo *demasiada* confianza con ella?

—Dios mío, está buenísimo —termina después de tragar. Me tiende la copa, agitando la otra mano en un gesto preventivo de desdén—. Solo un sorbito, solo para que lo pruebes.

Niego con la cabeza.

—Te creo —le digo—. El vino está bueno.

—¡*Buenísimo*!

—Buenísimo —repito con sequedad—. Paso, gracias.

Ella duda y un destello de fastidio asoma a su expresión. Lo entierra bajo un encogimiento de hombros despreocupado y me dedica otra de sus sonrisas coquetas.

—Pues entonces tendré que dejar que me lo lames de los labios —dice, demostrándolo con un movimiento de su propia lengua.

¿En serio? ¿Sigo sin reaccionar? A lo mejor estoy muerto. Es la única explicación razonable. Le sostengo la mirada, dejando que la imagen se reproduzca en mi mente. Esa princesa apasionada y avasalladora, indefensa entre mis brazos. No es un pensamiento desagradable. Ni mucho menos. Pero tampoco es cómodo. Reina se sonroja y baja la vista. Al hacerlo, la imagen de mi cabeza se transforma y cambia, trayéndome de vuelta a la última vez que probé el vino en el beso de una mujer. Nayla. El corazón se me agita. Y algo un poco más abajo, también.

Bueno, al menos no estoy muerto.

El recuerdo me sube un calor por el cuello hasta la cara. Reina se da cuenta de mi estado y, como es comprensible, malinterpreta la causa. Debajo de la mesa, su tobillo se frota sensualmente contra la cara interna de mi pantorrilla.

—Deberías ir más despacio con ese vino —sugiero, apartando sutilmente la pierna de su contacto—. Vas a meterte en un lío.

—No me importaría meterme en un lío contigo —ronronea sugestivamente—. Incluso a la antigua usanza.

¿A la antigua usanza? Le doy vueltas un momento antes de recordar a Amira y a sus amigas de la iglesia cotilleando sobre una chica del pueblo que se había «metido en un lío» con el hijo de un hombre casado. Enarco las cejas.

—¿No vamos un poco rápido?

—¿Tú crees? —replica, pestañeando—. Desde mi punto de vista, llevamos ya diez años de retraso y nada que contar.

La miro fijamente, atónito. Ella bebe un sorbo de vino, sin inmutarse.

—¿Diez años? —repito. ¿Los años en que estuve locamente enamorado y totalmente entregado a Andie?

—Ya lo sé, ya lo sé —dice Reina—. Solo tenías ojos para *ella*. Pero tenías que saber lo que sentía por ti todo ese tiempo. ¿Al menos lo sospechabas? ¿Solo un poquito? Venga ya, no fui *tan* sutil. Por supuesto que nunca habría intentado nada contigo... pero no puedo decir que te hubiera rechazado si hubieras venido a mí.

No tengo palabras. La miro fijamente, pero no veo a la Reina que creía conocer.

—No me mires así —suplica—. ¡Tenías que saberlo!

—No tenía ni idea —le digo con sinceridad—. ¿No se suponía que Andie era tu mejor amiga?

Reina aparta la mirada, culpable.

—Quería a Andie —dice en voz baja—. Por eso nunca intenté nada. Pero también te quería a ti. Nunca me pareció justo que os tuvierais el uno al otro.

Se sacude, y abre mucho los ojos al darse cuenta del giro melancólico que está tomando la conversación. Vuelve a poner el encanto a toda potencia, esgrimiendo la coquetería como un arma. Sin embargo, después de esa confesión, me siento aún más inmune que antes.

—Así que ya ves —dice—. Desde mi punto de vista, llegas a la mesa con diez años de retraso.

—Ya veo —le digo, forzando un tono ligero. Siento un dolor en el pecho que hace que el vino parezca mucho más tentador. Bebo un trago de mi refresco, concentrándome en el escozor de las burbujas, deseando que ese escozor fuera un poco más profundo y durara un poco más.

Durante la cena, dejo que Reina lleve la voz cantante en la conversación, observando cómo salta entre temas ligeros y sin importancia en un baile frenético para alejarse del doloroso momento. Su copa permanece llena mientras la botella se vacía poco a poco. Cuando no queda nada que servir, levanta la botella y la mira con los ojos entornados por el cuello, acusadoramente.

—Me has fallado, señor cabernet —dice, achispada—. ¿Dónde está el camarero?

Enarco las cejas.

—¿No irás a pedir más?

—¡Pues claro! ¡Es un buen vino para una buena noche!

—Va a ser una mala noche con la cabeza metida en el váter si no paras ya —le digo con una sonrisa.

—¿Me sujetarías el pelo? —pregunta, poniendo un puchero como una damisela en apuros.

—Esperemos no llegar a eso —digo mientras le hago una seña al camarero—. La cuenta, por favor.

Reina se cuelga de mí mientras la saco del restaurante.

—¿Has venido en coche? —le pregunto.

—Nop —niega con la cabeza—. He cogido el metro. ¡Llévame a casa, mi amore!

La meto en mi coche y paso los siguientes veinte minutos luchando contra el tráfico de la ciudad mientras me defiendo simultáneamente de sus manos cariñosas y sus arrullos sugerentes. Cuando por fin llegamos a su casa, está claro que sufre el delirio de que nuestra noche no ha hecho más que empezar. En la puerta, me agarra por el cuello de la camisa y me besa torpemente en la boca, arrastrándome hacia dentro. Dejo que me lleve al dormitorio. Al fin y al cabo, pensaba traerla hasta aquí.

Una vez allí, duda y se queda mirándome fijamente.

—Estás borracha —señalo. Es más delicado que decirle que la idea de acostarme con ella me deja frío. Doblemente frío ahora que sé lo que albergaba en su interior mientras Andie aún vivía.

—¡Lo serás tú! —ríe como una niña, tratando de agarrarme de nuevo. Esta vez, le sujeto las muñecas. Eso parece excitarla. Echo un vistazo a lo que lleva puesto. Ese tipo de pañuelo atado al tirante de su vestido es un peligro de estrangulamiento, y no me imagino que pueda respirar bien con un vestido tan ceñido. Los zapatos también son asesinos. Se inclina hacia delante, buscando torpemente un beso. Con un suspiro de resignación, decido ser la persona que necesita que sea en este momento, y dejo que se desplome contra mi pecho.

Con ella en mis brazos, le bajo la cremallera del vestido. Inclinándola ligeramente hacia atrás, meto la mano por detrás de ella, cojo la pequeña manta que hay a los pies de la cama y la paso entre los dos. Ella se entrega al movimiento, bailando mientras yo forcejeo. Una vez que la manta le cubre el pecho, le quito los tirantes de los hombros y empujo el vestido hasta el suelo.

—Oh, Reggie —suspira—. ¡Llevo años soñando con este momento!

Lo dudo mucho, pero en fin. Se derrite en mis brazos mientras la deposito en la cama, cubierta por la manta. Sigue en su nebulosa de

embriaguez, apenas dándose cuenta de que la cubro mientras me arrodillo para desabrocharle los zapatos.

—Como un príncipe azul —suspira.

Paso al otro lado de la cama y retiro las sábanas, sacándolas de debajo de su cuerpo ebrio.

—No hace falta que hagas todo eso —dice, parpadeando con los ojos vidriosos—. No me importa ser un poco… —inhala profundamente, apretando los pechos contra la manta—… desordenada.

Ya, claro que no. No digo nada. Le sonrío mientras termino de apartar las sábanas, luego le subo las piernas a la cama y la tapo antes de arrastrar una almohada hasta donde tiene la cabeza. Me mira parpadeando, confundida, dándose cuenta por fin de que esta noche no va exactamente como había planeado.

—¿Reggie? —pregunta, con voz débil y perdida. Le pongo un dedo en los labios.

—Chist, ahora —le digo.

Uno por uno, le quito los pendientes, luego el collar, y después el broche enjoyado del pelo. Al apartarle el cabello, una mancha del color de su piel se me queda pegada en la palma de la mano. La miro, dubitativo. Supongo que es posible pasarse de la raya, aunque no le dé lo que cree que quiere. Pero recuerdo claramente el absoluto espectáculo de horror que fue el día en que mi Andie se despertó con la cara llena de maquillaje. Acné nuevo, una erupción en la mandíbula... la pobre estuvo fatal durante una semana.

—No te muevas —le digo a Reina—. Ahora vuelvo.

—Pero…, pero Reggie…

Entro en su cuarto de baño y su voz me sigue.

—¡El cajón de arriba, el que está más cerca de la puerta!

Miro en el cajón. Buen intento, pero no busco condones. Reviso el mostrador y encuentro lo que busco. Llevo el paquetito a la cama y saco una toallita. Antes de que pueda reaccionar, le estoy limpiando la cara como si fuera una niña, frotando los colores más oscuros y evitando las sensibles comisuras de sus ojos. Sin embargo, no debo de haberlas evitado tanto como pensaba, porque para cuando termino se le han saltado las lágrimas.

—¡Qué bruto eres! —gruñe—. ¿Cómo has podido? —Se cubre la cara con las manos y solloza.

Suspirando, le doy un par de palmaditas en la espalda y me dirijo a la cocina. Cojo un par de aspirinas, un vaso y una jarra, y lleno estos dos últimos con agua. Llevo el remedio para la resaca al dormitorio y la encuentro todavía llorando con la cara entre las manos.

—Ahora pensarás que soy vieja y fea —se lamenta.

—No. Abre la boca.

Su histeria da paso a la confusión y me mira. Ve la pastilla en mi mano e intenta quitármela de un manotazo, pero su mano pasa muy lejos.

—No quiero que me compadezcas —gimotea.

—No es compasión. Es pragmatismo. Ahora, pórtate como una niña buena y tómate la medicina.

Para mi sorpresa, obedece dócilmente, abriendo la boca para recibir la pastilla y bebiéndose un buen trago de agua. Hago que se lo beba todo, luego le lleno el vaso con la jarra y se lo dejo en la mesilla. Sostengo la otra pastillita amarilla.

—Esta es para la mañana —le digo—. Asegúrate de tomártela.

—No —dice con petulancia—. Asegúrate *tú*.

—Yo no estaré aquí.

Se le descompone el rostro. Gira la cabeza hacia la almohada de nuevo, aferrándose a ella como si le fuera la vida en ello. Bien. Ahora está de lado, por si vomita mientras duerme.

—Buenas noches, Reina —le digo, apagando la luz—. Duerme un poco.

Sus sollozos ebrios e irregulares me siguen fuera de la habitación y a través del apartamento. Para cuando llego a la puerta de entrada, se han disuelto en fuertes ronquidos. Niego con la cabeza y echo el pestillo de la puerta al salir. No es que sea un cerrojo de alta seguridad, pero no pienso quitarle las llaves.

POR MUCHO QUE me moleste el comportamiento de Reina en este momento, siento cierta empatía por ella. Yo también he sido ese borracho tirado en la cama con el corazón roto. Nayla fue mi ángel de la guarda entonces. Lo justo es devolverle el favor a alguien.

Nayla. Por mucha distancia que intente poner entre nosotros, por mucho que intente seguir adelante, que intente convencerme de que nuestra relación no fue más que dos personas heridas consolándose mutuamente, su presencia sigue muy viva en mi mente.

Parece que abrirme a la posibilidad del amor y salir con Reina ha tenido el efecto contrario al que buscaba. Solo ha servido para que eche todavía más de menos a Nayla.

TREINTA Y CUATRO

Nayla

—¿Y qué? ¿Estás ilusionada? —pregunta Lacey Lee. Llama desde su apartamento de Nueva York, como ha hecho cada semana desde el funeral de mamá. Es estupendo haber recuperado a mi amiga.

—¿Por qué? —pregunto, distraída mientras intento evitar que mi hija, que de repente no para quieta, se meta un cargador en la boca. Alaiya me chilla frustrada y yo la cojo en brazos, la balanceo en el aire y le hago muecas hasta que se ríe.

—¡Pues por tu graduación, boba! Es el mes que viene, ¿no?

—Ah, sí, eso. —No estoy tan ilusionada como probablemente debería—. No sé. Me alegrará tener el título, pero creo que me saltaré la ceremonia.

—De eso nada —dice Lacey Lee con firmeza—. Pienso plantarme ahí y ponerme hecha un pincel para verte cruzar ese escenario como la madraza cañera que eres. Y luego os voy a llevar a ti y a Alaiya a cenar. ¡Tenemos que celebrarlo, Nayla! Has hecho algo increíble.

—Bueno, vale, ya que insistes —cedo, conmovida. Lacey ha sido mi mayor fan durante meses, es justo darle la satisfacción de verme recibir mi diploma. Además, con ella aquí, no tendré que preocuparme por encontrar una canguro para esa noche.

—¿Has empezado ya a buscar trabajo? —pregunta Lacey.

—Sí, pero las perspectivas no pintan muy bien —le digo con tristeza—. No hay nada por aquí que tenga que ver con mi formación. Como mucho, podría conseguir un puesto de profesora sustituta. En el peor de los casos, bueno…, supongo que de vuelta al bar.

—Uf —gime Lacey con empatía—. No me digas eso, con lo que tú vales. A ver, no voy a intentar comerte el coco para que vendas la casa de tu madre y te vengas a la otra punta del país, así que no te pongas a la defensiva. Y si en algún momento te parezco muy pesada, me mandas a callar y punto. Solo quiero decirte una cosa.

—¿Y qué es? —Sonrío para mis adentros, sabiendo que con un preámbulo como ese me va a soltar una de las suyas para que haga exactamente eso.

—Hay *un montón* de oportunidades para alguien como tú en Nueva York, ya sea en la ciudad o en el estado. De hecho, hay una empresa nueva, que abrió hace unos meses, y están contratando a planificadores y diseñadores como *locos*. *Pagan superbién y ofrecen alojamiento para empleados, con el alquiler incluido, como parte del contrato.

Frunzo el ceño, pensativa.

—Es una inversión inicial enorme para una empresa nueva. Es un poco preocupante, ¿no?

—Sí, lo sería, pero es que la empresa la dirige el mismo tío que fundó FlopHouse. Se montó un revuelo tremendo hace un tiempo cuando FlopHouse salió a bolsa, pero supongo que usó el dinero de aquello para financiar esto.

—Mmm. Vale, has conseguido despertar mi curiosidad. ¿Y de qué va esta nueva empresa?

—¡Oh, es una *pasada*, una auténtica locura! La llaman Ciudad Nube, acaban de abrir la primera al público la semana pasada y ya está llena. A la gente le *encanta*. *Por lo que he podido averiguar, están comprando un montón de edificios de caseros usureros y los están reformando de arriba abajo, por dentro y por fuera.

Mi entusiasmo se enfría más rápido que un cubito de hielo en el desierto.

—Eso no es ninguna locura, es gentrificación pura y dura.

—Qué va —dice con firmeza—. Porque no solo están haciendo que los apartamentos sean habitables. Están convirtiendo los edificios de apartamentos en manzanas verticales. Huertos, tiendas, parques, cafeterías… y apartamentos también, pero mejores.

La cabeza me da vueltas. Ya me estoy imaginando la absoluta pesadilla que sería el papeleo para un proyecto como este, por no mencionar el efecto que un edificio-manzana tendría en el barrio de alrededor. Las cuestiones de viabilidad y factibilidad dan vueltas en mi cabeza, y me pregunto cuántas viviendas habría que sacrificar para hacer realidad un proyecto así. Detrás de eso, en esa parte de mi mente que aún cree en las hadas, veo las posibilidades. Como si la magia recorriera los paisajes urbanos del mundo, ofreciendo vidas mejores y sueños más grandes a la gente que vive allí.

Entonces, con el corazón desbocado, me doy cuenta de que de verdad lo están haciendo. Alguien ya está haciendo que esto suceda. Y lo que es mejor… tengo la oportunidad de formar parte de ello.

—Así que —continúa Lacey, con aire de suficiencia—, no digo que tengas que dejarlo todo y mudarte aquí. Pero sí digo que tú y Alaiya sois bienvenidas a quedaros conmigo todo el tiempo que queráis, cuando os apetezca… y, si lo hacéis, puede que haya algunas vacantes en esa nueva y brillante empresa inmobiliaria innovadora, con unos desafíos que tienen pinta de ser alucinantes.

—Qué lianta eres —la acuso con cariño.

Ella se ríe.

—Suena emocionante, ¿a que sí?

—Sí, suena —digo, y ella puede oír la vacilación en mi voz.

—Suéltalo —dice—. ¿En qué piensas?

Dejo escapar un profundo suspiro e intento poner en palabras mis reparos.

—No sé si estoy preparada —le digo—. Para dejar atrás la casa de mamá, el magnolio y la cabaña junto al arroyo. He estado pensando en cuando Alaiya sea lo bastante mayor para ir a jugar allí abajo. No sé si podría mantenerla sana y salva en una gran ciudad, ¿sabes? Conozco Hartlen como la palma de mi mano, aquí no hay sorpresas… lo que suena deprimente, pero significa que podría mantenerla a salvo.

—Cierto —dice Lacey—. Y si la seguridad lo es todo, lo que dices tiene mucho sentido. No sé… no soy madre… pero ¿crees que eso sería realmente lo mejor para ella? Sobre todo si tus opciones de empleo son tan escasas. Quiero decir, Nayla, ¡ahora eres una mujer con estudios! Tu madre también lo era, ¿no?

—Lo era —reconozco con sorpresa—. Y se pasó toda su vida laboral enseñando en preescolar. No es por ponerme dramática ni nada, pero trabajar con esos críos… al final, fue lo que la mató. Uno de ellos le pegó una fiebre que se le instaló en el corazón y no la soltó hasta que la mató.

—No te precipites —advierte Lacey Lee—. Tú tienes más y mejores vacunas de las que tendría tu madre. Sería muy poco probable que acabases con el mismo destino solo por decidir quedarte. Pero creo que deberías imaginar cómo habría sido tu vida si tu madre hubiera perseguido sus sueños, o incluso si hubiera buscado un trabajo en el que pudiera usar su título. Piensa en cómo podría ser la vida de Alayia si sigues los pasos de tu madre.

—No es muy difícil de imaginar —admito con amargura—. Es mi vida, todos los días.

—Mmm —dice, y noto que se esfuerza mucho por no presionar —. Bueno, nena, tengo que irme, que tengo una reunión con un cliente en diez minutos. Tú céntrate en darlo todo este mes y luego bajo y lo celebramos. Mantén el ánimo, guapa.

—Tú también —le digo distraídamente, con la mente llena de imágenes de futuros posibles—. Que te vaya bien.

Después de colgar, bajo la mirada hacia el dulce rostro de mi hija. Mi pequeña morenita, con sus rizos rojos y salvajes y sus grandes ojos verdes, un crisol genético que recibirá todo tipo de atención... buena y mala, y a veces ambas a la vez... en este pueblo paleto y perdido de la mano de Dios.

—Tengo que darle vueltas a esto —le digo, solo por decir algo—. ¿Quieres ir de compras? ¡Vamos a la tienda!

No sé cuánto entiende, pero responde a mi tono, botando y chillando de emoción. La lleno de besos por toda la cara, nos meto a las dos en el jeep y pongo rumbo a la tienda. He conducido por estas calles tantas veces que podría hacerlo con los ojos cerrados.

Cinco señales de stop, dos giros a la izquierda, tres a la derecha, el semáforo que lleva estropeado una eternidad y que todo el mundo trata como una señal de stop, el semáforo que sí funciona y un último giro a la izquierda. Siete minutos y medio, más o menos, desde que salgo de casa de mamá hasta que paso por debajo de las viejas zapatillas que cuelgan de los cables del teléfono junto al supermercado. Igual que siempre. Como toda la vida. Predecible y seguro.

—¿Te has divertido? —le pregunto a Alayia mientras la saco de su sillita. Me mira parpadeando, inexpresiva—. Ya —convengo mientras la siento en el asiento del carro de la compra—. La novedad no es algo que se estile por aquí, ¿verdad?

Supongo que el mayor peligro de vivir aquí es la sensación de autocomplacencia. Conducir los mismos siete minutos y medio puede hacer que una persona sienta que lo tiene todo controlado. Basta con que un forastero o un idiota borracho ponga el mundo patas arriba…, pero como eso no ocurre a menudo, es más fácil dejarse llevar por la rutina. Sin embargo, no creo que ese peligro sea mayor que los que se encuentran en una gran ciudad, sobre todo en una en la que nunca he estado.

Entro en la sección de frutería, todavía distraída por mis pensamientos. Estoy mirando la fruta y la verdura, examinando los tomates, cuando siento una presencia acechando demasiado cerca a mi derecha. Miro hacia atrás y me encuentro a un hombre, vagamente familiar como lo son los desconocidos en un pueblo pequeño, que mira fijamente a Alayia. Se me eriza el vello de la nuca.

—Qué monada de cría —dice con una sonrisa encantadora en cuanto ve que me he fijado en él—. ¿Tiene padre?

—Qué va, es una niña milagro, como Jesús —digo, rebosante de sarcasmo.

Para mi fastidio, se ríe entre dientes.

—No veo ningún anillo —continúa, acercándose aún más con la excusa de mirar mis dedos desnudos—. Debes de ser toda una mujeraza, criando a esa niña tú sola.

Decidiendo de repente que los tomates no merecen la pena hoy, me alejo de él hacia los plátanos, al otro lado de la sección. Él me sigue con andar despreocupado. Cojo un manojo sin comprobarlo tan a fondo como me gustaría y empujo el carrito en dirección a las verduras de hoja, pero sale de detrás del expositor de los plátanos y me bloquea el paso con su carro.

—¿Se te ofrece algo? —pregunto bruscamente.

Levanta las manos y esboza una sonrisita arrogante y engreída que me dan ganas de estamparle el puño en la cara.

—Solo intentaba piropear a un par de damas hermosas —dice—. No querrás enseñarle a tu pequeña a ser una maleducada, ¿verdad?

Furiosa, aprieto los dientes y finjo una sonrisa.

—Gracias por el cumplido. Y ahora, si me disculpas, tengo que irme.

Giro el carrito para alejarme del expositor de plátanos, en dirección contraria a la que pretendía. Supongo que cogeré las verduras a la vuelta. Avanzando a ciegas para alejarme del hombre, acabo frente a los filetes de ternera. Apenas he cogido un paquetito de carne cuando vuelve a bloquearme el paso con el carro.

—He recibido y agradecido tu cumplido —le recuerdo con tensa educación—. ¿Necesitas algo más?

—Más bien algo que tú necesitas de mí, mamita —dice, sujetando mi carrito con una mano mientras se acerca a mi cuerpo. Desliza la mano por el manillar del carrito, acercándose demasiado a Alayia, e intenta pasarme el otro brazo por los hombros. Lo esquivo, le arranco el carrito de las manos y casi corro hacia la sección de lácteos. Me sigue tranquilamente, tan fresco como una lechuga. Su comportamiento educado y tranquilo hace que me sea casi imposible llamar la atención sobre su conducta depredadora, y eso me frustra hasta la médula. Me alcanza justo cuando llego a los quesos.

—Soy Caleb —me dice mientras cojo un paquete de queso del estante sin detenerme.

—No me interesa —replico secamente—. Por favor, déjame en paz.

—Claro que te interesa —dice arrastrando las palabras—. No soy estúpido. Ninguna mujer quiere ser madre soltera mucho tiempo.

Mira, hasta la cría sabe que soy lo que necesitas.

Sobresaltada, giro la cabeza y veo a Alayia intentando alcanzar una piruleta que el hombre sostiene justo fuera de su alcance. Empieza a quejarse, poco acostumbrada a que le tomen el pelo y nada contenta con ello.

—Para ya —le digo, lo bastante alto como para que algunas personas giren la cabeza—. Te he dicho que no me interesa. No tomes el pelo a mi hija. Tengo que hacer la compra, así que haz el favor de dejarme en paz.

Levanta las manos, con cara de ofendido. Las caras a nuestro alrededor me juzgan con dureza, lanzándome miradas de reojo. Pongo los ojos en blanco, ignorándolos. La seguridad de mi hija y la mía son mucho más importantes que comportarme como una señorita en público. Quizá algún día, cuando les pase algo parecido, lo entiendan. Me alejo de él a toda prisa. Cojo un cartón de leche sin mirar la fecha y me dirijo a la sección de bebés. Tengo suficiente comida para mí para ir tirando, aunque no tengo ni la más remota idea de qué voy a preparar con plátanos magullados, queso suizo (que es el peor queso del mundo) y un paquete de carne, pero me las apañaré hasta que pueda volver... con suerte, sin mi inoportuno acompañante.

En la sección de bebés, cojo un surtido aleatorio de purés y gusanitos, y sigo en línea recta hacia las cajas. Siento que me miran, pero cuando me pongo en la cola, el baboso no está por ninguna parte. Sigo con los hombros rígidos por la tensión. Alayia me mira parpadeando, confundida por la furia de mi rostro. Ella tiene una excusa, es un bebé. No hay excusa para la gente que le vio acosarme como a un perro y luego se extrañó de mi reacción. La gente da asco.

Apenas tengo un momento para recuperar el aliento antes de que su voz suave y engreída flote sobre mi hombro.

—He pensado que podrías necesitar estos —dice, y un escalofrío repugnante me recorre la espalda—. Parecen de su talla.

Me giro y lo encuentro con un paquete de pañales en la mano, midiendo a mi hija con su mirada perversa. Algo dentro de mí se rompe y me pongo en movimiento antes de que el pensamiento

racional pueda controlar el subidón de adrenalina. Le arranco los pañales de la mano y sigo avanzando hasta que lo tengo acorralado contra el estante de los productos de caja, sonriendo como una loca.

—¡Aléjate de mi hija, *joder*! —grito—. ¡Y aléjate de mí!

Doy un paso atrás y le lanzo los pañales a la cara con todas mis fuerzas.

Quejándose y agarrándose la nariz, me llama algo soez y poco imaginativo y luego sale corriendo como un perro apaleado. La gente de la cola se me queda mirando como si hubiera perdido la cabeza. Temblando de rabia, miedo y un sentimiento que no acabo de identificar, vuelvo a mi sitio en la cola. Ni siquiera sé cómo explicar lo que acabo de sentir, cómo podría justificar lo que acabo de hacer, pero sé que he hecho bien. Simplemente, no ha sido muy educado por mi parte, eso es todo. Supongo que tampoco ha sido muy propio de una chica de aquí. Quizá por eso todos me miran como si estuvieran a punto de echarme del pueblo.

Para cuando llego con mi hija, la compra y todo lo demás a casa de mamá, el móvil ya está que echa humo. Alguna de la tienda me ha reconocido (cómo no) y se lo ha contado a su madre, que se lo ha contado a sus amigas, quienes se lo han contado a *sus* madres, y así sucesivamente hasta que todo el mundo y la madre que los parió me está friendo el teléfono a llamadas.

Entro en el camino de la entrada y dejo el coche en marcha un rato mientras reviso los mensajes, ignorando las llamadas que siguen entrando. Sinceramente, hay muy pocos mensajes que parezcan mínimamente preocupados por mi bienestar. Incluso los que lo parecen al principio acaban preguntándome si se me ha ido la maldita olla. Mientras leo el aluvión de veneno y condenas, me enfrento a la horrible verdad. Esta es la gente que está criando a los niños con los que crecerá Alaiya si me quedo.

Solía creer que cualquiera que se quedaba aquí era demasiado estúpido, cobarde o engreído para marcharse. Ahora que tengo el móvil lleno de condenas por atreverme a ser una madre soltera y, encima, una desagradecida por rechazar la atención no solicitada de un hombre, tengo que hacerme dos preguntas muy importantes.

¿Es esto lo que quiero para Alaiya?

Si no es así, ¿soy demasiado estúpida, demasiado cobarde o demasiado engreída para marcharme?

TREINTA Y CINCO

Reggie

No esperaba tener noticias de Reina. Conociéndola, lo más probable es que esté avergonzada de su comportamiento y haga como si la cita nunca hubiera existido. Así es como suele manejar este tipo de cosas, así que me sorprende bastante que me llame el domingo por la tarde, menos de veinticuatro horas después de haberla metido en la cama en su lamentable estado de embriaguez.

—Hola —respondo, manteniendo la voz lo más informal y neutra posible—. ¿Cómo te encuentras?

—Fatal —gime ella con dramatismo—. Absolutamente avergonzada, cariño. Y un poco molesta. A ver, ¿quién te enseñó a ser tan rematadamente caballeroso?

—Fue Andie —le digo en voz baja.

Se produce una pausa incómoda antes de que la afectación de diva de Reina se atenúe ligeramente.

—Ah. Sí, claro, fue ella. Andie siempre les ponía el listón ridículamente alto a los que la rodeaban, ¿verdad? Debía de ser agotador.

Me encojo de hombros, gesto que no puede ver, para ocultar la mirada furiosa que tampoco puede ver.

—La verdad es que nunca lo vi así —le digo—. Creo que era muy indulgente con la gente a la que quería. Sé que conmigo tuvo mucha más paciencia de la que merecía.

«Y contigo también», pienso con amargura, «sobre todo si llegó a sospechar las intenciones que albergabas todo el tiempo que estuvimos juntos».

Reina emite un sonido evasivo y cambia rápidamente de tema.

—En fin. Te he llamado para disculparme por habérseme ido tanto la mano con la bebida. *Puede* que me tomara una copa o dos de camino al restaurante para calmar los nervios... pero, en cualquier caso, ¿qué me dirías de repetirlo? ¿Quizá esta noche? Te prometo que estaré completamente sobria.

—No creo que sea una buena idea. —Las palabras salen antes de que tenga la oportunidad de filtrarlas o suavizarlas. Y las mantengo. Quizá ser directo no siempre sea la peor manera de hablar.

—Mmm, sí, probablemente tengas razón. El lunes va a ser una locura, y sin duda querremos estar descansados y listos. No querríamos echar por tierra toda la operación por una noche en vela —ronronea ella.

Me estremezco y siento un escalofrío, agradecido de que no pueda verme. La forma tan displicente con que trata el recuerdo de mi difunta esposa me provoca una repulsión que nunca habría creído posible, teniendo en cuenta su belleza objetiva.

—Entonces... ¿el viernes? —pregunta.

Mi mente va a toda velocidad. Cuanto más tarde en aclarar mi falta de interés, peores serán las consecuencias. Pero esto no es tan simple como rechazar una segunda cita con una desconocida; es mi segunda al mando, por no mencionar que es una vieja amiga. Y esta segunda cita es una bomba de relojería con una década de asuntos pendientes.

—Tengo una idea mejor —le digo antes de que mi silencio levante sus sospechas—. ¿Qué te parece si te recojo ahora mismo y vamos a tomar un café?

—Vaya, ¿hemos pasado de una cena a un café? Qué duro —se ríe coquetamente, sin saber cuánta razón tiene—. Muy bien, quizá me lo merezca. Acepto. Puedo estar lista en veinte minutos.

—Nos vemos entonces.

Veinte minutos de Reina son, y siempre han sido, cuarenta minutos de reloj. Eso me da tiempo de sobra para darle vueltas a las palabras en mi cabeza e intentar encontrar una salida a este estúpido embrollo. Lo último que necesito es que una sola conversación me haga perder a mi directora financiera y a mi amiga más antigua de un solo plumazo. Si fuera más listo, probablemente le daría largas e intentaría aburrirla hasta la muerte, pero no soy tan listo y el aburrimiento me resulta prácticamente intolerable. No hay forma de evitarlo. Hay que tener esta conversación.

Cuarenta y cinco minutos después de colgar con Reina, aparco frente a su apartamento. Treinta segundos más tarde, Reina sale vestida de azul oscuro con toques de color mandarina, sin mostrar signos de resaca. Siempre le ha dado una gran importancia a su aspecto. Me sonríe radiante mientras se desliza en el asiento del copiloto, y siento una punzada de culpa seguida inmediatamente de irritación. ¿Por qué debería sentirme culpable? Ella era la que esperaba entre bastidores a que yo metiera la pata. Es ella la que no puede evitar poner verde a su supuesta mejor amiga, mi esposa, como si estuviera tratando de ganar una especie de competición enfermiza. Furioso, giro la cabeza para incorporarme al tráfico, fingiendo no darme cuenta de que Reina se inclinaba para darme un beso.

—¿Adónde vamos? —pregunta.

—Hay un pequeño local cerca de aquí que tengo ganas de probar —miento. En realidad, he dedicado parte del tiempo que tenía a buscar sitios cerca de su casa donde pudiéramos tomar un café y picar algo. Me gustaría que esto fuera lo más breve posible, con tantas vías de escape como sea posible, por el bien de todos. Un par de giros sencillos y varios minutos después, estoy buscando aparcamiento en un barrio bohemio, artístico y alternativo. Reina parece dudar cuando un grupo de universitarios vestidos con retales y ropa de lo más variopinta pasa ruidosamente junto a nosotros mientras me pego a la acera, todos ellos debatiendo a gritos sobre políticas de identidad.

—¿Tenías ganas de probar este sitio? —pregunta Reina con escepticismo mientras le abro la puerta.

—Claro —le digo, encogiéndome de hombros. Nos dirigimos por la calle hacia la cafetería—. La gente que vive, trabaja, come y compra aquí es exactamente el tipo de persona que más se entusiasmaría con lo que estamos haciendo.

Lo cual es cierto, solo que no me di cuenta cuando elegí el sitio inicialmente. Mencionar el proyecto enciende el entusiasmo de Reina, y mira a su alrededor con interés mientras su mirada pasa de ser la de una mujer de mundo a la de una directora financiera. Espero que pueda mantener ese nivel de separación después de que la decepcione. Sería una verdadera lástima tener que reemplazarla.

Nos sentamos en una mesa exterior hecha con un carrete industrial coronado por un mosaico de colores. Al inspeccionarlo de cerca, el mosaico parece estar hecho de trozos de botellas rotas y piezas de plástico, todo ello sellado bajo una gruesa resina. La parte inferior del carrete está pintada de forma abstracta y llamativa con colores a juego. Nuestras sillas son desparejadas y recuperadas, y nos sirven en platos de colores que tampoco hacen juego. Reina, con su conjunto perfectamente conjuntado, parece sorprendentemente fuera de lugar.

Algo en ese contraste particular provoca que una oleada de emoción me abrume. Trago saliva con dificultad y luego reprimo el nudo que tengo en la garganta con un sorbo de café espeso y dulce. Está increíblemente bueno. Me arden los ojos y se me nubla la vista, y tengo que tomarme un momento para recuperar la compostura.

—Anímate, Reggie —dice Reina en tono juguetón—. Seguro que la comida sabe mejor de lo que parece la decoración.

No lo dice en voz baja. A una joven camarera que anda cerca se le borra por un instante la sonrisa radiante y orgullosa.

—A Andie le habría encantado este sitio —digo en voz baja, todavía luchando con el nudo que tengo en la garganta.

Reina echa la cabeza hacia atrás y se ríe. —¡Dios mío, desde luego que sí! Uf, este es justo el tipo de sitio del que me habría estado hablando maravillas durante *semanas* hasta que al final no me quedara más remedio que venir a verlo. Siempre la misma

historia, ¡y yo siempre picaba! Ay, qué malo eres, tenías que hacerme una de las de Andie, ¿a que sí?

Bebo un sorbo de café mientras contemplo a la mujer que tengo delante. Lo que yo siempre vi como la exuberancia apasionada de Andie, Reina lo veía como una artimaña. ¿Acaso lo ve todo de esa manera? ¿En términos de manipulación? Supongo que es una forma de pensar que le resulta útil en su carrera, y que esta a su vez refuerza. Es jodidamente buena en lo suyo, así que no puedo decir que sea un defecto. Sencillamente, no es algo que esté dispuesto a soportar en mi vida privada, ni por un segundo.

—¿Qué te apasiona, Reina? —pregunto, de repente curioso.

—Ganar —ronronea, entrecerrando los ojos como un gato—. Y el buen alcohol. Sabes que tendrás que superar *eso* tuyo, ¿verdad? En los sitios a los que voy, con la gente que veo… rechazar una copa quedaría fatal, ¡lo arruinaría todo! Y, desde luego, se interpondría en mi primera pasión que, como bien sabes, es ganar.

—Claro —digo, con un tic en el labio—. Entonces, ¿así es como ves nuestro futuro? ¿Yo, de tu brazo en todo tipo de galas deslumbrantes, haciendo de escudero mientras tú te bates en duelo con los dignatarios?

—Mmm, sí —dice, y apoya la barbilla en la mano con una sonrisa soñadora—. Conquistaremos el mundo juntos, tú y yo, fiesta a fiesta. Luego, victoriosos, volveremos a nuestra casa de los Hamptons y haremos el amor con dulzura, como dioses en el Olimpo.

Me imagino en ese futuro que ella prefiere, paseándome como un muñeco Ken con una sonrisa de plástico clavada en la cara. Siendo su paño de lágrimas, lo que, en el mundo de Reina, significa poner a parir a toda la gente con la que acaba de pasarse la noche entre risas. Teniendo que aguantar constantemente sus extraños celos y sus puyas inesperadas contra Andie, sintiéndome un marido fracasado o el defensor de un fantasma. Probablemente ambas cosas, y a menudo.

Niego con la cabeza. —No puedo hacerlo.

Parpadea, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. —Bueno, cariño, no tendrías que beber en exceso, seguro que podrías

apañártelas con una sola copa durante toda la noche. Incluso podría… sí, estoy segura de que hay formas de mantenerlo en secreto. Una alergia fingida, un problema médico o algo por el estilo, algo sobre lo que a la gente le diera demasiado apuro preguntar. Tiene arreglo. Podemos hacer que funcione, cariño. Podemos hacer que todo funcione.

En su rostro hay más determinación que esperanza. Le pega. No es de las que esperan y rezan por lo que quieren; es de las que salen y lo consiguen. Supongo que debería reconocerle el mérito de haberse contenido y no ir a por mí mientras Andie vivía. Debió de ser todo un ejercicio de autocontrol.

—No es solo lo del alcohol —le digo. Parece que toda mi preparación no ha servido de nada; he olvidado por completo lo que había planeado decir—. Escucha, Reina, eres una socia excelente. Fuiste una buena amiga para Andie. *(Bueno, la mayor parte del tiempo)*. Has sido de gran ayuda para mí todos estos años.

—¿Pero? —pregunta, clavándome la mirada.

—Pero tú y yo no somos compatibles como pareja.

Ladea la cabeza. —¿En serio? Venga ya. —Lo descarta con un gesto de la mano y por fin coge el cruasán del plato. Arranca un trozo, se lo mete en la boca, mastica y traga antes de clavarme una mirada dura—. Románticamente, platónicamente, «negociamente»… ¿existe esa palabra? Bah, qué más da. ¿Tú y yo? Somos como la mantequilla y la mermelada. Funcionamos. No puedes declararnos incompatibles como si fueras una celestina y dar el tema por zanjado. Te *deseo*, Reagan. Quiero pasar mi *vida* contigo. ¿No lo entiendes?

—Lo entiendo.

—¿Entonces?

—Entonces… no es lo que yo quiero.

Varias emociones, desde la sospecha a la comprensión, pasando por la furia y algo tan frío que duele, cruzan su rostro en una sucesión caótica.

—Entonces haremos lo que tú quieras —dice finalmente, mientras en su rostro se dibuja una sonrisa relajada—. Los detalles no me importan, Reagan. ¿No quieres fiestas? Pues se acabaron las

fiestas. ¿No quieres los Hamptons? Pues buscaremos un sitio menos perfecto. Lo que sea que quieras, solo tienes que pedírmelo. Mientras esté contigo, seré feliz.

—Pero yo no lo seré —le digo—. Reina. No son las fiestas, ni los Hamptons, ni el alcohol. Somos nosotros. No puedo ser feliz en una relación contigo. Y nunca lo seré.

—¿Porque lo has decidido y ya está? ¿Porque no quieres ser feliz conmigo, porque te hace sentir culpable por lo de Andie? —Sus ojos relampaguean. Por enésima vez, está muy, muy cerca del meollo de la cuestión y, aun así, completamente equivocada.

—No ha sido una decisión consciente —le digo—. Es un hecho. Si tú y yo estamos juntos, seré un desgraciado. Y no quiero ser un desgraciado.

—Entonces, ¿qué *quieres*, Reagan? No dejas de decirme lo que no quieres, pero todavía no me has dicho *qué es lo que quieres*. —Golpea la mesa con fuerza al pronunciar esas últimas palabras, casi gritando en medio del local abarrotado, con las uñas de color mandarina, los ojos ardiendo de rabia y empañados de lágrimas.

La pregunta me deja helado. Frunzo el ceño mientras intento hacer que mi cerebro funcione. ¿Qué quiero? Hace un año, habría tenido una respuesta. Andie habría sido mi respuesta. ¿Pero ahora? Ahora que he aceptado que se ha ido de verdad, para siempre, ahora que he empezado a rehacer mi vida… ¿qué es lo que quiero?

—Quiero que Cloud City tenga más éxito que FlopHouse —suelto al final—. Quiero que las cosas que creo ayuden a la gente a vivir mejor.

—¿Y?

Me encojo de hombros, impotente. La imagen de Nayla flota en mi cabeza, pero es distante y borrosa, envuelta en incógnitas. Conozco a Reina desde hace casi una década y creo que no la he entendido de verdad hasta esta conversación. ¿Cómo puedo saber si Nayla es quien creo que es después de conocerla solo unos pocos meses? El hecho de no poder quitármela de la cabeza dice más de mí que de ella. No puedo negar que la *deseo*. Pero me cuesta admitirlo abiertamente.

Reina suspira y se pone en pie. Abre el bolso y deja un billete de veinte en la mesa. La miro sorprendido, y me sorprendo aún más al ver la resignación teñida de tristeza en su rostro. No es propio de ella rendirse.

—Era demasiado pronto —declara—. Ha sido culpa mía. Pensé que, quizá…, pero no. Todavía estás de luto, y fui una tonta por creer lo contrario. —Cierra los ojos y gira la cara hacia el sol, inspirando hondo por la nariz—. Merece la pena que le guardes luto a Andie —dice al final—. A pesar de lo que diga cuando me pongo mezquina.

Siento una opresión en el pecho. ¿Por qué duele tanto?

Reina vuelve a mirarme, con el rostro convertido en una máscara de compasión arrepentida. —Nos vemos mañana, jefe.

Dicho esto, cruza por el paso de cebra y vuelve sobre sus pasos, calle abajo, de vuelta a casa.

Envidio su capacidad para saber exactamente lo que quiere y adónde va. Me pregunto si alguna vez volveré a estar tan seguro de mí mismo.

TREINTA Y SEIS

Nayla

Alaiya nunca ha estado más feliz de estar en su sillita. Sigue inquieta como una lagartija después del largo día que hemos tenido, pero al menos ha dejado de quejarse ahora que hemos vuelto a tierra firme. Volar con un bebé que está a punto de empezar a andar no ha sido nada agradable, pero quiero creer que ha sido mejor que tenerla atada a la silla del coche durante dos días. Sin embargo, las malas caras que nos echan los demás pasajeros indican que no están de acuerdo.

Se pone de pie en su asiento, tirando con fuerza de la barra de seguridad, señalando y gritando casi palabras hacia todas las cosas nuevas e interesantes que ve. Una cinta transportadora de pasajeros, una gran palmera en una maceta, un tragaluz, el peluche de un niño…, todo le resulta igual de emocionante a mi pequeña y activa niña. La llevo hasta la recogida de equipajes, donde señala y emite ruidos insistentes ante el maravilloso carrusel que, a su parecer, le falta un pasajero. Intenta salir del carrito y se frustra cada vez más cuando los arneses la mantienen en su sitio.

—¡Mamá! —grita.

Me asomo por encima del carrito, echando la capota hacia atrás para verla.

—¡Cucú! —le digo en tono juguetón.

Echa la cabeza hacia atrás con esa flexibilidad aterradoramente ilimitada que tienen los niños muy pequeños y me sonríe con sus ocho diminutos dientes. Entonces, al recordar por qué se estaba quejando (tiene una memoria obscenamente buena, no es justo), vuelve a señalar la cinta de equipajes.

—¡Arriba! —exige—. ¡Lala arriba!

La miro de reojo. La pequeña dama *dice* arriba, pero lo que *quiere decir* es «ponme en ese peligroso artilugio».

—No, Alaiya —le digo con delicadeza—. Tienes que quedarte sentada en tu silla.

Rebota varias veces sobre su acolchado trasero, frustrada, y luego se arroja contra el respaldo con todas sus fuerzas, aullando ante la injusticia de todo aquello. La gente que rodea la cinta, que apenas había tenido tiempo de olvidarse de nosotras, nos lanza miradas de desaprobación mientras recogen su equipaje y huyen del sonido. Bueno, qué se le va a hacer. Al menos ahora hay menos gente.

No es que no hubiera *intentado* que el viaje fuera agradable. Conseguí convencerla de que durmiera durante todo el primer tramo de nuestro viaje, pero se había despertado del todo durante nuestra escala en Atlanta y no estaba dispuesta a perderse nada más. En el momento en que el segundo avión se inclinó hacia atrás y dejó la tierra, tenía mucho que decir al respecto, y nada de ello era bueno. Si entendiera un poco mejor su jerga de bebé, a lo mejor tendría que haberle lavado la boca con jabón.

Ahora hay un hueco en la cinta y lo aprovecho, colocando el carrito de lado contra la pared de la cinta. Ahora que la niña no puede ver el objeto de su furia sin incorporarse, sus aullidos se desvanecen gradualmente en hipos lastimeros. En ese momento, veo nuestro equipaje caer por los separadores de goma. Para este viaje me di el capricho de un juego a juego, cuatro maletas grandes y tres pequeñas, todas decoradas con magnolias brillantes sobre un cielo moteado. Sé que podrían darme morriña si me quedo aquí mucho tiempo, pero, por ahora, siento que son como pedacitos de

las partes de mi hogar que sí me gustan y que me han acompañado en mi aventura.

Extiendo la mano para coger la primera maleta grande con ruedas y la coloco junto al cochecito, dándome prisa para dejarla a tiempo de alcanzar la segunda. Apenas lo consigo y, para cuando lo hago, mi bolsa de viaje ya está fuera de mi alcance. Con el ceño fruncido, vuelvo a mirar los separadores de goma. Todavía me falta una maleta. Hago un recuento rápido mientras espero a que mi bolsa vuelva a aparecer. Tengo el bolso de gran tamaño al hombro, el equipaje de mano que hace las veces de bolsa de bebé debajo del cochecito y el maletín metido a su lado. Son tres pequeños y tres grandes. Sí, definitivamente falta uno y, con lo que pagué por el privilegio de traerme el juego entero, me quedaré aquí hasta el fin de los tiempos si eso significa llevármelo conmigo.

Mientras intento averiguar cómo sacar todo mi equipaje, a la niña y el cochecito de una sola vez, suena mi móvil.

—¡Hola, Lacey!

—¡Hola, cielo! ¿Dónde andas?

—¡En Nueva York, Nueva York, nena! Estamos en la recogida de equipajes. Se me ha escapado una de las maletas y otra aún no ha aparecido. Espero que la señorita protestona no organice un motín mientras la esperamos. ¿Tú dónde estás? ¿Sigues trabajando? Llevo la llave de tu casa encima y estoy tan nerviosa con lo del taxi que he estado repitiendo tu dirección para mis adentros como una loca.

Lacey se ríe encantada.

—¿Qué le parecería a la señorita protestona un *cakepop*?

—Probablemente sentiría que está en la gloria, casi no ha probado el dulce todavía. No sé qué tal se las apañaría con el palito, pero con lo que ha estado mordisqueando sus sonajeros últimamente, seguro que se las ingeniaría.

—Esperaba que dijeras eso —dice con aire de suficiencia—. Tú quédate ahí tranquila, mamá, y no te preocupes por el taxi. Tengo el presentimiento de que todo saldrá bien.

Cuelga. Hablar con ella ya me ha hecho sentir más segura. Joder, si la pequeña Lacey Lee puede triunfar en Nueva York, yo también puedo, por supuesto.

Alayia, que no ha dicho ni pío en varios minutos, está hasta las narices de estar atada a cosas. Arquea la espalda y gruñe, pataleando con sus pequeñas piernas, como si estuviera a punto de explotar de nuevo. Miro rápidamente la cinta y, como todavía no veo mis maletas, le desabrocho todos los cierres y la saco del cochecito, balanceándola en el aire.

—¡Ahí está mi niña guapa! —le arrullo, moviéndola de un lado a otro—. ¿Eres una niña feliz ahora?

Se ríe una vez y luego su mirada se clava en la cinta. Retorciéndose en mis brazos, se lanza hacia la máquina mortal, cada célula de su pequeño cuerpo decidida a dar un paseo.

—¡Alaiya! —la regañé, sujetándola con fuerza. Ella se apartó de mí, haciendo muecas y quejándose, empujando y dando manotazos con sus manitas. El agotamiento del madrugón y del largo viaje empezaba a instalarse en mis hombros y detrás de los ojos, haciéndome sentir que corría verdadero peligro de sucumbir a la voluntad de mi pequeña tirana.

La giré alrededor de mi cuerpo y me la senté en la cadera, rodeándola firmemente con mis brazos.

—Eso no es para bebés —le dije con firmeza—. Alaiya podría hacerse daño. Mucha, mucha pupa.

Chilló desafiante, esforzándose por arrastrarse alrededor de mi torso para acercarse a la dulce, dulce y mortal cinta. En ese preciso instante, por fin vi mi bolsa de viaje. La maleta que faltaba, la número cuatro, había conseguido de algún modo acabar debajo de ella. ¡Glorioso! Si tuviera las dos manos libres, todo aquello podría terminar en un instante. Levantando a Alaiya a una posición más manejable, intenté meterla de nuevo en su silla antes de que mi equipaje volviera a desaparecer. Ella no estaba por la labor. Justo cuando las maletas pasaban a mi lado, desaparecieron de repente por el rabillo del ojo, como si alguien las hubiera arrebatado.

—¡Oye! —grité, girándome con una mano bloqueando el intento de Alaiya de escapar del cochecito.

—Tranquila, soy yo, cielo —dijo Lacey, dejando las maletas en el suelo a sus pies. Vi que había conseguido cogerlas las dos con una

mano, ya que la otra la tenía ocupada con un portavasos lleno de vasos. Uno de esos vasos estaba lleno de *cakepops*.

Lacey sacó uno y se lo mostró a Alaiya en la cara.

—¡Contempla! ¡Azúcar!

Alaiya dejó de chillar y de forcejear al ver la golosina. Un tímido lengüetazo más tarde, mi niña estaba babeándoselo todo, más feliz que una perdiz con su bola de dulce. La miré con recelo, esperando que pensara más en masticar que en chupar, porque si no, tendría que aguarle la fiesta y *no* tenía energía para esa pataleta.

La até bien y levanté el asiento para que no se ahogara. Lacey estaba mirando mis montones de equipaje.

—¡Tía! ¿De verdad ibas a intentar sacar todo esto y subirlo a mi casa tú sola?

—Lo llevé hasta el avión yo sola —señalé.

Ella negó con la cabeza.

—Por eso los padres vienen de *dos en dos* —dijo—. Pero no te preocupes, mamá, hoy haré de segunda madre honoraria. Coge tú esa grande con ruedas y yo me encargo del resto. He aparcado en el parking, así que no tenemos que darnos prisa, y además tienes cara de necesitar algo que te anime. —Levantó ligeramente el portavasos al decir eso.

—¿Cómo vas a llevar tres maletas si ya llevas tres bebidas? —le hice ver. Coloqué la maleta más pequeña encima del cochecito, até la bolsa de viaje a la parte superior de una de las maletas con ruedas y luego deslicé el asa de esa maleta por el asa de la otra. Así, sin más, todas mis pertenencias y las de Alaiya estaban listas para ser arrastradas. Lacey se quedó boquiabierta un momento, luego se rio y negó con la cabeza.

—Vale, pues al menos déjame llevar yo el trasto ese —dijo.

Le doy esa satisfacción. De todas formas, no tengo nada que demostrar. Nos guía por el aeropuerto hasta una pequeña zona de espera, un bonito círculo de jardineras alrededor de unas cuantas mesas y reservados. Me siento con un suspiro de agradecimiento.

—¿Con hielo, caliente o granizado? —pregunta—. Todos son de chocolate y caramelo.

—Granizado —digo al instante, cogiendo la bebida espumosa.

Se ríe.

—Sabía que ibas a elegir ese. Eres una adicta a los frappés desde el instituto.

Doy un sorbo a la dulce bebida con un gemido de satisfacción.

—Últimamente no —admito—. Ahora soy más de café solo con azúcar y a temperatura ambiente. No por elección, ¿eh? Solo porque para cuando consigo bebérmelo, ya no está caliente, y si llevara nata, se habría cortado.

—Oh, pobrecita —dice Lacey con una risita comprensiva. Se vuelve hacia Alaiya—. Niña, estás dejando a tu pobre madre agotada.

Alaiya le sonríe, con la cara cubierta de migas de bizcocho.

Lacey se vuelve hacia mí, radiante.

—¡Me alegro mucho de que hayas venido, Nayla! Nueva York te va a sentar de maravilla, lo presiento. ¿Ya has empezado a buscar trabajo? Y si no lo has hecho no pasa absolutamente nada, como ya te dije, tómate todo el tiempo que necesites para aclimatarte. Mudarse aquí desde Hartlen es todo un choque cultural. Lo fue para mí, y eso que yo tuve la ventaja de la universidad para ir acostumbrándome poco a poco, así que entiendo perfectamente si necesitas empaparte del ambiente un poco antes de encontrar tu sitio. ¡No tiene sentido que te ates a la ciudad si al final no es un sitio en el que quieras estar!

Suelto una risita tonta.

—La verdad es que es inspirador verte librar esa batalla con tanta valentía —le digo.

Ladea la cabeza, confundida.

—¿Qué batalla?

—La batalla entre tu emoción de que mi vida empiece y tu absoluta aversión a presionarme.

Se sonroja y se ríe un poco de sí misma.

—Me calas como siempre —dice, negando con la cabeza—. ¡Pero es verdad! Hay *tantas* cosas aquí que sé que os van a encantar a las dos, y estoy que reviento de ganas de verlo.

—Pues estás de suerte, querida —le digo, sonriendo por encima del vaso—. Porque ya he tenido dos entrevistas por Zoom con la

gente de Cloud City, y el jueves tengo la entrevista en persona.

Se queda con la boca abierta y los ojos se le abren como platos, brillantes de emoción.

—¡¿De verdad?! ¡Eso es fantástico! —chilla, y va a cogerme la mano, pero en su prisa casi tira la tercera bebida. Titubea un poco y la ayudo, limpiando lo poco que se ha derramado y asegurándome de que no se queme.

—¡Madre mía, *eso* esperaba! Entonces, esta última entrevista es más que nada una formalidad, ¿no? Quiero decir, si ya has pasado dos entrevistas…

Niego con la cabeza.

—No lo creo. La primera entrevista fue con un seleccionador, una especie de reclutador interno, y se centraron sobre todo en mi formación, intereses y experiencia. La segunda fue con el director de la oficina y un director de proyectos, y fue más específica sobre la empresa, pero no sobre el puesto. Esta última será con gente con la que trabajaría directamente, junto con el director ejecutivo o la directora financiera.

Los ojos casi se le salen de las órbitas.

—¡Ostras! ¿A qué puesto te has presentado para que un director de alto nivel vaya a estar en tu entrevista?

—Planificadora de bloques —le digo con una sonrisa—. Pero no te hagas la idea de que es algo especialmente importante. Por lo que me estuvieron contando, el director ejecutivo y la directora financiera vinieron juntos de FlopHouse y quieren implicarse mucho en esta fase.

—Ah, eso tiene sentido —dice Lacey, con los ojos iluminados—. ¡Dios mío, vas a conocer a los cerebros de FlopHouse! Vas a tener que contarme a qué huele un genio.

Echo la cabeza hacia atrás y me río, sintiéndome mejor que en meses. Cuando Alaiya ha destrozado por completo su *cake pop* (y yo me he comido uno o dos, ya que hoy no he tenido tiempo de comer) y la he limpiado, Lacey coloca el último vaso de café en el portavasos de la sillita y juntas recogemos mis cosas.

—¡Venga, para arriba! —dice Lacey con una sonrisa radiante mientras nos metemos en el ascensor acristalado—. Tercera planta,

la pasarela del aparcamiento.

La emoción revolotea en mi pecho cuando el ascensor comienza a subir. En solo unos instantes, voy a ver la ciudad de Nueva York, en persona, con mis propios ojos.

TREINTA Y SIETE

Reggie

Aunque Reina al final me ha dejado en paz, su pregunta ha seguido atormentándome. Incluso se ha colado en mis sueños, que inevitablemente se vuelven eróticos en el momento en que la esencia de Nayla parpadea en mi mente. Desde hace casi dos malditos años, he estado intentando convencerme de que lo que Nayla y yo tuvimos durante aquellos breves meses no fue más que dos personas rotas que chocan en un momento de debilidad; pero, si eso fuera cierto, ¿por qué sigue persiguiéndome de esta manera?

Unas semanas después de nuestra desafortunada cita, me encuentro en mi jet privado con el móvil pegado a la oreja, contándole a Reina un montón de verdades a medias.

—Oye, sí, ha surgido algo. No estaré en la oficina esta semana.

—¿Toda la semana? —pregunta, sonando más furiosa de lo que esperaba.

—Sí, he recibido una llamada esta mañana de un antiguo *Couch Crasher* de San Diego —le digo—. Lo hicimos rico y quiere devolvernos el favor. Ha conseguido un edificio de apartamentos antiguo, un poco raro, y no sabe qué hacer con él. Ha oído hablar de Cloud City y quería que viniera a echar un vistazo, así que eso estoy haciendo.

Se queda en silencio un breve instante. Cuando vuelve a hablar, percibo claramente su frustración apenas contenida.

—Sé que estábamos hablando de expandirnos, Reagan —dice con frialdad—. ¿Pero esta semana? ¿En serio?

—¿Qué pasa con esta semana?

—¿Es que ni siquiera *miras* tu agenda? —espeta—. Tenemos a veinte recién licenciados que vienen a sus entrevistas finales esta semana. ¡Veinte! Se suponía que íbamos a repartirnos el trabajo. Si te vas y me dejas hacerlo todo sola, para el miércoles me van a parecer todos iguales, y los del final de la semana no tendrán ninguna oportunidad. No es justo para ellos y no es justo para mí. ¿No puedes cambiarlo?

—¿Para cuándo? —pregunto—. La semana pasada tuvimos la misma carga de contrataciones y, que yo sepa, la semana que viene tendremos la misma. Si el tipo de San Diego y yo llegamos a un acuerdo, tendremos aún más. Que Barney se ocupe de mi parte, se lo ha ganado.

Ella gruñe.

—¿Lo dices en serio? ¿No sabes que la única razón por la que muchos de estos chicos viajan desde tan lejos para sus entrevistas finales es porque les prometemos una reunión con un directivo de alto nivel?

Frotándome la frente con fuerza, tomo una decisión ejecutiva.

—Bien. Con efecto inmediato, Barney es nuestro director de operaciones. Llamaré a Linda y le diré que le redacte un contrato. Esta reunión no es negociable, Reina. Siento ponerte en esta situación, pero es lo que hay. Los problemas de crecimiento siempre son un coñazo, ya lo sabes.

Suspira, pero sabe mejor que nadie que así es como suelen funcionar estas cosas. Cediendo ante mi lógica imperturbable, accede.

—Llamaré a Barney y le daré la *buena* nueva —dice, con un deje de sarcasmo—. Viaja con cuidado y mantente en contacto, y recuerda una cosa.

—¿Qué?

—No importa qué decisiones tome esta semana, no importa a quién decida contratar, no puedes quejarte. Hiciste tu pan y dormirás en él.

—Cama —la corrijo con una sonrisa.

—Ah. Eso tiene mucho más sentido. En fin, adiós, ¡ahora tengo el doble de trabajo, estoy hasta arriba! —Cuelga, dejándome negando con la cabeza. Antes de que pueda llamar a Linda, Boris entra con paso pesado desde la cabina con una sonrisa pícara en la cara.

—Será mejor que compruebe mis mapas, jefe —dice, y su sonrisa se ensancha.

—¿Y eso por qué? —pregunto, distraído mientras busco a Linda en mis contactos.

—Pues porque nadie me dijo que hubiera un San Diego en Alabama.

Le lanzo una mirada asesina y él se ríe, dándose una palmada en la barriga.

—Cinco minutos para que te haga apagar ese trasto —dice, señalando mi móvil con un dedo como una salchicha—. Más te vale hablar deprisa. Se te da bastante bien enrollarte, creo yo.

Todavía riendo por lo bajo, Boris desaparece en la cabina. Me había dado cinco minutos y un reto, así que solo tardé tres en poner a Linda al día sobre lo de Barney y las responsabilidades de su ascenso. Dos minutos después, la sutil luz del cinturón de seguridad se enciende y suena el intercomunicador. La voz ronca de Boris no es precisamente la de una azafata, pero se esfuerza.

—Estamos a punto de despegar —dice—. Por favor, asegúrense de que los respaldos de los asientos estén en posición vertical y bloqueados, los cinturones de seguridad abrochados y todo el equipaje romántico esté correctamente registrado como gasto de empresa.

Le lanzo un vaso de plástico a la cabina y rebota en la puerta. Boris se ríe de mí antes de cortar el intercomunicador. Unos instantes después, rodamos por la pista. Boris está concentrado, dejándome a solas para darle vueltas a las consecuencias de mi impulsiva decisión.

Sinceramente, todo es culpa de Reina. Si no me hubiera preguntado qué quería, nunca habría empezado a meterme en esta espiral. Pero lo hizo, y aquí estoy, y por eso estoy volando varios días antes de mi reunión en San Diego. Tengo que verla. Tengo que saber si solo estoy idealizando una relación de mierda o si de verdad hay algo ahí. Si no lo hago, sé que nunca podré acallar esa parte de mi cerebro que susurra *«y si esa fuera Nayla»* cada vez que una mujer de pelo oscuro y segura de sí misma se cruza en mi camino. Y en Nueva York hay muchas, como he descubierto dolorosamente hace poco.

No soy tan tonto como para pensar que aparecer con las manos vacías será suficiente para ganarme el derecho a una conversación con ella, ni tan ridículo como para plantarme fuera con un radiocasete bajo la lluvia. En cuanto alcanzamos la altitud de crucero, saco el móvil y empiezo a hacer los preparativos. Poco después, varias tiendecitas de Hartlen se ponen manos a la obra para montar un kit de «por favor, habla conmigo» digno de un cameo en Hollywood.

Cuando empezamos a descender hacia Hartlen, se me seca la boca. Con el ceño fruncido, bebo un sorbo de agua. No hay razón para estar nervioso. Es Nayla. Tiene demasiada hospitalidad del sur en las venas como para ponerme de patitas en la calle sin siquiera saludar. Además, me ha visto en mi peor momento. Estoy en un punto mucho mejor que entonces, así que seguro que se dará cuenta y sentirá curiosidad. Y yo estoy más que dispuesto a darle todas las respuestas que quiera, siempre que me dedique un minuto de su tiempo.

—¿Cuál es el plan ahora, jefe? —pregunta Boris cuando ha detenido por completo el avión.

—¿Quieres conducir? —le pregunto—. Tengo sitios a los que ir y mucho en lo que pensar. Es peligroso conducir y pensar a la vez, ya sabes.

—Entonces soy tu hombre —dice Boris, riendo a carcajadas.

Salimos y empezamos el recorrido, recogiendo todo lo que había encargado en el avión, una cosa tras otra. Un vestido resplandeciente con zapatos, accesorios y bolso a juego de una

pequeña y cara boutique. Joyas preciosas de otra, un ramo de flores de la tienda de la misma calle y una caja grande de bombones gourmet. Al principio había querido ir a lo grande, pero por aquí no hay tantas tiendas especializadas. Incluso reservé una mesa en el mejor restaurante de Hartlen, dentro de lo que cabe.

Con el asiento trasero lleno de sobornos…, digo, regalos, guío a Boris por las calles de Hartlen hacia la casa de Nayla.

—Es increíble cómo este sitio no ha cambiado —murmuro, mirando por la ventanilla—. Esa farola estaba rota la última vez que estuve aquí. Las mismas caras, los mismos negocios, las mismas cosas rotas. Es como si existiera en su propia cápsula del tiempo.

—Brigadoon —concuerda Boris, asintiendo sabiamente.

No sé qué significa eso en ruso, pero seguro que es un gesto amable.

—La siguiente a la derecha —le digo—. Esa casa a mitad de la calle, la marrón.

Boris detiene obedientemente el coche frente a la casa. Bajo la ventanilla, con el ceño fruncido. El césped, o lo que queda de él, está sembrado de juguetes infantiles mugrientos. La ventana que yo mismo cambié tiene una gran grieta en medio y, por detrás, una sábana de Mickey Mouse colgada a modo de cortina improvisada. Hago un cálculo rápido y decido que, aunque Nayla se hubiera casado el día que me fui, esta no sería su casa. No a menos que se hubiera casado con un padre soltero o algo así, pero eso es mucho menos probable que el simple hecho de que se haya mudado a otro sitio.

—¿Tu novia? —pregunta Boris con escepticismo, señalando una cara sonrosada que asoma por encima de la valla trasera. La chica parece una adolescente. Cuando empiezo a negar con la cabeza, una banshee chilla desde algún lugar dentro de la casa, lo suficientemente alto como para hacer vibrar las ventanas.

—¡Genevive Olivia Barnes, vuelve aquí ahora mismo! ¡Más te vale que no sea otro de tus novios aparcando delante de mi casa, jovencita! ¡Ya puedes creerte que tu padre te va a curtir el lomo la próxima vez que te pille con…!

—Conduce —le espeto, subiendo la ventanilla.

—Así que… no es tu novia —concluye Boris, sonriendo, mientras nos alejamos de la caótica escena.

—Desde luego que no. Pero si no está ahí, creo que sé dónde encontrarla. Coge la siguiente a la derecha. La tercera casa a la derecha.

—Has dicho la tercera casa a la derecha, ¿verdad, jefe? —pregunta Boris mientras reduce la velocidad hasta detenerse.

Miro por la ventanilla y se me cae el alma a los pies. Es la casa de Amira, sí…, pero el jardín, abandonado a su suerte, se ha vuelto un caos salvaje, y hay un gran cartel de «Se Vende» con la odiosa cara sonriente de un agente inmobiliario clavado en la tierra. Por un momento, me atrevo a esperar que todavía viva alguien en la casa; al fin y al cabo, la gente no siempre se va antes de recibir una oferta. Pero las ventanas están desnudas y los cubos de basura han desaparecido. Maldita sea.

—¿Conduzco? —pregunta Boris.

Niego con la cabeza mientras abro la puerta.

—Todavía no —le digo—. Solo… dame un minuto.

No sé muy bien qué espero encontrar, pero me estoy quedando sin sitios donde buscar. Subo por la acera desconchada, arrancando con irritación las malas hierbas a mi paso mientras me dirijo a la puerta principal. No me lo puedo creer. Simplemente no tiene sentido. El pueblo entero sigue exactamente como lo dejé, desde la farola rota de la Cuarta hasta las zapatillas colgadas de los cables del teléfono. Todo está exactamente igual… entonces, ¿dónde están ellas?

Me encuentro frente a la puerta principal, con el dedo suspendido sobre el timbre por costumbre. Me detengo al ver la caja de seguridad de la inmobiliaria colgando del tirador de la contrapuerta y los folletos que sobresalen del buzón. En lugar de dejar caer la mano, cojo un par de folletos. No sé qué busco. ¿Una pista? ¿Una clave? ¿Una dirección de reenvío? No es probable. Pero mientras ojeo las fotos de la casa de Amira, decorada y preparada por profesionales, siento que me invade una ira irracional.

No queda ni un ápice de ella en estas fotos. Cada trocito de su encanto oriental ha sido gentrificado sin piedad, desde la cocina

modernizada hasta el cuarto infantil de un amarillo chillón. Un cuarto infantil, vaya. Y la otra habitación de arriba estaba preparada como despacho. Parece que esperan que se mude aquí una familia joven. La idea se me clava en el corazón. Extraños que no saben nada de la mujer que derramó tanto amor durante tantos años, viviendo entre las mismas cuatro paredes, fregando, pintando y redecorando hasta que el último vestigio de la vida de Amira quede relegado cuidadosamente al pasado.

Frunzo el ceño ante mis propios pensamientos, dándome cuenta de que estoy asimilando este cambio repentino como si ella estuviera muerta. No estaba muy bien cuando me fui, pero tampoco estaba a las puertas de la muerte ni nada parecido. Probablemente solo se mudó a un sitio más pequeño. Sí, eso es. Se buscó un bonito apartamento que no tuviera un jardín del que tener que ocuparse.

—¿Necesitas algo? —pregunta una voz recelosa y familiar desde la acera.

—Solo miraba lo que han hecho con la casa —respondo con voz apagada, agitando los folletos.

Sus ojos se abren de par en par al oír mi voz y entrecierra los ojos para protegerse del sol, intentando distinguir mi cara bajo la sombra del porche.

—¿Quién es? ¿Quién anda ahí?

Bajo del porche y salgo a la luz, todavía con los folletos en la mano. Lou Anne se pone rígida al acercarme, aparentemente sin palabras. La breve pausa me da un momento para estudiarla. Está más delgada de lo que recordaba, y las ojeras y las arrugas de su cara se han acentuado. El bajo de su vestido empieza a deshilacharse, y su pelo parece haberse peleado con un champú barato y haber perdido.

—Tú —consigue decir finalmente, con los labios apretados en una fina línea y la barbilla temblando—. ¡Tú eres ese novio

—Yo... sí. —Algo así, pero no voy a ponerme a discutir con ella por los detalles.

—Llegas demasiado tarde —escupe con amargura—. Amira lleva criando malvas casi un año. —Los ojos se le llenan de lágrimas y se

me encoge el corazón por ella. Amira fue una madre, una hija y una hermana para ella, todo en uno.

—Lo siento mucho...

—¿De verdad? No, no te creo. Para nada. ¡La forma en que trataste a esa pobre chica y a su madre! Puede que no seas el responsable directo de la muerte de mi alma gemela, pero desde luego no ayudaste en nada. —Le tiembla la barbilla e inclina la cabeza hacia atrás, parpadeando rápidamente para contener las lágrimas. Casi un año, y todavía está destrozada. ¿Qué ha estado haciendo todo este tiempo?

—Podría haberle quedado un par de años buenos —continúa Lou Anne, medio sollozando—. Pero el impacto de enterarse... y luego que tú te largaras sin más... Ay, deberías haberle visto la cara. Nunca he visto a nadie tan decepcionado con otra persona. Se derrumbó como si fueras su propio hijo. —Compone el rostro y me fulmina con la mirada, mientras lágrimas ardientes le abren surcos entre las arrugas de la cara—. Eres una excusa patética de hombre y una excusa lamentable de hijo, ya sea adoptado o de sangre.

Gira sobre sus talones, temblando como una hoja.

—Lou Anne —digo, pero ella levanta una mano para detenerme.

—Se han ido —dice con rotundidad—. No hay nada para ti aquí. Lárgate si sabes lo que te conviene. De hecho, mi cara es la más amigable que probablemente veas por aquí.

Con esa advertencia, se marcha, con las suelas de sus zapatos despegándose y golpeando la acera agrietada a cada paso. Mis ojos la siguen de vuelta a su casa, que está en un estado igual de ruinoso que la de Amira. Un cartel de un naranja opresivo que dice «Se Alquila» se alza en su jardín. No veo su coche por ninguna parte y no llevaba ninguna de las joyas que solía lucir. Tengo el terrible presentimiento de que ha estado en caída libre desde que Amira falleció, arrastrando a sus hijos con ella.

Me arrastro de vuelta al coche, abrumado por el dolor. Echo un vistazo al asiento lleno de regalos caros y una mueca de asco se dibuja en mis labios al pensar en el tipo de hombre en que me he convertido. Por fin ha ocurrido. Por fin he ganado tanto dinero que he perdido el contacto con la realidad. Estaba destinado a suceder

tarde o temprano sin Andie cerca para mantenerme con los pies en la tierra. Furioso conmigo mismo y atormentado por las imágenes de la destrucción que he dejado a mi paso, vuelvo al coche y cierro la puerta de un portazo.

—¿Adónde, jefe?

—Al cementerio —le digo—. Tengo una cita con una señora muy amable.

TREINTA Y OCHO

Nayla

—Es impresionante —digo tontamente mientras contemplo el paisaje urbano que nos rodea desde las paredes de cristal de la pasarela. No debajo de nosotras, no, sino a nuestro alrededor—. Es mucho más grande de lo que pensaba.

—¿A que sí? —concuerda Lacey—. Casi me meo encima la primera vez que lo vi. Tardé siglos en orientarme, te juro que me perdí en mi propia manzana más veces de las que puedo contar. Tú lo pillarás más rápido, estoy segura. Siempre has sido mejor que yo para ese tipo de cosas.

Me río con ella, recordando con cariño lo perdida que estuvo la pobre durante todo el primer trimestre cuando pasamos de primaria a secundaria y teníamos que ir a más de una clase cada día. Seguimos recordando viejos tiempos mientras me lleva a su apartamento, que está mucho más cerca del aeropuerto de lo que parece al principio. Parece que las quejas sobre el tráfico de la ciudad no son tan exageradas como yo pensaba.

Entra en una rotonda frente a un edificio, donde un aparcacoches está esperando. La miro boquiabierta, luego al edificio, luego al aparcacoches.

—¿Esta es tu *casa*? —pregunto, estupefacta.

—Bueno, no todo el edificio —responde con un guiño descarado. Se vuelve y se dirige al aparcacoches—. Robert, mi amiga tiene equipaje en la parte de atrás. ¿Te importaría...?

—Por supuesto, señorita —dice él galantemente, luego saca una radio y dice unas palabras. Un momento después, otro hombre con el mismo uniforme sale con un carrito para el equipaje. Los dos hombres descargan el maletero de Lacey, y el segundo le hace un gesto de asentimiento mientras mete mis cosas en el edificio. Para cuando he conseguido acomodar bien a Alaiya en brazos, el aparcacoches ya se ha llevado el coche.

Miro fijamente a Lacey, preguntándome por la mujer que creía conocer. Esta vida... es mucho más glamurosa de lo que había imaginado.

—Cierra la boca, cielo, que se te van a meter las moscas —dice Lacey, empujándome la mandíbula hacia arriba con las yemas de los dedos. Entra contoneándose en el edificio, mirando por encima del hombro con una sonrisa burlona—. ¿Vienes?

Me apresuro a seguirla, deslumbrada por todo lo que veo. El vestíbulo es espacioso y cómodo, y parece que conduce a un montón de salas cuyo propósito no puedo imaginar. El ascensor es suave y silencioso y sube mucho más de lo que esperaba. Su piso está en lo más alto, a cuarenta plantas de altura. ¡Cuarenta! Me mareo solo de pensarlo.

—¡Ya estamos! —canturrea mientras abre la puerta. El segundo hombre espera pacientemente cerca, listo para entrar el carrito. Se queda el tiempo suficiente para descargarlo, nos pregunta si necesitamos algo más y luego acepta amablemente la propina que Lacey le desliza discretamente en la mano. La estoy mirando tan fijamente que ni siquiera le he echado un vistazo al lugar todavía.

Cierra la puerta con llave detrás del botones, luego se da la vuelta y se echa a reír. —¡Ay, Nayla, para ya! ¡Me estás mirando como si me hubiera salido otra cabeza!

—Otro monedero, quizá —murmuro, todavía atónita—. ¡No me dijiste que vivías en un palacio!

—Anda ya —dice, sonrojándose—. No es para tanto, de verdad. Mira, déjame que te enseñe el piso. Venga, deja a la señorita Culete

Inquieto en el suelo, ya he puesto la casa a prueba de bebés.

Alaiya está gruñendo y tratando de alcanzar el suelo. En cuanto la pongo de pie, sale disparada, gritando y golpeando el brillante suelo de madera. Hago una mueca.

—No molestará a tus vecinos con todo ese escándalo, ¿verdad?

—Oh, no —dice Lacey, restando importancia a mis preocupaciones—. Estos suelos son gruesos y resistentes. ¡Vamos, que casi podrías olvidar que vives bajo el mismo techo con otras cien personas!

Hago un gran esfuerzo para que no se me caiga la mandíbula al suelo de nuevo. Se quita los zapatos y yo hago lo mismo, luego me guía hacia el interior del apartamento. Es como nada que haya visto antes. Toda la pared del fondo es de cristal, del suelo al techo, y los techos son muy altos. La pared a mi izquierda alberga la cocina, separada de la sala de estar por una isla a dos alturas con taburetes metidos debajo de un lado. A mi derecha, el techo baja sobre un par de sofás y un mueble de televisión. Una escalera de caracol conduce al espacio sobre el falso techo.

—En realidad no tengo dormitorios, como tales —dice a modo de disculpa—. Yo duermo ahí arriba. Mi despacho también está ahí. No te preocupes, he puesto una barrera en las escaleras, Alaiya no hará ninguna excursión a la planta de arriba. Ven aquí, déjame que te enseñe tu habitación.

Curiosa y perpleja por que se disculpe por este magnífico apartamento, la sigo. Alaiya está ocupada explorando la extensión de suelo despejado, sin duda tramando la mejor manera de organizar sus juguetes para causar el máximo estropicio. Lacey me lleva hasta el sofá más alejado, el que tiene las mejores vistas a través de la pared de cristal. Tira de una cortina en la esquina, que se desliza a lo largo de la ventana hasta el borde del falso techo. Allí desengancha otra, que llega hasta un punto a medio camino entre los sofás. Finalmente, corre una tercera cortina, que cierra por completo el espacio alrededor del sofá.

—¡Tachán! Una habitación instantánea. Pero no es un dormitorio sin una cama, ¿verdad? —Sonriéndome, Lacey se acerca rápidamente al sofá y manipula un mecanismo en la parte delantera.

Con la suavidad de la seda, el sofá se despliega en una cama de generoso tamaño—. No tiene barras de metal ni nada —dice con orgullo—. De hecho, ¡es tan cómoda que tengo una para mí arriba! Ahorra espacio, que es lo más importante por aquí.

—Es increíble —le digo. Miro el espacio que ha creado. Hay suficiente suelo para el moisés de Alaiya, y de sobra.

—¿De verdad? ¿Te gusta? —Lacey me coge las manos, sus ojos me miran intensamente.

—Me encanta —le aseguro—. ¡Me encanta todo de este sitio!

—Ay, qué bien —suspira, dejando caer los hombros con alivio—. ¡Estaba tan nerviosa

—Dios mío, ¿por qué? —le pregunto. Aparto la cortina y encuentro a Alaiya golpeando el cristal con sus manitas, gritando a la gente y a los coches que se arrastran por la calle de abajo. Niego con la cabeza, sabiendo en lo más profundo de mi ser que esta niña va a acabar conmigo.

—Bueno, ya sabes, no tiene nada que ver con las casas en las que crecimos —dice, con un deje de culpabilidad—. No tiene dormitorios y solo hay un baño, ahí en la esquina, y no tiene patio.

Alzo una ceja.

—Lacey, ¿alguien te ha estado dando la lata por esta joya?

Se muerde el labio y se encoge de hombros.

—Es que… cuesta un dineral.

—Me lo imagino —le digo—. Y de verdad que estoy impresionada contigo, te lo juro por Dios. Te tiene que ir de maravilla para poder permitirte un sitio como este.

Se sonroja.

—Me va bien —dice, radiante—. Mi madre pensaba que era una idea horrible comprar este sitio, pero me enamoré de él en cuanto lo vi. Además, lo conseguí a buen precio, pero un buen precio en Nueva York es un robo a mano armada en Alabama, y a mi madre no le entraba en la cabeza la cifra.

Le sonrío.

—Ya, pero seguro que tu madre no se pasó semanas buscando casa en Nueva York antes de venir de visita, ¿a que no? Escucha, Lacey, si no consigo un trabajo que incluya alojamiento para

empleados como parte del contrato, tendré suerte si encuentro una litera que pueda permitirme en esta ciudad. Con o sin dormitorios, tu apartamento es una auténtica maravilla.

Lacey sonríe de oreja a oreja, casi ronroneando de gusto.

—Dios, cómo te he echado de menos, Nayla. Tienes la cabeza muy bien amueblada, y eso es una auténtica rareza. ¿Sabes?, incluso Marissa… vino hace unos meses, creo que por negocios… hasta ella pensó que había sido una tonta por comprar este sitio. Se pasó todo el tiempo paseándose con cara de asco, diciendo cosas como: «Qué día tan bueno, qué pena que no podamos sentarnos fuera», y cosas por el estilo. Pensé que me moría de la vergüenza.

—Bueno, no me extraña que estuvieras nerviosa, con las opiniones de esas dos aguafiestas rondándote la cabeza —le digo con una sonrisa—. Pero no le des más vueltas. Me gusta tanto este sitio que puede que tengas que sacarme de aquí con un calzador cuando abuse de tu hospitalidad.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe como si algo así fuera a pasar, pero yo sé que no es así. Alaiya es adorable, pero es una compañera de piso terrible.

TREINTA Y NUEVE

Reggie

El ramo que le compré a Nayla parece obscenamente alegre en su nuevo hogar, sobre la tumba de Amira. Siento un peso en el pecho, me llevo los dedos a los labios y luego los presiono contra su lápida.

—Siento no haber estado aquí para despedirte —le digo—. Gracias por todo, Amira. Fuiste una mujer excepcional y criaste a una persona increíble. No tengo derecho a pedirte esto… He sido un capullo, lo sé…, pero si todavía la estás cuidando desde ahí arriba, ¿crees que podrías darle un empujoncito en mi dirección?

Me quedo sentado en silencio en el cementerio durante unos minutos, escuchando los tranquilos sonidos que me rodean. Esta vez no hay pájaros. Ni campanas, ni ráfagas de viento, ni rayos de luz; solo una paz silenciosa. Intento no tomarme la ausencia de una señal como una señal, pero soy un poco supersticioso y es difícil ser racional en un lugar como este. Soltando un suspiro, le doy una última palmada a la lápida.

—Lo que tú creas que es mejor —le digo—. Confiaré en tu juicio.

Me alejo con el ceño fruncido y las manos en los bolsillos. La naturaleza sigue sin inmutarse, como si el mundo entero hubiera decidido dejar el lugar de descanso de Amira en un silencio absoluto. Al empujar la verja para salir, miro el reloj. Mi reserva es dentro de

una hora, y mi primer impulso es llamar para cancelarla. Pero al sacar el móvil del bolsillo, se engancha con algo. Tiro con más fuerza y lo saco. Atrapado en el espacio casi inexistente entre la funda y el teléfono, el trozo de papel con el número del agente inmobiliario se ha desprendido casi perfectamente del folleto de la casa de Amira. Al mismo tiempo, oigo unos gritos juguetones y levanto la vista justo a tiempo para ver a los hijos de Lou Anne persiguiéndose por la calle en sus desvencijadas bicicletas.

Miro por encima del hombro y un escalofrío me recorre la espalda.

—Mensaje recibido —le digo a Amira.

Sin pensármelo dos veces, marco el número del agente inmobiliario.

Su sonrisa es igual de odiosa en persona, y se vuelve aún más odiosa cuando pide lo más caro del menú. No le guardaría rencor a un invitado a cenar que pidiera lo que quisiera si lo he invitado yo, pero es la forma en que lo pide, con una sonrisita de suficiencia y un brillo codicioso en los ojos, lo que me pone de los nervios. Ha venido a esta reunión con la clara intención de sacarme hasta el último céntimo, y ni siquiera se molesta en disimularlo.

Se dedica a una irritante cháchara, rechazando mis intentos de ir al grano durante las bebidas y los aperitivos. Boris está sentado en la barra, ligando con la camarera y, de vez en cuando, mirándome de reojo solo para reírse de mí. Estoy tentado de descontárselo del sueldo, a ese payaso desleal.

Cuando por fin llegan nuestros filetes a la mesa y la boca de Sonny MacGuire está llena a mi costa, aprovecho para hablar.

—En el folleto pone que el precio de venta es de trescientos mil redondos —empiezo—. ¿Es una venta privada?

Sonny frunce el ceño y asiente, intentando masticar su trozo de suela de zapato bien hecha lo bastante rápido como para responderme. O más bien, para venderme la moto. No le doy la oportunidad. Debería tomárselo como una lección de alta cocina.

—Genial. Ofrezco trescientos veinte mil, más todos los gastos de cierre. Calculo que eso suma unos trescientos cuarenta mil. En efectivo, sin hipoteca. Y voy a necesitar una escritura de donación

irrevocable. La casa se pone a mi nombre, e inmediatamente después, a nombre de la persona a la que se la regalo. No tengo ningún interés en quedarme por el pueblo, así que quiero que esto esté hecho para mañana. ¿Puede conseguirlo?

Se atraganta con el filete, con los ojos desorbitados y llorosos. Lo hace bajar con un trago de cerveza y luego pasa un momento farfullando hasta que recupera el control. Se ha puesto un poco pálido, habiendo perdido completamente el control de la conversación.

—Un momento, espere un segundo —dice, todavía recuperando el aliento—. Aunque sea en efectivo, una transferencia bancaria tardará unos días en hacerse efectiva. Eso en el mejor de los casos, y no puedo hacer transferencias de escrituras sin el dinero en el banco.

Le devuelvo el ceño fruncido.

—¿Cuándo he dicho yo nada de una transferencia bancaria? Estoy hablando de dinero en metálico.

El sudor le brota en la frente mientras sus ojos parecen querer salírsele de las órbitas. Abre y cierra la boca un par de veces, lo que le hace parecer más un pez borrón que un ser humano. Decidido a no perder el apetito, le doy un trago a un vino normal y corriente y corto un trozo de filete.

Él le da otro bocado, y luego otro, masticándolos concienzudamente antes de levantar finalmente un dedo y sacar el móvil. Se levanta de la mesa y se disculpa.

—Tengo que hacer una llamada —dice, nervioso—. Puede que consiga arreglar esto para usted, pero tendré que mover muchos hilos. Quizá necesite alguna garantía de que puede hacer lo que dice, ¿comprende?

Le lanzo una mirada inexpresiva y se aleja de la mesa rápidamente.

—Nada personal, nada personal. Solo negocios. Veo que usted sabe de negocios, ¿verdad? Vaya pensándolo, volveré en un santiamén.

Se escabulle, con el teléfono pegado a la oreja antes de haber salido del comedor. Suspirando, le envío un mensaje a Boris. Odio

interrumpir sus coqueteos, pero hay que poner las cosas en marcha, y no estoy de humor para tener paciencia. Veo cómo mira su móvil. Sus cejas se disparan hasta la línea del pelo por un instante antes de volver a su sitio. Normalmente tiene mejor cara de póquer. Un momento después, Boris paga su cuenta y sale a toda prisa del restaurante.

Me dispongo a disfrutar de la comida mientras pueda. Estoy seguro de que en cuanto vuelva Sonny estaré demasiado ocupado ignorando su repugnante personalidad como para saborear la comida. No es el mejor filete que he comido, pero no está mal. Al menos, mejor que la suela de zapato con la que Sonny se ha estado atragantando. La camarera se acerca justo cuando he apurado el último bocado.

—¿Va a volver tu amigo o te traigo una caja para llevar? —pregunta.

—Volverá —le aseguro—. Nadie que babee por el dinero de forma tan descarada dejaría pasar una paga prometida como esa. Me gustaría pedir postre mientras espero. ¿Tienes la carta?

—¡Claro! —Saca el fino menú de un bolsillo de su delantal y me lo entrega—. Tenemos un tiramisú de lujo, si es lo que te apetece.

Sonrío ante eso.

—Si te soy sincero, me interesa más el sabor que el lujo. ¿Cuál es tu favorito?

—Oh —ríe, avergonzada—. Para esas cosas soy como una niña. Tenemos un *sundae* de trufa de chocolate y crema de cacahuete que está para *morirse*, pero no es precisamente muy formal, si me entiendes.

—Perfecto —le digo con una sonrisa—. Tomaré ese, tan exagerado como te dejen prepararlo. Y un café. —Lo voy a necesitar para combatir el bajón de azúcar que vendrá después.

—Marchando —dice, guiñándome un ojo antes de alejarse a toda prisa.

Sonny regresa antes que ella. Se está secando la frente, pero la sonrisa aduladora ha vuelto a su rostro. Se acomoda en su asiento con un suspiro de satisfacción y luego ataca su plato con renovado vigor.

—¿Tenemos un trato? —pregunto después de verlo devorar la comida durante más tiempo del que me resulta cómodo.

—En cierto modo —esquiva.

—¿Qué modo sería ese?

La cara de Sonny se ensombrece un poco y su frente vuelve a brillar. Más vale que esa camarera se dé prisa. Si sigo acojonando a este hombre, no llegaremos a ninguna parte.

—Te voy a contar cómo está el tema —dice Sonny con nerviosismo—. Si puedes darme el dinero en efectivo, los trescientos cuarenta mil, mañana por la mañana a las diez y media, en el banco —porque no pienso ir por ahí con tanto dinero encima—, entonces puedo agilizar los trámites de las escrituras. Si es más tarde de las diez y media, tardaremos dos o tres días en tenerlo todo listo y arreglado.

Hago todo lo posible por no poner los ojos en blanco. Ese tipo de plazo es, en el mejor de los casos, una prueba descarada y, en el peor, un obstáculo. Por suerte para mí, Boris es extremadamente fiable bajo presión. Unas gotas de sudor comienzan a rodar por la cara de Sonny, y me doy cuenta de que lo estoy mirando fijamente. No puedo ocultar mi impaciencia y frustración. Por suerte, no tengo que preocuparme por eso mucho más tiempo.

—Aquí tienes, bombón —dice la camarera mientras deja un *sundae* realmente ridículo delante de mí—. ¡Que aproveche! ¡Ah, bienvenido de nuevo, forastero! ¿Te apetece postre esta noche? —Se vuelve hacia Sonny, coqueteando con él con la misma facilidad con la que lo había hecho conmigo. La chica se merece un aumento.

Sonny pide algo y ella se marcha de nuevo. El ambiente en la mesa, como yo esperaba, se ha relajado y ahora es un poco más distendido.

—¡Vaya plato! —exclama Sonny—. Parece que una tienda de chuches se ha liado con una heladería.

—Me lo recomendó ella —digo, señalando con una pequeña sonrisa en la dirección en la que se fue la camarera—. No pude decir que no.

Él se ríe y, así sin más, pasamos de ser dos enemigos que intentan jugársela el uno al otro a dos colegas compartiendo una

comida. La conversación fluye con más naturalidad mientras él termina su cena y empieza con el *brownie* gourmet que ha pedido. Para cuando hemos aniquilado por completo nuestras cenas, me habla como si fuéramos amigos de toda la vida.

—Eres la leche, tío —dice con una sonrisa más auténtica que la que llevaba antes—. Y tengo que decirte que siento una curiosidad enorme por esa escritura de donación. ¿Le vas a regalar una casa a tu chica o algo así? Eso sí que es tener un par de cojones. A lo mejor acabas llenando la casa de críos sin querer.

Suelto una risa seca.

—No es nada de eso —le digo—. Una vieja amiga de la familia ha pasado por una mala racha últimamente y yo estoy en una situación que me permite ayudarla, eso es todo. No es de las que aceptan caridad —es orgullosa, ya sabes—, pero no rechazará un regalo, especialmente uno que consideraría una obligación.

Él enarca las cejas.

—¿Una obligación, eh?

Asiento, preguntándome cuánto contar.

—Antes tenía mucho que ver con esa casa. El mantenimiento y todo eso.

Él asiente con aire sabio.

—Entonces supongo que debes de ser pariente de la vieja Amira. Vaya mujer, esa. Un torbellino hasta el final, y no estaba nada mal, si me entiendes. No era de las que se casan, o eso te hacía creer. Dios sabe que lo intenté. —Se le pone una mirada nostálgica y perdida que, por ser caritativo, achaco a las tres cervezas grandes que se ha tomado desde que estamos aquí.

Levanto mi propio vaso, casi vacío, a modo de brindis.

—Por las mujeres testarudas y de armas tomar.

—Amén, hermano.

Cuando por fin terminamos la velada y liberamos la mesa, pago la cuenta con mi tarjeta, pero le dejo a la camarera una propina en efectivo a la vista de Sonny. Él enarca las cejas.

—El *sundae* estaba tan bueno, ¿eh?

Le dedico una sonrisa pícara y me encojo de hombros a medias.

—La persuasión ha merecido la pena.

Se ríe y me da una fuerte palmada en la espalda. Decido que es un gesto entrañable.

—Bueno, bueno. Si eres capaz de soltar esa pasta por una tía con buena labia y un culo estupendo, tengo grandes esperanzas para mañana. Aquí tienes la dirección. Nos vemos allí sobre las diez y media, y dejaremos todo arreglado para ti y tu amiga. Eres un buen hombre, Reg. Uno muy bueno.

Lo dudo. Ni siquiera se me habría ocurrido hacer todo esto si el fantasma de Amira no me hubiera abofeteado con la idea. Vi a la damisela en apuros y aun así necesité que la Dama del Lago me dijera qué hacer. No creo que eso me convierta en un buen hombre. Pero puede que me convierta en alguien que sabe escuchar. Quizá con eso sea suficiente.

CUARENTA

Nayla

Lacey Lee se ha cogido toda la semana libre solo para pasar tiempo conmigo y con Alaiya, algo por lo que estoy increíblemente agradecida y por lo que me siento increíblemente culpable a la vez. Aun así, es agradable tener una guía turística, por no hablar de una niñera para mi entrevista del jueves. Pasamos la tarde del martes en casa, ya que tanto Alaiya como yo estábamos completamente hartas de cualquier tipo de viaje, pero para el miércoles ya nos habíamos recuperado lo suficiente como para dar un paseo por una parte de Central Park por la mañana, encontrar una cafetería monísima para comer y visitar el zoo del Bronx por la tarde.

Alaiya ha estado superatenta a todo durante todo el día. En el zoo, ladea la cabeza y frunce ligeramente el ceño al ver a los lémures, una expresión que me recuerda tanto a Reggie que se me encoge el corazón. Saco una foto rápidamente. Me digo a mí misma que es para mí, pero la parte de mi mente que me hizo coger instintivamente el móvil sabe que lo hago porque en secreto espero que, algún día, en un futuro lejano, pueda enviársela y restregarle por la cara que abandonó a alguien que es clavadita a él.

Lacey ve la expresión sombría de mi cara mientras guardo el móvil.

—¿Pasa algo, cariño? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—No, nada.

Obviamente no se lo cree; se cruza de brazos y frunce los labios. Suspirando, me permito un momento de honestidad.

—Es que a veces me pregunto si sabía a lo que renunció cuando se fue —le digo, manteniendo la voz baja. No sé cuánto entiende Alaiya a estas alturas, pero no quiero que sus primeros recuerdos sean de mí poniendo a parir a su padre—. A veces, pienso que se le rompería el corazón si supiera que anda por ahí poniendo sus mismas caras y exigiendo las cosas como si fuera la dueña del mundo. Otras veces, desearía poder romperle yo misma el corazón por abandonarla cuando no era más grande que una semilla de amapola.

Lacey ladea la cabeza.

—¿Estás más enfadada con él por dejarla a ella o por dejarte a ti?

—A ella —respondo con rotundidad—. Y a mamá. Se quedó destrozada cuando él desapareció, aunque intentó no demostrarlo. Estuvo de un humor de perros durante semanas. Luego se pasó todo el tiempo muy triste. Cuando se enteró de lo del bebé, intentó hacer de padre, en cierto modo, hasta que finalmente se conformó con ser la abuela. No creo que le perdonara lo que hizo hasta el día de su muerte.

—Claro que no —dice Lacey, con los ojos encendidos—. Ninguna buena madre perdonaría a un hombre que abandonó a su hija y a su nieta de esa manera.

Asiento distraídamente.

—Guardar ese rencor no le dejaba en paz —murmuro—. Hay días que me pregunto si no merecerá la pena aceptar sin más que es un patético y perdonarle sus defectos solo para poder seguir adelante… pero luego, cuando voy a intentarlo, no puedo. Es listo, Lacey Lee. Es listo, formal y fuerte, y no entenderé en la vida por qué no pudo ser listo, formal y fuerte para su propia hija.

Lacey me rodea con el brazo y me abraza con fuerza.

—Algunos hombres solo son fuertes hasta que les toca serlo —dice—. Son de los que se hunden bajo presión. Y no hay mayor presión que ser el padre de una cría cabezota.

Como para darle la razón, Alaiya se estira y forcejea contra las correas, emitiendo soniditos insistentes mientras intenta alcanzar a los lémures. Tira de las correas con sus deditos impacientes y sus gruñidos no tardan en convertirse en una rabieta en toda regla.

—Sigamos —digo, riéndome con timidez cuando la gente empieza a mirarnos de reojo—. A lo mejor es hora de tomar un helado.

Continuamos, viendo mucho más del zoo y mucho más de Nueva York antes de volver por fin al apartamento de Lacey. No deseo otra cosa que pasármelo bien con Lacey y Alaiya, pero después de ese momento en el zoo, es como si una nube de depresión me persiguiera. No estoy triste, de verdad… no me apetece llorar ni nada… pero tampoco consigo sentirme feliz. Echarle la culpa a Reggie me sentaría mucho mejor, creo, si pudiera decirle a la cara el desperdicio de buenos genes que es. Con la forma en que se fue y cortó todos los lazos, ni siquiera tengo la satisfacción de cantarle las cuarenta, y creo que eso es más deprimente que cualquier otra cosa.

Consigo quitarme la nube de encima el jueves por la mañana, gracias a Dios, porque mi entrevista es dentro de unas horas y lo último que necesito es quedarme de bajón en mitad de ella. Le doy carta blanca a Lacey Lee para que me vista, ya que lleva años trabajando con ejecutivos de Nueva York y sabe lo que suelen preferir.

—Es mejor llevar tacones bajos —dice, frunciendo el ceño ante mi colección de zapatos. Elige un par de mocasines de punta cuadrada que me compré cuando aún trabajaba en el bar—. Perfectos. Clásicos, atemporales, a la moda y cómodos para caminar. Eso es lo importante. Si trabajas en Nueva York, vas a tener que moverte por la ciudad. Llevar un calzado con el que no puedes caminar transmite que no estás dispuesta a adaptarte.

—Vaya, cuánta información sacas de un zapato —comento con neutralidad, mientras enarco una ceja.

Ella suelta un suspiro impaciente.

—No es solo el zapato —explica—. Ahí es solo donde empieza. Tienes que tener en cuenta lo mismo cuando piensas en la parte de abajo. Las faldas de tubo quedan genial, pero son un infierno para caminar todo el día, y que Dios te libre de tener que coger el metro. Los pantalones de vestir son lo mejor, pero solo los oscuros, porque los colores claros se ensucian enseguida. Recuerda, tienes que vestir para atravesar una jungla, pero llegar a tu destino impecable.

Escudriña mi armario y frunce el ceño. Me mira de arriba abajo y me siento como una muñeca de papel.

—Un segundo —dice, y se dirige a las escaleras.

Alaiya me mira y pronuncia una sílaba que suena como un taco de bebé.

—Nos rendimos ante la sabiduría de la maestra —le digo solemnemente a mi hija.

Ella balbucea y asiente con la cabeza, luego se mete un bloque en la boca, babeándolo todo. Cada vez que pienso que es más sabia de lo que corresponde a su corta edad, hace algo tan propio de su edad que empiezo a pensar que me está tomando el pelo.

—¡Aquí estamos! —canturrea Lacey mientras baja las escaleras casi bailando. Sostiene lo que parece ser una falda larga, pero, al mirarlo más de cerca, es un pantalón con mucho movimiento y bolsillos profundos. Una vez que me lo he puesto, asiente con satisfacción—. Sin duda vamos a comprarte uno —dice—. O quizá me compre otro yo. No creo que a mí me hayan quedado así de bien nunca.

Me miro en el espejo de cuerpo entero que hay en la puerta de su baño. La verdad es que me quedan bien.

—Ahora, la parte de arriba —dice, y se zambulle de nuevo en mis maletas.

—¿Cuáles son las reglas de la jungla de asfalto para las partes de arriba? —pregunto, solo medio en broma.

—¡Las manchas de sudor! —declara, con la voz amortiguada por la ropa que está revolviendo.

—¿Perdona? —No puedo haberla oído bien.

Saca la cabeza y resopla.

—No puedes ponerte nada en lo que se noten las manchas de sudor —explica con paciencia—. Por eso los tops de doble capa, con la capa exterior vaporosa y profesional y la camiseta de tirantes ajustada debajo, están tan *de moda*. Recuerda, vas a caminar más de lo que has caminado en toda tu vida. Vas a sudar, pero no puedes llegar a una reunión como si acabases de correr una maratón.

—No deberías tener problemas para encontrar algo que cumpla ese requisito —le digo con una sonrisa—. Llevo evitando las camisetas blancas de algodón desde el instituto. Los veranos de Alabama no son ninguna broma, si te acuerdas.

Me sonríe antes de volver a zambullirse en la maleta. Al cabo de unos minutos, saca un top de color gris violáceo claro, suelto en los hombros y los brazos y ajustado en el pecho y la cintura. Me lo lanza y me lo pongo rápidamente. Combina a la perfección con los pantalones de color carbón y los mocasines gris medio. Después de unos cuantos consejos más sobre accesorios, peinado y maquillaje, y unos cuantos artículos prestados más, Lacey me declara lista para enfrentarme a los ejecutivos de Nueva York.

—Gracias al Señor —respiro, mirando mi reloj—. La entrevista es dentro de una hora y media, y todavía no sé dónde está ese sitio.

—¿Cuál es la dirección? —pregunta, levantándose de un salto presa del pánico como si le hubiera dicho que tenía que estar allí en cinco minutos. Se la digo. Se deja caer aliviada, e inmediatamente se levanta de un salto y da una palmada de emoción—. ¡Está muy cerca! ¡Podremos vernos todo el tiempo! Ah, ¿estarán las viviendas para empleados en la misma zona? ¡Entonces sí que no nos separaríamos!

Media hora después, la miro, horrorizada.

—¿No separarnos? ¿En serio?

—Habríamos tardado una hora en coche en llegar hasta aquí —dice sabiamente—. ¡Mira, ya casi estamos!

Sigo su dedo índice y veo un enorme rascacielos de cristal que refulge contra el cielo. Me quedo con la boca abierta.

—¿Es ese? —susurro.

Me mira y luego vuelve a mirar el edificio.

—El grande no —aclara—. Mira hacia abajo.

Mis ojos bajan… y bajan un poco más. Allí, achaparrado a la sombra de sus vecinos, hay un edificio más antiguo que parece como si sus constructores no se hubieran decidido por qué tipo de ladrillos usar. Por encima del primer piso, las ventanas son altas y estrechas, hundidas en las paredes rojas, naranjas, grises y tostadas. Aquí también parece que los constructores no se decidieron entre arcos españoles o ángulos coloniales. Las escaleras de incendios cruzan su fachada. Estas, al menos, son coherentes, lo que solo sirve para resaltar las incongruencias del resto de la arquitectura. Incluso el tejado es indeciso, con cinco pisos a cada lado, luego tres pisos en el centro derecho y cuatro pisos en el centro izquierdo. La planta baja está llena de grandes ventanales y puertas altas, pero todos ellos están tras una malla de acero. Los patrones de la malla de acero no coinciden.

En el centro del edificio, donde sería imposible no verlo a menos que una estuviera deslumbrada por los rascacielos de cristal, está el letrero. «Cloud City Development Co.», enorme y el doble de intimidante. Antes de acercarnos demasiado, agarro a Lacey del brazo y la detengo.

—No estoy segura de esto —le digo nerviosa—. No parece el futuro de la innovación inmobiliaria, ¿verdad?

—¡Vaya, Nayla! ¡Juro que te has vuelto una pija desde que te mudaste conmigo! Ese edificio es exactamente el tipo de sitio en el que trabaja Cloud City. ¿Tienes idea de cuántos edificios de esta ciudad son lo bastante viejos como para ser peligrosos? Muchísimos. Y muchos más son técnicamente seguros, pero no se aprovechan bien porque son difíciles y caros de reformar. Confía en mí, cielo, he estado investigando a esta empresa desde que se me ocurrió buscarte trabajo aquí. Te apuesto el desayuno a que el interior te hará cambiar de opinión.

—Acepto la apuesta —le digo, armándome de valor—. Como el interior me dé yuyu, me invitas al desayuno más grande que encuentre.

Ella se ríe.

—Hecho, cariño. ¡Venga, entra! Tienes una entrevista que bordar. Me llevaré a Alaiya a dar un paseíto, tú solo dame un toque cuando estés lista.

Asiento, con la mirada fija en el edificio que tengo delante. ¿De verdad es aquí donde voy a pasar el tiempo a partir de ahora? ¿Es posible que este edificio desparejado y desgarbado pueda ser el comienzo de mi nueva vida? Trago saliva con dificultad y me seco las palmas sudorosas en los pantalones prestados. Con la cabeza bien alta, atravieso las puertas de Cloud City.

CUARENTA Y UNO

Reggie

A la mañana siguiente, Boris y yo descubrimos el poder que tiene el dinero en un pueblo pequeño. Anoche lo envié a buscar una sucursal abierta en una ciudad lo bastante grande como para tener esa cantidad de efectivo a mano y, como sabía que haría, lo consiguió. Había vuelto a la ciudad a medianoche con un pesado maletín de seguridad del tamaño de una hogaza de pan. Mientras estuvo fuera, yo nos había conseguido habitaciones en el hotel y había hecho algunas llamadas a gente que podía encontrar la información que necesitaría para transferirle la escritura a Lou Anne. Como su nombre legal completo, por ejemplo. Durante la investigación, alguien descubrió que, de hecho, la habían desahuciado legalmente y solo le quedaban unos días para desalojar la vivienda. No habían encontrado su nombre en ningún contrato de alquiler o hipoteca futuros, lo cual confirmaba mi corazonada.

Tampoco le habían encontrado un trabajo actual.

Cuando sale el sol, el banco abre y Boris ha dormido lo justo para poder hablar inglés con fluidez, nos encontramos en una sala privada en la trastienda del banco con varias partes interesadas. Sonny, por supuesto, y su abogado; el director del banco, que, al parecer, supervisa la cuenta de depósito en garantía; uno de sus

empleados, que hace las veces de notario; un agente de seguros, un inspector y el directivo de la empresa de títulos de propiedad, que parecen ser todos parientes; y, para mi sorpresa y satisfacción, el registrador de la propiedad.

Incluso con toda la gente adecuada aquí, la transacción no resulta tan sencilla como me habría gustado. No porque nadie hiciera nada mal, exactamente; creo que la mayoría de ellos simplemente no habían visto tanto dinero junto en su vida. El director del banco lo cuenta primero con una máquina, luego a mano y después otra vez con la máquina.

—Trescientos cincuenta mil dólares —declara finalmente—. ¿No eran trescientos cuarenta mil en el acuerdo?

—Ah, sí —digo como si se me hubiera olvidado—. Me quedo los diez mil, si no le importa.

Los cuenta por triplicado y me los entrega. Por supuesto, esto significa volver a contar los trescientos cuarenta mil restantes por triplicado. El murmullo en la sala pasa de ser un susurro a convertirse en exclamaciones en toda regla. Para cuando todo está dicho y hecho, el dinero ha cambiado de manos, los registros se han cerrado y archivado telemáticamente, y el nombre de Lou Anne está oficialmente vinculado a la casa de Amira, a mí me martillea la cabeza y he perdido la paciencia. Me disculpo para salir a tomar un poco de aire fresco mientras los demás se ocupan de comprobarlo todo una y otra vez.

Fuera, me apoyo en la áspera pared de hormigón y suspiro. Unos minutos después, Sonny se me une. Enciende un cigarrillo y mira al cielo.

—La busqué, ¿sabes? —dice en voz baja.

—¿Mmm?

Me lanza una mirada de reojo.

—Esa tal Lou Anne. Me sonaba el nombre. Siempre andaba con Amira. Una mujer guapa. Intensa, pero guapa. Siempre decía que no era de las que se casan, y yo me la creí.

Me encojo de hombros a medias.

—No creo que exista tal cosa como ser «de las que se casan» —confieso—. Yo no me habría considerado así cuando era más joven.

Luego conocí a mi mujer y, zas, campanas de boda.

Se hace el silencio por un momento, y Sonny da una calada pensativa a su cigarrillo.

—¿Te has casado alguna vez, Sonny? —le pregunto, por conversar y para no caer en la espiral de depresión que siento que me tira de los tobillos.

—Casi —dice con una sonrisa amarga—. Mi novia del instituto. Marybelle. Joder, qué pedazo de mujer. Estaba loco por ella. Quería darle el mundo, y ella siempre estaba dispuesta a aceptarlo.

—¿Qué pasó? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Se dio cuenta de que el mundo era más grande que Hartlen. Yo quería quedarme aquí y criar niños. Ella quería ver qué más había ahí fuera. Estuve dispuesto a esperar, pero nunca volvió. Encontró a un hombre en ese mundo tan grande que podía darle mucho más de lo que yo podía. —Se mueve, incómodo, y da una calada violenta a su cigarrillo—. Supongo que nunca reuní el valor para intentarlo de nuevo.

Lo miro de reojo durante un rato. Tengo una idea diabólica y estoy tratando de decidir si es más probable que me convierta en un héroe anónimo o en un cabrón con pintas. A la mierda. Ya me he metido en su vida hasta ahora, ¿por qué no llegar hasta el final?

Total, qué más da.

—Oye, Sonny —digo, carraspeando—. Si estás dispuesto, me vendría bien otro favor.

Unas horas más tarde, Boris y yo estamos aparcados a la sombra de un gran árbol, calle abajo de la casa de Amira. Sonny se toma su tiempo, montando un numerito al quitar la caja de seguridad de la puerta principal y el cartel de «Vendido». Al otro lado de la calle y un par de casas más cerca de mí, una cortina se mueve en el salón de Lou Anne. Sonny se estira y bosteza, y luego hace como que se le ha olvidado algo dentro.

—Se le da bastante bien esto —comento.

—Sería un buen agente —concuerda Boris.

—Tranquilo, KGB —digo con una sonrisita. Le doy una palmadita en el hombro y señalo—. Mira eso.

Resopla al ver a Lou Anne salir de su casa y dirigirse calle abajo hacia la de Amira.

—Como disparar a peces… —dice.

—En un barril —lo corrijo—. La expresión es «como disparar a peces en un barril». Disparar a peces fuera de un barril sería difícil.

—Disparar a peces en un barril es un desastre —replica Boris—. Una estupidez.

Lo pienso un momento y me encojo de hombros.

—Sí, ahí me has pillado.

Observamos cómo Sonny vuelve a salir de la casa en el mismo momento en que Lou Anne se acerca hecha una furia, en todo su esplendor recriminatorio. No oigo lo que dice, pero está claro que no le hace ninguna gracia que la casa se haya vendido. Le echa la bronca al pobre Sonny durante un buen rato antes de que él le dedique una sonrisa más encantadora de las que jamás me ha mostrado a mí y le haga una pregunta. Ella asiente, y entonces él levanta un dedo y le lanza una mirada rebosante de emoción. Con la gracia de Gene Kelly —vete tú a saber de dónde ha sacado eso—, Sonny baila hasta su coche y abre la puerta del copiloto. Dentro hay una caja roja brillante con un gran lazo. Sostiene la caja en una mano y un sobre de manila en la otra.

La siguiente parte es casi dolorosa. En cuanto se lanza a darle explicaciones, ella empieza a discutir con él. Discuten durante varios minutos, ella negando con la cabeza y agitando un dedo, él sosteniendo la caja y el sobre, tratando de hacerla entender. Estoy a cinco segundos de bajarme del coche y hacerla entrar en razón a la fuerza cuando, de repente, parece comprender. Se lleva las manos a la boca y se queda muy quieta. Él aprovecha la oportunidad para explicarle la situación con todo detalle. Le he dicho que no mencione mi nombre. Suficiente gente en este pueblo sabe que Lou Anne y Amira tenían una relación especial como para que ella no piense en mí de primeras como el origen de su regalo.

Rompe a llorar cuando lee la escritura a su nombre, y entonces le echa los brazos al cuello a Sonny y le planta un beso en toda la boca. Del susto, a él se le cae la caja, que se abre. Las joyas, los bombones y el vestido que había comprado pensando en Nayla se

desparraman por el suelo, junto con un bolso de marca que resulta contener los diez mil dólares extra que había sacado *accidentalmente* a través de Boris. Cuando ve los regalos, se lleva las manos al pecho.

—La has matado —dice Boris, impasible.

—Es solo que es muy teatrera —replico. Aunque no estoy tan seguro como quiero aparentar.

Lou Anne empieza a alargar la mano hacia la caja, pero Sonny, galantemente, se lo impide. Lo recoge todo y se lo presenta con ambas manos, como si fuera un caballero medieval. Su postura se relaja y las lágrimas le brillan en la cara. Tiene un aspecto terrible, pero eso solo parece hacer que Sonny se esfuerce aún más. Pone un brazo protector a su alrededor y la guía hasta la antigua casa de Amira, diciéndole cosas que la hacen asentir, reír, llorar y acurrucarse contra él. Los observamos hasta que desaparecen por la puerta.

Boris silba y niega con la cabeza.

—La próxima vez que me vayan mal las cosas, tú serás mi escudero —dice.

—Llámame Cupido, nena —respondo con una sonrisa irónica—. Ahora, larguémonos de aquí. Tengo una reunión en San Diego en dieciocho horas.

Boris refunfuña, pero lo ignoro. No estoy descontento con el resultado del viaje, pero tampoco diría que estoy del todo feliz. Podría haber utilizado la casa como palanca para que Lou Anne me dijera adónde se fue Nayla. Demonios, mi gente encontró suficientes trapos sucios sobre ella, puede que ni siquiera hubiera tenido que usar la casa. Aún me estoy dando de cabezazos por no haber insistido más para sacarle una respuesta, pero prefiero fastidiarme yo solo a que me persiga el fantasma furioso de Amira. Estoy seguro de que eso es lo que habría pasado si hubiera tergiversado su voluntad de esa manera. Mi avión se estrellaría y el último sonido que oiría sería la carcajada fantasmal de Amira. La idea me provoca un escalofrío violento.

—¿Estás bien? —pregunta Boris, levantando una ceja.

—Estoy bien —respondo—. *Quiera o no*.

CUARENTA Y DOS

Nayla

Estoy en una nube mientras camino para encontrarme con Lacey en una cafetería cercana. Según la caótica sarta de mensajes que recibí después de mi entrevista, había habido un problema con el pañal, luego una política de baño de «solo para clientes», después un mostrador lleno de dulces que llamó la atención de Alaiya, y el resultado fue una merienda improvisada.

Las veo a las dos a lo lejos. Lacey, con cara de estar agotada y agobiada; Alaiya, con la mirada fija en las flores y frutas decorativas que se balancean a una distancia tentadora en el sombrero extravagante de una mujer. Mi querida hija estira los brazos, decidida a cogerlas, mientras Lacey intercepta continuamente sus manitas ansiosas e intenta distraerla con una cucharada de algo. Me acerco por detrás de la trona de Alaiya, la levanto de inmediato y la giro hacia el otro lado de la mesa, apartando con el pie la silla que había allí.

—¡Bu! —le digo al bebé sobresaltado.

Se le ilumina la cara al instante, riéndose de mi ingenioso truco.

Lacey suelta un suspiro de alivio y luego me sonríe.

—Ojalá se me hubiera ocurrido a mí —dice, algo apurada—. Sentía que no podía ni pensar con claridad, con ella intentando

coger todo lo que tenía a la vista.

—Las soluciones más sencillas son las más difíciles de ver cuando estás en medio del problema —le digo con comprensión—. Y se crece cuando nos ve desconcertadas.

Alaiya emite un sonido decidido y luego coge una cuchara para golpear la mesa. Lacey hace un gesto para detenerla, pero yo le digo que no con la mano.

—En la escala de lo que saca de quicio, los golpes con la cuchara están muy por detrás de agarrar sombreros y de las rabietas —le explico—. Está decidida a hacer ruido, así que lo mejor es dejar que haga ruido de forma inofensiva.

Lacey sonríe.

—De repente estás llena de sabiduría. Supongo que la entrevista ha ido bien, ¿no?

—Mmm —musito de forma evasiva—. Creo que me voy a pedir algo de comer. ¡Estar ocupada todo el día sí que abre el apetito!

—Ah, no, de eso nada —dice Lacey con firmeza. Desliza un plato por la mesa y lo señala—. Yo ya me he comido el mío, este lo he pedido para ti. Un bagel con fiambre y un parfait de yogur. Incluso te he pedido un frapuccino o como se llame, pero no lo catarás hasta que no sueltes prenda.

—Puedes ser muy cruel. —Pongo un puchero juguetón, pero acepto el plato con entusiasmo y me llevo una cucharada de yogur a la boca.

—¿Yo? ¡Tú eres la que me tiene en ascuas! Venga, ¿lo has conseguido? ¿Cómo ha ido?

No puedo ocultar mi emoción por más tiempo. Le sonrío, alargando el momento solo un segundo o dos más mientras tomo otro bocado. Finalmente, acabo con su intriga.

—Ha sido increíble —le digo—. Tenías razón con lo del interior. ¡Es un universo completamente diferente al exterior! Está todo muy limpio y es muy funcional, y todo el vestíbulo es como una exposición de todos sus muebles para ahorrar espacio. ¿Te acuerdas de esos juguetes que se transformaban? ¿Que eran como un robot y un coche?

Ella asiente, con la confusión reflejada en sus ojos.

—Es todo así, pero a lo grande —le digo—. Hay uno que es un sofá, pero también una litera, y también un juego de comedor. Como mi cama en tu casa, pero con aún más cosas.

—¿Estás intentando venderme muebles? ¡Venga ya, qué mala eres, cuéntame lo de la entrevista!

—¿No quieres que te ponga en situación? —pregunto, parpadeando inocentemente.

—¡Escena ni qué escena, dame los detalles!

Me río y le doy una palmadita en la mano.

—Lo siento, lo siento. A ver, la entrevista. Al principio, sinceramente, pensé que no iba a ir nada bien. El hombre que me llamó parecía muy nervioso, y la mujer —era la mandamás de la sala, no recuerdo qué cargo de esos con «C» tiene, pero obviamente es alguien importante— estaba de un *humor de perros*. Se notaba solo por la forma en que todos andaban de puntillas a su alrededor.

—Uf —dice Lacey, haciendo una mueca—. ¿Crees que es una tirana? He oído que muchas mujeres en altos cargos se vuelven muy duras después de años compitiendo con hombres menos competentes.

Frunzo el ceño, pensativa.

—Podría ser —admito—. Pero me gusta. Me gusta mucho. Nos acomodamos todos, estaban Gabriel, el supervisor de proyectos; Esteban, el director de diseño de edificación; Mel, la supervisora de enlace urbanístico, y Reina, la mandamás esa con el cargo C-lo-que-sea. Gabriel empezó, más o menos. Intentaba darme una visión general de la empresa y del puesto para el que me entrevistaban, pero no paraba de tartamudear, detenerse y mirar a Reina como si fuera a arrancarle la cabeza si se equivocaba.

Lacey hace una mueca.

—Cada vez parece más que es una jefa de mil demonios —admite.

—Yo estaba pensando lo mismo, pero entonces Esteban tomó el relevo y empezó a hacerme preguntas. Solo que no me las hacía a mí, las hacía en mi dirección, pero mirando a Reina por el rabillo del ojo. Yo intentaba ignorarlo y simplemente responder a su pregunta, pero entonces a Reina le tembló una ceja y va y me hace otra

pregunta sin dejarme terminar la respuesta. Supongo que ni siquiera me oyó hablar.

—Oh, cielo, lo siento. Si hubiera sabido que iba a ser así, no te habría insistido para que fueras.

Niego con la cabeza, rotunda.

—Créeme, la cosa mejora.

—Más le valía —murmura mientras sorbe su batido.

—Bueno, el caso es que en ese momento cerré la boca y esperé. Él termina de hacer su segunda pregunta y nadie dice nada. Sigue mirando a Reina, que me está mirando a mí. Los demás también la miran a ella. Empecé a contar. Esteban tardó doce segundos en acordarse de que yo estaba en la sala. Me mira, frunce el ceño y tiene que mirar su papel para recordar cómo me llamo. Dice mi nombre y yo respondo. Me pregunta si tengo intención de responder a su pregunta.

Lacey resopla.

—¡Le habría cantado las cuarenta por ignorarme así!

Sonrío con calma.

—Lo único que dije fue: «Estoy más que dispuesta a responder a cualquier pregunta que se me dirija. Sin embargo, parece que todavía le están haciendo la entrevista a la señora Reina. ¿Debería esperar fuera hasta que estén listos para mí?».

A Lacey se le desencaja la mandíbula, que es más o menos como reaccionaron los entrevistadores.

—No lo hiciste —dice sin aliento.

—Oh, sí que lo hice —digo, riéndome un poco como una maníaca —. Y déjame decirte que todos pusieron la misma cara que acabas de poner tú, todos menos Reina.

—¿Se puso furiosa? —pregunta Lacey, encogiéndose.

—Sonrió como un tiburón —le digo—. Luego les dijo a los demás que cerraran la boca hasta que tuvieran algo inteligente que decir. Se hizo cargo de la parte de las preguntas, despachó unas cuantas como si apenas importaran, y luego tuvimos una charla agradable mientras los demás se quedaron sentados en silencio como niños malos.

A Lacey se le abren los ojos como platos.

—Nayla…, no me malinterpretes, es increíble…, pero ¿no crees que vas a ponértelos en contra? ¿Dejarlos en evidencia de esa manera? Aunque la directora ejecutiva, o como se llame su cargo, esté de tu parte, van a ser tus supervisores, ¿no? ¡Yo estaría aterrada de que me la guardaran! A lo mejor ni siquiera te contratan si se sienten ofendidos.

—La verdad es que no creo que eso sea un problema. Al final de la entrevista, Reina me dio su número y me dijo que le escribiera un mensaje para que tuviera el mío. Luego me dijo que, si nadie se ponía en contacto conmigo en el plazo de una semana, que la llamara y ella misma agilizaría mi incorporación. Lo dijo delante de todos, les echó una mirada severa y se fue de la sala.

Lacey sigue pareciendo dubitativa. Lo reconozco, en ese momento yo también me sentí como si estuviera en el punto de mira.

—Cuando se fue, Gabriel se disculpó. Me explicó que la directora ejecutiva se había tenido que ir a un viaje de negocios imprevisto y había dejado que Reina y otra persona se encargaran de todas las entrevistas. Para cuando me tocó a mí, Reina ya había asistido a un número demencial de entrevistas y se le estaba acabando la paciencia. Admitió que era culpa suya. Todos son bastante nuevos en sus puestos, ya que la empresa es muy reciente, y estaban muy ansiosos por impresionarla. Dijo que habían perdido el norte. El resto estuvo de acuerdo con él y también se disculpó.

—¡No me lo puedo creer! —jadea Lacey—. No he oído una cosa igual en mi vida. ¿En serio? ¿Se disculparon?

—Pues sí —asiento—. Antes de irme, Gabriel me llevó a la oficina de Recursos Humanos para empezar con el papeleo. Tienen que hacer la comprobación de antecedentes, pero en cuanto la tengan, seré una empleada de pleno derecho. Los apartamentos para empleados están en el edificio de atrás de la oficina, separados por un patio muy agradable, y Esteban me habló de una guardería que hay a una manzana. Por lo visto, solo admiten a niños nuevos si sus familias tienen referencias, y Esteban dijo que me haría una carta de recomendación hoy mismo, ¡lo que significa que podría matricularla tan pronto como el lunes!

—¡Oh, Dios mío! —Lacey da un bote en el asiento y aplaude—. ¡Está pasando de verdad! ¡Nayla! ¡Has conseguido el trabajo!

—¡He conseguido el trabajo!

Gritamos de emoción, molestando a la gente de las otras mesas más de lo que Alaiya podría haberlo hecho nunca. Con algunas miradas de disculpa, terminamos la comida y la bebida, charlando animadamente sobre todas las nuevas posibilidades que se acaban de abrir para el futuro. Lacey sigue insistiendo en que viviremos pegadas la una a la otra. Y la verdad, me alegro. Nueva York sigue pareciéndome una ciudad abrumadoramente enorme y caótica, así que me alegra saber que viviré lo bastante cerca para que Lacey me rescate cuando, inevitablemente, me pierda.

Por primera vez desde que mamá murió…; qué narices, por primera vez desde que Reggie se fue, tengo ganas de ver qué me depara el futuro.

CUARENTA Y TRES

Reggie

El viaje de Alabama a California es largo, incluso en un jet privado. Debería aprovechar el tiempo para recuperar horas de sueño, pero soy incapaz de apagar el cerebro. A pesar de todo lo que hice para intentar dejar las cosas bien en Hartlen, la imagen del rostro furioso y asqueado de Lou Anne está grabada a fuego en mi mente, y la culpa me pesa en el pecho. ¿De verdad me había portado tan mal con Nayla y su madre? Me muevo, inquieto, en el asiento, sin querer enfrentarme a las muchas respuestas posibles, ninguna de ellas agradable.

Nunca se me había ocurrido pensar que yo pudiera haber significado para ellas ni la mitad de lo que ellas significaron para mí. Ahora que lo pienso, me siento fatal. Abro una lata de refresco para asentar el estómago, pero al instante me sorprendo a mí mismo deseando que fuera algo más fuerte.

Maldita sea. Lo estaba llevando muy bien. Es culpa mía por volver allí, por imaginar que nada habría cambiado para Nayla o Amira en los últimos dos años. Por supuesto que las cosas cambiaron para ellas. Para mí también cambiaron, ¿o no?

—Pero ¿qué demonios estoy haciendo? —murmullo para mis adentros. Para intentar centrarme en otra cosa, en cualquier cosa

que no sea el capullo integral en que me he convertido, abro el portátil.

Louie Villa. Había sido uno de los primeros usuarios de FlopHouse y, con diferencia, el más entusiasta… y el que tuvo un éxito más inmediato. Solo su reputación había bastado para meterme en un avión a California, hasta el punto de que en realidad no había dedicado mucho tiempo a estudiar su propuesta. Supongo que no hay mejor momento que el presente.

A los cinco minutos de hojear la docena de archivos adjuntos, me estremezco al pensar que no lo he examinado más a fondo. La casa que Louie quiere reconstruir a imagen y semejanza de Cloud City está en las últimas, y no es para menos. Hay una notificación del ayuntamiento que advierte de problemas de seguridad y sugiere la demolición ante la interminable lista de reparaciones que habría que hacer para que alguien pudiera habitar legalmente el edificio.

Me la dejó mi tita, escribió Louie. *Tengo muchos recuerdos maravillosos en esa casa, pero es demasiado grande para un soltero. Quiero que le insufles nueva vida, como tú sabes hacerlo. Quiero darle una segunda oportunidad a la vieja casa.*

Por lo que veo, la casa ya ha tenido su segunda oportunidad, y su tercera, y… bueno, si fuera un gato, ya estaría gastando la última vida. Pero supongo que la lealtad engendra lealtad. Frunciendo el ceño, decido que solo hay una forma de enfocar esto. Tengo que atacar cada problema como si perder la casa, sencillamente, no fuera una opción. Por la forma en que Louie escribe, estoy bastante seguro de que esa es su mentalidad. No hay nada como la sintonía entre excéntricos.

Mientras le doy vueltas, suena el móvil. Echo un vistazo al identificador de llamada y estoy a punto de ignorarla, pero un último ramalazo de culpa por mi día en Hartlen me detiene. Suspirando, contesto.

—Hola, mamá.

—¿Reagan? ¡Has contestado! ¿Te encuentras bien? ¿Se ha muerto alguien? ¡Rápido, cariño, pide ayuda, que nuestro hijo ha cogido el teléfono!

—Y te preguntarás por qué no lo hago —bromeo, poniendo los ojos en blanco.

—¿Llevas chaqueta? —pregunta mamá, ignorándome—. He oído que se acerca un frente frío de mil demonios.

—Qué graciosa eres —le digo con ironía—. Aunque lo hiciera, no lo notaría. Estoy en el jet.

—Entonces, más vale que le digas a Boris que esté atento por si ve ranas con pelo.

—¿Has llamado solo para chincharme? —pregunto, ligeramente divertido por sus payasadas.

—No, pero tienes que tener un poco de paciencia conmigo, cariño, es toda una conmoción conseguir hablar con mi hijo últimamente. Así que, ¿otra vez de viaje? ¿Adónde vas? Supongo que a Tennessee no. —Resopla con desdén, pero hay algo en su forma de decirlo que me recuerda a Lou Anne. Hay dolor detrás de su desprecio, y tiene sentido. No he hecho ningún esfuerzo por verla desde que murió Andie, y la he evitado por todos los medios desde que empecé a evitar el alcohol. Estar demasiado tiempo en la misma casa que ella suele hacer que me apetezcan una copa o cinco.

Pero, aunque ahora mismo esté haciendo todo lo posible por volverme loco, tengo muy reciente la muerte de Amira, junto con una buena dosis de culpa. Sé que me odiaría para siempre si confundiera el ácido sarcasmo de mi madre con la inmortalidad.

—Voy a California para una consulta —le informo—. Debería poder terminar en unos días, si todo va bien. Si te viene bien que pase, me acercaré a tu casa de camino a Nueva York.

Se hace el silencio un instante.

—Reagan, sé sincero conmigo —dice, con un miedo genuino en la voz—. ¿Estás enfermo? ¿Es cáncer?

No puedo evitar poner los ojos en blanco otra vez.

—¿En serio, mamá? Mira, sé que he sido un desastre de hijo últimamente, pero dame un respiro. Estoy bien, de verdad. Es que me he dado cuenta de que no he estado tan presente como debería, y me gustaría remediarlo, eso es todo.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

—Pues no deberías, está feo. Y no me gastes esas bromas, es cruel.

—¿Qué? ¿Quién está bromeando con quién? —pregunto, y la confusión da paso a la ira.

—Sé cómo funciona esto, Reagan —dice con severidad—. Me dirás que vas a venir a verme en unos días, luego tardarás más de lo que pensabas, pasará una semana, surgirá una emergencia en la central y entonces tendrás que volver a toda prisa sin ni siquiera pasar a menos de ciento cincuenta kilómetros de mi casa; todo serán promesas de que vendrás de visita en cuanto se acabe la crisis. Pero ¿sabes qué? No soy tonta. Sé cuál es tu cargo, sé lo ambicioso que eres y sé de sobra que ninguna crisis empresarial se acaba hasta que tú digas que se ha acabado. Para entonces, bueno…, ya habrás pasado a otras cosas y tu promesa habrá caído en el olvido.

Me gustaría tomarme todo eso como un chantaje emocional y no hacerle caso, pero su precisión es asombrosa.

—¿Has puesto a gente a vigilarme? —pregunto, de repente suspicaz.

Se ríe, pero su risa suena un poco forzada.

—Claro que no, cariño. Eres hijo de tu padre, eso es todo. Hace mucho tiempo que aprendí que un hombre que está casado con su trabajo nunca será fiel a nadie más. Ni siquiera a su madre.

Eso duele. Pensaba que precisamente ella sabría lo fiel que le había sido a Andie. Aunque, si ella no hubiera participado en la gestión de mi negocio… Sacudo la cabeza para desechar la idea. Me entusiasman las ideas, eso es todo. Disfruto viéndolas cobrar vida. A Andie también le encantaba. Nunca tuve que elegir, y no voy a volver a entrar en bucle intentando decidir qué habría elegido si hubiera tenido que hacerlo.

Inspiro hondo y suelto el aire lentamente.

—Dame una oportunidad para demostrarte que te equivocas —le digo—. Te avisaré en cuanto termine mis asuntos aquí.

—Mmm. Ya veremos —dice, y casi puedo ver el humo enroscándose frente a sus ojos entornados—. Solo recuerda una cosa, Reagan.

—¿El qué?

—Tus padres no vivirán para siempre.

—Lo sé —le digo, y el dolor se me nota en la voz—. Y te veré pronto. Te quiero, mamá. Adiós.

Ella balbucea su propia despedida, sonando de nuevo aturdida. Joder, a lo mejor de verdad soy un desastre de persona.

Intento quitármelo de la cabeza. Nayla, Amira, mamá, todo, para poder darle a Louie lo mejor de mí. Cuando Boris y yo llegamos a la dirección, me encuentro a Louie de pie frente a una casa alta y delgada que parece inclinarse muy ligeramente hacia la izquierda. Hay una grieta en el camino de entrada que separa la izquierda de la derecha, y la parte izquierda está unos buenos siete centímetros más baja que la derecha. La diferencia es tan dramática y tan antigua que la hierba y la maleza han creado una pequeña y frondosa jungla entre ambas partes.

Parece que el optimismo cauto que desarrollé en el avión no fue ni de lejos lo bastante cauto.

—¡Reggie! —exclama Louie radiante, abriendo los brazos para mostrar su dilapidado orgullo y alegría—. ¿A que está llena de potencial?

—Según los informes que leí, está llena de termitas y moho negro —respondo—. Pero, bueno, ya sabes, según se mire.

Louie echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas.

—Tienes un sentido del humor muy retorcido —me dice, secándose los ojos. No le veo la gracia, pero en fin—. Pasa, ven a ver a qué me refiero.

Boris y yo intercambiamos una mirada de desconfianza.

—No se nos caerá encima, ¿verdad?

—¿Este viejo caserón? Ni de broma. No te preocupes porque esté un poco torcida, ¡las mejores chicas siempre lo están! —Riendo de su propio chiste, Louie nos guía a través de la chirriante puerta principal. Se atasca en las esquinas, probablemente debido a que los ángulos rectos son un vago recuerdo para la pobre.

—¿Cuántos terremotos ha soportado? —pregunto, examinando el yeso agrietado en lugares que te revuelven las tripas.

—Eso es como preguntar cuántas abejas polinizan las amapolas —dice Louie con un brillo en los ojos—. Esto es California, ya sabes.

—Sí, bueno…

Dejo la frase en el aire, sabiendo que no tengo nada positivo que aportar en este momento. Cuando empieza a guiarnos hacia las escaleras, se me revuelve el estómago. El sudor me recorre la espalda mientras nos conduce más allá de las escaleras y dobla la esquina. No puedo reprimir un suspiro de alivio.

—No te preocupes, miedica —dice Louie, sonriendo—. No te haré subir ahí. Quiero enseñarte la magia de este lugar.

Abre la puerta del armario bajo las escaleras.

—¿Magia, Louie? ¿En serio? Nunca te había imaginado como un fan de Harry Potter.

—¿Un qué? Ah. No, no esa clase de magia. Ven, mira.

Juro que el universo entero se ha empeñado en que piense en las cosas en las que no quiero pensar. Asomándome por la puerta, observo cómo Louie pasa sus dedos grandes y rudos por una serie de tallas en la madera maciza. Nombres. Fechas. Corazones y acrónimos tontos. Se me forma un nudo en la garganta y se me nublan los ojos, y por un momento no estoy mirando la ruinosa casa familiar de Louie. En su lugar, estoy viendo un antiguo hueco en un antiguo árbol mientras las delicadas manos de Nayla recorren lentamente décadas de tallas como estas.

—Mi tía y su hermana —dice Louie con una ternura desconocida en su voz—. Su mejor amigo, Armando. Mis padres. Sus padres. Sus hijos y nietos, primos, amantes y amigos. Aquí hay historia, una historia viva. Eso es mágico para mí. Esta casa… es el centro de mi familia, el centro de mi corazón. Nos sirve de ancla, sin importar a dónde vayamos. Por eso… no dejaré que la derriben. Me ayudes o no, Reggie, no dejaré que la historia termine conmigo.

Parpadeo para aclarar la vista y me encuentro con los ojos de Louie, que brillan con una emotiva determinación. Le sostengo la mirada y trago saliva para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta.

Sé que debería decir que no. No es un proyecto que encaje perfectamente en la visión de Cloud City. Si he de ser sincero, no

estoy seguro de que encaje en absoluto. Pero, una vez más, las señales no dejan de aparecer y apuntan a un momento de alegría recordado en un día oscuro.

—De acuerdo —digo con voz ronca—. Hablemos.

CUARENTA Y CUATRO

Nayla

Soy un manojo de nervios mientras entro en el edificio de Cloud City por segunda vez. Siento que toda mi vida ha cambiado en un abrir y cerrar de ojos, aunque haya pasado una semana desde mi entrevista hasta llegar aquí. Supongo que una semana no es para tanto si lo piensas bien, y todo ha sido un torbellino de mudarme al pequeño y coqueto apartamento, matricular a Alaiya en la guardería Early Morning y perder el sueño por los nervios y la emoción.

Esteban me saluda al entrar, y su atractivo rostro se ilumina con una sonrisa coqueta. Yo mantengo una expresión profesional; desde luego, es muy guapo y me ha cuidado muy bien durante todo el proceso de incorporación, pero no estoy por la labor de liarme ahora con ningún hombre.

—Nayla —dice afectuosamente, estrechándome la mano y sujetándola quizá un segundo más de la cuenta—. Deja que te enseñe las instalaciones. —Me ofrece el brazo, y finjo estar demasiado ocupada observando los fascinantes detalles de diseño del vestíbulo para darme cuenta. Al final, lo baja.

—Toda la primera planta está dedicada a mostrar lo que hace Cloud City —me dice, abarcando con un brazo las distintas salas separadas por paredes de cristal—. Maquetas de edificios, salas de

presentación, obviamente la exposición de muebles, e incluso tenemos una sala de realidad aumentada donde los posibles inversores y clientes pueden visualizar nuestros productos en sus propios espacios.

Recorremos la planta baja a toda prisa y luego me lleva al piso de arriba. Hay una sala de descanso en el centro de cada planta, rodeada de módulos de oficinas.

—Trabajamos en equipos de cinco —explica—. Hemos descubierto que así funciona mejor. Una persona lidera y colabora con los otros jefes de equipo, mientras que los otros cuatro trabajan bajo su dirección. No hay una jerarquía estricta para estas cosas; algunos proyectos se adaptan mejor a los talentos de unas personas que de otras, así que nos adaptamos según el caso.

—Eso suena a que tiene el potencial para un gran éxito… o para un caos épico —comento.

Esteban se ríe.

—Hemos tenido nuestra buena dosis de ambos, a veces incluso todos a la vez. Pero, en serio, creemos que tratar a la gente como adultos da como resultado un buen trabajo y empleados contentos, y hemos tenido más éxitos que fracasos. Una cosa importante a tener en cuenta es que tus habilidades, talentos, experiencia… básicamente, tu currículum… va a ser el principal indicador de qué proyectos liderarás y con qué frecuencia lo harás.

—Así que todo eso será de dominio público, ¿entonces?

—Básicamente —admite. Me dedica una sonrisa pícara—. Eso no te va a molestar, ¿verdad? Esperaría que saltaras ante la oportunidad de demostrar tus habilidades.

Su tono de voz hace que lo mire dos veces, pero cuando nuestras miradas se cruzan, es la viva imagen de la inocencia.

—Si tuviera alguna de la que presumir, claro —le digo—. Pero como acabo de licenciarme, la verdad es que todavía no he tenido ocasión de acumular ninguna experiencia de la que presumir.

—¡Ah, esa es una forma de pensar equivocada! Ahora formas parte de una empresa innovadora, tienes que pensar más allá de tu título. Tienes un hijo, ¿verdad?

—Una hija —confirmo—. Casi un año ya.

—¡Ahí lo tienes! ¡Ya tienes experiencia en gestión de proyectos con clientes difíciles!

Eso me hace reír, pero corto la risa en seco cuando veo cómo me mira. *De verdad* que no quiero meterme en ese jardín. Me aclaro la garganta. —Por cierto, gracias por la carta de recomendación para la guardería. ¿Qué relación tienes con el sitio?

Es una pregunta bastante inocente, pero espero que le sirva para acordarse de la mujer que haya en su vida, si es que la hay. Supongo que sí, ya que sabe de guarderías. Su sonrisa se suaviza y una nueva luz brilla en sus ojos.

—Mi sobrina va allí —me dice—. Pronto será mi hija. Mi hermana… bueno, esa es una historia para otro día. Soy el tutor de mi sobrina y ha estado en la guardería desde que era muy pequeñita. Mi mejor amiga del instituto dirige el centro y siempre ha sido muy amable con nosotros. Considera esta carta como mi forma de devolverle el favor.

Le echo un segundo vistazo, estudiándolo con atención.

—¿Tengo algo en la cara? —pregunta, riendo un poco incómodo.

—¡Oh! No, solo estaba pensando… que las personalidades de los directivos de por aquí no son lo que habría esperado de una *startup* neoyorquina de alto nivel y tan reconocida.

—¡Ah, me estás echando en cara mi buen corazón! Directo a la yugular —se ríe—. Pero tu observación es acertada. El señor Marin —es el director general— tiene una visión muy particular, y solo contrata a gente que comparte algún valor fundamental con esa visión. Se rumorea que aprendió una dura lección con FlopHouse. La fundó en la universidad, ¿sabes?, y aceptó muchos consejos de gente muy exitosa, lo que resultó ser un arma de doble filo. El negocio tuvo, en efecto, éxito, pero su visión se perdió en el proceso.

—Así que ahora busca lo mejor de ambos mundos —reflexiono—. Debe de ser un personaje interesante.

—Todas las mujeres de la oficina parecen pensar lo mismo —dice con un suspiro de resignación y una sonrisa irónica.

Le lanzo una mirada curiosa, pero él se limita a negar con la cabeza y a sonreír. —¡Oh, mira! Jamie, me gustaría presentarte a

nuestra nueva empleada. Me estaba preguntando por el señor Marin, a quien todavía no conoce.

—Madre mía —responde la mujer, Jamie, poniendo los ojos en blanco. Tiene el pelo largo y negro, empeñado en caerle sobre la cara en lugar de quedarse quieto, y los brazos cargados de carpetas. Hace malabares con ellas para apartarse el pelo, lo que me provoca un instante de ansiedad. Se nota que lo ha hecho antes, porque se las arregla sin que se le caiga nada.

—A ver, escucha. No te conozco, no sé tu identidad de género ni tus preferencias sexuales ni nada, pero sí sé una cosa: Reagan Marin podría camelarse hasta a un hombre conservador, blanco, heterosexual, de sesenta años y con disfunción eréctil. Es guapísimo, es interesante, está herido, y te hará sentir la persona más importante del mundo y la criatura más bonita de la sala. Es así y punto. No le interesas, te lo prometo.

Alzo las cejas y resoplo involuntariamente ante su arrebato. Ella niega con la cabeza, lanzándome una mirada severa.

—Tú ríete, pero lo digo en serio. Quizá tengas pareja, quizá te creas inmune, pero lo entenderás cuando lo conozcas. Y cuando lo hagas, recuerda esto: yo soy el pegamento que mantiene este sitio unido, y me niego… ¡*me niego*! a escuchar a una compañera más hablar embelesada de ese hombre. No puedo soportarlo, no pienso escucharlo, y cuando necesites algo de mí —y créeme, lo necesitarás —, mi magia es cien veces más potente si sé que estoy a salvo de grititos agudos sobre el *«¡señor Marin!»*. —Dijo lo último con un tono burlón de colegiala, y luego me dirigió otra mirada dura.

Abro la boca, pero no tengo ni idea de qué decir, así que la vuelvo a cerrar.

—Justo lo que quería oír —dice. Me lanza una última mirada significativa y llena de puñales a mí, luego a Esteban, y desaparece por el pasillo.

—Ehm… ¿cuál es su puesto, exactamente? —pregunto con voz débil.

—Coordinadora de oficina —me dice Esteban—. Y no se equivoca. Aquí es más indispensable que el café. Quiero decir… sin

ella, no habría café, así que es como mínimo el doble de indispensable.

SIETE HORAS, tres plantas y una docena de personalidades arrolladoras después, me da vueltas la cabeza y todavía no tengo ni la más remota idea de lo que se espera de mí mañana. Lacey Lee queda conmigo y con Alayia para cenar, bendita sea, y me paso toda la primera hora soltándole una parrafada tras otra, intentando dar sentido a mi día. Cuando por fin me detengo a tomar aire, la encuentro mirándome con los ojos entornados, pensativa.

—Ese director general desde luego parece un pieza —dice. Tras una pausa, levanta las cejas y las menea—. Pero ¿y Esteban? ¡Uf, chica, eso tiene toda la pinta de ser un romance de oficina!

Abro los ojos como platos. —Oh, no. Ni hablar. ¡Ni se te ocurra desearme algo así!

—¿Qué pasa? —pregunta, riéndose—. ¡Tú misma has dicho que es atractivo, que es un padre soltero sin ataduras, lo que es ideal para ti, y que está claro que es un buen tipo! ¿Por qué te niegas tan en rotundo? ¿Es porque es tu supervisor? Porque no parece que ese sea el rollo de la empresa, estar en contra de eso. Además, no te vendría mal la ayuda. —Lanza una mirada elocuente a Alayia, que está ocupada aplastando sus zanahorias cocidas contra el puré de patatas.

—¡Para eso te tengo a ti! —digo en tono juguetón—. Y un sueldo estupendo para pagar niñeras y canguros si lo necesito.

—Bah, niñera ni qué narices —dice, agitando la mano—. Lo que tú necesitas es un *maromo*.

Pongo los ojos en blanco, miro a Alayia y luego de nuevo a Lacey. —Ya he pasado por eso, y tengo la prueba viviente de ese desastre. Estoy bien. Si crees que es tan buen partido, pídele tú una cita.

—Uf, ni hablar —dice, negando con la cabeza con vehemencia—. Un padre soltero me viene grande. ¡No estoy preparada para hacer

de madre de nadie!

—Vaya, qué pena, parece que Esteban no tiene suerte —digo con ironía—. Si al menos viviera en una ciudad repleta de mujeres.

—Oh, venga ya —dice Lacey—. En serio, Nayla, es que no entiendo por qué eres tan terca. No me has contado mucho sobre el padre de la niña, pero no parece que te tratara mal… antes de largarse y desaparecer, claro. ¿Encuentras a un hombre que tiene buen corazón y lazos familiares y no te interesa ni un poquito? ¿Por qué?

Justo en ese momento, Alayia hace un ruido de asco y vuelca el plato de la bandeja de la trona.

—¡Ay, cariño! —Intento esquivar la salpicadura de comida, pero aun así me alcanza el pringue. Ella responde agitando sus puñitos sucios, esparciendo aún más trocitos de porquería por todo mi adorable y diminuto comedor. Corro a por un trapo y lo mojo, intentando controlar el desastre antes de que pueda destrozar por completo la habitación.

—Ya está —le digo a mi niña que se retuerce, con voz tranquilizadora—. Vamos a limpiarte. ¿Tienes sueño?

—Yo limpio la cena —se ofrece Lacey rápidamente—. Tú haz lo que tengas que hacer.

Limpio a mi pequeña, la seco y la envuelvo en su pijama. Meciéndome en la silla que me compré por capricho la semana pasada, le canto las canciones que mi madre solía cantarme cuando yo era pequeña. Allí, en la penumbra de la habitación, con el recuerdo de mamá cercano y cálido y mi bebé acurrucada en mis brazos, pienso en la pregunta de Lacey.

Tengo miedo, lo sé. Tengo miedo de enamorarme de alguien y que me abandone, pero más que eso, tengo miedo de dejar que Alayia se encariñe de alguien que podría no quedarse. Apenas sobreviví a ese desamor siendo una mujer adulta; no puedo hacerle eso a una niña. Esa es razón suficiente, por lo que a mí respecta, pero sé que hay algo más.

Cuando miro su carita tranquila, lo veo a él. Cuando frunce el ceño o sonríe, cuando me agarra con fuerza y me da besos babosos de bebé, lo siento a él. Por muy débil que sea, Reggie está siempre

presente, en un segundo plano. No diré que estoy esperando a que vuelva —soy demasiado mayor para creer en cuentos de hadas y no sé si querría que volviera, en caso de que apareciera—, pero tampoco puedo decir que tenga sitio para otro hombre en mi vida, no mientras siga teniendo este lío de sentimientos.

Mientras arropo a Alaiya en la cama y le lanzo un beso a la foto de mamá que tengo en su cómoda, caigo en la cuenta de algo. No es solo Alaiya. Reggie estuvo ahí para mamá cuando más lo necesitó. Al final de su vida, cuando mis recuerdos de ella son más nítidos, él estaba allí: en persona, en las conversaciones y como el artífice silencioso de la nueva generación de mujeres Anchour.

Y, por más que lo intento, no consigo entender por qué nos abandonó de esa manera. Todavía despierta en mí una furia y una frustración que no quiero descargar sobre algún inocente que tenga la mala suerte de cruzarse en mi camino.

Suspirando, salgo del cuarto de la niña y me encuentro a Lacey acurrucada en el sofá, viendo la tele. Silencia la pantalla y se vuelve hacia mí con una mirada expectante.

—¿Qué?

—Sigo esperando una respuesta —dice—. Y he fregado los platos, así que me la debes.

Me río en voz baja.

—Eso es chantaje, pero por esta vez pasa —le digo mientras me acomodo en el sofá. Me apoyo la cabeza en la mano, con el codo en el brazo del sofá, intentando encontrar las palabras para expresar todo lo que pienso y siento.

—No tengo sitio en mi vida para un hombre —digo despacio—. Todavía estoy intentando asimilar todo lo que ha pasado en los últimos dos años. Tengo un montón de sentimientos con los que no sé qué hacer, y no pienso usar a ningún hombre como conejillo de indias mientras intento aclararme.

Se queda callada un momento. Luego suspira, derritiéndose en el sofá como si se desinflara.

—Sabía que te había dado demasiado tiempo para pensar —dice haciendo un puchero—. Contra eso no tengo argumentos.

—No lo intentes —le digo, suavizando mis palabras con una sonrisa—. Confía en mí. Saldré de esta.

—Sé que lo harás, cariño —dice, acercándose y envolviéndome en un abrazo—. Y sé que voy a estar preocupada por ti todo el tiempo.

—Claro que lo estarás —río, devolviéndole el abrazo—. Y por eso te quiero.

CUARENTA Y CINCO

Nayla

No tardo en coger una rutina cómoda. Entran algunas personas nuevas en la oficina, una de ellas una mujer muy atractiva de mi edad que capta la atención de Esteban, lo que supone un alivio. Tenía razón cuando me dijo que acabaría dependiendo de Jamie. Ella ha hecho más por enseñarme cómo funcionan las cosas aquí que mis supervisores.

Todavía no conozco al director general y, cuanto más oigo sobre él, más curiosidad me entra. Hago lo posible por ignorar los cotilleos y centrarme en el trabajo que tengo entre manos, y la táctica me funciona, hasta que un día deja de hacerlo. Un día, Gabriel —que está a cargo del grupo en el que estoy ahora— me manda a la planta de arriba con una pequeña maqueta impresa en 3D de la cocina modular transformable en la que estamos trabajando, con instrucciones de que pida la opinión de Reina y, si es posible, su aprobación para pasar a la siguiente fase del proceso.

Al salir del ascensor, la pillo en plena conversación telefónica. Me doy la vuelta, con la intención de esperar en la otra sala para no molestarla, pero ella me ve primero. Con el rostro contraído por la furia, me hace un ademán para que me acerque y señala la silla que hay frente a ella. Incómoda, pero demasiado intimidada como para

negarme, me siento en el borde del asiento y sostengo la maqueta, del tamaño de una casa de muñecas, en mi regazo.

—¿Tres semanas y eso es lo que se te ha ocurrido? ¿Y ahora ni siquiera vuelves para dar la cara? ¿Qué quieres decir con que se lo prometiste a tu madre? ¡Es *tu* madre! ¿Desde cuándo tú...? Vale. Sí, bien. Lo entiendo. ¿Una semana? Ajá. —Hay una larga pausa, y luego sonríe con suficiencia de una forma que me da un escalofrío—. Bueno, espero que te organice citas con todas las pijas sureñas plastas que encuentre, te lo tendrías bien merecido. Sí, sí. Vale, pues nos vemos en una semana.

Cuelga y suelta una sarta de tacos en inglés y español, todos entrelazados y atropellados.

—¡Ese hombre, lo juro! —termina de forma explosiva. Parece acordarse de que estoy en la sala y me lanza una mirada de disgusto —. Era Reagan —explica—. Dice que volverá en una semana. No paro de hablarle de todos estos fichajes tan prometedores, pero ya sabes cómo son los genios. Y, si no, ya te lo digo yo. Son terribles. Siempre metidos en sus mundos, persiguiendo sueños... Te juro que, sin mí y las otras mujeres que lo hemos apuntalado todos estos años, este hombre sería un completo desastre.

Abro los ojos de par en par, atónita. No solo le había hablado al *director general* como si fuera una madre regañándole, sino que también está pintando un retrato de él completamente distinto al que me habían descrito los demás.

—Bueno, ¿qué me has traído?

Aturdida, tardo un segundo en responder.

—Esto... ¡Ah! Es la cocina modular en la que ha estado trabajando el grupo de Gabriel. Me ha enviado para que le eche usted un vistazo y le dé su opinión.

Se levanta con una rapidez sorprendente y sale de su despacho, haciéndome un gesto para que la siga.

—Tengo el escritorio hecho un desastre —explica, dirigiéndose rápidamente a una sala de conferencias—. Lo hago a propósito, si no, acabo con una pila de trabajo que no quiero hacer porque ciertas personas simplemente dejan las cosas en la primera superficie que pillan.

Por la forma en que frunce el ceño, supongo que entre esas *ciertas personas* se incluye el susodicho director general.

Coloco la maqueta sobre la mesa y ella empieza a jugar con ella como si fuera una casa de muñecas. Murmura para sí y luego se calla. Poco después, deja de jugar por completo y se queda sentada, con el ceño fruncido y la mirada perdida.

—¿No... no está bien? —pregunto con vacilación.

Agita una mano.

—Oh, no lo sé. No puedo concentrarme. Ese hombre exasperante...

Dudo un momento, sin querer pasarme de la raya, pero no puedo hacer mi trabajo si sigue de este humor. Cojo dos cafés y un puñado de tarrinas de leche y sobrecitos de azúcar, y luego vuelvo a la mesa donde he dejado a la mujer disgustada. Le acerco un café, me siento y empiezo a prepararme el mío mientras hablo.

—Así que, por lo que veo, ¿usted y el señor Marin no se llevan exactamente bien? —Levanto la vista y la miro a la cara. Su expresión atraviesa algunas emociones complejas, y luego suspira.

—No tan bien como me gustaría —admite—. Pero no tan mal como parece. Somos amigos desde la universidad y lleva sacándome de quicio desde entonces. No es un mal hombre. Ni siquiera es un mal director general. Sencillamente... se le da mal actuar como tal —termina con cierta impotencia.

—¿Siempre ha sido así? —pregunto, sorbiendo mi café. Con un poco de suerte, darle pie a que se desahogue hará que la cosa avance. Además, estoy disfrutando de verle el lado menos divino al director general, por así decirlo. El hombre casi divino del que tanto había oído hablar parecía demasiado bueno para ser verdad, o incluso para estar cómoda a su lado.

—Más o menos —dice—. Últimamente, más. Estos últimos años han sido difíciles para él en lo personal. Después de que muriera su primera mujer, entró en barrena.

—¿Primera mujer? No sabía que se hubiera vuelto a casar —pregunto despreocupadamente. ¡Menudo disgusto se llevarán las de abajo!

Reina me dedica una sonrisa maliciosa, pero desaparece tan rápido como ha aparecido.

—Tengo la intención de ocupar ese puesto —me confiesa—. Solo entre tú y yo, por supuesto. Él no está listo para hacerlo público, ya que de su difunta esposa todavía se habla en ciertos círculos.

—Ah, ya veo —digo, y vaya si lo veo. Eso explica la familiaridad con la que le hablaba por teléfono. Está claro que la confianza da asco.

—Pero eso suponiendo que vuelva a pasarse por aquí —dice ella, y el ceño fruncido regresa a su rostro—. Ha estado viajando por todo el país en su avión, jugando a ser dios con proyectos problemáticos, y ahora está de visita con su madre. —Pone una mueca al mencionar a la otra mujer—. No me gusta su madre. Es muy insistente y ruidosa, siempre intentando emparejarlo con la hija de alguna amiga, sin escucharle nunca cuando él le dice que no está interesado. Claro que, si no hablara tanto, él le diría que ya está pillado.

—Qué lástima —digo con empatía—. Debe de ser frustrante tener que mantener vuestra relación en secreto.

—¡Lo es! Es increíblemente frustrante. Por eso te ruego que seas la persona que creo que eres y no le cuentes esto a nadie, ni siquiera a las chicas de abajo, por mucho que te tienten sus cotilleos y risitas.

—Tienes mi palabra —le aseguro con solemnidad—. Soy una tumba.

Más tarde, mientras camino hacia la guardería para recoger a Alaiya, no puedo evitar sonreír para mis adentros. Esas pobres mujeres no tienen ninguna posibilidad contra Reina. Es una mujer formidable, y el cotilleo de la oficina me intriga lo suficiente como para sentir un delicioso cosquilleo de expectación. Me muero de ganas por verles la cara cuando la pareja del momento anuncie su compromiso. Jamie, estoy segura, se morirá de la risa.

En cuanto a mí, me alegro de no ser una de esas pobres aspirantes. No tendría el valor de enfrentarme a alguien como Reina.

Exactamente una semana después, llego al trabajo y me encuentro con un ambiente completamente distinto. Esteban

atraviesa el vestíbulo hecho una furia, visiblemente exasperado mientras intenta llamar la atención de una de las recepcionistas, que está inmersa en una conversación discreta, pero animada, con otras tres mujeres.

—¡Por el amor de...! ¡Tierra llamando a Amber! —espeta Esteban.

—¡Ah! Perdone, señor Ramírez, ¿en qué puedo ayudarle?

Él le dice lo que necesita. Yo paso de largo, confundida pero intentando no meterme donde no me llaman, y me dirijo al ascensor. Esteban, que al parecer ha terminado con su asunto, se une a mí un momento después.

—Hoy no vamos a sacar nada de trabajo adelante —refunfuña.

—¿Por qué?

—¿No te has enterado? —Me lanza una mirada de reojo y luego hace una mueca—. El señor Marin ha vuelto esta mañana y en seguida ha corrido la voz de que está buscando un equipo para dirigir un proyecto personal en California. Ahora todo el mundo está soñando despierto: unos con casarse con él, otros con vivir seis meses en California, y la mayoría, con las dos cosas.

El ascensor emite un tintineo y las puertas se abren. Una vez dentro, pulso el botón del tercer piso.

—Dale al quinto —dice él con un suspiro—. Esa es una de las razones por las que he bajado. Estaba dejando un recado en recepción para que unas cuantas personas subieran a verle.

Las cejas se me disparan hasta la frente.

—¿Y yo soy una de esas personas?

Esteban asiente, suspirando profundamente.

—O es porque eres nueva o porque, de alguna manera, le has impresionado tanto en su ausencia que te va a añadir al equipo. No sé cuál de las dos, no le gusta dar detalles.

—Ah —murmuro, y pulso el botón correspondiente. Vuelvo a mirar la expresión malhumorada de Esteban—. ¿Tú eres de los que sueñan despiertos con vivir en California? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

—Tengo que pensar en mi niña —dice—. No puedo desarraigarla así. No lo entendería y sería muy duro para ella.

Se baja en el tercer piso y me saluda con la mano.

—Buena suerte.

—Gracias. —Me muerdo el labio y miro al techo mientras las puertas vuelven a cerrarse. Espero de verdad que solo quiera verme porque soy nueva. Aunque mis razones para no querer unirme al equipo de California son las mismas que las de Esteban, no creo que a mi reputación le venga nada bien rechazar una oportunidad de oro después de llevar solo un mes trabajando aquí.

Las puertas se abren de nuevo en el quinto piso. Salgo y me encuentro a Reina esperando con una expresión traviesa.

—¡Nayla! —me saluda con ojos brillantes. Se acerca y baja la voz —. La primera vez que conoces al famoso director ejecutivo, ¿eh? Solo recuerda no enamorarte. —Me dedica una sonrisa que me recuerda a la de un tiburón y luego me guiña un ojo mientras pasa a mi lado para meterse en el ascensor.

Me estremezco, más contenta que nunca de haber renunciado por completo a los hombres por el momento. Esa mujer me comería viva. De repente, cohibida, me subo un poco el escote y me bajo el dobladillo de la falda. No querría que nadie..., bueno, no querría que Reina pensara que estaba intentando montarle un numerito al director ejecutivo o algo por el estilo.

Sintiéndome un poco nerviosa y deseando haber tenido al menos la oportunidad de dejar el bolso y despejarme, me dirijo hacia el despacho del director ejecutivo. A través de la puerta de cristal esmerilado, puedo ver su silueta recortada contra los grandes y soleados ventanales. Tras alisar mi ropa por última vez, llamo a la puerta.

—Adelante —responde con voz ahogada.

—Buenos días, señor Marin —digo mientras abro la puerta—. Es un placer conocerle por fin...

Me quedo sin palabras cuando se da la vuelta y sus ojos verdes se clavan en los míos. Reagan Marin me dedica la sonrisa que me ha estado atormentando durante más de un año. Los recuerdos me asaltan, robándome el aliento, de nuestro tiempo juntos en Hartlen; y, pisándoles los talones, el recuerdo más mordaz de la confesión y la advertencia de Reina.

—Buenos días, Nayla —dice él, con una voz cálida como una brisa de verano—. Pasa, por favor.

Por un momento, no puedo moverme. No puedo pensar. Ni siquiera puedo respirar. Entonces, de repente, mi cuerpo se mueve sin mi permiso y estoy cruzando el despacho de nuevo. El ascensor de Reina sigue bajando, con la lentitud de un sueño. Sin dudarlo, me dirijo a las escaleras.

El director ejecutivo de Cloud City. El joven genio detrás de FlopHouse. El prometido de Reina, Reagan Marin.

Reggie.

CUARENTA Y SEIS

Reggie

De todos los escenarios que me había montado en la cabeza sobre cómo iría esto, nunca se me ocurrió que ella, simplemente, se daría la vuelta y se marcharía. Y como no se me ocurrió, no reacciono de inmediato a su repentina huida. Al cabo de un momento, salgo de mi estupor, frunciendo el ceño hacia la puerta donde estaba, y me pellizco con fuerza. Duele. No estaba soñando. Miro mi escritorio y veo su expediente de empleada, tan claro como el agua. Definitivamente, no estoy soñando. Nayla está aquí, estaba aquí, en mi despacho.

Y se ha ido sin decir una palabra.

Una oleada de indignación me impulsa a moverme. Al diablo con el pasado, es una empleada nueva que acaba de ignorar de forma total e irrespetuosa al director ejecutivo.

—¡Nayla! —grito su nombre a voz en grito por toda la planta al salir de mi despacho, y frunzo el ceño al encontrar la zona común vacía. Las luces del ascensor indican que ya ha llegado al vestíbulo. Murmurando entre dientes, sin prestar atención a las palabras que salen de mi boca, aporreo el botón del ascensor y espero con impaciencia.

Un momento. ¿El vestíbulo? ¿De verdad va a largarse sin más? Ni de broma, decido. No con el paquete de incentivos que está recibiendo, no con las oportunidades de trabajo que dejó en Hartlen. No se iría de esta empresa así como así, no es idiota.

Todavía molesto porque me ha dado la espalda, miro con el ceño fruncido las luces indicadoras mientras suben los números. Cuando las puertas se abren, casi me llevo por delante a Reina en mi prisa por entrar.

—Huy, ¿qué pasa? ¿Qué ocurre? Creía que estabas reunido con la chica nueva.

—Lo estaba —le digo con los dientes apretados, intentando esquivarla—. Se ha ido.

Reina me agarra del brazo y me detiene mientras el ascensor empieza a cerrarse.

—¿Cómo que se ha ido?

—¿No la has visto? —exijo con impaciencia—. Ha tenido que salir justo cuando tú entrabas, se acaba de ir, literalmente.

—No, no la he visto —responde Reina, frunciendo el ceño, confundida—. Quizá necesitaba ir al baño. Voy a mirar. —Se va a toda prisa en dirección al baño de señoras.

Me empieza a doler la cabeza y relajo deliberadamente la tensión de mi entrecejo. ¿En qué estaba pensando? Podría al menos haberse disculpado, si ese era el caso. Su expresión me viene a la mente y la aparto con rabia. Maldita sea, puede que no tenga razón muy a menudo, pero esta vez sí. No son formas de comportarse.

Reina regresa al cabo de un momento, con cara de desconcierto.

—No estaba ahí dentro —dice—. ¿Le has dicho algo para asustarla? Más te vale que no, Reagan. Me cae bien. Es una mujer inteligente y una buena trabajadora. ¿Qué le has dicho? Dímelo.

—Nada —le digo, frunciendo el ceño de nuevo—. Solo la he saludado, eso es todo.

—¿Eso es todo? —Reina arquea las cejas y frunce los labios, mostrando claramente que no se lo cree.

—Sí, eso es todo —le espeto, protegiendo una verdad con otra—. ¿Qué clase de persona mira a alguien y simplemente se va?

Un destello de culpa cruza el rostro de Reina. Intenta ocultarlo, pero es demasiado tarde. He localizado a una posible cabeza de turco y no pienso dejar que se escape.

—¿Qué? —le pregunto—. ¿Le has dicho tú algo?

—Bueno… —empieza Reina, balanceándose de un pie a otro. No debe de ser tarea fácil con esos tacones, imagino.

—Reina —digo en tono de advertencia.

—Vale, vale, a ver… ¿sabes que las chicas nuevas tienen la costumbre de colarse por ti nada más verte?

La miro parpadeando, completamente descolocado.

—Ah, claro que no lo sabes, tú no te enteras de nada —gruñe, poniendo los ojos en blanco—. Entonces, hazme caso y punto. Lo hacen. He pensado en… curarme en salud esta vez. Puede que le haya advertido de que no debería colarse por ti, sin más. —Abre mucho los ojos y luego parpadea, fingiendo inocencia.

—Genial. —Me paso una mano por el pelo, intentando tragarme la frustración que se está gestando en mi interior—. Bien. Está bien. En fin. Dame una hora antes de la siguiente persona. Si por casualidad ves a nuestra nueva empleada fugitiva, mándamela aquí arriba. Y esta vez, no le digas ni una puta palabra sobre mí.

—De acuerdo —dice. Parece un poco pálida, pero sonríe, radiante como siempre—. Iré a reorganizar el horario abajo, entonces.

Me rodea, se mete en el ascensor y me saluda con la mano mientras las puertas se cierran. Con el ceño fruncido, paseo de un lado a otro por la zona común, pensando en mi próximo movimiento. Fue una estupidez haberme ido tanto tiempo. Si hubiera sabido que estaba aquí, habría dejado en espera a Louie y a mamá indefinidamente. Debería haber pensado en un reencuentro mejor. Debería haberme tomado el tiempo para planificarlo, pero fue más fuerte que yo. En cuanto vi su nombre, sentí que todas las piezas habían encajado a la perfección, que todas mis plegarias habían sido escuchadas. Estaba aquí, en mi edificio, trabajando para mi empresa. ¿Cómo no iba a ser una señal?

Si no me hubiera ido tanto tiempo, si no tuviera una montaña de asuntos pendientes que solo yo podía resolver, si ella se hubiera quedado un puñetero minuto y hubiera escuchado lo que tenía que

decir… Maldita sea, me estoy cabreando otra vez. Cada célula de mi cuerpo quiere destrozar este edificio ladrillo a ladrillo hasta encontrarla. Cada parte de mí desearía poder rebobinar el tiempo y presentarme de otra manera, en otro lugar, de una forma que le hiciera imposible desaparecer así.

Pero tengo trabajo que hacer. Montones, y gran parte de ello urgente. Hago un círculo con los hombros y me hago crujir el cuello, luego me doy un par de palmaditas en las mejillas. Concéntrate. Necesito concentrarme. Obviamente, necesita tiempo para asimilarlo, eso es todo. Volverá a subir. Lo hará. Tendré mi oportunidad de hablar con ella, eso está claro. No habría acabado aquí si no estuviera destinado a ser.

Aferrándome a ese pensamiento, vuelvo a mi despacho y me siento tras el escritorio para ponerme al día con todo lo que he estado evitando durante el último mes. A lo largo del día, suben nuevas empleadas para conocerme, but ninguna se me queda grabada en la memoria. Todas son *no Nayla*.

Reina debe de tener algún tipo de radar, porque cada vez que me impaciento y me levanto para buscarla yo mismo, sale de su propio despacho con una pregunta o una tarea que solo yo puedo resolver. Antes de que me dé cuenta, el edificio está casi vacío y fuera es noche cerrada. Bueno, todo lo cerrada que puede ser cualquier noche en esta ciudad. Agotado y con una montaña de trabajo todavía por delante, me dejo caer en la cama pequeña de la habitación del fondo de mi gran despacho en lugar de irme a casa, a mi apartamento.

Nayla. Estar tan cerca de ella, aunque solo fuera por unos segundos, hace que todo mi cuerpo vibre con el recuerdo de su contacto. Cierro los ojos, dejándome llevar por los recuerdos, dejando que el placer me adormezca. Mañana, me prometo. Mañana lo arreglaré.

Pero la mañana amanece con una nueva crisis. Uno de los recién licenciados que fue contratado cuando yo estaba en California ha desaparecido, junto con una tarjeta de crédito de la empresa y algunos archivos confidenciales. Tenemos copias de seguridad, por supuesto, pero esas patentes siguen siendo vulnerables, y lo último

que necesitamos es que el chaval empiece a vender nuestros secretos comerciales al mejor postor.

Afortunadamente para nosotros, es un idiota, pero no nos damos cuenta de eso hasta las diez de la noche, cuando pasa la tarjeta de la empresa para comprar un billete de avión. La tarjeta es detectada, el chico es detenido, y ahora puedo pasarle todo el marrón al departamento legal para que se encarguen. Recuperamos la memoria USB, pero los detectives tienen el portátil del chico. Ya veremos qué incendios ha provocado, si es que ha provocado alguno, que tengamos que apagar, pero todo eso llevará unos días.

En realidad, no me molesta. Sinceramente, todo el asunto me parece bastante emocionante. Pero sí que requiere toda mi atención durante dieciséis horas seguidas, lo que significa que no he tenido ni un segundo para encontrar a Nayla. Como me he quedado sin ropa limpia y de todas formas he estado todo el día fuera de la oficina con el asunto de este chico, me voy a casa a dormir.

Mientras intento conciliar el sueño en mi cama grande y vacía, y la adrenalina del día empieza a desaparecer, el recuerdo del momento en que Nayla entró en mi despacho se reproduce en mi cabeza como una película a cámara lenta. El sonido de su voz, el vaivén de su cadera al abrir la puerta de golpe… la expresión de su cara.

Me incorporo de golpe. El pavor se me enrosca en el estómago como un puño helado.

Eso no era sorpresa. Al menos, no después de los primeros latidos. No, eso era odio. Asco. Furia. Repito el momento una y otra vez, desde el instante en que cruzó mi puerta hasta el momento en que se dio la vuelta, buscando cualquier signo de felicidad, alivio, nostalgia… o incluso el dolor que había presenciado en el rostro de Lou Anne. Joder, lo aceptaría. Me lo he ganado.

¿O no?

Con una sensación horrible en el cuerpo, cojo el móvil y llamo a Reina, deseando haber copiado el número de Nayla en mi móvil desde su expediente de empleada.

—¿Qué pasa? —responde Reina bruscamente.

—¿Tienes a mano el expediente de Nayla Anchour?

Hay una larga pausa. Supongo que lo está buscando.

—No. ¿Por qué?

Me froto la cara con la mano. Supongo que puedo volver al despacho a por su número, pero eso me llevará una hora y me veré obligado a dormir de nuevo en la oficina.

—¿Reggie? —pregunta Reina, y me doy cuenta de que no le he respondido.

—Es que no la he vuelto a ver por la oficina después de la que se suponía que iba a ser nuestra reunión de presentación —le digo vagamente.

Hay otra larga pausa. Me muerdo un padrastro del pulgar mientras lo pienso. Si volviera a la oficina, estaría más cerca de los alojamientos para empleados. ¿Aceptó Nayla un apartamento de la empresa? No miré esa parte. Joder, Reggie, de verdad que a veces tienes que ir más despacio.

—¿Y estás pensando en esto a las once de la noche? ¿Te molesta *tanto* que me has llamado —después del día que hemos tenido— para preguntarme por ello?

—Ah… bueno, sí, quiero decir… está un poco relacionado, empleados que desaparecen…

—Claro —dice ella con sarcasmo—. Tony y Nayla ni siquiera trabajaban en departamentos contiguos. Ambos son completamente nuevos, de universidades completamente diferentes en *países* completamente diferentes. La única conexión entre ellos somos nosotros. ¿De verdad crees que esa chica está conspirando con Tony?

—Bueno…

—¿Sabes lo que pienso yo? Pienso que te has pillado por ella. Pienso que es la primera mujer que ha entrado en tu vida y no se ha puesto a adularte de inmediato, y, sencillamente, eso te supera. ¿Me entiendes?

—¿Que la olvide? —aventuro.

—Exacto. Ahora vete a dormir y déjame en paz. Es solo una chica. Olvídala. —Reina cuelga sin despedirse.

—Bueno, está cabreada —pienso. Supongo que tiene motivos para estarlo. No es que ella se haya pasado los dos últimos años

pensando en Nayla; ese he sido yo. Claro que Reina siempre me ha dicho que tengo la mala costumbre de pensar que el mundo gira a mi alrededor, y supongo que acabo de demostrar que tiene razón. Joder.

Después de una noche de insomnio y una mañana consecuentemente tardía, llego a la oficina sobre las diez, decidido a localizar a Nayla y hablar con ella. Tiene que estar por aquí en alguna parte. Subo por las escaleras, dando vueltas por todas las plantas, siendo amable y charlando con la gente, pero sobre todo buscándola a ella. Aún no la he visto cuando llego a la cuarta planta. Al salir del hueco de la escalera, me encuentro a Gabriel de pie, fulminándome con la mirada.

—Ah, eres tú —suspira, y el gesto se le suaviza—. Buenos días, jefe.

—¿Buenos días? Supongo que no son muy buenos, ¿no? ¿Qué haces aquí plantado como una gárgola? ¿Intentas asustar a la gente que sube por la escalera o qué?

—No —suspira Gabriel—. Es que alguien de mi equipo lleva unos días sin venir. La he llamado y le he enviado mensajes, pero no responde. Siempre sube por la escalera, así que pensé que, si venía esta mañana, quería estar aquí para interceptarla. —Mira su reloj y ve que son casi las once—. Supongo que ya no va a volver. Joder, odio perder a un empleado así. Que me avisen de alguna manera, ¿no?

—Ah, sí —digo, soltando un suspiro de empatía—. Sé exactamente a qué te refieres. ¿Quién era, por cierto? ¿Una de las nuevas?

—Sí, pero una de las buenas de verdad. Es un lince y tiene unas ideas geniales. Le estaba sacando un partido increíble a esta cocina modular, pero ahora... —deja la frase a medias y se encoge de hombros—. Se llama Nayla. Si consigues dar con ella, deberías ofrecerle un aumento para que vuelva. Lo vale.

Le ofrecería la mitad de lo que tengo para que volviera. Las palabras me estallan en la cabeza en una oleada de frustración antes de que pueda filtrarlas. Guardo ese pensamiento para examinarlo más tarde. Que yo sepa, el matrimonio no estaba precisamente en

mis planes. Eso es planificación a largo plazo. A mí se me da mejor el medio plazo, sin ataduras. Con una cuenta bancaria llena, se me da bastante bien el corto plazo, sobre todo porque puedo permitirme cagarla. Pero los planes para toda la vida, como el matrimonio... eso siempre fue cosa de Andie. Y de Reina, más recientemente. El caso es que es una amenaza muy rara que me lanza mi subconsciente, y no sé si va dirigida a mí o a Nayla.

Sabiendo que tampoco voy a encontrarla aquí, subo las escaleras de dos en dos hasta la quinta planta. Mi última hipótesis esperanzadora es que ha venido, se ha dado cuenta de que la ha fastidiado y ha subido a esperarme antes de volver al trabajo.

Reina me lanza una mirada de sorpresa cuando entro como una exhalación por la puerta de las escaleras. Mira hacia el ascensor, comprueba que funciona y frunce el ceño.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, perfectamente —miento.

Ella asiente, observándome de cerca.

—Ajá. El correo está en tu mesa.

—Genial.

Hago una pausa, esperando a ver si hay algo más que quiera decirme —como que Nayla está sentada en mi mesa—, pero se da la vuelta y sigue preparándose una taza de café. No pasa nada. El expediente de empleada de Nayla debería seguir en mi mesa, así que entraré, lo cogeré y...

Se me para el corazón. Al coger la pila de correo para quitarla de encima del expediente, un remite escrito a mano me llama la atención. Mejor dicho, el nombre escrito encima del remite.

Nayla.

Olvidándome de todo lo demás, abro el sobre con todo el cuidado del que soy capaz, sabiendo que mi cerebro de cromañón sería capaz de hacerlo pedazos si me dejara llevar por los impulsos. Es una sola hoja, mecanografiada, meticulosamente doblada. No tiene sentido. La recorro con la vista, demasiado deprisa, y las palabras se arremolinan en mi cabeza. Gruñendo, dejo la carta sobre la mesa y cierro los ojos, obligándome a *frenar de una puta vez*. Leerla deprisa no va a hacer que la asimile antes.

Estimado señor Marin:

Le escribo para informarle de mi dimisión, con efecto inmediato...

Ya es suficiente. De un manotazo, aparto el resto del correo, que sale volando y se desparrama por el suelo. El expediente de Nayla está ahí, exactamente donde lo dejé. Lo abro y encuentro su dirección. Sí que se quedó con uno de los apartamentos para empleados. Con otra oleada de pánico, se me ocurre una idea y compruebo el sobre.

Matasellos.

De hace dos días.

—¡Mierda!

—¿Reagan? ¿Qué pasa? —Reina aparece en la puerta justo cuando intento pasar a toda pastilla. Hago un baile torpe, intentando frenar mi velocidad sin llevármela por delante.

—Tengo que irme —le digo—. Es una emergencia.

—Espera, pero... ¿qué emergencia?

No me tomo el tiempo de responderle, ni de esperar el ascensor. Ya va siendo hora de cambiar esa máquina exasperantemente lenta. En lugar de eso, bajo por las escaleras, saltando escalones, saltando por encima de las barandillas.

En algún rincón racional de mi cerebro, sé que los segundos que estoy ahorrando no importarán si ya ha hecho las maletas y se ha ido de la ciudad, pero el resto de mí no piensa en otra cosa que en cruzar el patio y subir a su apartamento lo más rápido posible.

En el fondo, sé que podría estar corriendo hacia un apartamento vacío.

CUARENTA Y SIETE

Reggie

Al salir como una bala por las puertas traseras que dan al patio, casi atropello a alguien con las prisas. Su grito ahogado de sorpresa se desvanece a mi espalda, y le lanzo una disculpa al viento, solo para casi atropellar a otra persona.

—¡Abran paso! —suelto, e inmediatamente después—: ¡Perdón!

Grupos de tres y cuatro personas pasean tranquilamente por el jardín como si el mundo no estuviera a punto de acabarse. Los esquivo, en su mayoría, preguntándome i¿por qué demonios hay tanta gente fuera ahora mismo?! ¿Es que se creen que ya es hora de salir? Salto por encima de una parejita acurrucada que comparte un bocadillo, y se me ocurre que podrían estar todos en su pausa para comer.

Mi frustración y mi pánico van en aumento mientras serpenteo por el patio, tardando el doble de lo que tardaría normalmente. Se acabó, voy a cancelar las pausas para comer. ¡Dios, *moveos*!

Por fin estoy al otro lado. Tiro de la puerta. No se mueve. El lector de tarjetas emite una advertencia roja, silenciosa y furiosa. Maldiciendo en arameo, busco a tientas en mis bolsillos mi tarjeta.

—¿Es que no sabes quién soy? —le gruño a la cosa inanimada—. Podría dejarte fuera de servicio con solo *chasquear los dedos*. —

Chasqueo los dedos y se me cae la tarjeta—. ¡Me cago en...! —Aprieto la mandíbula y paso la tarjeta. La estúpida caja se toma su tiempo para pensárselo antes de soltar por fin la cerradura con un sonoro *clac*.

—Gracias —digo con sarcasmo mientras abro la puerta de un tirón. Se abre con facilidad, y casi salgo despedido por el retroceso de mi propia fuerza.

—Ya basta —refunfuño mientras ignoro el ascensor y me dirijo a las escaleras. Tal y como va mi día, las posibilidades de quedarme atrapado en el maldito cacharro son demasiado altas. Subo los escalones de dos en dos, contando las plantas, primero en voz alta, y luego en mi cabeza cuando me quedo sin aliento para hablar. Reduzco la velocidad en la tercera planta para recuperar el aliento cuando oigo el estruendo del ascensor retumbando a través de las paredes. La voz paranoica en mi cabeza está segura de que el ascensor sube a la sexta planta, de camino a recoger a Nayla para arrebatármela de nuevo. Esta creencia irracional e inquebrantable me pone un cohete en el culo y arranco de nuevo, ignorando el ardor en mi pecho, ignorando la necesidad de oxígeno, obligando a mi cuerpo a seguir adelante.

Me tiemblan las piernas cuando llego a la sexta planta. Me detengo lo justo para llenar los pulmones de aire y luego corro por el pasillo. Seiscientos treinta y dos, seiscientos treinta y dos... Doblo la esquina y casi paso de largo la puerta que busco. Frenando en seco, me agarro al marco de la puerta con una mano y aporreo la puerta con la otra.

Por favor, que estés dentro, pienso mientras intento desesperadamente recuperar el aliento. *Por favor.*

Intento escuchar a través de la puerta por encima de mis jadeos, pero no oigo nada. El corazón se me hunde, y no tiene mucho espacio para hundirse con el pecho subiéndome y bajándome así. Dios, si no abre la puerta pronto, puede que vomite aquí mismo. Cálmate, idiota. Respira. La asustarás seguro si apareces haciendo el papel del lobo feroz.

Si es que aparece.

Ese pensamiento me provoca otro ataque de pánico, y canalizo el impulso aporreando la puerta un poco más. Tres golpes atronadores y, cuando estoy a medio camino del cuarto, la puerta se entreabre. La cadena sigue puesta y aún no me ha visto. Habla mientras juguetea con ella, susurrando como si temiera despertar a alguien a las once de la mañana.

—¡Chis! ¡Dios mío, Lacey Lee, parece que se esté quemando el edificio…!

¿Lacey Lee? El nombre me suena, pero no tengo paciencia para buscar la referencia. Sobre todo ahora que ha abierto la puerta y me mira fijamente con la boca abierta a mitad de frase. El color se le va de la cara de golpe y veo lo que va a hacer. Meto el pie en el umbral antes de que pueda hacerlo, pero ella lo intenta de todos modos.

—¡Ay! Hijo de p… Vale, no, me lo merecía. Probablemente. Nayla, vamos. Solo quiero hablar. —Me duele el pie donde la puerta se ha estrellado contra él. Espero no haberme roto nada. Tengo la mano en la puerta y el brazo apoyado contra ella, por si lo intenta de nuevo.

—Ahora no es un buen momento —dice con firmeza, aunque su voz sigue siendo baja—. Por favor, vete.

—No puedo hacer eso. Recibí tu carta de dimisión, Nayla, y no soy idiota. Si me voy ahora, no volveré a verte jamás, y no puedo vivir así.

—¡Baja la voz! Estoy aquí mismo. No hace falta que grites. —El pánico en su voz me hace preguntarme a quién teme molestar. ¿Tiene un novio ahí dentro? Una oleada de celos furiosos me recorre y empujo la puerta para abrirla más. Ella da un paso atrás, casi reculando. ¿Qué le hace pensar que voy a hacerle daño? ¿Alguien le ha estado haciendo daño? El novio misterioso, seguro. Con esa sospecha firmemente instalada en mi pecho, infrinjo la santidad de su umbral y me adentro unos centímetros en su apartamento. Las cajas de embalar esparcidas por todas partes hacen que se me acelere el corazón. He llegado justo a tiempo.

—¿Puedo pasar, por favor? Solo unos minutos. Solo quiero hablar. No puedo dejar las cosas así, no otra vez.

—Ya estás dentro —señala con voz neutra. Me mira nerviosa por encima del hombro, abrazándose a sí misma, antes de lanzarme una mirada medio desesperada—. Vale, de acuerdo. Tienes un minuto. Al menos cierra la puerta. *¡En silencio!* —Su última palabra me detiene en seco mientras cierro la puerta con indiferencia. Suavizo el movimiento y la puerta se cierra con un leve clic. Ella respira aliviada. Miro detrás de ella, en la dirección en la que había estado mirando, y veo que la puerta del dormitorio está abierta solo unos centímetros. ¿Quién hay ahí dentro que la tiene tan alterada? Frunzo el ceño, preguntándome si debería ir y enfrentarme a ese maltratador yo mismo. Pillarlo por sorpresa mientras duerme y hacerle explicar por qué Nayla se ha vuelto tan jodidamente asustadiza.

—¿Y bien? —Nayla interrumpe mi fantasía de justiciero.

Me sacudo y la miro a esos ojos con los que llevo años soñando. Están más fríos, más duros, más recelosos que nunca, y eso me hace sentir más pequeño que una hormiga. Respiro hondo y cuido mi tono de voz (aunque debo admitir que esa parte no me hace ninguna gracia) y le digo lo que he tenido en mente todo este tiempo.

—Nayla… Lo siento mucho. —Hay más, te lo juro, solo que está atascado detrás de este nudo que ha aparecido de repente en mi garganta. Ella arquea una ceja exquisita.

—Lo sientes —repite con absoluta incredulidad—. ¿Qué es exactamente lo que sientes?

Aprieta la mandíbula como si se estuviera mordiendo la lengua para no soltar una lista sarcástica de cosas por las que debería disculparme. Avergonzado, me aclaro la garganta.

—Siento haberme ido como lo hice. Si pudiera volver atrás… —Niego con la cabeza, sin querer mentirle ni a ella ni a mí mismo—. No, no es verdad. Tenía que irme. Era lo único que podía hacer. Debería haberlo hecho mejor. Debería haber sido un hombre y habértelo dicho a la cara, pero… no pude. Lo intenté, Nayla, créeme, lo intenté. Pero cada vez que te miraba, no podía… —ese maldito nudo ha vuelto, y me está empujando las lágrimas hacia los ojos. Mi cuerpo es un traidor. Parpadeo para disipar la neblina y veo que la

expresión de Nayla se ha suavizado, aunque solo sea un poco. Lo justo para darme esperanzas. Dios, odio tener esperanzas.

—Te escucho —dice en voz baja.

—No podía hacerte pasar por eso —le digo, con la voz ronca.

—¿Hacerme pasar por qué? ¿De qué coño creías que me estabas salvando, largándote así a escondidas? —Suena amargada y asqueada, y no puedo culparla. Aun así, su voz se ha mantenido baja. Tiene un autocontrol impresionante, y el *porqué* todavía me carcome por dentro. Pero una cosa a la vez. Cuando termine mi confesión, investigaré la razón de su nuevo comportamiento.

—¿Recuerdas cómo nos conocimos? —pregunto, sabiendo que es imposible que lo haya olvidado.

Ella resopla.

—Te despegué del suelo del bar y te arrastré a casa conmigo.

—Sí —suspira—. Todavía no recuerdo esa noche. Ni muchas noches después. Algunas mañanas. Muchas tardes… —Miro su cara para ver si capta lo que intento decir, pero no me atrevo a mirarla a los ojos—. Estaba luchando contra demonios en aquel entonces. Mis propios demonios internos, y otros. Mi madre se tomó la muerte de Andie especialmente mal, y mi junta directiva… bueno, supongo que pensaron que podían presionarme hasta que volviera a la normalidad.

Me estoy desviando de mi propia responsabilidad. Niego con la cabeza, pasándome una mano por la cara.

—Tu comportamiento no habría importado si yo hubiera sido lo bastante fuerte para manejar lo que pasaba dentro de mi propia cabeza. Era como si me estuvieran haciendo pedazos. Estaba desesperado por encontrar a alguien a quien culpar. Demasiadas veces, más de las que me gustaría admitir, te culpaba a ti de mi desdicha. Eso no era verdad, no estaba bien y, desde luego, no era justo. —Respiro hondo, sintiendo cómo la vergüenza me sube por el cuello—. Pero era lo fácil.

—Ah —dice ella en un susurro.

—Ojalá las cosas hubieran sido diferentes —le digo, con las lágrimas quemándome de nuevo los ojos—. Ojalá… Ojalá hubiera estado en un lugar más sano cuando nos conocimos. Ojalá hubiera

superado la muerte de Andy y todo lo que vino después de una manera correcta. Ojalá mi corazón hubiera estado libre cuando te lo robaste, pero seguía empeñado en enterrarse bajo tierra con ella. Tenía que recordar cómo vivir. Tenía que aceptar el hecho de que mi corazón seguía latiendo antes de poder entregarlo.

Me aparto de ella, maldiciendo en voz baja mientras me seco la cara. Malditas lágrimas.

—Intenté hacer lo correcto —le digo, odiando cómo me tiembla la voz—. Te dejé con…

Un chillido procedente del dormitorio me corta. Los ojos de Nayla se abren como platos y se queda paralizada, con la espalda rígida.

—Tienes que irte —susurra con los dientes apretados. Mientras habla, la puerta del dormitorio se abre, aparentemente por sí sola. Confundido, me froto los ojos, pensando que mi visión borrosa por las lágrimas me está jugando una mala pasada.

Cuando parpadeo, el mundo entero se me viene encima. Una cosita diminuta con una aureola de rizos y unos grandes ojos verdes sale tambaleándose hacia el salón, agarrada a una manta amarilla. Me mira con una expresión de enfado que me resulta muy, muy familiar. La veo casi todas las mañanas en el espejo del baño.

—¡Ah! ¡Mamá! —chilla la bebé, manoteando en dirección a Nayla.

Parece que no puedo hacer que mi boca funcione. Señalo a la niña sin palabras, haciendo la pregunta definitiva con los ojos. Nayla aparta la mirada, con el labio inferior temblando. La niña le rodea la pantorrilla con el brazo y se apoya pesadamente en ella, con su mirada inocente torciéndose en sospecha cuando me mira.

—Nayla…, ¿es mía? —consigo graznar por fin.

—Sí —susurra Nayla, asintiendo.

Me fallan las rodillas. Hundiéndome en el suelo, me quedo mirando esos ojos verdes. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Cómo he podido no saberlo? Nayla se sienta a mi lado en el suelo, con las piernas cruzadas. La niña se sube a su regazo como si fuera suyo, apoyándose en Nayla como si fuera una especie de sillón reclinable con forma de mamá. Nayla mira hacia abajo, pero no puede ocultar las lágrimas que le corren por la cara.

La cabeza me da mil vueltas, asaltándome una pregunta tras otra, muchas de ellas sobre complicados cálculos biológicos para los que no tengo la menor preparación. Las descarto por irrelevantes. La niña es la mezcla perfecta de Nayla y de mí. Ni siquiera necesito una prueba de paternidad para saber que es mía; salta a la vista.

Nayla por fin levanta la vista y emite un sonido ahogado, a medio camino entre un sollozo y una risa.

—¡Mira qué cara se te ha quedado! ¿De verdad que no lo sabías?

Parpadeo un par de veces, intentando encontrarle el sentido a eso. Niego con la cabeza lentamente.

—¿Cómo iba a saberlo?

Niega con la cabeza y resopla.

—Dios santo, tu sentido de la oportunidad es pésimo. —Empieza a reír, pero la risa se convierte enseguida en sollozos. No tengo fuerzas para quedarme de brazos cruzados viéndola derrumbarse. En un instante estoy a su lado, rodeándola con un brazo, y mis propias lágrimas vuelven a brotar mientras ella se acurruca en mi pecho y rompe a llorar sin consuelo.

La pequeña se retuerce en el regazo de su madre, angustiada por tanto llanto.

—¿Mamá tá ben? ¿Mamá? —Le da palmaditas en el brazo a Nayla, la pellizca, le agarra del cuello y del pelo, intentando que se gire para mirarla con toda la fuerza de la que es capaz.

—Mamá está bien —le miento a mi hija.

Mi hija.

Me tiemblan los hombros mientras me derrumbo. Nayla le acaricia la espalda a la niña, consolándola en medio de su propia angustia. Es tan fuerte como su magnífica madre. Quizá más. Se aparta de mí, sorbiendo por la nariz y secándose la cara, y luego le dedica una sonrisa llorosa a la pequeña.

—Mamá está bien, cariño —dice, meciéndola un poco—. Hasta las mamás necesitan llorar a gusto de vez en cuando.

—No lores —dice la niña, secándole la cara a Nayla con sus manitas. Nayla suelta una risita ahogada por las lágrimas y le besa las palmas de las manos, una tras otra. Se aparta sutilmente de mí y

yo capto la indirecta; retiro el brazo para darle espacio. Me mira de reojo, y un atisbo de gratitud cruza su rostro como una sombra.

—¿Qué decías —pregunto despacio— sobre mi sentido de la oportunidad?

—Ah —dice, y se ríe—. ¿Sabes cuándo me enteré de que Alaiya estaba en camino? —Le da un toquecito en la nariz a la niña cuando dice *Alaiya*. Repito el nombre varias veces en mi cabeza, uniéndolo para siempre a la pequeña que tiene mis ojos y el pelo de Nayla.

—No —respondo, frunciendo el ceño—. ¿Cómo iba a saberlo?

Sonríe con tristeza. Es desconcertante.

—Me enteré la noche antes de que te fueras. Ya estabas dormido cuando me hice la prueba. Iba a decírtelo por la mañana..., pero ya te habías ido. —Me lanza una mirada cautelosa—. Supuse..., bueno, la verdad es que todos supusimos... que habías visto la prueba en la basura y habías salido por patas.

Ahora me toca a mí quedarme mirándola, atónito. Si eso es verdad...

—Oh, no —gimo, tapándome la cara con las manos—. Oh, no, no, no.

—Un momento horrible, ¿verdad?

Niego con la cabeza, intentando respirar hondo para sacudirme el peso de la angustia.

—Es peor que eso —me lamento. Aparto las manos de la cara y miro a Nayla—. ¡Tu madre se fue a la tumba pensando que yo era un irresponsable que te había abandonado!

Esta mujer me mira a los ojos, se asoma a mi alma temblorosa y tiene la audacia de soltar una carcajada de pura alegría.

—¡No, no lo entiendes! ¡Tuvo que odiarme! ¡Nayla, ¿tú sabes el poder que tiene un espíritu vengativo como el de *Amira*?! ¡Estoy muerto! Estoy más que muerto. No sé ni cómo he sobrevivido tanto tiempo. Oh, Dios... —Vuelvo a hundir la cara entre las manos mientras Nayla sigue desternillándose de risa a mi costa.

Me encanta oírla reír. Aunque sea a mi costa, podría pasarme el día entero escuchando su risa. Es como el tañido de unas campanas que ahuyenta las sombras y las telarañas que se han acumulado en mi alma. Dejo caer las manos y observo su rostro, sus ojos

brillantes, su sonrisa radiante. Una oleada de calidez me inunda. Por primera vez en muchísimo tiempo, siento que estoy en casa.

Finalmente se queda sin aliento y, sin dejar de sonreír, se seca las lágrimas de alegría. Su sonrisa se desvanece al encontrarse con mi mirada y me observa con recelo.

—¿Por qué me miras así?

—Porque estás preciosa cuando te ríes —digo con sinceridad.

Es lo peor que podría haber dicho. Veo cómo levanta sus barreras de nuevo, de golpe. Se pone de pie rápidamente, cogiendo a Alaiya en brazos.

—La niña necesita un cambio de pañal —dice, y se dirige a toda prisa hacia el dormitorio—. Y tú seguramente tendrás cosas que hacer, ¿no?

Lo único que tengo que hacer es asegurarme de no volver a perderte nunca, ni a ti ni a mi hija. Por ahora, me guardo ese pensamiento para mí.

—Nada urgente —respondo—. En realidad, esperaba poder ayudarte a deshacer las maletas.

No responde. Durante un buen rato, la única voz en el piso es la de Alaiya, que balbucea en su media lengua mientras Nayla le cambia el pañal. Incómodo por ser el único que sigue en el suelo, me levanto y me sacudo los pantalones. No puedo hacer nada con mi camisa; las lágrimas de Nayla la han dejado hecha un asco, manchada y arrugada. Pero no importa. Estoy pensando en enmarcarla en lugar de lavar esas manchas, como recordatorio para no volver a ser un completo gilipollas con ella.

Cuando vuelve, lo hace mucho más despacio de lo que se fue. Lleva a Alaiya en brazos, apoyada en su cadera. Se me derrite el corazón al verlas a las dos.

—¿Me... me estás pidiendo que me quede en la empresa? —pregunta Nayla lentamente.

—La empresa... sí, claro, o sea, por supuesto que quiero que conserves tu trabajo. Pero lo que te estoy preguntando es... si quieres quedarte conmigo. Nosotros tres, para...

Niega con la cabeza con tal vehemencia que dejo de hablar antes de que se parta el cuello. Se me hiela el corazón al ver la expresión

de su cara. Nunca pensé que una mujer tan apasionada como Nayla pudiera parecer tan fría como el hielo.

—No, Reggie. Lo siento. Tú y yo... eso no va a pasar. No puedo. Alaiya es tu hija y tendremos que sentarnos a hablar de ello, pero volver a estar juntos y jugar a ser una familia feliz no es una opción.

Se me congelan las entrañas.

—Yo... yo pensaba... bueno, ahora que sabes...

—Lo que sé es lo que me has contado y lo que me has demostrado. Me dijiste que tienes la mala costumbre de huir de los problemas. ¿Te acuerdas? Y luego huiste. Y sí, te creo cuando dices que no sabías que estaba embarazada. Sigo pensando que tu sentido de la oportunidad es pésimo, pero te creo.

—Entonces, ¿por qué?

Aprieta los labios con fuerza, pero hay algo tierno en sus ojos que me reconforta un poco.

—Me rompiste el corazón —dice, con una voz tan dura y fría que es como si me arrojara un bloque de hielo—. Apenas he conseguido superarlo. No puedo volver a correr un riesgo así, no ahora. Antes que nada soy madre, Reggie, ahora y siempre. Tengo que mantener la cabeza fría si quiero criarla bien, y no puedo hacerlo si dejo que me vuelvan a romper el corazón.

Niego con la cabeza.

—No, Nayla. No volveré a huir. Te lo prometo...

Levanta una mano.

—No lo hagas. No me prometas nada. No le prometas nada a Alaiya. Que esas palabras no salgan de tu boca, no quiero oírlas.

Sello los labios, tragándome todas las promesas que quiero hacerles en este mismo instante. Su rechazo me duele en el alma, y el pánico se apodera de mí ante la incertidumbre de nuestra situación. Lo único que puedo hacer es asentir.

—Lo entiendo —digo, porque es verdad. Es vulnerable en muchos sentidos y yo no he demostrado ser la persona adecuada para protegerla. Pero ahora mismo tengo que irme de aquí. No soy tan fuerte como me gustaría y el impulso de rogarle, suplicarle e intentar convencerla por todos los medios para que al menos nos dé una oportunidad es demasiado fuerte.

—Gracias por dejarme conocer a nuestra hija —digo, con un nudo en la garganta, mientras las palabras que elijo luchan por abrirse paso entre las que de verdad quiero decir—. Por favor, dime qué decides hacer. Por favor, solo... no desaparezcas. Sé que soy un hipócrita por pedirte esto, pero te lo pido. Por favor.

Duda un momento y luego asiente.

—No te apartaré de tu hija.

Le devuelvo el asentimiento y luego le cojo una de sus manitas a Alaiya entre mis dedos.

—Ha sido un placer conocerte, cariño —le digo—. Yo… —Me detengo antes de poder decirle las palabras *te quiero* a mi hija. Tengo la sensación de que decirlo en voz alta ahora mismo haría que Nayla estallara, y ya estoy pisando terreno pantanoso—. Espero volver a verte pronto —digo en su lugar.

Le dedico a Nayla una última y larga mirada y salgo de su piso. En el pasillo, apenas doy unos pasos antes de que el peso de todo me aplaste. Tengo que detenerme un momento, con la espalda contra la pared, el codo apoyado en la rodilla, sosteniéndome la estúpida, estúpida cabeza entre mis inútiles manos, y simplemente respirar para soportar el dolor.

—Vaya, hola, guapo —dice un acento sureño y ligero por encima de mi cabeza—. ¿Estás bien, cielo?

CUARENTA Y OCHO

Nayla

Me siento fatal. Y no debería. Alaiya andorrea por ahí, balbuceando alegremente, practicando el par de palabras que ha aprendido. No, no, tá, mamá. Mamá, tá, no. Está a punto de formar su primera frase con sentido y crece más rápido que la mala hierba en mayo. Mientras tanto, mi mundo entero se ha paralizado.

Lo admito. Entré en pánico. En el segundo en que crucé esa puerta y vi al mismísimo Reggie allí de pie, entré en pánico. Me di la vuelta. Y en cuanto me di la vuelta, vi el carrito del café que había usado cuando Reina me estuvo contando sus penas de amor. Su relación con el director ejecutivo. El director ejecutivo que es Reggie.

Mi Reggie.

No, joder. No es mi Reggie. Es el Reagan de Reina.

Espera.

Siento que se me ha quedado pillado el cerebro y hay algo que no me cuadra. Reina se pasó una mañana entera conmigo, hablándome de su prometido. Pero, a juzgar por cómo hablaba Reggie…, pasó directamente a la idea de que nos mudáramos juntos y fuéramos una familia.

Resoplo para mis adentros, negando con la cabeza, y luego me entra la risa tonta cuando Alaiya me imita con sus andares

tambaleantes y exagerados de niña pequeña.

Llaman a la puerta y doy un respingo, sintiendo cómo el corazón se me cae a los pies. Mi reacción asusta a Alaiya, y le dedico una sonrisa tranquilizadora mientras me pongo en pie de un salto y corro hacia la mirilla. Al otro lado está Lacey Lee, secándose delicadamente las comisuras de los ojos con un pañuelo. Abro la puerta rápidamente.

—¿Estás bien? —le pregunto mientras la hago pasar.

—¡Ay, Nayla, acabo de oír la historia más desgarradora que te puedas imaginar! ¡Casi se me saltan las lágrimas en el pasillo escuchando a ese pobre hombre!

Se me sube el corazón a la garganta. Solo han pasado unos minutos desde que se fue. ¿Podría haberse topado con él? ¿Qué historia lacrimógena le habrá contado? Mi recelo se dispara, y pienso que está intentando manipularme a través de ella.

—¿Qué hombre? ¿Qué te ha dicho? —pregunto, intentando que no se me noten en la voz ni en la cara la rabia y la desconfianza.

—No le he preguntado el nombre —dice, poniéndose en cuclillas y abriendo los brazos para que Alaiya, que se acerca a ella arrastrando los pies, vaya a sus brazos—. Es viudo, pobrecito. Ha dicho que encontró su salvación y la perdió en un solo día, y no paraba de repetir que todo era culpa suya. He hecho lo que he podido para consolarlo, pero estaba hecho un desastre. Tenía los ojos rojos e hinchados, como se le ponen a Alaiya justo antes de romper a llorar.

—¿Que encontró su salvación? ¿Qué significa eso? —El corazón se me acelera y siento un nudo en el estómago, pero tengo todas las alarmas sonando en la cabeza y no puedo ni pensar.

Lacey se encoge de hombros y sube a Alaiya a su cadera con un saltito. —No soltaba mucha prenda. Era una monada, y me ha partido el corazón verlo tan angustiado, pero no era muy hablador. Ha dicho algo de que necesitaba una copa y se ha marchado arrastrando los pies, como si el mundo se estuviera acabando.

Ahora las alarmas me deslumbran con luces de neón.

—Lacey, ¿puedes vigilarla unos minutos? Tengo que hacer una cosa. No tardaré, te lo prometo.

—¡Claro, cariño! Lo que necesites. Pero que sepas que cuando vuelvas vamos a tener que sentarnos a hablar de esto. —Señala con la cabeza las cajas embaladas. No le he contado mucho de lo que ha pasado estos últimos días. Ha estado ocupada con el trabajo y yo, simplemente, no he tenido cabeza para ello.

—Cuando vuelva —prometo mientras me calzo y cojo el bolso. Le doy un beso rápido a Alaiya y salgo corriendo por la puerta. Me miro la muñeca para ver la hora, pero no me sirve de nada porque no sé a qué hora se ha ido él. Puedo calcularlo, pero se me da fatal controlar el paso del tiempo, incluso en el mejor de los días. Y cuando estoy alterada, es del todo imposible.

Da igual. Bajo las escaleras a toda prisa, sin ganas de esperar al lento ascensor. Espero que él sí haya cogido el ascensor. Debería habérselo preguntado a ella. Resoplo, consciente de que una pregunta así solo habría provocado un aluvión de preguntas por su parte antes de que yo obtuviera mi respuesta, suponiendo que ella la supiera.

Ráfagas de recuerdos me golpean con cada paso. Reggie arrastrando las palabras en el bar. Reggie inconsciente en el suelo sucio, Reggie enfermo y destrozado… Reggie desaparecido. Si por mi culpa se sumerge de nuevo en el pozo sin fondo del alcohol, no podré perdonármelo.

Mis pies aterrizan en el vestíbulo con un estruendo que me resuena en los huesos y me quedo helada. A mi izquierda hay una puerta que da a la plaza entre los apartamentos y la oficina. A mi derecha, una puerta que da a la calle. Una calle llena de tiendas, gente… y bares. Si está huyendo de sus impulsos, irá a la izquierda. Si ha ido a la izquierda, estará bien. Seguro que la tía esa sigue por ahí, lista y dispuesta a echarle una bronca o a ofrecerle un pecho en el que consolarse, lo que más necesite ahora.

La idea hace que la bilis me suba por la garganta. Si ha ido a la izquierda, no tengo motivos para seguirlo. Si ha ido a la izquierda, puedo dejarlo en paz.

Giro a la derecha. Mis zapatillas gastadas resbalan en el suelo pulido. Un trueno retumba sobre mi cabeza justo cuando empujo la puerta para abrirla. Las nubes son densas y oscuras, y convierten la

tarde en noche en un instante. El sirimiri me salpica los ojos y la multitud a mi alrededor acelera el paso como un hormiguero atrapado en la tormenta. Antes de que haya decidido qué camino tomar, me veo arrastrada por la marabunta, empujada calle abajo por codos y bolsos ajenos mientras la lluvia empieza a arreciar.

En cuestión de minutos, la multitud se ha dispersado, refugiándose en los edificios y bajo los toldos, metiéndose en taxis, huyendo del repentino chaparrón. Como una ola, los paraguas se abren, protegiendo a los más precavidos. En medio del caos, casi desespero de encontrarlo. Miro a mi alrededor, apartándome frenéticamente el pelo, de repente salvaje, de los ojos y de la cara, escudriñando la oscuridad húmeda en busca de alguna señal de Reggie.

Es sorprendentemente fácil de localizar. En una acera llena de peatones apresurados, encogidos y cubiertos por paraguas que avanzan a buen paso, hay una única silueta desprotegida. Tiene la cabeza gacha, las manos en los bolsillos y su ritmo es más un caminar pesado que el trote de la gente que lo rodea. Corro para alcanzarlo, perdiéndolo de vista de vez en cuando porque los paraguas me tapan la visión. Lo mantengo a la vista durante una manzana entera, pero la situación empieza a parecer surrealista. Como una pesadilla, cuando corres tan rápido como puedes pero no consigues avanzar. La gente no para de interponerse en mi camino, sin querer, con la mirada clavada en el suelo para que no les entre la lluvia en los ojos.

—Se está empapando —dice una voz amable justo detrás de mí, y de repente la lluvia deja de caerme en la cara. Levanto la vista y veo a un joven apuesto sonriéndome—. Va a coger una pulmonía.

Vuelvo a mirar a la acera, estirando el cuello para intentar volver a ver a Reggie. El paraguas del hombre me tapa la visión.

—Cuentos de viejas —le digo secamente—. Se lo agradezco, pero no. Permiso. —Salgo de debajo del paraguas, pero el hombre no se da por vencido.

—Oh, vamos, por lo menos déjeme que la acompañe adonde vaya. Se va a quedar helada con este tiempo. —Vuelve a estar a mi lado, ocultándome la vista con su maldito paraguas. ¿Dónde

demonios se ha metido Reggie? Me detengo en seco, decidida a encontrarlo de nuevo. Ojalá fuera un poco más alta. Ahora que todo el mundo ha tenido unos minutos para adaptarse, la multitud ha vuelto, más densa que nunca, con más paraguas.

—Maldita sea —mascullo, dando una pequeña patada en el suelo.

—Parece usted angustiada —comenta el hombre—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Ya no —le espeto, perdiendo los papeles por un momento. Abro la boca para disculparme, pero, antes de que pueda, veo un destello de pelo rojizo al doblar la esquina que tengo delante—. ¡Adiós!

Salgo corriendo, abriéndome paso entre la multitud como un sabueso que sigue un rastro, casi sin oír al desconocido que me llama por la espalda. Doblo la misma esquina y se me encoge el corazón. No lo veo. De hecho, no veo a nadie. Es un callejón diminuto, que abarca apenas cinco edificios. Está flanqueado por bares, escaparates abandonados y una iglesia desvencijada. Me llevo una mano al vientre mientras la ansiedad aumenta. Entre los edificios, unas mujeres de ojos vidriosos apenas me dirigen la mirada mientras se apiñan bajo el escaso cobijo que encuentran. El hedor a basura removida por la lluvia y a vómito me llena las fosas nasales y me da arcadas. Un rostro esquelético y pálido me mira con rabia desde la ventana de un sótano mientras chupa de una pipa de cristal y expulsa un humo que parece adherirse al agua y cubrirlo todo con un olor a orina de gato y a podredumbre. Echo a correr, con el corazón desbocado. ¿Por qué iba a venir aquí, de todos los sitios posibles?

Unas voces salen de uno de los bares que tengo justo delante. No distingo las palabras, pero reconozco los sonidos. Dudo, atrapada entre los espectros que he dejado atrás y el espectáculo grotesco que sé que está a punto de desparramarse por la calle frente a mí. Tal y como había previsto, un hombre sale tambaleándose del bar, empujado con firmeza y enfado por el portero.

—¡No shabes con quién te metesh! —farfulla el borracho, agitando el puño vagamente en dirección al bar antes de

desplomarse sobre la barandilla y echar la papilla en el hueco de la ventana de abajo.

—La próxima vez que tengas sed, prueba en el local de enfrente —gruñe el portero, con una mueca de asco—. He oído que preparan un café cojonudo.

—Que te jodan, tío —murmura el borracho, y vuelve a potar.

Miro al otro lado de la calle. Es la iglesia ruinosa. Todas las luces están encendidas y hay un pequeño letrero de neón en la ventana. AA. Alcohólicos Anónimos. Me quito el sombrero mentalmente ante el portero por su pullita tan bien tirada, y luego permito que un resquicio de esperanza se abra paso en mi corazón. ¿Y si Reggie ha venido hasta aquí para ir a esa reunión? Compruebo rápidamente que no haya coches ni policías y, al no ver ninguno, cruzo la calle a la carrera. Oigo de refilón los piropos obscenos de las mujeres de los callejones, y un murmullo masculino de respuesta me indica que puedo ignorarlos sin peligro. Llego a los desgastados escalones de la iglesia, sin aliento por la ansiedad, el esfuerzo y el agua fría que me empapa. Probablemente por todo eso.

Aun así, no me decido a subir los escalones hasta el refugio del porche de la iglesia. Me atenaza la duda, y los carteles de «todos sois bienvenidos» y «ven tal como eres» pegados en la puerta desconchada no contribuyen en absoluto a calmar mi ansiedad.

Solo voy a mirar, me digo a mí misma, obligando a mi brazo a alcanzar la barandilla. *Solo asomar la cabeza y mirar. E interrumpir la importantísima reunión de anónimos*. Vuelvo a quedarme paralizada. No puedo hacerles eso, ¿verdad? Pero ¿cuál es la alternativa? Miro por encima del hombro derecho, examinando los bares, las prostitutas, los charcos de vómito. Las únicas alternativas son, primero, el proceso de eliminación: meterme, siendo una mujer pequeña y sola, en cada bar hasta poder decir con seguridad que *no está* en ninguno de ellos; o olvidarme de él por completo e irme a casa. Ese pensamiento forma una bola fría y pesada en el estómago, y el recuerdo de él en mi bar, en casa, aparece en mi mente con la claridad del día. No, no podría olvidarlo. Podría fingir que lo olvido, pero nunca podría olvidarlo de verdad.

Luchando contra cada fibra de mi educación sureña, me obligo a subir un escalón. En cuanto mi pie se asienta, una mano pesada se posa con firmeza en mi hombro.

—¿Nayla? ¿Estás bien?

No es la voz que esperaba. Giro la cabeza bruscamente con el ceño fruncido, fulminando con la mirada al hombre que me ha importunado con su caballerosidad en la calle.

—¿Cómo sabe mi nombre?

Me enseña mi tarjeta de identificación, en la que aparecen mi cara y mi nombre. Instintivamente, bajo la mirada hacia la cintura, donde siempre llevo enganchado el cordón de la tarjeta. Ahora no está, obviamente, ya que cuelga de la mano de este tipo. Quiero arrebatársela, pero por el momento reprimo mis impulsos menos femeninos. En su lugar, extiendo la mano.

—Gracias por encontrarla.

No la deposita en mi mano. En vez de eso, se inclina como si fuera a besarme. Retrocedo a toda prisa. No conozco a este tipo y, sinceramente, está empezando a darme repelús.

—Tranquila, tontita —dice de una manera demasiado familiar—. Solo te estoy protegiendo de la lluvia.

—Mi placa, por favor —digo con firmeza, acercándole mi mano extendida.

—¿Esta placa? —bromea, acercándola lo justo para rozar mis dedos antes de volver a apartarla de mi alcance—. Ven a por ella, Nayla.

—Deja de decir mi nombre y dame la placa.

Oigo un crujido detrás y por encima de mí y el corazón me da un vuelco. ¿Más peligro? ¿Menos? No me atrevo a apartar los ojos del pelmazo que tengo delante para evaluar al recién llegado a mi espalda. El tipo hace un movimiento, abalanzándose sobre mí como un buitre, ocultándonos de la vista bajo su paraguas. Aprovecho la oportunidad para agarrar mi placa y tirar con fuerza.

—Perdón, con permiso.

Me quedo helada en el peor momento, reaccionando instintivamente a la voz de Reggie. El pelmazo lo interpreta como una aceptación y presiona sus labios contra los míos. Asqueada y

molesta, le doy un empujón en el pecho, pero es como un muro de piedra. Reggie pasa a nuestro lado, echándonos un vistazo, y su mirada se cruza con la mía.

—¡Reggie! —lo llamo, desesperada por alejarme del pelmazo. Me tiene sujeta por los brazos. Con disimulo, giro el pie y le clavo el tacón con fuerza en la puntera de sus zapatos llamativos. Él suelta una palabrota y me suelta. Aferrando mi placa con fuerza, corro al lado de Reggie. Me mira fijamente con una mezcla de culpa y dolor, y sus ojos van de mí al hombre que he dejado atrás.

—No quería interrumpir —dice en voz baja.

—No, no, me alegro de haberte encontrado —le digo, con el corazón todavía desbocado. El miedo supera cualquier vergüenza, y enlazo mi brazo con el suyo. Sus ojos se nublan de confusión y mira por encima del hombro al tipo que hemos dejado atrás.

—¿Es tu…?

—¿Acosador? Posiblemente —susurro, esperando que estemos lo suficientemente lejos para que el pelmazo no nos oiga.

—¿Mmm?

—Vaya…, ¿una reunión corta? —pregunto con alegría forzada, tratando de cambiar de tema, aunque puedo oír al tipo acercándose por detrás. Por favor, que no empiece nada, por favor, que no empiece…

Reggie parece incómodo y se encoge de hombros como si prefiriera estar lejos de mí, pero no pienso soltarlo hasta que esté bien lejos de la vista de ese pelmazo.

—He llegado tarde —responde finalmente—. Ya casi había terminado. Empiezan otra dentro de una hora más o menos, pero… supongo que se me han quitado las ganas.

—Me alegro de oírlo —le digo con sinceridad. Todavía estoy medio distraída, escuchando los sonidos a nuestra espalda. Llegamos a la esquina, donde un flujo constante de coches gira para entrar en la calle asquerosa. Reggie pulsa el botón del semáforo con el codo, y el pelmazo acorta rápidamente la distancia. Me acurruco más cerca de Reggie, tratando de montar un numerito para el tipo sin darle a Reggie demasiadas señales contradictorias.

—Sabes que esos botones no sirven para nada, ¿verdad? —le pregunto a Reggie, forzando un tono juguetón.

—Costumbre —dice Reggie encogiéndose de hombros—. En la mayoría de los sitios funcionan.

—Supongo —respondo distraídamente, observando al pelmazo por el rabillo del ojo. Se ha detenido a unos tres metros de nosotros. Reggie se mueve, inquieto. Lo miro y veo que está observando al mismo tipo.

—Entonces no es tu cita —dice en voz baja, sin mover los labios.

—No. Un tipo cualquiera me ha quitado la placa y ha pensado que con eso tenía derecho a algo —respondo, igual de bajo, manteniendo la cara apartada del pelmazo.

Reggie asiente, pensativo.

—Sígueme el rollo —dice.

—¿En…?

Antes de que pueda terminar la pregunta, Reggie se gira, me rodea con los brazos y me inclina hacia atrás como a una *femme fatale*, rozándome suavemente los labios con los suyos. Es un beso de película, muy casto, nada más que una actuación para el otro hombre, pero aun así me marea y desata un calor que me recorre el cuerpo entero. Me endereza, me suelta despacio y me besa la punta de la nariz. Una leve sonrisa le asoma a los labios e ilumina su mirada. Me levanta la barbilla muy ligeramente, mirándome con esos ojos brillantes, tan pegado a mí que ni la lluvia encuentra espacio para caer entre nosotros.

—Reggie —susurro, intentando encontrar las palabras para describir la tormenta que se ha desatado en mi interior.

Me pone un dedo en los labios y luego me hace un gesto con los ojos. El baboso se aleja furioso cruzando la calle con el semáforo en rojo, dándole un puñetazo al capó de un coche y haciéndole una peineta a un taxi. Por primera vez desde que perdí de vista a Reggie, respiro hondo. Los coches se detienen, el semáforo cambia y empezamos nuestro propio paseo, menos agresivo, para cruzar la calle.

—Y ¿qué te ha hecho salir con este tiempo? —pregunta. Su tono es falsamente despreocupado, un camuflaje para sus propias

emociones. No puedo evitar preguntarme cuáles son.

—Una amiga me ha hablado de un hombre angustiado en el pasillo, farfullando que necesitaba una copa —confieso—. Temía que, si no intervenía, acabaría recogiéndote del suelo de un bar. Otra vez.

Lo miro y tengo que reprimir una sonrisa al ver que se le ponen rojas las puntas de las orejas.

—Debería haberlo sabido —dice—. Me di cuenta del acento, pero no até cabos. La belleza rubia es tu amiga, ¿no?

—Sí que lo es. Ya te hablé de ella una vez.

Enarca las cejas y mi propia expresión refleja su sorpresa. Sinceramente, no esperaba que recordara nada de lo que le dije en aquel entonces.

—¿Una de las chicas que grabó su nombre junto al tuyo en aquel escondrijo?

—Esa misma.

—¿Una de las chicas que te abandonó cuando tu madre se puso enferma? —Hay una nota oscura en su tono.

—De eso ya hicimos las paces —le digo rápidamente—. Créeme, ahora es mucho mejor amiga.

—Mmm.

Caminamos en silencio unos pasos.

—Gracias —digo finalmente, con la esperanza de romper la tensión... y obtener algunas respuestas—. Por quitarme de encima al baboso, quiero decir. Pero no tenías por qué hacerlo. No quiero que te metas en un lío con Reina por mi culpa.

Su paso vacila. Duda un instante y luego me arrastra bajo un toldo. Una cosa es caminar bajo la lluvia y otra muy distinta es quedarse quieto mientras te empapas.

—¿Por qué iba a meterme en un lío con Reina por besarte? —pregunta sin rodeos.

Parece sinceramente perplejo, casi enfadado. Un montón de posibilidades se arremolinan en mi cabeza, pero todas tienen una cosa en común: o miente él, o miente ella. Si es él, me va a resultar mucho más difícil afrontar con él lo de ser padres. Pero si es ella la

que miente... bueno, eso abriría todo un mundo de posibilidades para las que no sé si mi corazón está preparado.

Si le digo sin más lo que me dijo, ¿peligrará su trabajo? Si la despiden, ¿me sentiré mal? La verdad es que parecía maja, aunque un poco insistente y brusca.

—Nayla. —Los ojos de Reggie arden con intensidad.

—Yo... eh... ¿Pensaba que estabais juntos?

—No lo estamos —dice con firmeza—. Tuvimos un par de citas. Nada más, y fui yo quien lo zanjó.

—¿Por qué?

Un músculo se le tensa en la mandíbula y desvía la mirada hacia el tráfico, húmedo y reluciente.

—Simplemente no éramos compatibles —dice. Hay mucho más que eso, lo presiento, pero no voy a indagar—. En fin, te acompaño a casa antes de que te mueras de frío con esa ropa mojada.

Ninguno de los dos dice una palabra más hasta que llegamos al edificio. Me sujeta la puerta y me acompaña hasta las escaleras, donde duda un momento.

—Espero verte mañana en la oficina —dice—. Aceptaré tu dimisión si es lo que de verdad quieres, pero preferiría que te quedaras. —Me tiende la mano y yo se la cojo, apretándosela ligeramente.

—Allí estaré.

Respira aliviado y me dedica una sonrisa rápida y natural antes de soltarme la mano y darse la vuelta. Empiezo a subir las escaleras, despacio al principio, y luego subiéndolos de dos en dos al recordar el caos y la confusión en los que he dejado a Lacey y a Alaiya sin ninguna explicación. Me alegro de que esté aquí. No tengo ni idea de cómo procesaría todo esto sin ella.

CUARENTA Y NUEVE

Reggie

Tengo muchas preguntas. Algunas no tienen respuesta en este momento, pero otras...

Echo un vistazo a las ventanas del quinto piso, donde estoy seguro de que Reina está ocupada haciendo que mi negocio funcione como la seda. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme qué tipo de maquinaciones estará llevando a cabo en mi vida personal.

Nayla es demasiado sensata como para inventarse una relación basándose únicamente en el atractivo físico y la proximidad.

Estoy empapado, me doy cuenta al entrar en la oficina. Goteo por todo el suelo, lo que me vale unas cuantas miradas extrañadas. Dusty, uno de los encargados de planta, se acerca a mí apresuradamente con un fardo de toallas en los brazos.

—¡Pero bueno, señor Marin! ¡Si parece que acaba de salir de un río! ¡Sécate antes de que inundes todo el local!

Dusty, que tiene un concepto bastante vago del espacio personal, me lanza una toalla a la cabeza y me echa otra por los hombros.

—¡Ahora mueve ese culito de rico para arriba, a tu despacho, y ponte ropa seca! Te lo juro, este hombre se cree que puede comprar

su salvación de la muerte, pues déjame que te diga, cariño, que la cosa no funciona así. ¿Vale? Venga, a cuidarse *un poquito*.

Todo sucede tan rápido que me quedo de una pieza. Para cuando me encuentro en la planta de arriba, junto al ascensor, lidiando torpemente con unas toallas que se empapan por momentos, las puertas se abren y revelan a una Reina igual de sorprendida que yo.

—¿Qué demonios te ha pasado? —suelta ella.

—Está lloviendo. Eh... Con permiso.

—¿Que está lloviendo? ¡Que está lloviendo! ¡Claro que está lloviendo, eso no explica por qué estabas ahí fuera! Por cierto, ¿adónde has ido corriendo? Te has perdido la reunión con...

Intento ignorarla mientras cruzo la zona común hacia la puerta de mi despacho. Entro y cierro, vislumbrando apenas su furia antes de que el pestillo haga clic. Un instante después, está golpeando la puerta con insistencia.

—¡Reggie! ¡Reagan! ¡Tenemos que hablar de esto, no puedes volver a hacerme esto!

—¡Me estoy cambiando! —grito, con la voz ahogada mientras forcejeo para quitarme la ropa mojada.

La elección de sus palabras me paraliza, incómodo, tanto por los posibles dobles sentidos como porque las mangas se me pegan al cuerpo como una camisa de fuerza.

Usar mi nombre completo... *tenemos que hablarlo... no puedes hacerme esto...*

Impulsivamente, todavía medio atrapado por las mangas, abro la puerta de un tirón y fulmino a Reina con la mirada.

—¿Te das cuenta de cómo ha sonado eso, verdad?

Una de sus cejas se arquea y una sonrisa lasciva tira de la comisura de sus labios. Sus ojos oscuros recorren mi pecho desnudo antes de clavarse en mi cara. Se cruza de brazos, apoya el peso en un talón y sonríe con aire de suficiencia.

—¿Y tú te das cuenta de la pinta que tienes, verdad? —ronronea ella.

Tardo un segundo en asimilarlo, y luego me miro, todavía húmedo. Irritado, hago ademán de cerrar la puerta para terminar lo

que había empezado, pero Reina se me adelanta y apoya una de sus manos de manicura perfecta contra la puerta.

—Espera, Reggie, por favor. Hablemos de esto. De cómo sueno yo, de la pinta que tienes tú... Es obvio, ¿no? Cualquiera pensaría...

—Ya sé lo que pensaría cualquiera. Me lo acaban de dejar bastante claro hace un momento. Me estoy cambiando, cierra la puerta.

Ella resopla y pone un mohín, pero me permite cerrar la puerta. No pierdo más tiempo en quitarme la ropa y meterme en la ducha.

Casi puedo sentir la presencia de Reina al otro lado de la puerta, esperando como una depredadora al acecho. Quizá estoy exagerando, quizá me he vuelto paranoico, pero de verdad siento que Reina está al acecho para saltar a la mínima grieta que vea en mi armadura. No creo que la conversación que tuvimos fuera tan eficaz como yo esperaba.

Cierro el agua caliente y cojo la toalla. No es ni de lejos tan mullida como las que me ha lanzado Dusty; tendré que preguntarle dónde las ha comprado.

Con el cuerpo ya seco, empiezo a secarme el pelo con la toalla mientras camino desnudo por el diminuto pasillo hasta el estrecho armario donde guardo la ropa.

Sin embargo, en cuanto lo hago, doy un respingo y ahogo un grito de sorpresa. La toalla se me cae y me cubro con las manos mientras una sonrisa se dibuja en el rostro de Reina.

—Oh, lo siento mucho, Reggie —dice, sin que su voz suene arrepentida en lo más mínimo—. No pretendía pillarte en una situación tan comprometida. —Mentiras, malditas mentiras—. Anda, deja que te ayude. —Empieza a caminar hacia mí, con la mano extendida.

—¡No! No. Date la vuelta. Ve a sentarte en el escritorio o lo que sea. ¿Qué haces aquí? No, no respondas, solo date la vuelta, joder.

Pone los ojos en blanco, pero hace lo que le pido. Saco unos pantalones de chándal y una camiseta del armario y me los pongo a toda prisa, sin preocuparme en lo más mínimo por parecer profesional en este momento.

—No tienes nada de qué avergonzarte, ¿sabes? —dice Reina, todavía de espaldas—. Sigues tan en forma como siempre.

—En forma o no, esto es una invasión de la privacidad en toda regla —replico bruscamente—. ¿Qué demonios haces aquí? —Ahora que estoy vestido, la vergüenza se convierte en rabia.

Se encoge de hombros.

—Pensé que necesitarías ayuda —dice con fingida inocencia—. Esa camisa mojada tuya parecía estar dándote problemas.

Me calzo unas zapatillas y entro a zancadas en la zona principal de la oficina.

—No soy un niño. No soy un inútil. No eres ni mi madre ni mi cuidadora, así que déjame preguntarte, Reina, ¿qué crees que eres exactamente para mí?

Ahora estoy frente a ella, fulminándola con la mirada mientras me observa con una expresión de petulancia y diversión, y reprimo el pánico que subyace a mi rabia. ¿Qué diablos le ha estado diciendo a todo el mundo?

—Tu socia, por supuesto —dice, abriendo mucho los ojos y parpadeando con inocencia.

—Socia —repito—. ¿Qué clase de socia crees que eres para mí, Reina? ¿Qué clase de socia le has estado diciendo a la gente que eres?

Parece un poco sorprendida. Bien. He tenido la sensación de estar luchando contra un fantasma y de ir siempre dos pasos por detrás.

—¿Decírselo a la gente? —repite.

—Sí. ¿Qué le has estado diciendo a la gente sobre nuestra relación? ¿Qué le dices a la gente que somos el uno para el otro? Porque, por lo que a mí respecta, eres mi empleada y mi amiga, y eso es todo. ¿Y para ti?

—¿A qué viene esto? ¿Qué crees que le estoy diciendo a la gente, Reagan, que estamos planeando una boda? En serio, sabes que desprecio los cotilleos de oficina más que nadie. ¿Qué gente? ¿La opinión de quién te importa tanto como para que vengas a atacarme así, con esa mirada aterradora?

Contengo el impulso de ponerme a la defensiva. Le está dando la vuelta a la tortilla a propósito y no pienso tolerarlo.

—Algunos de mis empleados, algunos de *nuestros* empleados, tienen la impresión de que tú y yo estamos juntos y que es algo serio. Ahora, ¿de dónde habrán sacado esa idea? —Niego con la cabeza mientras ella frunce los labios y evita mi mirada—. Si hubiera surgido de forma natural, nuestro comportamiento habría sido extremadamente inapropiado. Permitir el tipo de familiaridad que te tomas, entrando y saliendo de mi espacio privado como te da la gana, gritándome de forma que todo el mundo pueda oírte… todo eso ya sería suficiente para que la gente se inventara una historia sobre nosotros. Pero hay quien necesita más pruebas para creerse algo, y yo sería idiota si no pensara que quizá, *solo quizá*, lo estás haciendo a propósito.

—¿Y qué ganaría yo haciendo creer a la gente que conseguí mi puesto tirándome al jefe? —exige Reina, con los ojos encendidos y las mejillas rojas—. ¿Crees que la gente no cree ya que he ascendido a base de acostarme contigo?

—No.

Ella retrocede como si la hubiera abofeteado.

—¿Qué?

—No. No creo que nadie piense que has ascendido acostándote con el jefe, no después de hablar contigo ni dos segundos. Eres guapa, Reina, pero también eres inteligente. Aterradoramente inteligente y espantosamente competente. Nadie que haya recibido órdenes tuyas dudaría jamás de que eres la adecuada para tu puesto, o de que te lo has ganado honradamente. No eres del tipo que intercambia favores sexuales por un ascenso. Salta a la vista.

Ella pone los ojos en blanco.

—Está claro que no sabes nada sobre los retos a los que se enfrentan las mujeres en el mundo laboral.

—¿Y tú sí? Vamos, Reina. Llevas trabajando para mí desde que nos graduamos. ¿Me estás diciendo que he sido un gilipollas sexista todo este tiempo?

—Oh, por supuesto que no. Pero eres un ingenuo si crees que nadie nos mira y saca conclusiones precipitadas.

—Y tú solo alimentas esas conclusiones hablándome como lo haces, irrumpiendo en mi despacho cuando *sabes* que estoy desnudo y, creo yo, hablando de nosotros con cualquiera que quiera escuchar.

—Ah, ¿ahora soy una cotilla? —Resopla con asco y empieza a pasearse—. ¿De qué va esto en realidad, Reagan? ¿Tienes por ahí a alguna mujer que no quiere acercarse lo suficiente como para cruzarse en mi camino? ¿Por qué querrías a una mujer sin carácter como esa? Si no está dispuesta a luchar por ti, ¿acaso merece tu tiempo?

—Respetar la aparente relación de otra persona no es falta de carácter, es decencia. Es lo que hace la gente *normal*. La gente decente no ve la relación de otra persona como un desafío o un juego de espera.

El silencio abofetea la habitación tras mi declaración. Tiene los ojos húmedos y las mejillas sonrojadas. Casi parece avergonzada de sí misma, aunque, en mi opinión, no lo suficiente.

—Nunca pensé en tu matrimonio como un juego de espera —dice, con la voz temblorosa—. Nunca le deseé la muerte a Andie, ni una sola vez. El desafío era conmigo misma. Me desafié a mí misma para ser una buena amiga de mi buena amiga y de su marido.

Eso no encaja del todo con lo que me dijo antes, pero supongo que no es tan descabellado. La gente es complicada.

—¿Y ahora?

Reina me da la espalda, con los hombros altos y rígidos.

—¿Y ahora qué? ¿En qué relación me estoy entrometiendo ahora?

No, no pienso responder a eso. Lo último que quiero es poner a Nayla y a Alaiya en el punto de mira de Reina. Además, ni siquiera es culpa suya que Reina no me interese, eso es obra de ella.

—En la nuestra —le digo con calma—. Te estás entrometiendo en nuestra relación profesional en tu intento de hacerla personal.

Se mofa, poniendo los ojos en blanco mientras se vuelve para mirarme de nuevo.

—Nuestra relación siempre ha sido *personal*, Reagan. Aunque no fuera romántica, siempre fue *personal*. Horas y horas y días y días y

años de mi vida *personal*, dedicados a ti, ¿y qué me das a cambio? ¿Un trabajo? Podría conseguir un trabajo en cualquier sitio y lo sabes. ¿Por qué debería quedarme? Dímelo. ¿Por qué debería ayudarte a construir un reino si no puedo ser tu reina?

Aprieto la mandíbula. No siento remordimiento, que creo que es lo que busca. Ni siquiera siento lástima. Estoy asqueado y decepcionado de que pensara que mi amor era algo que podía ganarse con tiempo y esfuerzo, de la misma manera que se ganó sus puestos en mis empresas.

—Si así es como te sientes, deberías empezar a buscar trabajo en otro sitio. Tú y yo nunca estaremos juntos de esa manera. Sencillamente, no va a pasar. Reina, ya hemos hablado de esto. ¿No fui lo bastante claro?

Una extraña calma se instala en su rostro.

—Fuiste perfectamente claro —dice con calma—. Pero no puedo aceptar tu respuesta.

—¿Por qué coño no?

Me mira a los ojos y siento que su oscura mirada me atraviesa el alma.

—Porque te conozco. Mejor, creo, de lo que te conoces a ti mismo. —Deja que el silencio enfatice su desconcertante y enfurecedora declaración, y luego mira su reloj—. Tengo una reunión.

Con eso, se da la vuelta y sale, dejándome solo para averiguar cómo manejar este lío demencial en el que me he metido.

CINCUENTA

Nayla

—Menuda historia —suspira Lacey—. Dios santo, Nayla, ¿qué vas a hacer ahora?

Niego con la cabeza, apilando bloques para que Alaiya los derribe.

—No lo sé. Le dije que me quedaría en la empresa. Vamos a ir despacio con lo de la crianza compartida, no quiero que la abandone y le rompa el corazón como me lo rompió a mí. No creo que tenga ni casa en la ciudad, no ha estado por aquí lo suficiente como para necesitar una. Se rumorea que duerme en su oficina. Lo dicen como si fuera una señal de su dedicación, pero no lo es. Así es él, incapaz de echar raíces. ¿Cómo puedo confiar en que se comprometa con ella si ni siquiera puede comprometerse con un hogar de verdad?

—¿Se lo has preguntado?

Me encojo de hombros.

—No con esas palabras. Es que… siento que si le hago preguntas de ese tipo, se va a esforzar en crear una imagen solo para mí, algo para demostrarme que puede ser el hombre que yo necesito…, que *ella* necesita que sea, y entonces será cuestión de tiempo que la fachada se derrumbe. No quiero eso. No quiero que finja para contentarme. Solo quiero saber que no la va a abandonar.

—Lo entiendo —dice Lacey, frunciendo el ceño, pensativa—. Pero ¿cómo te lo va a demostrar? Es decir, si le dices lo que necesitas y lo hace, pensarás que te está tomando el pelo. Si no le dices lo que necesitas, ¿cómo va a saberlo?

Recojo las piernas y me abrazo las rodillas contra el pecho.

—Sé que no es justo. Y créeme, preferiría poner todas mis cartas sobre la mesa. Pero no puedo. Es un hombre hecho y derecho, Lacey Lee. Debería saber lo que se necesita para criar a una niña, o al menos ser capaz de averiguarlo. No puedo estar criándola a ella y a su padre al mismo tiempo, simplemente no es lo que quiero hacer con mi vida. Quiero que su padre sea el tipo de hombre con el que me sienta cómoda dejándola. El tipo de hombre al que pueda dejarla querer con todo su corazón sin tener miedo de que la vaya a destrozar.

—Así que necesitas que lo descubra él solito —dice Lacey, asintiendo para mostrar que lo entiende—. A ver, no te culpo. Solo… quiero que tengas en cuenta una cosa.

—¿Cuál?

Respira hondo y me lanza una mirada larga y seria.

—El padre de tu hija es el Rey de FlopHouse. El Creador de Cloud City. Tiene miles de millones. ¿Te imaginas cómo sería su vida, con acceso a todas las puertas que abre tanto dinero?

Me levanto del suelo rápidamente y camino de un lado a otro durante un momento antes de ponerme con las cajas a medio llenar, sacando cosas y volviéndolas a guardar en una especie de desorden caótico.

—No necesita todo eso —digo, intentando sonar firme—. Yo puedo darle todas las cosas materiales que necesita. Puedo darle comida, un techo, amor, una educación… todo. Me pagan bien, soy buena en mi trabajo, y si la cosa se tuerce, puedo conseguir otro igual de bueno. No necesita niñeras, ni ropa de marca, ni coches, ni fiestas deslumbrantes. No los necesita. Solo necesita a su madre.

—Y a su padre —dice Lacey, suspirando mientras se levanta para seguirme—. Ya lo sé, ya lo sé —añade rápidamente, haciéndome un gesto para que no proteste cuando abro la boca—. Tu madre te crio sola y lo hizo de maravilla. Te dio lo mejor de sí misma, y fue

suficiente. Era una mujer maravillosa, y estoy segura de que nunca sentiste la ausencia de tu padre.

Eso no es del todo cierto, pero por ahora voy a fingir que lo es.

—Bueno, ¿lo ves? Tiene todo lo que necesita. Cualquier cosa que él aporte sería un extra. Innecesario.

Los ojos de Lacey están llenos de compasión, y quizá de pena. Intento ignorar esa parte. Empieza a ayudarme a colocar las cosas, evitando mi mirada por un momento.

—Sabes que mi padre era camionero —dice—. No paraba mucho por casa, y seguro que tenía mujeres a las que veía en la carretera. Le hizo la vida imposible a mi madre, estoy convencida.

—Me estás dando la razón.

—No —replica ella—. Porque aunque solo estuviera a veces, y aunque fuera duro con mi madre, era mi padre. Cuando volvía a casa, el mundo entero parecía un poco más brillante, un poco menos horrible. Me enseñó cosas que mi madre nunca me habría enseñado, y me quería con todo su corazón. Y se aseguró de que yo lo supiera. Hay algo en ser el centro del universo para dos personas que no esperan nada a cambio que, simplemente…, te hace sentir que puedes hacer cualquier cosa. Te hace sentir poderosa, segura y querida.

—Yo me sentí poderosa, segura y querida.

—Lo sé, lo sé. Hasta que tu madre enfermó.

El cuenco que acabo de sacar de la caja cae de nuevo dentro, haciendo un ruido espantoso que tendré que investigar con cuidado cuando me calme. Me vuelvo bruscamente hacia Lacey, con años de dolor e ira bullendo en mi interior.

—¿Qué demonios quieres decir con eso?

Ella traga saliva, manteniendo una expresión neutra y la mirada baja.

—Cariño, no intento reabrir viejas heridas. Solo soy realista. Cuando mi padre enfermó de cáncer, tuve miedo. Pero estaba a salvo, porque mamá estaba allí para que mi mundo no se desmoronara. Cuando murió, quedé destrozada. Pero me sentí querida, porque mamá estaba allí para quererme. Me sentí débil, desconsolada, y ella estuvo allí para recordarme mi fuerza. No estoy

diciendo que una madre soltera no pueda darle a su bebé todo lo que necesita, Nayla, jamás diría eso. Solo digo que, en lo que respecta a la estabilidad, dos piernas son mejor que una. Incluso si una de ellas está un poco torcida.

—Él no está un poco torcido, está roto y a veces ni siquiera está. ¿Qué es peor? ¿Aprender a saltar a la pata coja o aprender a depender de una pierna que, de repente, puede desaparecer?

—Bueno, eso puede enseñarte que, incluso cuando estás sola, ese apoyo siempre volverá cuando más lo necesites —dice ella—. Confía en mí, Nayla. Hablo por experiencia propia.

Deshacemos las cajas en silencio durante un rato. Alaiya está ocupada chocando juguetes entre sí y reorganizándolos de una manera que solo tiene sentido para ella.

—Además —dice Lacey al cabo de un rato—, que sea tan rico no viene nada mal.

—Eso es más una preocupación que una ventaja —admito, por fin lo bastante tranquila como para ver si he hecho añicos la vajilla o no. No lo he hecho, pero he conseguido partir ese cuenco por la mitad. Recojo los trozos mientras intento explicarme—. Esa mujer, Reina…

—Ese nombre me suena. ¿No es la jefa a la que le caíste bien en tu entrevista?

—La misma —digo, asintiendo—. Más o menos me dijo que estaba prometida con Reggie.

Los ojos de Lacey Lee se abren como platos.

—¿Prometida? ¿Te lo dijo ella? ¿Él te ha dicho algo al respecto?

Niego con la cabeza.

—Esa es parte del problema que tengo. O sea…, entiendo que toda la revelación del bebé lo haya dejado de piedra y todo eso, pero hablaba como si estuviera listo para mudarse con nosotras hoy mismo. Y, no sé, me da muy mal rollo que pueda ser tan chulo al respecto, ¿sabes? Y sé que tiene el dinero para comprar su salida de un compromiso, para gastarse un dineral en la casa de sus sueños, para… no sé… barrerlo todo bajo la alfombra sin repercusiones. Para él.

—Para él —repite, con énfasis—. Exacto. Porque a menos que pienses dejar tu trabajo, Reina seguirá siendo tu jefa. Una de tus jefas. ¡Dios mío, él también es tu jefe! ¿Eso es siquiera legal? Quiero decir, si decidieras darle otra oportunidad, ¿tendrías que dejar el trabajo de todos modos?

—Estoy segura de que en realidad no es ilegal salir con tu jefe. Creo. ¿Lo es? No, da igual, no importa, porque no pienso salir con un infiel. Por no mencionar que ya me dejó colgada una vez, ¿cómo podría vivir con él? ¿Conmigo misma, si dejara pasar todo eso? No, bonita. De eso nada. Les deseo a él y a Reina una vida maravillosa juntos. —Las palabras me salen llenas de sarcasmo y rencor, pero su eco retumba dolorosamente en mi corazón.

—¿Mientras tú crías a su hija sola? No, señora. Dos cosas. Una, ¿crees que le hablará a Reina de ti antes de casarse? Dos…, y ten en cuenta que no conozco a la mujer, solo me baso en lo que me has contado…, ¿estamos seguras de que están prometidos? Quiero decir, ¿lleva un anillo?

Hago una pausa y frunzo el ceño mientras imagino sus manos. Dedos largos, manicura perfecta y brillo. Mucho brillo.

—Lleva muchos anillos —admito—. Siempre lleva un montón de joyas de lujo. Intento hacer memoria, pero no recuerdo si hay uno que lleve siempre. Además, me dijo que querían mantenerlo en secreto porque su difunta esposa todavía era muy querida en sus círculos y la gente podría pensar que está pasando página demasiado rápido o algo así.

Lacey me dedica una mirada larga y pensativa, y luego empieza a recoger las cosas que he dejado tiradas por ahí.

—Quizá nosotras también vamos demasiado deprisa —dice.

—¿Qué dices? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Bueno..., estamos enfocando esto como si fuera un completo desconocido, como si te fuera imposible saber lo que piensa.

Me encojo de hombros.

—¡Pues es que casi lo es, Lacey Lee! Apenas lo conocí durante tres meses antes de que se largara, y tampoco es que supiera mucho de él entonces.

—¿Te mintió en algún momento?

Frunzo el ceño, pensativa. Me esfuerzo por recordar cosas que desdibujé a propósito para protegerme. Cuando abro esa caja en mi mente, un montón de emociones que tenía encerradas salen a estirar las piernas. Se me dibuja una sonrisa en los labios mientras me escuecen los ojos, amenazando con lágrimas.

—No —respondo, con la voz demasiado baja y algo ronca—. No, nunca me mintió directamente. Daba rodeos y se andaba por las ramas hasta que te parecía que había respondido, pero jamás mentía.

Ella arquea las cejas, sorprendida.

—¿Y dejabas que se saliera con la suya?

—Claro que no —resoplo—. Se lo eché en cara el segundo día que lo conocí.

—Siempre te ha gustado jugar con fuego —murmura mientras abre las solapas de otra caja—. Mi último novio me habría montado un pollo si se lo hubiera dicho así, a la cara. Por eso es mi ex. ¿Cómo reaccionó Reggie?

No me hace ninguna gracia que esta conversación me obligue a remover el pasado y a sacar a la luz toda esa mierda que he estado intentando dejar atrás. Supongo que ese sentimiento se me nota en la cara, porque Lacey deja lo que está haciendo y se pone las manos en jarras, lanzándome una mirada que me recuerda a su madre.

—Vas a tener que pensar en estas cosas con la cabeza fría, no solo con el corazón —dice con firmeza—. Sé que ahora mismo quieres maldecir su nombre y dejar que se pudra, pero tienes que ser sincera contigo misma. Por el bien de la niña. ¿Es el tipo de persona que estallaría con ella cuando sea lo bastante mayor como para señalarle que se porta mal?

Dejo escapar un suspiro que se lleva con él gran parte de mi espíritu de lucha.

—No, no lo es. Cuando le dije que lo había calado, me respondió sin rodeos que estaba sufriendo y que no estaba preparado para hablar de ello.

—¿Te llegó a contar por qué sufría?

Evito las miradas severas y maternales que no para de lanzarme y me mantengo ocupada desmontando las cajas que hemos vaciado.

Las aplano con cuidado y las apilo ordenadamente en el armario de la entrada. No pienso comprometerme a quedarme para siempre y no estoy dispuesta a renunciar a la opción de marcharme ahora mismo.

—No sé si alguna vez me lo dijo directamente —digo en voz baja —. Después de que se fuera, mamá me contó que era viudo. En su momento, me dolió tener que enterarme por ella. Pero eso es todo lo que sé.

—No, no lo es —dice, no en tono de confrontación, sino con una confianza tranquila.

Mis hombros se tensan.

—¿Qué quieres decir con eso?

Me dedica otra de esas miradas y yo pongo los ojos en blanco.

—Quiero decir —dice, ignorando mi actitud— que ya sabes quién es..., quién es para ti y quién es en realidad..., desde hace unos días. Sé que eres más cotilla que una urraca cuando crees que es necesario. Sé que ahora sabes más de él y de su dolor que lo que sabía tu madre cuando te lo contó.

—No es verdad —le digo, terca—. Sé que es viudo, eso es todo. No me puse a buscarle los trapos sucios, solo quería alejarme de él lo más rápido posible.

—Bueno —dice, mirando a su alrededor, a todas mis cosas ya casi en su sitio—, supongo que ya es tarde para eso. Parece que necesitas una nueva estrategia.

Suspiro con amargura y cojo a Alayia en brazos cuando me tiende las manos.

—Debería haberme ido más rápido.

—Deja de quejarte —me dice, tirándome un paño de cocina a la cabeza—. Estás exactamente donde tienes que estar. Solo tienes que averiguar qué hacer a partir de ahora, eso es todo. Y creo que la única manera de que veas el futuro con claridad es reconciliándote con el pasado. Ahora sabes más de él que nunca, y aun así no es suficiente para que te tranquilices.

—¿Estás sugiriendo que le deje mudarse conmigo? —Mi tono brusco se refleja en la carita de Alayia. Me frunce el ceño y yo me esfuerzo por suavizar mi expresión.

—Claro que no, tonta —se queja Lacey—. Y deja de hacer eso, de ponerte tan arisca y a la defensiva conmigo. Solo digo que no te vendría mal tener una conversación con ese hombre que no lo deje hecho polvo y con ganas de beber.

La culpa me oprime el pecho y la reprimo. No es culpa mía que sea un alcohólico, y tampoco es culpa mía que se sintiera abrumado después de conocer a su hija. Lo único que hice fue mantenerme firme ante su encanto, para protegernos a Alayia y a mí. Quizá podría haberlo hecho con un poco más de delicadeza. Alayia se retuerce, así que la vuelvo a dejar en el suelo.

—Lo intentaré —accedo finalmente—. Pero no prometo nada.

—Poco a poco —acepta Lacey, sonriéndole a mi hija—. Pasitos torpes pero valientes hacia lo desconocido.

Resoplo, pero sus palabras se me quedan grabadas mientras observo a mi bebé explorar nuestra pequeña casa con su determinación característica. Si ella puede tener tanta confianza cuando ni siquiera tiene rótulas, yo no tengo ninguna excusa.

CINCUENTA Y UNO

Reggie

Le envío un mensaje a Gabriel para decirle que Nayla volverá mañana.

Espero no estar mintiéndole sin querer. Dijo que se quedaría, y quiero creer que puedo confiar en ella. Además, no es una hipócrita. Tampoco es una manipuladora, no a menos que le hayan hecho un trasplante de personalidad, que es más de lo que puedo decir de la mayoría de las mujeres de mi vida en este momento.

La frase de Reina no para de repetirse en mi cabeza como una amenaza en bucle.

Por mucho que me sumerja en mi trabajo, por muy ocupado que me mantenga con tareas complicadas y nuevas ideas emocionantes, su presencia se cierne en el fondo de mi mente.

No paro de distraerme, ensayando discusiones en mi cabeza, intentando encontrar un ángulo para abordarla que acabe con este delirio de una vez por todas.

O quizá debería despedirla sin más.

Ese pensamiento me asalta justo cuando el ascensor se abre.

Me froto los ojos, cansado, y me doy cuenta tardíamente de que ya ha pasado la hora de oficina en ambas costas. Nadie en su sano

juicio va a contestar al teléfono o a los correos electrónicos hasta mañana.

Para cuando he terminado de restregarme los ojos y las lucecitas han desaparecido, Reina ha aparecido en mi despacho.

—Pobrecito —dice con calidez—. Trabajas mucho, ¿sabes?

—Son gajes del oficio —respondo encogiéndome de hombros—. Se te ha hecho tarde. —Me muerdo la lengua antes de que pueda preguntarle automáticamente si necesita algo. Con el humor que se gasta últimamente, podría interpretarlo como una especie de invitación sexual.

—Terminando unas cosillas —dice, acercándose a mi escritorio con un contoneo. Reprimo el impulso de echar la silla hacia atrás—. Y quería ver si tenías hambre. La hora de la cena fue hace horas, y todavía te debo una cena.

Le lanzo una mirada larga e inexpresiva.

—No me debes nada —le digo con firmeza.

—Claro que sí. —Se apoya de lado en mi escritorio, girándose como si estuviera posando para una cámara—. Hice el ridículo la última vez que me invitaste a cenar, y creo que se me fue la cabeza al día siguiente en el desayuno.

—Estuviste un poco subida de tono.

—No seas tan serio, no es atractivo. No comes lo suficiente. Venga, Rrrreagan, invito yo. Te prometo que no te pediré que bebas alcohol, solo quiero asegurarme de que comas algo.

Suspirando, empiezo a apagar los ordenadores. Ella sonríe con aire de suficiencia, como si hubiera ganado, se aparta de mi escritorio y da una palmada.

—Muy bien. Y ahora, ¿dónde vamos?

—Me voy a casa —le digo—. Si de camino a casa me entra hambre, pediré algo.

—Vale, una noche tranquila con comida para llevar me parece bien —dice, pestañeando—. Tú conduces, yo pido la comida.

No espera una respuesta antes de darse la vuelta para salir de mi despacho.

—No, Reina.

Se queda de piedra y se da la vuelta con una expresión de fingida sorpresa que apenas oculta su rabia.

He estado sopesando la idea de que quizá se engaña a sí misma, pero lo dudo. Creo que sabe perfectamente lo que hace y que simplemente está cabreada porque no le sigo el juego.

—¿Perdona? —dice, con una voz afilada como el hielo.

—Me voy a casa. Solo. Y tú también te vas a casa. O a cenar, o de fiesta, o a lo que sea que quieras hacer a las nueve de la noche de un miércoles, no me importa. Pero no vas a venir conmigo y desde luego no vamos a ir a cenar juntos.

No sé por qué plantarle cara de esta forma me provoca este nudo en el estómago, ni por qué una parte de mí está segura de que puede oler mi malestar. Me sonríe, y eso no me tranquiliza en lo más mínimo.

—No te preocupes, cariño. No te pediré que finjas esta noche. Solo necesitas que te cuiden. Llevas años hecho un desastre, estás en los huesos, y hoy tienes peor cara que nunca. Deja ya de resistirte. Deja que te cuide un poco. Para eso están los amigos, ¿no?

Cojo la chaqueta y me la pongo. Sé que no es precisamente amistad lo que tiene en mente. Sé que no va a renunciar tan fácilmente a su fantasía de que seamos la pareja perfecta. También sé que tengo un as en la manga, uno que es casi seguro que la haría reconsiderar su postura..., pero no sé si podría vivir conmigo mismo si jugara esa carta en particular.

Ahora no.

No como defensa.

Usar a mi hija como escudo humano sería una forma de mierda de empezar a ser padre, ¿no?

—Esta noche no. Te pido, como amigo, que lo dejes estar por esta noche.

Frunce los labios y me clava sus ojos oscuros. —De acuerdo. Pero solo si me prometes que me contarás qué es lo que te tiene tan... —hace un gesto vago hacia mí—. Lo que sea que es esto. ¿Trato hecho?

—Mañana —repito con firmeza—. Pregúntamelo mañana.

AL FINAL, ninguno de los dos tuvo tiempo de hablar de nada al día siguiente.

Dirigir una *startup* es emocionante, pero también un desafío enorme, y ya me están estallando fuegos en la bandeja de entrada antes de haberme terminado la primera taza de café. Reina está abajo, en el departamento jurídico, intentando averiguar qué ha pasado con unos permisos que deberíamos haber recibido ayer y por qué nadie se ha encargado del tema hasta esta mañana.

Mientras tanto, yo estoy intentando formar un equipo para ir a California. Esteban y Nayla son mis primeras opciones para este proyecto; él, por su experiencia en arquitectura, y ella..., bueno, francamente, por motivos egoístas.

Pienso dirigir el equipo yo mismo, y no se me ocurre nada peor que pasar otros seis meses lejos de ella ahora que por fin la he vuelto a encontrar. Por no hablar de Alayia. Su vida es tan pequeña, tan nueva... Quiero estar ahí para cada pequeño detalle, siempre que Nayla me lo permita.

Abro la aplicación de mensajería interna. Mi primer impulso, por supuesto, es escribirle directamente a Nayla.

Cuando la busco, el sistema se me adelanta. Su estado indica que está trabajando a las órdenes de Gabriel en su proyecto actual. El protocolo dicta que debería pasar por Gabriel si quiero hablar con ella mientras está trabajando activamente en su proyecto. Estoy a punto de pasar de todo y escribirle de todos modos. Llego a hacer clic en la ventana del chat antes de recapacitar.

Podría «robársela» sin ningún problema. Nadie me diría nada.

Joder, dudo que nadie dijera nada en contra. Pero socavaría la confianza que estoy intentando construir aquí y minaría el ambiente de respeto mutuo que quiero para mi empresa.

Aun así, está *ahí mismo...*

Suspirando, dejo todo el asunto a un lado por un rato. Es obvio que no estoy de humor para hacer nada que involucre a Nayla.

Además, si empiezo con Esteban, ayudará a evitar cualquier sospecha de favoritismo.

Estoy a mitad de escribirle al actual jefe de proyecto de Esteban cuando me doy cuenta de que ya estoy actuando a escondidas, intentando mantener en secreto mi relación con Nayla y su hija.

No sé si estoy tomando las decisiones correctas, o si debería ser totalmente transparente para adelantarme a cualquier rumor que pueda surgir. Ni siquiera sé si hay rumores, más allá de los que circulan sobre Reina y yo, pero eso parece otra cosa que debería intentar averiguar.

—Matar dos pájaros de un tiro —murmuro para mis adentros mientras envío el mensaje.

No he pasado mucho tiempo con ninguno de los nuevos empleados, pero sí recuerdo claramente a Esteban. Me dio la impresión de ser de los que siempre saben más de lo que aparentan, y quizá consiga que suelte prenda sobre cualquier rumor relacionado conmigo, con Nayla o con Reina.

Esteban no estará disponible para reunirse hasta después de comer, lo que me da tiempo para ponerme en contacto con Gabriel. Si Nayla estuviera libre, podría conseguir que se uniera al equipo primero..., pero quizá necesite otra taza de café antes.

Durante las siguientes horas, encuentro una razón tras otra para evitar contactar con Gabriel. Hago una lista corta de otros posibles empleados para llevarme a California, ato algunos cabos sueltos con otros proyectos —asuntos que, la verdad, podrían haber esperado perfectamente— y un montón de cosas más.

No sé por qué estoy dando largas al asunto. Quizá simplemente no estoy preparado para otro cara a cara con ella. Quizá una parte de mí teme que entre en mi despacho y se marche de nuevo, como hizo la primera vez.

Sea como sea, llega la hora de mi reunión con Esteban antes de que consiga armarme de valor y enviar el mensaje. Llega y me saluda con esa forma suya tan encantadora, y siento que me está calando. Es un poco desconcertante, pero su perspicacia es una de las grandes razones por las que lo quiero en este proyecto conmigo.

—Bueno, Esteban —digo mientras nos sentamos—, estoy seguro de que ya ha oído hablar del proyecto de California.

Su expresión cambia ligeramente; primero resignada, luego muestra una especie de pesar amable. —Así es. Suena muy interesante.

Hay un «pero» flotando en el aire. Como no lo dice, insisto.

—Me gustaría que usted dirigiera el equipo de diseño de arquitectura. Cubriríamos el alojamiento, por supuesto. Se espera que el proyecto dure seis meses, y empezaría en cuanto tengamos a la gente adecuada en los equipos adecuados. Un puesto como este le abriría la puerta a aumentos, bonificaciones y ascensos.

Su expresión no ha cambiado. Me observa tranquilamente mientras le vendo la idea, y tengo la sensación de que ya ha tomado una decisión.

Un cosquilleo de inseguridad me recorre la nuca y, en lugar de detenerme para saber su respuesta, empiezo a hablar más rápido.

—Creo que es el hombre adecuado para el trabajo. Es usted bilingüe, inglés y español, ¿verdad? Eso va a ser muy importante en el sur de California, y es usted muy perspicaz y ha tenido un éxito excepcional en puestos anteriores similares. Dirigiría un equipo de cuatro a seis personas; el edificio no es grande, pero es muy inestable. Creo que se llevaría muy bien con el dueño del edificio, ha sido socio de mis empresas durante mucho tiempo y es buena gente, un hombre muy familiar.

Hago una pausa para recuperar el aliento y me doy cuenta de que su expresión de pesar no ha hecho más que acentuarse.

Mierda.

—Así que... —termino débilmente—. ¿Qué le parece?

Esteban me sonríe, desplegando todo su encanto. —Suena como una oportunidad fantástica, señor Marin. Pero me temo que tendré que rechazarla.

Me lo esperaba, pero aun así tardo un momento en procesarlo. —¿Puedo preguntarle por qué?

La expresión de Esteban se suaviza. —Tengo una niña pequeña, señor Marin. Le han pasado muchas cosas tristes en su corta vida.

Es mi sobrina, pero legalmente es mi hija. Soy la única persona que tiene en el mundo.

—Podemos proporcionarle alojamiento familiar —le digo, esperanzado—. Y estoy seguro de que podemos acordar algún tipo de ayuda económica para su cuidado.

Esteban niega con la cabeza. —Lo siento, señor Marin. Mi hija todavía no se ha acostumbrado a vivir conmigo. Tampoco está acostumbrada a la guardería a jornada completa. Solo tiene dos años y ya ha asistido al funeral de su madre. Se siente cómoda con su terapeuta y todavía se despierta por la noche llorando y llamando a su mamá. No puedo desarraigarla. Me costaría mucho trasladar a cualquier niño de dos años al otro lado del país, pero para ella es, sencillamente, inviable. Por mucho que me encante este trabajo y por mucho que me gustaría abrir la puerta a mayores oportunidades, tengo que dar prioridad a mi hija.

Mi cabeza va a mil por hora, sopesando las consecuencias a un ritmo de vértigo. Sé que soy un completo novato en esto de la paternidad, pero me da la sensación de que es algo sobre lo que debería informarme más antes de hacerle la misma oferta a Nayla. Casi parece que podría empeorar muchísimo las cosas con ella si le hago la oferta sin comprender del todo el impacto que podría tener en Alaiya.

Mido mis palabras con cuidado antes de decir nada, aunque mi cerebro sigue firmemente obsesionado con Nayla y mi hija. —¿Puedo hacerle algunas preguntas?

Hace una mueca casi imperceptible y me apresuro a aclarar: —No voy a intentar hacerle cambiar de opinión. Acepto su respuesta y le prometo que rechazar esta oferta no tendrá ninguna consecuencia negativa para usted en esta empresa. Es que, mientras hablaba, me he dado cuenta de que no sé nada de niños. Voy a tener que mantener más conversaciones como esta y no quiero asustar a nadie por pedir demasiado.

Esteban me dedica una mirada pensativa. —¿Es importante para usted saber mucho de niños? Mi situación es muy particular. Estoy seguro de que hay padres en esta empresa que aprovecharían la oportunidad de ir a California sin dudarlo.

—Es importante. De vital importancia. —Me paso una mano por el pelo. Sé que se me está cayendo la careta, pero ahora mismo necesito respuestas de verdad mucho más que mantener las apariencias de jefe. Le lanzo una mirada desesperada—. Tiene tanto que ver con el proyecto de California como que no. Tengo mucho que aprender y no tengo tiempo para hacerlo.

No responde de inmediato. Me está mirando el pelo.

Me lo peino con los dedos, arreglando el desastre que he hecho. Su expresión no cambia exactamente, pero hay un ligero brillo en su mirada. Se inclina hacia delante con una media sonrisa cómplice.

—Una vez me sentí así —me dice—. Hace seis meses, cuando me enteré de que iba a ser el padre de la hija de mi hermana. Creo que habría sido más fácil si hubiera tenido los nueve meses de embarazo para prepararme, para aprender los estados de ánimo, los ritmos y las necesidades de mi sobrina cuando era un bebé, en lugar de asumir el papel de repente cuando ya era una cría.

Asiento con fervor. —¿Y cómo lo resolvió?

Se ríe entre dientes. —Si algún día lo consigo, se lo haré saber. Pero lo intento. Hablo con su pediatra y su terapeuta, leo todos los libros sobre crianza, sigo a un *montón* de creadores de contenido sobre paternidad en las redes sociales... pero, sobre todo, la escucho. Presto atención a sus necesidades. Sé que las alteraciones en su rutina le provocan pánico, así que las evito en la medida de lo posible. Sé que odia las alubias, así que le busco otras cosas que se coma contenta. La trato como si fuera una persona con sus propias opiniones, porque lo es, y respeto esas opiniones todo lo posible sin dejar de velar por su seguridad.

Esto me deja perplejo. —¿Qué opiniones peligrosas puede tener una niña de dos años?

Esteban se ríe a carcajadas. —Se sorprendería —dice, todavía riendo. Empieza a enumerar con los dedos—. La ropa es mala, las vacunas son malas, la tarta es buena y debería comerse en todas las comidas, la hora de dormir es irrelevante y se le debería permitir trepar por las cortinas y salir volando por la ventana porque una vez vio a un pájaro hacerlo, así que no es justo que ella no pueda. Y esos son solo ejemplos de ayer.

Lo miro fijamente, con la mente funcionando a un ritmo que agotaría a un tren bala. —¿Cómo gestiona sus expectativas?

Me señala con un dedo. —Así es como lo hago. Trato estos conflictos de la misma manera que trato los conflictos con clientes irracionales. Valido su punto de vista, sus deseos y necesidades que siente que no están siendo satisfechos, y luego replanteo sus expectativas. No funciona de inmediato y a veces no funciona en absoluto, pero poco a poco está empezando a entender el porqué de todo.

Frunzo el ceño. —¿De verdad necesitan los niños saber el porqué? Parece que eso consumiría un montón de tiempo y energía. Mis padres eran grandes defensores del método del «porque lo digo yo».

Por su rostro cruza una expresión que casi parece de asco. O quizá de decepción. Vuelvo a sentirme nervioso y me obligo a recordar que yo soy el jefe en esta sala. Eso no me hace sentir mucho mejor. La paternidad es un terreno desconocido para mí.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con sus padres? —me pregunta Esteban.

Tengo una respuesta que podría hacerme sentir chulo si me lo permitiera, pero la pulla es tan obvia que no puedo ignorarla. —Más tiempo del que a ellos les gustaría —admito.

—Quiero que sepa lo suficiente para navegar por la vida y que también confíe en mí lo bastante como para acudir a mí cuando su vida se vuelva... complicada. —Me lanza una mirada elocuente. Echa un vistazo al reloj que tengo sobre la cabeza y frunce el ceño—. Lo siento, pero tengo que prepararme para una reunión de equipo. Si desea seguir hablando de este asunto, puede acompañarme después del trabajo. Salgo a las cinco en punto a recoger a mi hija de la guardería. Es un paseo agradable.

—Gracias. Y gracias por darme su respuesta y por su tiempo.

—Ha sido un placer, jefe —dice Esteban mientras nos levantamos. Extiende una mano para estrechar la mía—. Para lo que necesite. —Su media sonrisa dice más que sus palabras y yo lo reconozco con una sonrisa mientras le estrecho la mano.

Lo acompaño hasta el ascensor. —¿En la puerta principal a las cinco?

—En punto —confirma—. Me cobran el doble por cada minuto que pase de las cinco y cuarto.

Eso me sorprende. Supongo que es otra cosa que debería saber y que no sé. Cuando las puertas del ascensor se cierran tras él, me doy la vuelta para volver a mi despacho y me encuentro a Reina apoyada en la pared, junto a la puerta, con una expresión indescifrable en el rostro. Se me encoge el corazón. ¿Cuánto habrá oído? ¿A qué conclusiones precipitadas habrá llegado?

—Necesito hablar contigo sobre el departamento legal —dice—. Han archivado mal cinco expedientes en las últimas dos semanas y nadie está dispuesto a señalar a nadie.

Suspirando, dejo el proyecto de California en un segundo plano y me siento con Reina para repasar sus averiguaciones. En el fondo, me preocupa lo que haya podido oír. Quizá debería ir yo mismo al departamento legal. Me vendría bien un consejo imparcial.

CINCUENTA Y DOS

Nayla

El móvil pita con una alarma a las cinco menos cinco, cuando tengo los brazos cargados de planos y mi equipo está enzarzado en una discusión por detalles sin importancia. Doy media vuelta y me dirijo hacia Gabriel, el jefe del equipo, en lugar de a la mesa a la que me encaminaba.

—Gabriel, lo siento muchísimo, pero tengo que irme. Puedo llevarme unas copias y trabajar en ello esta noche, o...

—Ni hablar —dice Gabriel, quitándome los planos de los brazos con un gesto teatral—. A pesar de lo que el señor director ejecutivo haga en su tiempo libre, la empresa se enorgullece de valorar la conciliación familiar. Además, últimamente has pasado por mucho, tía. —Me lanza una mirada cargada de complicidad, aunque no le he contado nada de lo que ha estado pasando en mi vida personal—. Ve a por tu niña y que pases buena noche. Todo esto puede esperar a mañana... ¡Oh! Mira eso. Parece que, después de todo, el director ejecutivo se está involucrando en la cultura de la empresa.

Miro por encima del hombro en la dirección que Gabriel ha señalado y el corazón me da un vuelco. Reggie está con Esteban; ambos hablan animadamente mientras salen del edificio. Sé perfectamente adónde va Esteban, y es el mismo sitio al que yo

tengo prisa por llegar. Me vuelvo hacia Gabriel con los ojos como platos.

—¿Qué hacen juntos? —siseo.

Gabriel se encoge de hombros con una sonrisita pícara. —¿Quién sabe? A lo mejor es que se han cansado de las mujeres. Voy a enviarles un kit de bienvenida de la Brigada Arcoíris.

Le lanzo una mirada fulminante y, acto seguido, recojo mis cosas rápidamente y me dirijo a la puerta.

Para cuando llego a la acera, ya los he perdido de vista a los dos. Cruzo los dedos y rezo para que se hayan ido por caminos separados al salir y que Reggie no se dirija a la guardería por algún motivo. Pero ¿qué motivo podría tener? El pánico me oprime la garganta como una mano y echo a correr. La multitud de la tarde inunda la acera y empiezo a empapar la camisa de sudor.

Sé que no tiene ningún derecho sobre ella. Sé que no está en la lista de personas autorizadas para recogerla. Sé todo eso, pero también sé cuánto dinero tiene y lo importante que es su nombre, sobre todo en este barrio, y no puedo quitarme de la cabeza la sensación de que está intentando echarle las garras a mi niña a través de la buena gente de la guardería.

Cuando llego a la guardería, estoy temblando como un flan y sudando como un pollo. Mis manos temblorosas y torpes fallan dos veces con el código de la puerta antes de que finalmente lo consiga, y el padre que está en la cola detrás de mí me lanza una mirada de sospecha mientras teclea su propio código. La vergüenza hace que se me enciendan las mejillas y entro de un empujón.

En el vestíbulo hay varios padres moviéndose de un lado a otro, hablando con los profesores y recogiendo a sus hijos. Un gran alivio me inunda cuando no veo a Reggie ni a Esteban por ninguna parte. Hago cola detrás de otros padres, observando a la gente despreocupadamente y escuchando el revoltijo de voces. Todavía me estoy acostumbrando a oír tantos acentos en un mismo sitio.

—¡Hola! —me saluda la alegre recepcionista cuando llego al principio de la fila—. Fírmale la salida y voy a buscar a Alayia.

Se lo agradezco, pero algunas de las voces que llegan del espacio detrás del mostrador me resultan demasiado familiares. Una de ellas

es la de la directora de la guardería. Otra se parece sospechosamente a la de Reggie. No consigo distinguir ninguna palabra y las voces se apagan rápidamente, pero el corazón se me ha acelerado y lo único que quiero es sacar a Alayia de aquí cuanto antes.

Me digo a mí misma que estoy paranoica mientras la profesora de Alayia la lleva hasta la puertecita, sujetándola de la mano por un lado y empujando su cochecito por el otro. Le doy las gracias, me pone brevemente al día sobre cómo le ha ido a Alayia y empiezo a abrochar a la niña en el cochecito.

Ella balbucea sin parar y yo le respondo, fingiendo que entiendo todas sus casi-palabras. Se retuerce, haciendo que sea especialmente difícil sujetarla, y de repente se detiene. Termino de abrocharla rápidamente y la miro a la cara para descubrir que sonríe de oreja a oreja a algo que hay detrás de mí. Se me encoge el corazón. Giro la cabeza a toda prisa y me encuentro cara a entrepierna con Reggie.

Me arden las mejillas mientras me levanto de un salto.

—¡Reggie! —me sale con brusquedad y suavizo deliberadamente el rostro, esperando que esa suavidad se traslade a mi tono—. ¿Qué haces aquí?

Detrás de él, veo a Esteban marchándose con su hija. Esteban mira de Reggie a Alayia y luego a mí, clava sus ojos en los míos y menea las cejas. Le lanzo una rápida mirada de desaprobación y sale del edificio riéndose. Ya hablaré con él más tarde. Por ahora, sigo preocupada por el hombre que tengo delante.

—¿Te acompaño a casa? —pregunta, esquivando mi pregunta.

No quiero montar un numerito delante de todo el mundo. Le dedico una sonrisa tensa y asiento, luego me coloco detrás del cochecito, deseando que hubiera una forma de poder empujarlo y, al mismo tiempo, interponerme entre mi hija y su padre. Él, galantemente, me sujeta la puerta. Estoy echando chispas. En cuanto nos alejamos lo suficiente de la multitud, le exijo una respuesta.

—¿Por qué estabas en la guardería de Alayia?

Se encoge de hombros como si no tuviera importancia. Eso solo me enfada más.

—Investigando —dice, esquivando el meollo de la cuestión como siempre ha hecho.

—¿Qué tipo de investigación te lleva a la guardería de mi hija a la hora de la recogida?

Me lanza una mirada de reojo.

—De *nuestra* hija, para empezar. Segundo, estaba investigando guarderías en general. Me he dado cuenta de que muchos de mis empleados tienen hijos pequeños.

No me gusta el énfasis que pone en «empleados». Estoy a la defensiva y sospecho de cada palabra que sale de su boca.

—¿Por qué demonios te importa su situación familiar? ¿Y quién en su sano juicio permite que un tipo visite su guardería simplemente porque sus empleados tienen hijos?

Permanece en silencio un buen rato. Nos acercamos a nuestro lugar de trabajo, y espero que se desvíe y vuelva a su despacho en lugar de caminar conmigo por la calle lateral hasta mi piso, lo que me frustra de antemano. ¿Por qué no puede limitarse a responder a mis puñeteras preguntas?

—La directora tenía la impresión de que estaba buscando guardería para mi hija —dice con cuidado—. No sabía que ella ya iba a esa hasta que… bueno, hasta que ya había aceptado enseñármela.

—Y tú, ¿qué? ¿Te dio demasiada vergüenza decirle que no sabías dónde pasaba el día tu hija mientras su madre se dejaba la piel en tus proyectos? —No pude evitar que mi voz sonara ácida. Su presencia en uno de mis pocos refugios me tenía alterada y lista para la pelea.

Me miró con el ceño fruncido, pensativo, y apoyó una mano en el cochecito para detener nuestro avance. Me volví para fulminarlo con la mirada e inmediatamente me perdí en la profundidad de sus ojos preocupados. Siempre me había costado seguir enfadada con él, pero que Dios me ayudara, lo estaba intentando.

—¿No estás contenta con tu trabajo? ¿Es por el sueldo?

Miré con culpabilidad el edificio que tenía a sus espaldas.

—No. El sueldo es estupendo y me encanta mi trabajo. Es solo que… ¡eh! No cambies de tema. Digamos que te creo, que no sabías que iba allí. Podrías haberme preguntado qué hacía con ella durante el día. ¿Por qué tomarte la molestia de visitar el lugar?

La gente salía de la oficina en un flujo constante. Capté más de una mirada curiosa en nuestra dirección.

—Sigamos andando —murmuré, empujando el cochecito. Él seguía con la mano sobre él y no se movía ni un centímetro—. Reggie —dije, a medio camino entre la amenaza y la súplica—. La gente está mirando.

Él echó un vistazo hacia las puertas principales, por donde la gente se apresuraba a seguir con sus vidas.

—¿Eso es un problema para ti?

—¡Sí! ¿No lo es para ti? ¿O te gusta la idea de que circulen rumores sobre nosotros antes de que hayamos tenido la oportunidad de averiguar cómo abordar esto? ¿Es así como tomas las decisiones, simplemente actúas y dejas que el mundo reaccione hasta que te obligue a hacer algo? —Cerré la boca de golpe, apretando los dientes. Estaba siendo desagradable y lo sabía. Estaba harta de sus niñerías y solo quería largarme de la maldita calle.

Volví a empujar el cochecito. Esta vez, lo soltó. Me sorprendió al girar conmigo hacia el callejón en lugar de volver a su despacho.

—Quizá sí —admitió—. No es algo estratégico. Simplemente no le doy prioridad al secretismo.

—La privacidad y el secretismo son dos cosas muy distintas —le dije con firmeza—. No pregonar nuestra situación familiar hasta que lo hayamos arreglado entre nosotros es privacidad. Liarte con tu despampanante directiva a escondidas y negarlo es secretismo.

Él frunció el ceño.

—Ya te he dicho que no hay nada entre nosotros. Nunca lo ha habido.

Resoplé con desdén, aunque me inclinaba a creerle. Estaba demasiado enfadada para dar mi brazo a torcer.

—En serio, Nayla. Escucha… tuve una cita y media con ella. Se le escapó que había querido estar conmigo desde que mi mujer vivía. Eran mejores amigas, pero no veía nada malo en un posible lío si yo

estaba dispuesto. No pude superarlo. Algunos defectos de carácter son simplemente… repugnantes.

Recordé la dinámica entre mujeres y chicas en Hartlen, ese tipo especial de puñaladas traperas y locura por los tíos que acaba con gente herida o algo peor. Esos defectos de carácter eran, en efecto, repugnantes. Sentí un nudo en el estómago al pensar en cómo debió de sentirse él al oír esa revelación, en cómo se habría sentido su mujer si lo hubiera sabido.

—Lo siento —le dije en voz baja—. No lo sabía.

—Bueno, no te lo conté —se encogió de hombros—. No espero que me leas la mente.

Un hilo de vergüenza me subió por el cuello. Creo que quizá sí había estado esperando que él leyera la mía, al menos un poco.

—¿Le has contado a alguien lo de Alayia? —pregunté, pensando en Esteban y Reina.

Él niega con la cabeza.

—No quería delatarte. Y, sinceramente, no sé cómo manejar esta situación, ni en el plano legal ni en el personal. Estaba pensando en hablar con alguien del departamento jurídico, pero Reina dirige ese departamento. No tendría sentido revelar nuestro secreto mientras intentamos averiguar si lo nuestro de verdad tiene que ser un secreto.

Asiento en silencio. Por alguna razón, la idea de buscar asesoramiento legal para esto me deja un sabor amargo. Sé que es lo más inteligente y que él tiene una reputación que proteger y un negocio en el que pensar. Tampoco sé si yo querría que hiciera pública nuestra relación sin algún tipo de garantía que nos protegiera.

Pero no puedo quitarme de encima la sensación de que toda su cautela no es más que una excusa egoísta para poder echarse atrás si lo necesita; aunque eso no encaja del todo con que se haya ofrecido a acompañarme a casa, sabiendo que todos nuestros compañeros estarían saliendo de la oficina justo ahora. La lógica no casa bien con la ira amarga y latente que siento en el pecho, así que aparto la lógica y toda la amargura que puedo, expulsándola con un suspiro.

Dibujo en mi cara el tipo de sonrisa que suelo reservar para los clientes y las beatas cotillas de la iglesia, y luego me vuelvo hacia él. Mi intención es despedirme cortésmente y dejar el resto para más tarde, pero cuando lo miro, tiene una expresión tierna en los ojos que me recuerda a las brisas cálidas y dulces y al vino tinto en el porche. Las palabras que pretendía decir mueren en mi garganta.

Por un momento, el mundo entero parece detenerse. Solo lo veo a él, a contraluz con el sol de la tarde hundiéndose entre los edificios.

Por un momento, solo soy una mujer de pie con su adorable familia, como si los dos últimos años se hubieran desarrollado de una forma completamente distinta.

El móvil de Reggie suena, rompiendo la ilusión. Frunce el ceño al mirar la pantalla.

—Lo siento —dice mientras responde—. Tengo que cogerlo.

Se aparta un poco, centrando su atención en el trabajo. Aprovecho el momento para escabullirme y pasar mi tarjeta de identificación por la cerradura para que un pitido nos permita entrar en el edificio.

Para cuando el cochecito, Alaiya y yo ya estamos dentro, Reggie ni se ha enterado. Y es exactamente por eso por lo que no puedo creer en esas ilusiones.

CINCUENTA Y TRES

Reggie

Si no tuviera ya dos llamadas perdidas de mamá —había intentado localizarme mientras visitaba la guardería y la había mandado al buzón de voz—, no habría malgastado ese momento con Nayla.

Acabábamos de compartir un instante que podría haberse convertido fácilmente en un beso, pero mamá nunca me llama tantas veces si no pasa algo grave. Al menos, no desde que me he propuesto estar más localizable.

Aun así, parece muy reacia a ir al grano.

—No me gusta lo que oigo por ahí de tus nuevos proyectos —dice después de divagar sobre nada durante varios minutos.

Oigo el clic de la puerta del edificio detrás de mí y me giro para mirar. Nayla se ha ido. La frustración me oprime el pecho.

—¿Qué proyectos? —pregunto.

—Bueno, tienes todo ese edificio de apartamentos en el que estás perdiendo dinero...

—¿Las viviendas para empleados?

Ella resopla.

—¿Viviendas para empleados...? Dime, ¿cuántos de esos supuestos «empleados» son niños?

Frunciendo el ceño, me dirijo de nuevo hacia la oficina. Esta conversación parece que podría derivar fácilmente en acusaciones serias, y lo último que necesito es que un cualquiera oiga una parte y saque conclusiones que me arruinen la vida.

—¿A qué te refieres exactamente? —pregunto con cuidado, escudriñando a la gente que me rodea en busca de alguien que parezca demasiado interesado en mi conversación.

—Sabes de lo que hablo —espeta—. ¿Necesito recordarte que diriges un negocio, no una organización benéfica para madres solteras?

—Claro que no. —Entro por las puertas, sobresaltando al conserje del turno de noche. Le hago un gesto de disculpa y me dirijo al ascensor.

—¿De dónde sacas todo esto?

Ella suspira profundamente. Oigo el tintineo de los hielos en un vaso y el clic de un mechero. Casi puedo imaginármela sentada en sus muebles de mimbre del porche, con un mojito y un cigarrillo en una mano y el móvil en la otra. Probablemente vestida como una de esas mujeres de las series, con un vago ceño fruncido en su rostro retocado con bótox mientras intenta acorralarme para que confiese cualquier crimen del que crea que soy culpable.

—¿Qué es eso que he oído de que estás derrochando dinero en un capricho en California?

—¿Vamos a olvidarnos sin más de las madres solteras? —pregunto, riéndome entre dientes de su descaro.

—No. Está todo relacionado y ambos lo sabemos. Así que dime, ¿quién es la chica de California que te está llevando a la ruina? No te crie para que fueras el padre postizo de los hijos de una buscona, y desde luego no te crie para que jugaras a la ligera con el sustento de cientos de personas.

Desconcertado, salgo del ascensor en mi planta. Reviso rápidamente el despacho de Reina y lo encuentro vacío. Agradeciendo la privacidad, me tiro en el sofá de la zona común y pongo los pies en el reposabrazos.

—Voy a necesitar que respires muy hondo y rebobines —le digo —. No hay ninguna chica de California manipulándome para nada,

no soy el padre postizo de nadie, y mi negocio está tan lejos de la ruina como puede estarlo en esta fase de desarrollo.

Apenas consigo terminar la frase antes de que ella estalle.

—¡No me mientas, Reagan! ¿Crees que no tengo mis medios para enterarme de estas cosas? Sé de buena tinta que has estado perdiendo dinero a espuertas desde California hasta Nueva York. Sé lo de la casa que compraste en Alabama y que simplemente regalaste... a una madre soltera. Sé que tienes todo ese edificio lleno, gratis, y sé que hay al menos una madre soltera allí con la que tienes un trato especial. ¿Es la misma mujer? ¡Lo dudo! ¿Tienes algún tipo de fetiche de caballero andante? ¡Y eso por no hablar del proyecto de California! He oído que ya has invertido medio millón de dólares en una casa que se está cayendo a trozos, y nadie entiende por qué, pero yo no soy tonta. ¡Veo el patrón! Me jugaría la casa a que hay otra madre soltera por ahí que te ha manipulado para que te metas en un proyecto abocado al fracaso.

—Pues perderías tu casa —le digo cuando hace una pausa para respirar. Adopto un tono deliberadamente indiferente—. Sí, el proyecto de California puede que sea una apuesta perdida, pero no hay ninguna mujer, madre soltera o no, detrás de mi decisión de seguir adelante con él.

Eso no es del todo cierto, me doy cuenta mientras las palabras salen de mi boca. Estaba afectado por la muerte de Amira, que era tanto una mujer como una madre soltera, cuando tomé esa decisión. Sin embargo, no voy a entrar en ese matiz con mi madre. Sobre todo cuando está de este humor.

—Entonces, ¿por qué lo haces? Si sabes que es una pérdida, ¿por qué te metes? ¡Dios, nunca deberías haber despedido a tu consejo de administración! Supe que era una mala decisión en el segundo en que me lo dijiste, pero claro, no pediste consejo antes de hacerlo, ¿verdad? No, lo hiciste por impulso. Igual que desapareciste durante meses por impulso, igual que empezaste esta empresa que es pura quimera por impulso. ¿Quién te vigila? Necesitas supervisión. No estás bien.

—Tengo un equipo legal. —Me muerdo la lengua al oír mis palabras, que suenan defensivas.

—¿Ah, sí? ¿Un equipo legal que no dirige Reina? ¿Reina, que te ha sido leal todo este tiempo?

Eso me pilla con la guardia baja. Reina y mi madre siempre han tenido una relación superficial, de pasada. Se conocen de forma tangencial desde la universidad, pero no tenía ni idea de que mamá tuviera una opinión sobre ella en un sentido u otro.

Se me ocurre una idea que me hace enderezarme un poco en el sofá, con el ceño fruncido.

—¿Es de eso de lo que se trata? ¿Ha estado Reina hablando contigo?

Ignora mi pregunta directa con un resoplido displicente.

—Estás cometiendo errores temerarios y centrando tus decisiones en mujeres de baja estofa. ¿De verdad puedes culparme por estar preocupada?

—¿De baja estofa...? ¿De dónde coño sacas eso? ¿Has estado escuchando pódcasts?

—¿Pod-qué? No intentes darle la vuelta a la tortilla, Reagan. Has desarrollado una fascinación enfermiza por las madres solteras, y estoy aquí para decirte que tú vales más que eso. Como vuelva a oír una sola cosa más sobre que pones en riesgo tu sustento y el de tus empleados por una cualquiera, iré yo misma hasta allí para hacerte entrar en razón a bofetadas.

Siento fuego y hielo recorriéndome las venas. No estoy preparado para esto. Apenas he asimilado mi nueva situación familiar y no tengo ni idea de cómo afrontarla.

Lo último que Nayla, Alaiya o yo necesitamos ahora mismo es que mi madre aparezca de repente y monte un numerito.

—¿Qué chica? —pregunto, dejando que la tensión se note en mi voz lo suficiente como para que parezca que estoy perdiendo la paciencia—. Dime exactamente quién crees que me está hundiendo. Deja de andarte con rodeos. Dímelo de una vez, ¿qué crees exactamente que está pasando y de dónde demonios sacas esa información falsa?

—¡No me hables en ese tono! ¡Soy tu madre, así que háblame con respeto!

Aprieto los dientes. Me está volviendo loco y mi cabeza va a mil por hora intentando averiguar hasta dónde se están extendiendo estos rumores, hasta qué punto han calado en mi empresa y qué tipo de daño le harán a mi compañía y a mi reputación si se propagan como la pólvora. Sus insinuaciones ya son de por sí problemáticas.

—Lo siento —digo secamente—. Necesito que entiendas que estas acusaciones, por infundadas que sean, pueden perjudicar seriamente a mi empresa y mi reputación. Necesito saber de dónde vienen para poder limitar los daños si es necesario. Así que, por favor, mamá. Por mí. Solo dime quién te ha estado contando estas mentiras para que pueda adelantarme a ella.

—¿Estás llamando mentirosa a Reina? Te ha sido leal durante años, incluso perjudicándose a sí misma, si me permites añadirlo. ¿Tienes idea de la tortura que supone para una mujer desvivirse por un hombre que se niega siquiera a verla? No solo corres el peligro de perder tu negocio, sino también a una buena mujer. ¿Qué te pasa? ¿Estás tan decidido a arruinarte la vida?

Un dolor de cabeza me martillea detrás de los ojos. No puedo quedarme quieto. Me levanto y empiezo a caminar de un lado a otro.

—¿Y bien? ¿No vas a decir nada?

—No sé qué decir —le respondo con voz monocorde—. Me vienes con acusaciones y suposiciones erróneas. No me escuchas y no te centras en una sola acusación el tiempo suficiente para que pueda rebatirla como es debido. ¿Qué esperabas conseguir con esta conversación?

—¡Esperaba que entraras en razón!

—Pues objetivo cumplido, entonces. Estoy en mis cabales, por mucho que me estés volviendo loco. Voy a colgar porque tengo una reunión.

—¡Ni se te ocurra...!

—Te quiero. Hablamos luego.

—Reagan, te lo advierto...

—Adiós. —Cuelgo, con los dedos temblándome de rabia.

Es obvio que Reina le ha comido la oreja a mi madre. Esta situación se me está yendo de las manos y necesito atajarla ahora

mismo.

Bajo las escaleras dos pisos hasta el departamento de asesoría jurídica, rezando para que todavía quede alguien. Las luces del despacho de la esquina siguen encendidas. Bruce, el director de la asesoría jurídica con el que Reina no para de chocar, todavía está aquí.

—Oye —digo sin aliento mientras llamo al marco de su puerta.

Me mira con el ceño fruncido y aspecto agotado.

—¿Tienes un minuto?

Mira la hora en su móvil y se rasca la cabeza con furia.

—Si has venido a despedirme, preferiría tener esa conversación por la mañana.

—¿Qué? No. ¿Por qué ibas a pensar eso? ¿Sabes qué? Mejor dejamos eso para otro momento. Organiza una reunión conmigo mañana por la mañana. Ahora mismo, necesito pedirte un favor.

No parece muy contento con la idea.

—Solo será un minuto —le prometo—. No te entretendré mucho.

—Vale —dice con un suspiro—. Cierra la puerta, entra y siéntate.

Entro en su despacho, pero no cierro la puerta ni me siento. No tardaré tanto y tengo demasiada energía nerviosa como para quedarme quieto.

—Solo necesito que me recomiendes un abogado. Alguien que no trabaje aquí. Tengo una situación compleja, tanto familiar como profesional, y necesito a alguien que me guíe para tomar decisiones acertadas.

Me dedica una larga mirada. Veo cómo le da vueltas a la cabeza y tengo la incómoda sensación de que está atando cabos entre mis peticiones y los rumores que circulan por la oficina.

Se me seca la garganta y trago saliva con dificultad, sintiéndome como un niño en el despacho del director.

—Tengo un amigo —dice finalmente.

Abre un cajón y empieza a rebuscar entre unas tarjetas de visita. Encuentra la que busca y escribe un número de teléfono en el reverso.

—Este es su número personal. Lo llamaré yo mismo y le avisaré de que vas a ponerte en contacto con él. Es un tipo listo, ha

trabajado tanto en derecho de familia como en derecho mercantil. Creo que se parece mucho a ti. Necesita conocer todos los detalles. —Me tiende la tarjeta, pero vacila cuando intento cogerla. Me mira con el ceño fruncido.

—¿Pasa algo? —pregunto, intentando no sonar tan impaciente como me siento.

De repente, parece incómodo y suelta la tarjeta.

—Fijaré la reunión para mañana por la mañana —dice.

Asiento, dándome cuenta de que aquí están pasando más cosas de las que yo sospechaba, y que algunas de ellas podrían no tener nada que ver con mis propios líos.

—La espero con ganas —le digo.

—Tómatelo con calma.

Me voy a toda prisa, agarrando la tarjeta con fuerza. Ojalá conociera mejor a mis empleados. No me gusta lo mucho que ha dudado, y no me gusta preguntarme qué había detrás de su vacilación.

La sensación de que hay grietas en los cimientos de Cloud City es cada vez más fuerte, y el hecho de no saber de dónde proceden esas grietas es profundamente preocupante.

Doblo la esquina al salir de la zona de despachos, en dirección al ascensor, y casi me llevo por delante a Reina con las prisas.

Me detengo en seco, amortiguando el golpe con las manos en sus brazos, y se me cae la tarjeta.

—Perdona. ¿Estás bien? —pregunto, con la voz áspera y tensa mientras busco la tarjeta por el suelo. Está justo detrás de su tacón —. Perdona —le digo mientras me agacho y la rodeo para cogerla.

Mueve el pie para interponerse en mi camino, de pie con las piernas separadas bajo su falda corta, lanzándome una mirada desafiante.

Pongo los ojos en blanco y recojo la tarjeta rápidamente sin mirar nada que no deba.

—¿Qué es eso? —Me arranca la tarjeta de la mano antes de que la pregunta esté del todo formada—. Debe de ser importante si te ha distraído de... —Se interrumpe al leer la tarjeta.

El tono burlón desaparece por completo.

—¿Qué coño es esto?

Intento coger la tarjeta, pero la sujeta con la fuerza suficiente como para romperla si tiro de ella.

—Es la tarjeta de visita de un abogado. Suéltala. —Entrecierra los ojos y levanta la barbilla con aire desafiante.

—¿Para qué necesitas un abogado? Me tienes a mí.

«El problema eres tú», pienso para mis adentros.

—No me gusta mezclar los asuntos personales con los profesionales —explico vagamente.

Enarca una ceja.

—¿Y para qué demonios podrías necesitar un abogado personal de lo que yo no pudiera encargarme?

—Eso es personal —le digo, y le arranco la tarjeta de los dedos —. Pero ya que nos hacemos preguntas, ¿a qué viene eso de ir a calentarle la cabeza a mi madre?

Parece sorprendida, luego avergonzada, y finalmente se recompone con una especie de sorpresa más estudiada.

—¡Yo no he hecho tal cosa!

—Claro. —El sarcasmo rezuma en mi voz y veo que la está cabreando.

—Tengo que irme. Buenas noches.

—¡Espera!

—¡Estoy muy ocupado! —respondo, agitando la tarjeta hacia ella mientras me dirijo a las escaleras. La oigo insultarme mientras empiezo a bajar.

Podría despedirla solo por eso, pero es la menor de mis preocupaciones. Sospecho que la tensión entre ella y el departamento jurídico, los rumores que Nayla se creyó y la llamada de mi madre están relacionados con las aspiraciones de Reina de convertirse en la señora Marin.

No estoy muy seguro de cómo encaja todo ni de lo que espera que ocurra, pero estoy seguro de que necesito lidiar con mis problemas lejos de ella hasta que esté más seguro de la estabilidad de mi puesto.

Compruebo la dirección en la tarjeta. No está muy lejos de donde estoy, pero sí en dirección contraria a mi piso.

Ya ha pasado el horario de oficina, y debería al menos hacerle al hombre una llamada de cortesía antes de presentarme allí y soltarle todos mis problemas.

Avanzo media manzana en esa dirección cuando decido que es mejor esperar a mañana. Me doy la vuelta y veo a Reina salir del mismo edificio del que acabo de marcharme yo.

Parece furiosa.

CINCUENTA Y CUATRO

Nayla

—Creo que está interesado, pero me parece que la cosa no va a más. Está obsesionado con su trabajo. El interés no puede competir con la obsesión.

Remuevo la cena en la sartén con el móvil sujeto entre el hombro y la oreja, hablando con Lacey Lee sobre mi incómodo encuentro con Reggie esta tarde.

—Pero no lo entiendo —dice Lacey—. ¿Por qué crees que estaba de verdad en la guardería? ¿Te está acosando? ¿Acosando a Alaiya? Es un comportamiento muy preocupante. Tienes que poner por escrito un acuerdo de coparentalidad, y lo tenías que haber hecho ayer.

—Sí —digo con un suspiro—. Casi desearía... bueno, da igual.

—No, de eso nada —me regaña—. Termina la frase. ¿Casi deseabas qué?

—Casi desearía haberme ido cuando pensaba hacerlo —admito—. Es que... sé que él se merece conocerla. Y sé que ella se merece conocerlo a él. Pero ahora mismo soy un manojo de nervios. No sé qué piensa, no sé qué piensa hacer con Alaiya, y tratar de hablar con él es darle vueltas a lo mismo, como siempre nos ha pasado, y

ya no tengo la paciencia de antes. Es que no la tengo. Necesito que sea sincero conmigo. Y no creo que sea capaz de serlo.

—Bueno, hagas lo que hagas, no te lo tomes a la ligera. Tienes que tener una red de seguridad si vas a dar el salto y dejar esta situación tan cómoda.

—¿Situación cómoda? —resoplo.

—Desde un punto de vista puramente pragmático, tienes la vida bastante solucionada, cariño. No tienes que preocuparte por la vivienda, ganas más que suficiente para pagar la guardería y ves al padre de tu hija a diario. Sí, es una situación muy cómoda. Si te vas a ir, tienes que estar segura de que puedes conseguir ese tipo de estabilidad en otro sitio.

Retiro la olla del fuego y apago la vitrocerámica. La dejo reposar, me siento en mi escritorio y abro el portátil.

—Bueno, déjame ver al menos con qué cuento si decido seguir adelante. Si no, siempre puedo retirar la casa de mi madre de la venta e irme a vivir allí una temporada.

Se hace un extraño silencio al otro lado de la línea, pero estoy ocupada abriendo la aplicación del banco y no me doy cuenta al principio. Cuando se carga la página, el silencio es de asombro, y es todo mío.

—Eh, Nayla... No sé cómo decirte esto, pero... estuve hablando con mi madre la semana pasada y... ¿creía que lo sabías?

—Es mucho dinero —acierto a decir con un hilo de voz.

—¿Mmm? Nayla, cielo, estoy intentando decirte algo. ¿La casa de tu madre? Lou Anne está viviendo allí. —Eso me saca de mi estupor.

—¿Qué?

—Sí, todo el pueblo habla de ello. Un tipo apareció de la nada y compró la casa de tu madre al contado, se montó un buen lío y revolucionó a todo el mundo. Y luego va y se la cede a Lou Anne, así sin más, sin pedir nada a cambio. Lleva toda la semana de mudanza.

Me zumban los oídos. Repaso mentalmente a los antiguos novios de Lou Anne, preguntándome si a alguno le podría haber tocado un dineral y habría intentado comprar su amor o algo así, pero no tiene mucho sentido.

Para empezar, que yo sepa, ninguno de ellos tiene la pasta para hacer algo así.

Y lo que es más importante, Lou Anne no se limita a terminar las relaciones. Las reduce a cenizas.

Ningún hombre que hubiera estado con ella tendría las agallas de hacer un gesto tan grandioso como ese, y desde luego ella no lo habría aceptado de tan buen grado si lo hubieran hecho.

—Supongo que también tiene un nuevo amigo especial —continúa Lacey Lee—. Se rumorea que es el agente inmobiliario que vendió la casa.

—Eso explica por qué a ninguno de los dos se le ocurrió decírmelo —refunfuño—. ¿Pero quién la compró? Esto es mucho más de lo que esperaba. Joder, es casi el doble de lo que vale la casa, y a saber cuánto se llevó de comisión el... cómo se llame..., el de la inmobiliaria.

—Nadie lo sabe —dice Lacey Lee—. O al menos, nadie con quien haya hablado mi madre. Seguro que el agente sí, pero ha estado tan pendiente de Lou Anne que no ha hablado mucho. Con nadie.

—¿Por qué no me dijiste nada antes? —le pregunto, todavía intentando asimilar el gran número de ceros en mi cuenta bancaria.

—Bueno, me enteré el mismo día que me dijiste que te mudabas, pero sin mudarte, y luego estuvimos deshaciendo las cajas y hablando del padre de tu hija. Se me fue el santo al cielo. Además, di por hecho que lo sabías y que no querías hablar del tema.

—Ya veo —gimo—. Bueno, al menos eso responde a una de mis preguntas.

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedo irme sin más a casa de mi madre. Pero también significa que puedo permitirme mudarme a casi cualquier sitio, si quiero, y vivir mucho tiempo sin trabajo, si me da la gana. Qué narices, podría comprarme una casita en el sur y dormirme en los laureles hasta que la niña empiece el colegio, si quisiera.

—¿Y quieres?

Miro a Alaiya, que juega feliz en su trona, esperando la comida. Me sonríe, y en ese momento se parece demasiado a Reggie para mi gusto.

Cierro el portátil con un suspiro y vuelvo a la cocina para servirle su pequeña ración.

—Con todas mis fuerzas —admito—. Pero no puedo. Ahora que él sabe que existe, no hay ninguna posibilidad de que deje las cosas como están. No, creo que voy a tener que comportarme como una adulta y afrontarlo.

—Oh, gracias a Dios —suspira—. No iba a presionarte, pero creo que es lo mejor que puedes hacer ahora mismo.

—Lo sé —suspiro. Pruebo la temperatura de la comida de Alaiya, frunzo el ceño y meto su cuenquito en el congelador—. Es que odio tener que esperar a su próximo movimiento. Me hace sentir como un blanco fácil.

—Te lo digo en serio, cariño, tienes que sentarte a hablar con él.

—Lo haría si consiguiera *que se sentara* —refunfuño—. Incluso en el mejor de los casos, es casi imposible localizar a ese hombre, hasta que decide aparecer en los lugares más inoportunos.

—Estás sacando conclusiones precipitadas para llevar solo un par de días en esto —dice ella con suavidad—. Quizá deberías darle al hombre la oportunidad de adaptarse. No todos los días le sueltan a uno que tiene un bebé, ¿sabes?

—Eso no lo sabes —señalo—. A lo mejor para él esta es una semana cualquiera.

—¿De verdad te crees eso?

—No —admito.

Saco la comida de Alaiya del congelador, la remuevo y la pruebo para asegurarme de que se ha enfriado lo suficiente.

Empieza a chillarme, exigiendo que deje de comerme su comida.

—Vale, pequeña, ya voy —le digo—. Tengo que colgar, Lacey. Mi móvil no sobrevivirá a un ataque de puré de bebé.

—Llámame luego —dice—. Te quiero un montón.

—Yo también te quiero. —Cuelgo y centro mi atención en mi preciosa pequeña.

El parecido con su padre parece acentuarse cada día más. A medida que mis genes pierden la batalla por imponerse, siento que me pierdo en el caos de mi corazón.

Lo único que siempre quise para ella fue una vida buena y plena. Nunca lo incluí a él en mis planes, ni una sola vez, hasta que entré en ese maldito despacho y lo vi allí sentado.

Ahora es como si viviera a su merced, esperando su próximo movimiento, y no lo soporto.

Alaiya golpea la bandeja de la trona con la cuchara y me doy cuenta de que llevo un rato aquí sentada con una cucharada de su comida en la mano.

Niego con la cabeza para desechar esos pensamientos. Ahora mismo, ella es lo único que importa.

—¡Que viene el avión!

A LA MAÑANA siguiente me despierto con una nueva determinación.

No puedo resolver todos los problemas ni desentrañar el misterio de Reagan Marin sin su cooperación, pero hay muchas cosas que sí puedo hacer.

Hago mi rutina matutina a toda prisa y, mientras preparo a Alaiya para salir, llamo a Lou Anne y pongo el manos libres.

—Ya era hora de que llamaras —responde. Las palabras son duras, pero su tono no tiene el mismo filo—. Pensaba que te habías olvidado de mí.

—Nunca —le digo con cariño—. Pero creo que a ti sí que se te ha olvidado contarme algo.

—Ahora qué... ¡oh! —Se produce un instante de silencio tras su exclamación, y luego se echa a reír—. ¡Ay, Dios mío, tienes toda la razón! Lo siento mucho, cariño, soy una tonta. Pasó todo tan deprisa que todavía no me lo creo.

—Cuéntamelo todo. —No necesita más invitación.

En el tiempo que tardo en dar de comer a Alaiya, cambiarla, vestirla y prepararla para la guardería, Lou Anne me lo ha soltado todo de carrerilla. La pobre lo estaba pasando mal desde que murió mamá, y yo estaba demasiado absorta en mi propio duelo y en mi

vida como para darme cuenta. Sin embargo, no me da ni tiempo a sentirme culpable.

—Fue como un milagro —me dice—. Como si tu madre me estuviera mirando desde el cielo y hubiera decidido: «No, Lou Anne, no vas a rendirte ahora». Me desperté esa mañana desesperada. Era mi último día en mi antigua casa y no tenía ni idea de adónde íbamos a ir los chicos y yo. Y entonces apareció él, como un ángel, de pie en la puerta de tu madre. Me preguntó mi nombre y yo le contesté de mala manera, diciéndole que se alejara de la casa.

Se ríe tontamente, como una colegiala. —¿Pobre hombre! ¿Y qué te dijo?

—Me dijo que estaba allí para darle un regalo a Lou Anne, y yo le digo que yo soy Lou Anne, y va y me da un montón de papeles. Se le cayeron por todas partes, de lo nervioso que estaba. Al principio no me lo creí, pensé que me estaba tomando el pelo y le leí la cartilla. Pero él me perdonó.

Me estremezco al oír el tonillo meloso de su voz. Como se ponga a hablar de su vida amorosa, se me va a revolver el estómago.

—Bueno, y en ese montón de papeles... —la apremio mientras abrocho a Alaiya en el cochecito.

—¡Ah! Pues, primero, la escritura de la casa. A mi nombre. No podía creerlo, le hice que me lo explicara una docena de veces y todavía no me parece real. ¡Me dijo que alguien había venido y había comprado la casa con un maletín lleno de dinero, como en las películas! O una caja, no sé. Me gusta pensar que fue un maletín, es más divertido. El caso es que el hombre le dijo que quería poner la casa a mi nombre. ¡A mi nombre! ¿Te lo puedes creer?

—No, la verdad —admito—. ¿Quién fue? —No recuerdo bien su nombre —dice.

—Algo que sonaba a presidente, creo. Tendré que preguntarle a Sonny. Pero dijo que era amigo de la familia y que quería hacer lo correcto por Amira. Le pedí conocerlo para darle las gracias, pero para cuando me recuperé de la conmoción, ya se había ido de la ciudad. Supongo que era una especie de ángel de la guarda de la alta sociedad. Ojalá supiera quién era, me encantaría enviarle una cesta de frutas o algo.

Algo que sonaba a presidente. Un amigo de la familia que quería hacer lo correcto por Amira.

Se me hace un nudo en el estómago y me sudan las manos. Mi cerebro intenta no sacar conclusiones precipitadas, pero mi cuerpo ya se ha lanzado al vacío.

—Siento no haberlo investigado más —dice con voz queda—. Fue todo tan caótico, con la mudanza a toda prisa... Me iban a echar a la calle esa misma tarde, solo tenía unas pocas horas para hacer lo que tenía que hacer. Y tenía a los chicos dándome la lata, haciéndome todo tipo de preguntas para las que no tenía respuesta, y Sonny... ha sido de gran ayuda con todo. De verdad creo que es el hombre de mi vida, Nayla.

—Me alegro por ti —le digo, y es verdad. Pero también estoy preocupada—. Solo asegúrate de no estar confundiendo lo que sientes por la casa con lo que sientes por Sonny. —Se ríe.

—Ya soy mayorcita para saber esas cosas, hija, y demasiado vieja para andarme con remilgos. Tú no te preocupes por mí. Sé cómo manejarme con un hombre. A lo que no estoy acostumbrada es a los milagros.

—Lou Anne —digo mientras la culpabilidad regresa, multiplicada por dos—. Si hubiera sabido que estabas en una situación tan mala, te habría dado yo misma la casa de mamá. ¿Por qué no dijiste nada?

—No era asunto tuyo —dice, zanjando la cuestión—. Además, cariño, no quería ser una carga para ti. Por fin te habías decidido a abrirte camino en el mundo, tal y como tu madre siempre quiso. No iba a hacer nada que se interpusiera en tu camino. No, así es mejor, mucho mejor. Ahora los chicos y yo tenemos un hogar estable, tú tienes el dinero que necesitas, y ninguna ha tenido que sacrificarse por la otra.

—Lo sé. Es que... me siento mal. Si mamá supiera que te dejé en la estacada de esa manera, me daría un revés.

Lou Anne se ríe. —Jamás lo haría, y lo sabes. Lo único que siempre quiso para ti fue tu éxito y la libertad de hacer lo que te diera la gana. Nunca quiso que cargaras con la responsabilidad de cuidarla a ella ni a ningún otro adulto.

—Supongo que sí. ¿Cómo se lo están tomando los chicos?

—¡Oh, apenas se dieron cuenta después de que trasladáramos todas sus cosas! —se ríe—. Se han pasado la mitad de su vida en esta casa, visitando a tu madre. Para ellos, vivir aquí no es ninguna sorpresa. ¡No como debe de ser vivir en Nueva York! ¿Cómo es?

Sonrío mientras Alaiya y yo bajamos en el ascensor. Le describo mi piso, le cuento todo sobre la ciudad y cómo volví a conectar con Lacey Lee, y luego me limito a describir la calle que me rodea mientras llevo a Alaiya a la guardería.

—... y todos los padres tenemos nuestros propios códigos para abrir las puertas —le explico mientras llego al teclado numérico—. Es ingenioso, la verdad. Los niños están totalmente a salvo, y siempre hay un registro digital sólido de todo el que entra o sale, y luego un registro humano por escrito en el mostrador.

—Eso me alivia —suspira—. A mí las grandes ciudades me estresan, ya sabes. Demasiada gente y no sabes nada de nadie. Fui a Miami una vez y me pasé todo el tiempo intentando averiguar quién conocía a quién, pero aquello es tan grande que los círculos sociales se difuminan hasta tal punto que ni existen. Soy mucho más feliz aquí. ¡Ah! ¡Es Sonny, que me llama!

Sonrío al oír la emoción en su voz. —Te dejo entonces. Hablamos luego, Lou Anne.

—Más te vale. ¡Te quiero, guapa! Adiós.

Sigo sonriendo mientras dejo a Alaiya y me despido, y también de vuelta en la acera.

Cuando la oficina aparece a la vista, mi sonrisa se desvanece lentamente.

Reggie. Reagan. ¿Compró él la casa de mamá?

¿Por qué demonios haría algo así?

Si fue un intento de llegar hasta mí, metió la pata hasta el fondo. ¿Cómo podría afectarme si ni siquiera me había enterado? Y si no era para llegar a mí, ¿entonces por qué?

No me puedo imaginar a nadie, ni siquiera a él, soltando tanto dinero solo para aplacar su propio sentimiento de culpa, sobre todo si no hay nadie cerca para validar el gesto.

No, no puede ser, decido mientras sigo a mis compañeros hacia la oficina. Tiene que haber otro ricachón con un nombre presidencial

que tenga vínculos tanto con Lou Anne como con mamá. Claro. Porque eso tiene más sentido.

—Maldita sea —mascullo entre dientes mientras espero el ascensor.

—¿Mañana dura? —pregunta Gabriel, acercándose a mi lado—. ¡Corre el rumor de que no eres la única!

Su tono cantarín está cargado de secretos que se mueren por salir.

—¿Ah, sí? —pregunto mientras entramos en el ascensor.

Solo me interesa a medias, pero sé que para Gabriel el cotilleo es como el café para la mayoría de nosotros. Su día no empieza bien sin él.

Se lleva un dedo a los labios, pero me lanza una mirada chispeante que me indica que tiene un cotilleo de los buenos que contar.

A pesar de todo, siento curiosidad. Por lo menos, el cotilleo de la oficina me distraerá de mi propio embrollo.

El ascensor está abarrotado hasta arriba, y cuando salimos en la tercera planta, la gente se dispersa hacia sus mesas, despachos, oficinas y cubículos.

Gabriel me lleva a la zona del café y empieza a prepararse su propia y elaborada bebida.

—Pues he oído que hay problemas en el paraíso —dice Gabriel en voz baja con una mirada significativa hacia arriba—. La mismísima reina, la señorita Reina, al parecer tuvo un ataque de nervios monumental anoche fuera del horario de oficina y despidió a Bruce en el acto. Él la ha amenazado con demandarla por despido improcedente.

Le da un sorbo a su té, arqueando las cejas. —Vaya, qué faena —digo con compasión—. Me pregunto a qué se debió tanto jaleo.

—Ahí está la cosa —dice Gabriel, inclinándose más—. Por lo que he oído, estaban discutiendo por el señor Marin. ¿Te lo puedes imaginar?

Imagino al director del departamento jurídico. Solo lo he visto una vez, pero no me pareció una amenaza para Reina, ni personal ni profesionalmente. Es un hombre de mediana edad, muy serio y

siempre lleva algún detalle de su atuendo un poco descolocado. No es que la apariencia sea sinónimo de incompetencia, pero al lado de Reina es como si desapareciera.

—La verdad es que no se me ocurre —le digo.

—Y mira que lo has intentado de verdad —señala con una risita.

—No pasa nada, yo tampoco. Lo único que sé seguro es que Marin salió del despacho de Bruce, Reina se puso a gritar en el pasillo y, de repente, le estaba gritando a Bruce.

—Qué raro. —Frunzo el ceño mientras remuevo el café—. Espero que lo solucionen. O que al menos eviten que la empresa se hunda con ellos.

—Oh, no te preocupes por esas cosas, bonita —dice Gabriel con un gesto de la mano—. La empresa es estable, aunque en la cúpula directiva tengan una pelea de enamorados. Tu puesto está a salvo, te lo prometo.

Si Gabriel supiera la mitad, quizá no haría esa promesa tan a la ligera.

Echo una mirada nerviosa al techo mientras sigo a Gabriel hacia nuestro puesto de trabajo, rezando para que lo que pasó anoche no tenga nada que ver conmigo ni con Alaiya.

Por alguna razón, siento que mi esperanza es infundada.

CINCUENTA Y CINCO

Reggie

—¡... y me ha despedido! —Bruce está en mi despacho, hecho una furia por su encontronazo con Reina de anoche.

Si hubiera sabido que iba a descargar su rabia contra Bruce, podría haber intentado calmarla antes de irme. Aunque no creo que hubiera servido de mucho.

—Bueno, pues yo te readmito.

Me señala, con su bigote poblado vibrando y erizado.

—Ni se te ocurra —dice—. Si tengo que elegir entre una indemnización y trabajar con esa bruja, me quedo con la indemnización.

Lo miro durante un buen rato, esperando que por fin acepte el asiento que le ofrecí hace diez minutos, cuando llegó.

Como no lo hace, suspiro.

—Por lo que me cuentas, no parece que lo de anoche fuera la primera vez que tenías problemas con Reina. Esto puede ser una entrevista de fin de contrato, si lo prefieres, pero también puede ser una queja oficial. No me gusta que haya problemas de este calibre en la directiva de mi empresa y enterarme el último. Si puedes arrojar algo de luz sobre lo que ha estado pasando, te lo agradecería mucho.

Me lanza una mirada de desconfianza y vuelve a tensarse.

Mierda. ¿Qué he dicho?

—Antes de contarte nada, ¿puedes responderme a una cosa?

—Si puedo.

—¿Tú y Reina tenéis una relación sentimental?

Joder, ¿otra vez con esto?

—No —le digo con firmeza—. No tenemos ninguna conexión sentimental, aunque me han llegado rumores de lo contrario.

—Creados y perpetuados por ella misma —dice Bruce con amargura.

Ve que frunzo el ceño y por fin decide sentarse. Se deja caer pesadamente en la silla frente a mí y se frota los ojos con fuerza. Luego se lleva la mano a la boca, con la mirada perdida más allá de mí, y niega con la cabeza.

Finalmente, suspira, se endereza y me lanza el tipo de mirada que imagino que le dirigiría a un testigo en un juicio.

—Tenemos —todos nosotros— la impresión de que ella es tu representante directa, estés aquí o no.

Me remuevo, incómodo.

—En cierto modo, se supone que así debe funcionar. Se supone que debe consultarme las decisiones, y tenemos una serie de valores y objetivos que espero que respete en mi ausencia.

—¿Esos valores incluyen comprobaciones de antecedentes exhaustivas y continuas a todas las empleadas?

Mis cejas se disparan hacia el nacimiento del pelo.

—En absoluto.

—Mmm. Ya me lo imaginaba. También sospecho que esos objetivos no incluyen tirar piedras contra vuestro propio tejado y negaros a cumplir las normas de seguridad y salud de California que no son de obligado cumplimiento a nivel federal, ¿verdad?

—¿Cómo? —Suspira—. Tu proyecto estrella en California es extremadamente complicado desde el punto de vista legal. Como la ciudad lleva mucho tiempo intentando deshacerse de ese edificio, hay muchos ojos puestos en él, lo que duplica la burocracia. Ella se ha negado a firmar concesiones que superan un cierto importe. Le he estado insistiendo en que, o lo hacemos a la manera de

California, o desechamos el proyecto. Ella me ha estado diciendo que dé largas, que negocie y que intente sacar adelante lo que pueda, pero la administración no funciona así.

Me inclino hacia delante, de repente más interesado.

—¿Ha intentado saltarse alguna otra ley?

Agita una mano de un lado a otro y emite un sonido dubitativo.

—Ha estado intentando modificar y retrodatar el contrato de los empleados para eliminar las protecciones familiares en las viviendas de la empresa. Está presionando para que los empleados sin hijos se alojen gratis, y que los que tienen hijos tengan que pagar una cuota por vivir en las viviendas de la empresa. Intenta justificarlo con cláusulas de responsabilidad civil, pero no tiene ningún sentido. En primer lugar, ese tipo de discriminación nos expone a demandas. En segundo lugar, el seguro del edificio no cambia haya niños o no.

Frunzo el ceño, ocultando mi creciente furia tras una máscara de confusión.

—¿Te ha explicado por qué quiere cambiar la redacción del contrato?

Niega con la cabeza.

—Como te decía, afirma que tener niños en el edificio es un riesgo y, si insisto en el tema, me dice que es una orden directa tuya. Cuando le dije que iba a necesitar tu firma en la solicitud de cambio, de repente le surgió una emergencia y zanjó la conversación. Parece que es la forma en que suelen acabar estas cosas, sin contar lo de anoche, que acabó conmigo despedido.

—Repíteme eso —le pido—. Quiero asegurarme de que lo he entendido bien. Entró en tu despacho después de que yo me fuera y...

—Y me dijo que le contara para qué habías venido. Le dije que era privado, ella me dijo que sabía que te había dado la tarjeta de un abogado. No dije nada. Exigió saber por qué necesitabas asesoramiento legal y le sugerí que te lo preguntara a ti. Entonces empezó a amenazar mi puesto de trabajo, pero me mantuve firme. Perdió los estribos, francamente, y me despidió.

Me quedo en silencio un momento, atando cabos como si cosiera una colcha fea.

Parece que se me escapan algunas piezas de este asunto, pero una cosa parece clara: el nuevo comportamiento de Reina es tóxico.

No sé si es que el poder se le ha subido a la cabeza o es su obsesión por un futuro que nunca fue suyo, o una combinación de todo lo anterior salpicado de la idea de que se lo merece todo, pero hay algo en la raíz de toda esta mierda y es mi trabajo desenterrarlo.

—Escucha. —Bruce me mira, agotado—. No puedo trabajar en estas condiciones. Es malo para mi corazón, y mi corazón no está muy bien que digamos. Admiro tu visión y tu misión tal y como se me explicó cuando acepté este puesto, pero me niego a trabajar para una empresa que dice una cosa y hace otra. Estoy hasta las narices de esas gilipolleces. El derecho corporativo es un trabajo que te consume el alma, y a mí no me queda alma suficiente para entregársela a esa bruja.

Niego con la cabeza.

—No quiero que lo hagas. No me gusta lo que estoy oyendo sobre lo que ha estado haciendo con el poder que le he dado aquí. De hecho... —Me aclaro la garganta, sopesando si de verdad quiero abrir esta puerta— ...esta situación es parte de la razón por la que te pedí recomendaciones anoche. Siento que está retorciendo mi visión hasta convertirla en algo que no quiero, pero es complicado.

Estudia mi cara durante un rato incómodamente largo. Mantengo la calma, esperando a que decida si cruza o no la puerta que le he abierto.

Todavía depende enteramente de él; esto puede seguir siendo solo una entrevista de fin de contrato si es lo que quiere.

Al final, se inclina hacia delante, apoya los codos en las rodillas y entrelaza los dedos sin apretar.

—Parece que te vendría bien algo de asesoramiento legal... Si sigo en tu nómina... —abre las manos, en un gesto para devolverme la pelota con delicadeza.

—Lo estás —le digo—. Y si no lo estás, por la razón que sea, me aseguraré de que te paguen cada minuto que pases hoy en mi despacho.

Asiente con seriedad.

—Bueno, pues entonces —dice, con un tono de voz mucho más amable—, pongámonos a ello.

Respiro hondo y, sin más, le suelto toda la historia. Desde mi caída en picado tras la muerte de Andie, que llevó a la repentina aparición de Alaiya en mi vida, hasta mi lucha contra el alcoholismo, que me hizo delegar demasiada responsabilidad en Reina, y luego el desmoronamiento de mi confianza en ella una vez que se quitó la careta.

—Y ahora está intentando involucrar a mi madre —le digo, y él suelta una risita—. El problema es que lo está tergiversando de tal manera que, si ella o mi madre deciden presentar una queja ante cualquier organismo regulador o llevar su versión de la historia a un tabloide, me crearía muchísimos problemas. Sé que técnicamente no he hecho nada malo, pero no quiero que Nayla pase vergüenza ni exponer a mi hija al escrutinio de los medios o a algún peligro.

—Mientras tanto, si decides despedir a Reina impulsivamente, ella sabe lo suficiente como para sembrar el caos absoluto en tu vida personal y profesional —dice Bruce, pensativo.

—Exacto. —Se frota la barbilla, meditando—. A veces, la mejor defensa contra un posible chantaje es sacar a la luz tus propios secretos. Eso te permite controlar el relato.

—¿Quieres decir que debería contarle al mundo que tengo una hija con una mujer con la que me acosté menos de un mes después de que mi esposa falleciera? Ya sabes lo que harán con esa información. Me pintarán como un marido infiel y un padre irresponsable.

Me amonesta con el dedo, en un gesto paternal.

—Precisamente por eso deberías contar tu historia a tu manera. Saca a la luz cualquier posible conspiración turbia. Preséntate como un viudo afligido que buscaba consuelo durante el momento más duro de su vida, en lugar de como un mujeriego. Si lo haces bien, evitarás la pesadilla de que circulen teorías más oscuras.

—¿Teorías más oscuras?

—Perdóname. Teorías más oscuras como que eliminaste a tu mujer intencionadamente porque era un obstáculo para estar con la madre de tu hija.

Se me revuelve el estómago y se me hielan las manos.

—Ni siquiera había pensado en eso —susurro—. Dime que no harían… —Dejo la frase en el aire.

Llevo demasiado tiempo en internet como para dudar de que alguien llegaría exactamente a esa conclusión. A las masas no les gusta nada más que destapar el mal en el mundo, exista de verdad o no.

—Vale —digo lentamente—. Entonces… ¿qué hago ahora?

—Ahora, concertamos una reunión con Maureen, de marketing —dice con decisión—. Ella dirige el equipo de relaciones públicas y es buenísima en su trabajo. Me temo que esto te va a tener ocupado un tiempo. ¿Tienes algo urgente que requiera tu atención hoy?

Pienso en mi proyecto de California con pesar. Todavía no le he asignado un equipo, pero puede esperar. O el ayuntamiento derribará el edificio. En cualquier caso, es un problema del que puedo ocuparme más tarde.

—No —le digo—. Nada más urgente que proteger a mi familia.

—Y tu negocio —me recuerda.

—Y mi negocio —convengo.

—Bueno, pues entonces, bajaré a buscar a Maureen. Tú asegúrate de que sigo en nómina.

Me guiña un ojo y sale de la oficina arrastrando los pies.

Suelto todo el aire, intentando liberar la tensión del pecho. No funciona.

Tengo una horrible sensación de desastre inminente. Quiero avisar a Nayla, pero no tengo nada útil que decirle. Todavía no, al menos. Así que, en su lugar, hago lo que Bruce me dijo que hiciera. Reviso las cuentas y compruebo que sigue en nómina, pero sé que no puedo dejarlo así.

Cojo el teléfono y marco el número del departamento de nóminas.

—Nóminas, le atiende Becky.

—Becky, soy Reagan Marin.

—¡Oh! Buenos días, señor Marin, ¿en qué puedo ayudarle?

Mientras abro la boca para responder, oigo voces alteradas de fondo. Una de ellas me resulta demasiado familiar para mi gusto.

—¿Está Reina ahí abajo?

—Eh, sí, señor. ¿Quiere hablar con ella?

—Sí.

—Un momento.

Las voces se oyen más fuertes, pero se solapan y no consigo distinguir ninguna palabra.

Becky tiene que intentar llamar la atención de Reina tres veces, y siento cómo crece mi propia frustración.

Cuando Reina por fin coge el teléfono, todo el veneno ha desaparecido mágicamente de su tono.

—¡Reagan! Qué sorpresa. ¿Cómo sabías que estaba aquí? No estarás vigilándome, ¿verdad?

—Debería —respondo sin rodeos, sádicamente complacido por su brusca inspiración—. ¿Qué haces ahí abajo?

—Solo asegurándome de que todo está en orden —dice, y su tono se ha enfriado de forma casi imperceptible—. Por desgracia, tuve que despedir a alguien anoche, y solo me estoy asegurando de que todo el papeleo esté en regla. Parece que está un poco atascado, por alguna razón.

—¿Te refieres al papeleo de Bruce? —El silencio al otro lado de la línea está cargado de tensión.

—¿Hay algún problema? —Murmura la pregunta como si no quisiera llamar la atención.

—Sí, lo hay. No autoricé su despido. Él dirige el departamento y esa es una decisión que debemos tomar juntos.

Vuelve a dudar.

—Subo ahora mismo —dice finalmente—. Podemos hablar de esto en privado.

—Ponme con la jefa de nóminas.

Se ríe con sorna.

—¿Cómo te atreves a cuestionar mis decisiones cuando apenas te sabes los nombres de tus empleados?

—Reina. Ahora.

—Sí, señor. —Hay veneno en su voz y sé que va dirigido a mí.

—Gracias.

Cuando me pasa con la jefa —cuyo nombre es Julie, y lo he apuntado—, le digo sin rodeos que no debe tramitar ningún papel de despido de Bruce bajo ningún concepto.

Luego le indiqué que se pusiera en contacto con Recursos Humanos y me hiciera una lista de todas las demás personas que Reina ha despedido personalmente. El bufido que soltó Julie ante esa instrucción me hizo pensar que la lista no sería corta.

Apenas le he dado las gracias y he colgado cuando Reina aparece en el ascensor, obviamente echando humo.

—¿Qué te pasa? —pregunta, cruzando furiosa la zona común para plantarse en el umbral de mi puerta—. ¿Intentas ponerme en evidencia?

—No más de lo que te estás poniendo en evidencia tú misma —le digo con sequedad.

—¿Perdona?

Me levanto y rodeo el escritorio para quedar cara a cara con ella.

—¿Cuánto has estado escuchando los cotilleos de la oficina esta mañana?

—Lo menos posible —espeta—. Estoy demasiado ocupada para chismes.

—Pues quizá deberías estar un poco menos ocupada. Todo el mundo, y quiero decir todo el mundo, está hablando de cómo perdiste los estribos por completo anoche porque Bruce no quiso darte información confidencial a la que no tenías ningún derecho.

Sus ojos se agrandan peligrosamente.

—¡Bruce! Esa víbora…

—No tuvo nada que ver —la interrumpo—. ¿Has olvidado que tenemos personal de limpieza en el edificio?

Se pone pálida y aprieta los labios con fuerza. Por una vez, tiene la decencia de parecer avergonzada.

—Eso no es todo —le digo en voz baja—. Cuanto más circula la historia, más detalles se le añaden. Otros abusos de poder. Otras personas que temen tu temperamento. Otras personas que están convencidas de que eres prácticamente mi representante legal en todos los sentidos imaginables.

—¿Y qué? Están aburridos. La gente aburrida exagera cualquier cosita para darle un poco de emoción a sus vidas.

—¿Es por eso que lo haces? ¿Estás aburrida?

Me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo te atreves a…?

—Estás suspendida.

Parpadea, con la boca ligeramente abierta. La cierra de golpe, se humedece los labios y traga saliva.

—¿Perdona?

—Estás suspendida, a la espera de una investigación. Con efecto inmediato. La tarjeta. —Extiendo la mano para que me la dé.

Respira con dificultad, con los ojos brillantes de lágrimas de rabia. Tiembla de furia, manteniendo el contacto visual, intentando perforarme el cráneo con la mirada.

Como no me muevo, se arranca la tarjeta de identificación del cinturón y me la estampa en la mano.

—Toma —sisea—. Pero esta conversación no ha terminado.

—Por hoy sí. Recoge tus cosas, deja el portátil.

Le tiembla el labio inferior y casi cedo. A pesar de toda la fricción que ha habido entre nosotros últimamente, sigue siendo una de mis amigas más antiguas. Me preocupo por ella, y mucho, pero ya no puedo confiar en ella. No podré, no hasta que entienda sus motivaciones y las acciones que ha tomado en mi ausencia.

La observo con atención mientras recoge sus cosas, asegurándome de que no guarda el portátil en el bolso, sintiéndome como un matón mientras las lágrimas le resbalan por la cara.

Ni siquiera se molesta en despedirse al irse. En el ascensor, las lágrimas le surcan el rostro mientras el pecho se le sacude con sollozos silenciosos.

Sé que soy un capullo. Podría haberlo hecho de otra manera. Probablemente debería haber esperado a Bruce y a Maureen, pero sabiendo lo insistente que era ella con deshacerse de Bruce, ya no puedo fiarme de tenerla en mi propiedad. Al menos no hasta que esta investigación termine.

Respiro hondo varias veces, concentrando mi mente en Nayla y Alaiya. Sus rostros me llenan de paz y de una determinación

renovada. No se trata de salvar el negocio. Es solo un negocio; puedo crear otro si este se va a pique. Nayla y Alaiya son irremplazables.

Lenta, deliberadamente, me preparo una taza de café, serenando mis pensamientos con cada movimiento. El ascensor se abre a mi espalda.

Bruce ha vuelto y no está solo. Maureen, una pelirroja joven con unas gafas de montura negra pasadas de moda y un gesto serio, lo sigue hasta la zona común.

—Gracias por acompañarnos con tan poca antelación. ¿Un café?

Durante las siguientes seis horas, los tres revisamos todo meticulosamente. Al final, empezamos a incorporar a otros jefes de departamento en la conversación, llamamos a una empresa privada para que audite nuestros departamentos de Recursos Humanos y de nóminas, y contratamos a un consultor de empresas para toda la semana.

Después de otras cuatro horas, hemos conseguido eliminar todo lo superfluo y los cimientos de mi negocio quedan al descubierto ante mí, con todos sus defectos.

Bruce mira la hora en su móvil.

—Esto es todo lo que puedo dar de mí por hoy. Ha dicho que Reina está suspendida, ¿correcto?

—Sí, de forma indefinida. A la espera de los resultados de esto —señalo con un gesto las montañas de papeles esparcidas en montones a medio organizar sobre la mesa de reuniones.

Bruce asiente.

—Entonces, le veré mañana por la mañana.

—Y a mí también —confirma Maureen—. Le recomiendo que espere hasta que lo entendamos todo antes de emitir ningún comunicado de prensa. Dicho esto, le convendría poner al día a las otras partes implicadas, a no ser que crea que son del tipo que se precipita.

Asiento con solemnidad. Tendré que pensar cómo abordar a Nayla.

—Entendido. Que pasen una buena noche y gracias a los dos. No podría haber gestionado todo esto sin su ayuda.

Mi primer impulso cuando se van es correr al apartamento de Nayla y pedirle que hablemos, pero miro la hora y me lo pienso mejor. Son sobre las siete y media, y es muy probable que esté acostando a Alaiya. Al menos, supongo que la niña se va a la cama a esa hora.

Con el ceño fruncido, me doy cuenta de que no sé prácticamente nada de mi propia hija. No sé si es alérgica a algo y solo sé a qué guardería va por casualidad.

Agotado por haberme enfrentado a mis propios fracasos todo el día, le envío un mensaje. Menos molesto que una llamada, imagino.

Buenas noches, escribo, y luego lo borro. Demasiado formal.

Hola, Nayla. Lo borro de nuevo, suspirando frustrado conmigo mismo. Demasiado cercano. Respiro hondo y lo intento una vez más.

Nayla, soy Reggie. Tenemos que sentarnos a hablar de nuestra situación y decidir los próximos pasos. Preferiría hacerlo cuanto antes. ¿Estás disponible esta noche?

Dejo caer el móvil sobre mi escritorio y lo aparto de mí, mirándolo como si fuera una serpiente a punto de morderme. Odio esperar su respuesta. He lidiado con un montón de situaciones de muchísima presión, pero ninguna de ellas me ha parecido nunca tan de vida o muerte como esta.

Para mi alivio, contesta rápidamente. *Le voy a pedir a Lacey que venga a cuidar de Alaiya. Un momento.*

No me esperaba eso. Creía que estaría encantada de sentarse a hablar en la comodidad de su propia casa... a no ser que espere que la cosa se ponga tensa. ¿O quizá espera que la lleve a un restaurante de lujo? No me importaría. Pero entonces, ¿sería una cita?

Pienso en el beso fingido que compartimos en la esquina de la calle y el corazón se me acelera un poco. Quizá esté más abierta al romanticismo de lo que pensaba. Mi móvil suena. *Ya está de camino.*

No quiero molestar a Alaiya. ¿En tu oficina?. Todo negocios. Anotado.

De todos modos, esta no es una buena forma de conquistar a una mujer. Aun así, no hay razón para que al menos no cenemos.

Claro. ¿Tienes hambre?Acabo de cenar. Llego en 30.

—Mierda —mascullo.

Seguro que lo hace a propósito, asegurándose de que no haya ninguna posibilidad de malentendidos románticos. Me trago el amargo rechazo y pido un sándwich a domicilio para que me lo entreguen en diez minutos. No tiene sentido esperar si no quiere comer conmigo.

Cuando bajo, después de haber recogido mi pedido, deambulo hacia la puerta trasera y mis ojos se posan en el edificio al otro lado del patio, preguntándome qué estará pensando ella en este momento. Preguntándome si es feliz en su pequeño y funcional apartamento. Preguntándome si me dejaría darle el mundo si lo tuviera para ofrecer. Suspirando, me siento en uno de nuestros muebles de exposición y me como mi triste y solitaria cena.

CINCUENTA Y SEIS

Nayla

Lacey ya estaba en mi apartamento, cenando conmigo y con Alaiya cuando Reggie me escribió. Me había puesto tan nerviosa al recibir su mensaje que casi lo ignoro por completo, pero Lacey me convenció de que no lo hiciera.

—Tienes que afrontarlo como una adulta, Nayla —me había señalado, con razón—. Te está abriendo la puerta.

Yo había estado de acuerdo, pero ahora que me estoy preparando para ir, vuelvo a estar nerviosa.

—¿Qué crees que quiere de verdad? —le pregunto mientras intento decidir si cambiarme la ropa del trabajo o no—. Quiero decir, sé que tenemos que hablar de Alaiya, pero ¿y si no se trata solo de eso?

—Bueno —dice, lanzándome una mirada cómplice de reojo—. ¿Tú qué crees que quiere?

—¡No lo sé! Quiero decir..., ¿y si todavía quiere mudarse con nosotras? ¿Y si no quiere hablar solo de la crianza compartida? ¿Y si es una especie de treta para que volvamos? Todavía no sé lo que siento.

Ladea la cabeza.

—Esto es nuevo. ¿Es por lo de Lou Anne? —La casa.

Suelto un fuerte suspiro.

—Supongo. No se me ocurre nadie más que tuviera los medios o el deseo de comprar la casa de mamá para regalársela a Lou Anne. Pero no entiendo por qué lo habría hecho, a no ser que fuera una maniobra para que volviéramos. Y si fuera así, ¿por qué no me lo habría dicho él mismo?

Lacey sonríe.

—Y esto, todo esto, es exactamente la razón por la que tienes que ir a hablar largo y tendido con él. —Echa un vistazo al reloj y me da un suave empujón hacia la puerta—. Alaiya está dormida y yo no tengo planes para mañana. Ve a solucionarlo y no tengas prisa en volver.

Me regala una sonrisa y un guiño que me revuelven el estómago.

Le doy un abrazo rápido y salgo a toda prisa por la puerta antes de que me dé tiempo a cambiar de opinión.

Me está esperando junto a la puerta. Cuando paso la tarjeta de acceso, se levanta, arrugando el envoltorio de papel de un sándwich. Me siento un poco culpable por haber rechazado su oferta de cenar; no había caído en que quizá él de verdad tuviera hambre, y no que solo estuviera intentando que saliera con él.

Ligeramente incómoda, lo saludo con la cabeza.

—Buenas noches —digo.

—Buenas noches —dice él, con un gesto algo torpe mientras tira la basura.

Me hace un gesto hacia el ascensor. Con la tenue luz del vestíbulo a estas horas, las ojeras se le ven muy marcadas. Parece que lleva días sin dormir bien.

—Pasa —dice.

Caminamos en silencio por la oficina inquietantemente tranquila. Una vez en el ascensor, suelta un pequeño suspiro mientras pulsa el botón del último piso.

Se recompone rápidamente y me dirige una sonrisa pequeña y cansada.

—Perdona —dice—. Ha sido un día largo.

—Me lo imaginaba —admito—. Radiopatio ha estado que echa humo hoy, llamando a unos y a otros todo el día. ¿Puedo

preguntar...?

Asiente como si la cabeza le pesara demasiado.

—Deberías —dice—. En cierto modo estás en el centro de todo esto. Bueno, casi en el centro, supongo.

—¿Qué quieres decir?

El ascensor se detiene con un suave tintineo y salimos. Todas las luces de esta planta siguen encendidas.

La puerta del despacho de Reina está bien cerrada, pero la sala de reuniones está iluminada y abierta, la mesa cubierta por una montaña de papeles.

El escritorio de Reggie está igual de cubierto, al igual que la mesa de centro de la zona común. Todas las papeleras rebosan de vasos de cartón usados y toda la planta huele a sudor y a desesperación.

Dudo en el umbral, mirando a mi alrededor y arrugando la nariz.

—¿Estoy en medio de *esto*? Madre mía.

—En el entresuelo —aclara él.

—Lo siento, aquí no hay mucho espacio. Si prefieres, podemos bajar.

—O… —sugiero en voz baja—, podrías cerrar y vamos a otro sitio. ¿Cuándo fue la última vez que saliste de aquí?

Sonríe con ironía.

—Hace mucho —admite—. Lo primero que se me ha ocurrido ha sido invitarte a mi casa, pero no quería que te hicieras una idea equivocada.

—¿A tu casa? —pregunto, sorprendida—. Corría el rumor de que vivías aquí.

Él se ríe por lo bajo.

—No me extraña. No soy de enseñar mi apartamento tanto como el despacho. Ni siquiera tanto como el jet. Pero existe, te lo aseguro, y no está muy lejos. ¿Te apetece venir?

—En absoluto —respondo, y no puedo evitar sentir curiosidad.

Cierra con llave la sala de conferencias y la puerta de su despacho antes de pulsar el botón del ascensor.

Mientras pulso el botón del vestíbulo, le lanzo una mirada.

—¿Tienes un jet?

Me sonríe.

—¿Quieres verlo?

—Quizá más tarde —me río—. En un jet privado no creo que pudiera concentrarme en nuestra conversación.

Eso parece gustarle. El ambiente entre nosotros cambia sutilmente, como una brisa a finales del invierno que anuncia nuevas posibilidades. Sentarme en el asiento del copiloto de su coche —el mismo que tenía cuando estábamos juntos— es como ver la última pieza de un puzle encajar en su sitio.

—No pensaba que aún lo tendrías —comento, pasando las manos por el cuero, suave como la seda—. Creía que serías de esos ricos que estrenan coche cada temporada.

Él se ríe.

—Qué va. Aún funciona perfectamente. Además, el consumo responsable es una parte fundamental de todo lo que he intentado construir.

—¿Es cosa de la mentalidad de California o algo que has cultivado tú mismo? —Mi tono es ligero, pero la pregunta va en serio.

He tenido mucho tiempo para pensar y me he dado cuenta de que no sé lo suficiente sobre sus raíces, sus valores o lo que de verdad le mueve. Todo eso va a ser importante cuando decidamos cómo criar a nuestra hija, aunque sea en casas separadas.

—Sinceramente, es algo que aprendí de mi mujer. Le apasionaba la conservación y la reducción de nuestra huella de carbono, y no era algo que hiciera por moda o por alarmismo. Creía de verdad que los seres humanos podíamos revertir nuestro impacto en el planeta, y no entendía cómo alguien podía no querer intentarlo.

Nunca antes me había hablado de ella con tanta franqueza. Contengo la respiración, con la sensación de que romperé el hechizo si hago el más mínimo ruido.

—Solía afectarle muchísimo todo eso. La primera vez que la encontré llorando por un vertedero en medio de un parque nacional, no me cabía en la cabeza por qué le afectaba tanto. Si te soy sincero, fui un capullo bastante displicente al respecto. Pero ella no

se enfadó. Simplemente se sentó conmigo y me lo explicó. Me abrió los ojos. Me cambió por completo.

Su voz se ha vuelto suave y cálida, y sus ojos brillan con los recuerdos. Se queda en silencio.

Reprimo el impulso de alargar la mano y coger la suya.

—Parece que era una persona increíble —digo en voz baja.

—Lo era —dice, y su rostro se ilumina con una sonrisa—. Encontraba tanta alegría en el mundo como dolor. Vivió más en veintiséis años que la mayoría de la gente en noventa, siempre curiosa, siempre apasionada. A veces era agotador, pero supe desde el principio que solo tenía una opción: seguirle el ritmo o la perdía. No había más.

Una expresión indescifrable se dibuja en su rostro y luego niega levemente con la cabeza.

—Creo que estaría orgullosa de lo que has hecho con Cloud City —le digo tras unos instantes de cómodo silencio—. Me refiero a vuestra estricta política de conservación.

—Eso espero —dice mientras entra en un garaje y pasa una llave electrónica por el lector de la puerta—. Lo único que siempre quiso fue dejar algo bueno para las generaciones futuras.

Mis pensamientos vuelan hacia Alaiya, y luego vuelven a Reggie y a su difunta esposa, y se me hace un nudo en la garganta. Desde luego, ella dejó algo bueno, y la futura generación ya está aquí. Aunque dudo que esto fuera lo que tenía en mente y, por un momento, me siento culpable de todo.

Reggie se da cuenta del cambio en mi expresión y, de repente, la culpa asoma también a la suya.

—Lo siento —dice.

—No debería haberla mencionado…

—No —le interrumpo rápidamente—. Me alegro de que lo hayas hecho. De verdad. Parecía una persona increíble. Creo que me habría gustado conocerla.

Lucho contra los pensamientos y sentimientos que se arremolinan en mi cabeza, demasiado complejos para ponerlos en palabras.

—¿Quería tener hijos? —pregunto en voz baja.

El silencio se adueña del coche mientras él aparca y apaga el motor.

Lo miro y veo cómo traga saliva con dificultad y aprieta la mandíbula. Aparta la mirada, se pasa una mano por la cara, carraspea y asiente.

—Sí —dice—. Quería uno. Planeábamos empezar a intentarlo, pero entonces… —Se interrumpe y esta vez no lucho contra mis impulsos.

Le cojo la mano y se la aprieto suavemente. Él gira la suya y se aferra a la mía como a un clavo ardiendo, sujetándola con fuerza, pero no tanta como para hacerme daño.

—Lo siento —murmuro.

Él asiente, se frota la cara con la mano libre y se vuelve para dedicarme una sonrisa triste, con los ojos húmedos.

—Yo también lo siento —dice—. Supongo que no lo he superado tanto como pensaba.

Le da un último apretón a mi mano antes de abrir su puerta. Abro la mía al mismo tiempo, notando la ligera decepción en su rostro. Supongo que pretendía abrirmela él, pero esos gestos no van conmigo. Al menos, no todavía.

—No estoy de acuerdo —le digo mientras me guía hacia el ascensor—. Cuando mamá murió, no pude llorar. Durante meses. Pensé que nunca más volvería a sentir nada que no fuera pena, y esa pena era tan grande y terrible que ni siquiera podía permitirme sentirla. Luego, cuando empecé a llorar, parecía que no podía parar. Todo me hacía llorar. Estoy bastante segura de que he traumatizado un poco a Alaiya.

Respiro hondo, con la respiración entrecortada, y acepto su mano cálida y reconfortante en mi espalda.

—Creo que llorar un poco y recordar con cariño es, probablemente, la mejor señal de que lo estás superando —concluyo, con la voz más firme de lo que esperaba.

El ascensor se abre en el vestíbulo del edificio, que cruzamos hasta un segundo grupo de ascensores. Permanecemos en silencio durante el trayecto hasta su apartamento, ambos perdidos en nuestros pensamientos y sentimientos.

Me siento como aquel día junto al río, sentados en aquel tocón, simplemente existiendo juntos. Algo en el fondo de mi mente se relaja, algo que ha estado tenso y ansioso durante más tiempo del que puedo recordar.

Las puertas se abren, no en el último piso, como esperaba, sino en una de las plantas intermedias del rascacielos.

—Eres toda una caja de sorpresas —le digo mientras caminamos por el pasillo, largo e impersonal—. Me esperaba que un hombre con un jet privado viviera en un ático de lujo.

—¿Estás decepcionada? —pregunta mientras abre la puerta de un piso que hace esquina.

Entramos y nos encontramos en un modesto piso de dos dormitorios con una cocina y un salón acogedores. Las ventanas son de tamaño normal, las paredes son del típico blanco roto con el que entregan todos los pisos de alquiler y no hay ni un solo adorno. Lo más interesante del lugar son los prototipos de la primera generación de nuestros muebles, que ha puesto en el salón.

—No —digo, vacilante.

Él arquea una ceja.

—¿De verdad?

—No por el piso —aclaro—. Te pega. Encaja con lo que me has contado de ti. Es solo que…, no parece un hogar. Eso es todo.

Se encoge de hombros.

—No he hecho gran cosa con él —admite—. Me parece una pérdida de tiempo. Apenas estoy aquí y casi nunca tengo visitas. Con lo ocupado que he estado intentando poner en marcha la *startup* y… —agita una mano en el aire—, todo lo demás, no le he visto el sentido a decorarlo. Puedo enseñártelo, si quieres. Sin segundas intenciones, lo juro.

—Vale —acepto, reprimiendo una sonrisa—. Sin segundas intenciones.

Me enseña el segundo dormitorio, que está vacío. Los únicos muebles son un escritorio y una silla. El escritorio ni siquiera es uno de nuestros prototipos, es una cosa destartalada que se podría encontrar por diez dólares en una tienda de segunda mano. Hay un

pequeño cuarto de baño entre los dormitorios, impoluto, salvo por un rollo de papel higiénico y un bote de jabón de manos barato.

El dormitorio principal y el baño privado solo son ligeramente mejores: el somier más básico posible, sábanas sencillas y un par de cajas de mudanza a modo de mesita de noche. El armario está medio lleno de ropa y el baño tiene lo más básico.

Es una caja fría y funcional, sin un ápice de personalidad.

—¿Cuánto tiempo llevas en este sitio? —pregunto mientras volvemos al salón, intentando que no se me note la preocupación en la voz.

—Más o menos un año —dice, con un deje de vergüenza—. ¿Te apetece beber algo? No tengo alcohol, pero creo que hay algún refresco por ahí.

—Con agua me vale —le digo, sentándome con cuidado en el sofá, del que no me fío del todo.

Algunos de estos prototipos se habían descartado por problemas de seguridad, y no puedo estar segura de que este no sea uno de ellos. Parece bastante resistente, así que me recuesto y me pongo cómoda.

No hay mucho que mirar. Incluso las vistas son aburridas: dan a la calle de abajo y a la pared desnuda del edificio de enfrente. En un sitio como este, sería imposible ser una vecina cotilla aunque quisieras.

Me trae agua con hielo en una taza de café y se sienta a mi lado con la suya.

Doy un sorbo y dejo la taza con sumo cuidado sobre la mesa de centro. Es un diseño en el que estuve involucrada de forma indirecta, y sé de buena tinta que estas mesas no son precisamente estables.

—No he pensado muy bien lo de invitarte a venir —admite, con las puntas de las orejas ligeramente sonrojadas—. Puedo llevarte a otro sitio si quieres.

Niego con la cabeza.

—Nunca vamos a conseguir hablar si seguimos buscando el sitio perfecto para hacerlo. Las apariencias no importan un pimiento ahora mismo.

Se relaja un poco, respirando más tranquilo. —Tienes razón —me dice—. Siempre has sido más lista que yo.

—Anda, calla —le digo, ignorando el aleteo de placer que me produce su cumplido—. Que yo sepa, tampoco estamos aquí para que me ahogues en halagos. Ve al grano, cariño. ¿Por qué estamos aquí?

Casi me arrepiento de haberlo llamado así al ver que le asoma el hoyuelo y se le sonrojan aún más las orejas.

Me agrada seguir provocándole esa reacción, pero también sé que, si nos dejamos llevar por los sentimientos, no vamos a avanzar.

—Bueno —dice, carraspeando y adoptando una postura un poco más profesional—. Están pasando un par de cosas que intento gestionar antes de que nos exploten en la cara, pero la más importante es Reina. Ha estado husmeando en mi vida personal, involucrando a mi madre y elaborando unas teorías bastante… interesantes. Lo que me preocupa es que descubra que Alaiya es mía, eche cuatro cuentas y me chantajee con alguna teoría que me arruine la reputación.

Su confesión me deja de piedra. —¿Por qué iba a hacer algo así? ¿No tiene ella tanto que perder como tú si hunde tu empresa?

—En realidad, no —me dice—. Mi nombre está en todo, el suyo no. Puede encontrar trabajo en cualquier sitio y, si juega bien sus cartas, podría salir de esta con una buena indemnización y una reputación intacta. Mientras tanto, a estas alturas, toda la *startup* se apoya en mi reputación. Es nueva, no ha demostrado nada y aún está en pañales. La única razón por la que alguien está dispuesto a trabajar conmigo ahora mismo es porque tengo fama de ser un genio.

Pone los ojos en blanco al decir la última palabra, lo que me parece poco sincero por su parte. Le guste o no, es un genio en el mundo de los negocios.

—Entiendo —digo despacio.

—Pero eso no explica el porqué de todo esto. Aunque pudiera conseguir trabajo en cualquier sitio, si no está contenta, ¿por qué no lo hace y ya está? ¿Qué ganaría chantajeándote o arruinando tu reputación?

Me dedica una mirada larga y escrutadora.

—No pareces ofendida —señala de repente.

—¿Debería estarlo? —pregunto, sinceramente confundida.

Duda, como si temiera que la propia explicación pudiera ofenderme.

—No —dice escuetamente—. En fin, creo que la razón por la que quiere chantajearme…

—Espera —lo interrumpo, y mi buena educación me regaña por dentro al hacerlo.

—No voy a poder concentrarme mientras intento darle vueltas a eso. ¿Qué esperabas que me ofendiera, exactamente? —Suspira.

—Algunas personas podrían interpretar esta conversación como que temo que mi vida se arruine si la gente se entera de lo nuestro y de Alaiya, y se lo tomarían como algo personal. Pero no es eso lo que quiero decir en absoluto.

—Ah. —Mastico la idea un minuto y luego niego con la cabeza—. No, nuestra situación no es normal, ni habitual, ni la que cabría esperar. Se le pueden dar muchas vueltas para hacerte quedar fatal, y alguien que te guarde rencor lo haría sin dudarlo. No estoy ofendida. Demonios, no tengo ningún derecho a estarlo. Yo tampoco he ido pregonando nuestro pasado a los cuatro vientos, la verdad.

—¿Te avergüenza? —me pregunta.

Lo pienso un momento.

—Sí y no —le digo—. Me avergüenza haber tenido una hija contigo sin saber realmente quién eras, de dónde venías o lo reciente que era la muerte de tu mujer. Me avergüenza cómo me vine abajo de forma tan dramática cuando te fuiste. Estoy orgullosa de lo lejos que he llegado y de cómo me he rehecho. Y… —hago una pausa, con el corazón desbocado mientras la confesión se niega a permanecer encerrada—. Y aún hoy, guardo como un tesoro los recuerdos que creamos juntos en Hartlen.

Se le ilumina la cara. —¿De verdad? —Esta vez la pregunta es adorablemente genuina.

—De verdad —le aseguro—. No fue la relación más inteligente del mundo, pero fue bonita mientras duró. Fuiste bueno conmigo y

con mamá, aunque no fueras precisamente sincero sobre tu pasado reciente. Por lo que, por cierto, no te culpo.

Pensar en cómo se portó con mi madre hace que me lo imagine de nuevo en su casa, y me doy cuenta de que necesito de él algo más que un plan sobre cómo seguir adelante.

—Hablando de mamá —empiezo, notando cómo se le tensan ligeramente los hombros—. ¿Te has enterado por casualidad de que alguien compró la casa de mamá y se la regaló a Lou Anne, sin pedir nada a cambio? El tipo consiguió mantenerse prácticamente en el anonimato; nadie en el pueblo sabe quién fue.

Le observo las orejas, que habían vuelto a su color normal. Tal y como sospechaba, se le enrojecen un poquito.

—Qué fascinante —dice, esquivando la pregunta—. Me alegro por Lou Anne. Seguro que cuidará esa casa como oro en paño.

—Seguro que sí —digo, sin dejar de observarlo de cerca—. Que se te pongan las orejas rojas no es una confesión. No me imagino quién podría tener tanto dinero para derrochar. ¿Y tú?

—Mucha gente tiene dinero —dice vagamente—. Los bienes inmuebles son una buena inversión, ya sabes.

—Sí, si los conservas —me río—. ¡No si los regalas!

—Quizá fue una buena inversión kármica. Quizá alguien intentaba evitar que el fantasma de una mujer con mucho genio y pocas pulgas lo atormentara sin piedad.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada que me nace desde la punta de los pies. Eso sí que lo aceptaría como una confesión. Al cabo de un momento, se ríe conmigo. Cuando mis risas se han disipado, me seco los ojos y le sonrío.

—¿Y bien? —pregunto.

—¿«Y bien», qué?

—¿Ha funcionado? ¿Se ha arreglado tu karma?

Me mira y sus ojos se enternecen. —Está en ello —dice, y me busca la mano.

Giro la mía para encontrar la suya, con el corazón acelerado. Sus labios tiemblan ligeramente mientras sonríe. —Sí, definitivamente creo que está en ello.

Nos quedamos así unos minutos, simplemente sintiendo el momento. No he olvidado por qué me preocupa volver a acercarme a él, pero es tan agradable estar aquí sentada con él de esta manera que, por ahora, dejo esas preocupaciones a un lado. Solo por un instante.

—Bueno, me estabas hablando de Reina. ¿Por qué quiere chantajearte?

Era la pregunta equivocada.

Retira la mano y se remueve, incómodo, en su asiento. Mi mano se siente más fría de lo que debería sin la suya rodeándola.

Reggie frunce el ceño, mirando su taza. —Se le ha metido en la cabeza la idea de que ella y yo formaríamos una increíble pareja de poder. Sueña con mansiones en los Hamptons y conmigo corriendo detrás de ella como un perrito faldero obediente. Intenté darle calabazas con delicadeza, pero… —deja la frase en el aire y se encoge de hombros.

Me interesa. No puedo evitarlo. Reina es guapísima, competente y, a todas luces, leal.

Frunzo el ceño, confundida. Si ha estado colado por mí todo este tiempo, ¿por qué no había movido ficha antes?

Su mirada se posa en mi cara y suspira.

—Lo intenté, ¿sabes? Con ella, quiero decir. Cuando decidí que era hora de pasar página y olvidarte, me pidió salir y acepté. Enseguida quedó claro que ella y yo nunca podríamos estar juntos de esa manera, y se lo dije. Simplemente se niega a aceptarlo, y estoy casi seguro de que ha estado minando mi autoridad en el trabajo para intentar crear una situación de la que solo ella pueda salvarme.

—Ya veo —digo.

Siento un nudo en la garganta y, de repente, la boca se me seca.

Bebo un sorbo, pensando detenidamente qué quiero que me responda primero y qué preguntas deberían quedar para otro momento.

—¿Cuándo decidiste que era la hora? —Sonríe, con un aire un poco avergonzado.

—Más o menos una semana antes de que el misterioso desconocido comprara la casa de tu madre —confiesa—. Después de salir con ella me di cuenta de que no quería ir por ahí buscando a otra. Te echaba de menos. Te he echado de menos desde que me fui, y ese sentimiento nunca desaparecía, a menos que estuviera borracho. Incluso borracho, lloraba porque no estabas ahí para llevarme a rastras a casa. Y, por cierto, todavía lo siento muchísimo. Cuando dejé de beber para siempre, la sensación de echarte de menos no se fue. Si acaso, se hizo más fuerte.

Sus palabras me atraviesan el corazón y hacen que me cueste respirar. Me acerco más a él en el sofá, con el corazón desbocado en el pecho, y le doy un suave empujoncito con el hombro.

—Lloré con mi madre en el paritorio —le digo—. El día que tuve a Alaiya. No paraba de gritar que no era justo. Que se suponía que tenías que estar allí conmigo.

Lo siento estremecerse a mi lado. Lenta y cuidadosamente, me pasa el brazo por los hombros y me acerca hacia él.

—Debería haber estado allí —concuerda, con la voz tan tensa que está a punto de quebrársele—. Lo siento mucho, Nayla.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me apoyo en él, buscando el consuelo que he anhelado desde que sentí las primeras pataditas de Alaiya en la barriga.

—Te veo cada vez que sonríe —susurro—. Y cuando se concentra mucho en algo, y cuando se pone respondona conmigo. Se me rompe el corazón a veces..., la mayoría de las veces.

Me abraza con más fuerza y apoya la mejilla en mi coronilla. Siento cómo sus lágrimas se filtran por mi pelo y me resbalan por la cara, igual que el día que di marcha atrás y choqué con aquel coche.

Lo abrazo mientras él me abraza y dejo que las emociones fluyan entre nosotros. Lo he echado tanto de menos que casi estoy dispuesta a pasar por alto el riesgo de dejarle entrar de nuevo en mi corazón. Casi.

Suspirando, me aparto a regañadientes del refugio de su pecho.

—No quiero que ella te eche de menos así —le digo—. No de esa manera. La forma en que yo echo de menos a mi madre es diferente. Es natural. Hay un cierre, duelo, aceptación, comprensión.

Nunca tuve eso cuando te fuiste. No quiero que esa confusión le rompa el corazón.

Él se queda sentado, en silencio, con el ceño fruncido, mirando al vacío. Su pulgar frota mi hombro distraídamente, como si su cuerpo aún intentara consolarme mientras su mente está a kilómetros de distancia.

Solíamos sentarnos así a menudo. Por aquel entonces, su mente estaba ocupada con cosas increíblemente pesadas, con un duelo increíblemente denso.

¿Ahora? Ahora no lo sé. Me recuerdo a mí misma que entonces tampoco lo sabía, e intento volver al estado en el que tenía la paciencia de esperar a que volviera a mí.

Pero, por aquel entonces, no llevaba ya años esperando.

La impaciencia presiona como una mano contra mis costillas y me obliga a ponerme en pie.

—Voy a empolvarme la nariz —le digo.

Su brazo se queda suspendido sobre el respaldo del sofá durante un segundo o dos mientras parpadea para volver al presente. Me hace un gesto de asentimiento en silencio, y lo dejo ahí, dándole vueltas a la cabeza.

En el baño, mis propias lágrimas silenciosas fluyen libremente.

CINCUENTA Y SIETE

Reggie

Me había permitido fingir que todo estaba bien, que solo porque ella estaba aquí, en mi apartamento, habíamos vuelto al punto de partida.

Me había permitido olvidar las cicatrices que dejé en su corazón, y el miedo real que siente a que me acerque demasiado a nuestra hija y vuelva a desaparecer.

Me había dejado llevar por las chispas que sentía saltar entre nosotros. Ahora me pregunto si esas chispas estaban solo en mi cabeza, si deseaba tanto que funcionara con ella que me lo inventé todo. Ha soltado esa bomba y se ha ido al baño.

Mi austero apartamento está en silencio, tan silencioso que sus palabras parecen resonar sin fin.

Nunca había pensado en la diferencia entre perder a un padre por la muerte y perderlo por sus propias decisiones. Nunca me he enfrentado a ninguna de las dos cosas.

Mi madre sería capaz de instalarse en mi piel y vivir ahí si la dejara, y mi padre siempre ha estado presente. No tenemos una relación estrecha, pero siempre ha cuidado de mí, aunque ceda ante mi madre más a menudo de lo que me gustaría.

El proyecto de California me ronda la cabeza, asomándose a los rincones de mi mente con suave insistencia. Intento quitármelo de encima, centrarme en arreglar esto con Nayla, pero se niega a marcharse.

Al final, me rindo y presto atención a lo que mi cerebro intenta decirme.

El proyecto de California va a requerir meses de trabajo presencial. Meses de trabajo presencial significan meses lejos de la oficina central, meses lejos de Nayla y Alaiya.

No parecía importar cuando pensaba que Reina era capaz de gestionar la oficina correctamente. Incluso después de saber lo de Alaiya, supuse que podría llevarme a Nayla y a Alaiya conmigo a California. Quizá todavía pueda...

Nayla vuelve al salón. Es evidente que ha estado llorando y no deseo nada más que rodearla con mis brazos y secarle las lágrimas a besos.

Me pongo en pie y avanzo hacia ella antes de poder contenerme.

—¿Estás bien? —pregunto, estúpidamente.

Ella asiente.

—Es mucho que asimilar —admite—. Estaba segura de que no volvería a verte, así que no me preparé precisamente para un reencuentro.

Un recuerdo me hace soltar una risita, y ella me lanza una mirada extraña.

Le hago un gesto hacia el sofá y, tras un segundo de vacilación, vuelve a sentarse. Me siento a su lado, girando mi cuerpo hacia ella para poder mirarla a sus preciosos ojos mientras le confieso mis propios y vergonzosos secretos.

—Yo sí que preparé un reencuentro —le digo—. Pero muy mal.

Sus labios se arquean y me lanza una mirada inquisitiva.

—¿Ah, sí?

Asiento, acomodándome para contar la historia.

—Como te decía, después de aquella cita horrible con Reina, decidí que estaba siendo estúpido. Quería recuperarte, e ignorar mis sentimientos no me estaba llevando a ninguna parte. Así que volví a Hartlen. Y tampoco pensaba presentarme con las manos vacías.

Le conté la historia con todo detalle: cómo había tenido a todas las boutiques especializadas de Hartlen volviéndose locas para satisfacer mis exigencias.

Cómo había intentado encontrarla, solo para descubrir que en su antigua casa vivía otra familia y que en la de su madre no quedaba nadie.

Cómo Lou Anne me había informado, a su manera tan especial y mordaz, de todo lo que me había perdido mientras estuve fuera.

—Dios mío —dice, riendo—. Pobrecito. Tuvo que leerte la cartilla.

Una extraña expresión aparece en su rostro, primero de curiosidad y luego de algo parecido a la decepción.

—No te preocupes —le digo rápidamente—. Todos los regalos encontraron nuevos hogares. Las flores fueron para Amira, y dejé que Sonny se atribuyera el mérito del vestido y las joyas. Hice que lo dejara en casa de tu madre para que Lou Anne pudiera usarlo. Te compraré cosas nuevas, te lo juro. No sabía si volvería a verte, y me parecía... bueno, patético, llevar esas cosas conmigo por si una remota casualidad me llevaba de nuevo hasta ti. —Estoy hablando demasiado rápido, y ella ya está descartando mis palabras con un gesto de la mano.

—No me preocupan los regalos —dice—. Probablemente me habría reído en tu cara si te hubieras presentado en mi puerta con todo eso. No, lo que me molesta es Lou Anne. La llamé para preguntarle por la casa. Me lo contó todo sobre Sonny y el comprador misterioso, pero no me dijo en absoluto que te había visto el día anterior.

Frunzo el ceño, pensándolo.

—No me sorprende demasiado —le digo al cabo de un momento —. Parecía convencida de que no querrías volver a verme nunca. Además, no estoy seguro de que ella supiera que tengo dinero. Puede que no atara cabos.

Ella niega con la cabeza.

—No, claro que se dio cuenta. Lo que no quería era que yo supiera que eras tú. O que podías haber sido tú.

Se va enfadando cada vez más, cuanto más piensa en ello.

Le tiendo la mano y ella me la coge.

—No se mordió la lengua al contarme lo mucho que te había hecho daño —le digo—. Según Amira, tenía mucha experiencia con tíos gilipollas.

Nayla asiente, mordiéndose el labio.

—Estaba intentando protegerte de mí —me doy cuenta en el mismo instante en que las palabras salen de mi boca—. Tenía todos los motivos para creer que era lo correcto.

—Supongo —suspira.

Se pasa una mano por el pelo y apoya el codo en el respaldo del sofá.

—Odio esto —dice—. Ojalá mamá estuviera aquí para decirme qué hacer.

—Yo también.

Los ojos penetrantes de Nayla se clavan en los míos, abriéndose por la sorpresa.

—¿Ah, sí?

Asiento.

—Me dio más buenos consejos y perspectiva en los pocos meses que la conocí que mi propia madre en toda mi vida. Mi madre siempre tiene una segunda intención, incluso cuando cree que me está diciendo algo por mi propio bien. Amira no era así. Me decía lo que creía que necesitaba oír, sin importarle cómo ese consejo pudiera afectar a los demás.

Nayla me mira durante un buen rato y luego sonríe suavemente.

—Entonces te quería de verdad —dice, y su voz me envuelve como miel tibia—. Cuanto más quería a una persona, menos rodeos se daba con ella.

—Yo también la quería —admito—. No podía creer que se hubiera ido.

Se me hace un nudo en la garganta cuando el recuerdo de aquel cementerio seco y silencioso inunda mi mente.

—Me odié por no haber estado ahí para ti, y para ella, al final. Pensé… Parece que siempre pienso que tengo más tiempo.

Nayla se acerca a mí en el sofá mientras yo lucho por contener las lágrimas llenas de dolor: por Amira, por Andie, por la infancia

perdida de Alaiya, por el tiempo que me perdí de ser una familia con Nayla y nuestra hija.

—Si supieras que solo te quedan veinticuatro horas en este mundo, ¿cómo las pasarías? —pregunta.

Está lo suficientemente cerca como para que pueda sentir el calor de su piel, el suave movimiento de su aliento en el aire inmóvil. Mis brazos se mueven a su alrededor casi por voluntad propia, y ella se amolda a ellos como si hubiera nacido para vivir ahí.

—Te haría el amor —le susurro al oído—. Toda la noche. Por la mañana, os llevaría a ti y a Alayia a la oficina conmigo. —Se tensa en mis brazos—. Me aseguraría de que todo quedara atado y bien atado, de que la empresa estuviera a salvo de la corrupción, de que mis planes para salvar el mundo me sobrevivieran. Actualizaría mi testamento, asegurándome de que tú y Alayia siempre tuvierais todo lo que pudierais necesitar. ¿Y después? Después os llevaría a ti y a Alayia donde quisierais ir. Pasaría cada minuto que pudiera aprendiendo todo lo que hay que saber sobre ella, intentando grabarme en su memoria para que siempre se sintiera feliz al pensar en su papá. Tú y yo nos casaríamos y nos haríamos fotos para que ella siempre supiera que nació del amor. —Las lágrimas que he estado conteniendo se derraman, y escondo la cara en el pelo de Nayla—. Luego la llevaríamos a casa. Me sentaría con vosotras dos mientras se durmiera. Absorbería cada pequeño, tierno y real momento para llevarlo conmigo a lo que venga después. Y entonces... —Me aparto y le toco la cara a Nayla—. Entonces te haría el amor hasta el último momento.

—Un día ajetreado —dice ella, con los ojos también empañados por las lágrimas.

No me lo espero. Cuando sus labios tocan los míos, me sobresalto por la chispa que salta entre nosotros, reavivando la ascua en mi pecho que ha ardido en silencio por ella todos estos años y avivándola hasta convertirla en una llama voraz.

Mis brazos se aprietan a su alrededor, atrayéndola hacia mí hasta que está en mi regazo con los brazos rodeándome el cuello.

Responde a mis besos desesperados con la misma pasión, nuestras lágrimas se mezclan y confunden en nuestras caras.

Tenemos que hablar más, pero cuando empieza a tirar de mi camisa, no soy capaz de recordar qué demonios nos preocupaba tanto.

Nuestra ropa va cayendo entre besos, mis manos y mis labios se deleitan con el contacto que estaba seguro de que estaría fuera de mi alcance para siempre.

El inestable sofá se mueve peligrosamente bajo nosotros, así que me pongo de pie, levantándola conmigo. Ella envuelve sus piernas alrededor de mi cintura, aferrándose a mí mientras la llevo por el pasillo hasta mi cama.

La tumbo, despojándola de los últimos trozos de tela que nos separan. Mis manos viajan por su cuerpo; por sus pechos perfectos, más grandes y suaves que antes.

Por su vientre, que ahora brilla con sutiles estrías, más blando entre unas caderas más anchas de lo que recuerdo.

La sangre me hierve mientras mis dedos y mis labios catalogan estos sutiles cambios, la prueba de sus sacrificios, de nuestro ADN mezclado.

Gime bajo mi cuerpo mientras hundo la cara entre sus muslos, recorriendo sus hermosos pliegues con la lengua.

El paisaje aquí también ha cambiado, de manera igual de sutil e igual de sensual. Encuentro su clítoris sin dificultad. En cuestión de instantes, sus muslos se aprietan alrededor de mis orejas, ahogando sus gemidos de placer mientras palpita bajo mi lengua.

Su sensibilidad es contagiosa. Cuando su orgasmo remite, subo hasta colocarme sobre ella, sujetándole la cara con las manos mientras encuentro de nuevo su entrada.

—Te quiero, Nayla.

Abre la boca, pero lo que fuera a decir se pierde en un gemido ahogado cuando me hundo en su calor.

Se envuelve a mi alrededor, respondiendo a cada embestida, arqueándose contra mí, volviéndome loco. Sé que no voy a durar mucho, pero no pienso decepcionarla si puedo evitarlo.

Besando el tierno lugar detrás de su oreja, ahuecando su pecho con una mano, rozando su pezón con el pulgar, cambio mi ritmo. Cuando se le corta la respiración y sus piernas empiezan a temblar, mantengo mi esfuerzo constante y pienso en cualquier otra cosa.

Cuando se estremece a mi alrededor, cuando empieza a vocalizar esas respiraciones entrecortadas, cuando empieza a contraerse y a ondular a mi alrededor, no hay nada en el mundo que pueda distraerme.

Me dejo llevar, entregándome al momento, y me corro dentro de ella, liberando un gemido que armoniza con sus gritos de placer.

Yacemos juntos, respirando con dificultad, enredados el uno con el otro en mis sábanas insulsas. Una sensación de satisfacción me invade. Podría quedarme así para siempre.

Pronto, sin embargo, vuelve a besarme, y no tardo en estar a la altura. Hay sueños locos que merece la pena perseguir. Hacerle el amor toda la noche es, sin duda, uno de esos sueños.

Finalmente, con la ciudad exterior volviéndose gris bajo la primera luz del amanecer, nos quedamos dormidos en los brazos del otro.

CINCUENTA Y OCHO

Nayla

—¡Reagan! —La voz de una mujer rompe el sueño oscuro y tranquilo en el que estaba sumida, haciéndome sentar de golpe en la cama y apretarme las sábanas contra los pechos desnudos.

El sol ha salido por completo, la habitación de Reggie está inundada de luz... y estoy completamente desnuda. También lo está Reggie, que está sentado a mi lado, fulminando con la mirada a las dos mujeres que están en el umbral de la puerta.

Se me encoge el corazón. Una de ellas es Reina. La otra, una mujer mayor con los ojos de Reggie y el pelo plateado, es la que ha gritado. Tiene las manos junto a la cara como si nunca en su vida hubiera visto algo tan escandaloso.

Detrás de ella, Reina está apoyada en el marco de la puerta, lanzándome una mirada asesina.

—¡Fuera, las dos! —grita Reggie. La mujer mayor jadea como si la hubiera abofeteado, pero se apresura a salir y cierra la puerta de un portazo.

—¡Más te vale mover el culo aquí fuera, Reagan Heracles Marin!

Enarco una ceja.

—¿Heracles?

—No es el momento —murmura mientras se desliza fuera de la cama.

Rebusca en su armario hasta que encuentra unos pantalones de chándal y una camiseta, y me los lanza. Dejamos la mayor parte de nuestra ropa en el salón, donde probablemente estén esas dos mujeres ahora mismo.

—De repente me acuerdo de lo que teníamos que hablar anoche —dice Reggie mientras se pone su propia ropa.

—¿Era que tu madre pensaba aparecer hoy? —pregunto, incapaz de imaginar quién más tendría el descaro de irrumpir en el dormitorio de un hombre adulto y usar su segundo nombre de esa manera.

—No. Eso también es una sorpresa para mí —dice con los dientes apretados—. Pero iba a preguntarte cómo querías que gestionáramos nuestra salida del armario, por así decirlo. Pública y privadamente.

—Parece que lo de «en privado» se está solucionando solo. —Me aparto el pelo del cuello del jersey, me ajusto los pantalones de chándal todo lo que puedo —todavía me quedan enormes— y le lanzo a Reggie una mirada severa—. Te cubriré —le digo—. Como quieras jugar esto, yo te seguiré la corriente.

—¿Aunque les mienta? —pregunta.

Siento que me quedo helada.

Entrecierro los ojos, matizando un poco mis palabras.

—Te cubriré ahora para salir de esta situación, pero no querré saber nada de ti después si demuestras tener tan poca entereza.

—Entendido.

Por alguna razón, eso parece relajarlo. Sus hombros se destensan y me sonríe antes de envolverme en un abrazo cálido y afectuoso.

—¿Sabes que tu madre te ha educado muy bien?

—Lo sé —le digo, devolviéndole la sonrisa y dejando un besito en sus labios—. Y ahora, vamos a encargarnos de esto.

Él respira hondo y asiente, y luego me suelta.

Haciendo acopio de valor, me coloco detrás de él mientras abre la puerta de su dormitorio. Su madre y Reina están en el salón,

cuchicheando entre ellas y mirando nuestra ropa tirada con asco.

Me trago la vergüenza. Al fin y al cabo, no es asunto suyo y, que yo sepa, nadie las ha invitado.

—Reagan —dice su madre, echándome un vistazo por encima para descartarme de inmediato—. ¿Qué es eso de que has suspendido a Reina?

—¿Y a ti qué te importa? —responde él con frialdad.

—¡Claro que me importa! Por lo que veo, ¡te estás deshaciendo de la única mujer buena que hay en tu vida para tener el camino libre y poder irte por ahí con zorras y madres solteras cazafortunas! —Escupe esas últimas palabras como si le supieran mal, y el gesto que me dedica hace que se me encienda la sangre.

—Cuidado —espeta Reggie—. No consentiré que le faltes al respeto a la madre de mi hija en mi propia casa.

—No te atrevas a hablarme así, yo… —Se interrumpe a media frase y se lo queda mirando, conmocionada. Todos lo estamos, la verdad.

Los ojos de Reina están más abiertos que nunca y tengo que hacer un esfuerzo consciente para cerrar la boca.

No pensé que se lanzaría a la piscina así, pero aquí estamos. Y yo he dicho que lo cubriría pasara lo que pasara, ¿no? Así que recompongo el gesto rápidamente.

—¿La madre de…? ¿Tienes una hija? —balbucea la madre de Reggie.

—No puedes ser padrastro si no estás casado —dice Reina con la voz cargada de veneno—. Es la madre de *una* niña, no la madre de tu hija. ¿Intentas que a tu madre le dé un infarto?

—No me digas lo que soy —dice Reggie con firmeza—. Tengo una hija biológica. Nayla es la madre biológica de mi hija. Es la madre de mi hija, y espero que la tratéis como tal.

La señora Marin emite un sonido preocupante. Está pálida y empieza a tambalearse. Me apresuro a cogerla del brazo antes de que se desplome.

—Venga a sentarse —le digo, intentando que mi tono sea lo más suave posible. La llevo hasta el sofá, quitando mi sujetador del cojín

antes de ayudarla a sentarse. Me mira como si fuera una especie de bicho raro.

—¿Tú…? ¿Y Reagan? ¿Por qué…, por qué no me lo había dicho nadie? —Miro a Reggie. Él me asiente con la cabeza. Yo me encojo de hombros y me vuelvo hacia su madre.

—Él no lo sabía —confieso—. Hasta hace muy, muy poco. Perdimos el contacto antes de que yo supiera que estaba embarazada y nos hemos reencontrado hace muy poco.

Hay algunos matices sobre las fechas que se podrían discutir, pero no voy a entrar en detalles con esta mujer. De repente, la expresión de asombro se borra de su cara y se deforma en una mueca casi cruel.

—¡Ese acento! —sisea—. ¡Eras tú!

Se levanta de un salto del sofá, alejándose de mí con una agilidad admirable para una mujer de su edad.

La observo con calma. —¿De qué hablas? ¿Quién es? —pregunta Reina.

—Esta es la zorra…

—¡Mamá!

—i…con la que Reagan se fugó para jugar a las casitas cuando te dejó tirada en Couch Crashers! ¡Con su mujer todavía de cuerpo presente y tú ya le habías puesto encima tus sucias zarpas, ¿a que sí, pequeña…?!

—Fuera. —La voz de Reggie no es alta, pero la intensidad de su orden hace que dé un respingo.

La señora Marin cierra la boca de golpe y fulmina con la mirada a su hijo. Se cruza de brazos en actitud desafiante, sin mover un músculo para marcharse del apartamento.

—La historia que te has montado en la cabeza sobre Nayla es falsa. La historia que pienses vender al sitio web que sea… —Esto parece ir dirigido a Reina, que de inmediato se muestra incómoda—, también será falsa, se podrá demostrar fácilmente que es falsa, y solo conseguirás quedar en ridículo cuando se sepa la verdad.

—¿Qué verdad? ¿Alguna vez me has dicho la verdad? —La voz de la señora Marin suena peligrosamente inestable, aguda y quebradiza.

Me levanto por si le da por entrar en shock y desmayarse otra vez.

—Sí —dice Reggie sin rodeos—. Y estaré encantado de contarte toda la historia, pero no someteré a Nayla a este maltrato.

—Pues haz que se vaya —se queja su madre.

—¿Por qué quieres echarme después de haber viajado hasta aquí para verte?

Se produce un largo silencio que solo se rompe cuando suena mi teléfono. El corazón me da un vuelco mientras busco a toda prisa mi bolso y saco el móvil, que está casi sin batería. Es Lacey, y el corazón se me acelera por la ansiedad.

—¡Lacey! Lo siento mucho, iba a llamar…

—¡Pero estaba demasiado ocupada seduciendo a mi hijo! —chilla la señora Marin.

Lacey se ríe. —Vaya, parece que la estás liando parda. Me parece bien, pero a tu nena no. Está bastante enfadada contigo. Iba a dar una vuelta con ella por el parque, pero no quería que llegaras a casa y no hubiera nadie.

—Por favor, hazlo —le digo—. Estaré en casa en cuanto pueda. Me salvas la vida, cielo. Gracias.

—Cuando quieras, guapa. Tómate el tiempo que necesites, pero mantenme al día para que sepa qué decirle a la peque.

—Lo haré —prometo—. Muchas gracias.

Cuelga y le lanzo a Reggie una mirada de culpabilidad.

—Alaiya no está muy contenta conmigo —le digo—. Nunca se ha despertado sin mí.

—Pues vamos a llevarte a casa —dice él, y su mirada se enternece.

Duda un momento y luego me mira con seriedad—. ¿Qué te parecería presentarle a su abuela?

—¿Perdón? —jadea la señora Marin.

Hago una mueca y niego con la cabeza. —Sinceramente, no estoy segura de que sepa comportarse.

—¡Claro, cómo no ibas a dar a luz a una mocosa malcriada…!

—No hablaba de mi hija —la interrumpo con una mirada gélida. Vuelvo a mirar a Reggie, fingiendo que su madre ni siquiera está en

la habitación—. Si va a estar tan temperamental, no creo que debamos exponer a Alaiya a su presencia. No hasta que pueda ser amable. Los modelos a seguir son muy importantes para los niños pequeños, ¿sabes?

Reggie asiente y luego finge que se lo piensa. —¿Quizá si se la presentamos en público será menos propensa a perder los estribos?

—¡Estoy aquí mismo! —estalla la señora Marin—. ¡Habladme como a una adulta!

—Pues empieza a comportarte como tal —dice Reggie con firmeza—. Nayla tiene toda la razón. No estás en condiciones de conocer a ningún niño pequeño, y mucho menos a tu propia nieta, si vas a comportarte así. Ahora voy a llevar a Nayla a casa, y…

—¿De verdad me vas a dejar sola después de soltar una bomba como esa? —A la señora Marin le tiembla la barbilla.

—Tranquila, cariño —dice Reina, rodeando con el brazo los hombros de la mujer mayor—. Ya encontraremos algo para entretenernos mientras él no está, ¿verdad?

El brillo de sus ojos es peligroso, y Reggie y yo intercambiamos una mirada. Finalmente, él levanta las manos en señal de falsa rendición.

—Está bien. Todo el mundo al coche. —La decisión parece sorprender a Reina.

—¿Qué?

—Me has oído. No puedo fiarme de que manejéis esta información con responsabilidad, no puedo fiarme de que mamá mantenga la cabeza fría con esta información, y tengo que llevar a Nayla a casa para que la canguro se pueda ir. Así que todos al coche y solucionaremos esto como adultos.

No estoy segura de que me guste la idea de estar atrapada en un espacio reducido con estas dos, pero tiene razón. Dejarlas solas a su aire ahora mismo sería un problema.

—Ah, ¿y Reina? —dice, extendiendo la mano—. La llave.

Ella le dedica una mueca de desdén antes de estamparle en la palma una simple tarjeta de plástico y, a continuación, me lanza una sonrisita arrogante.

Reggie capta la expresión y pone los ojos en blanco.

—Se la di para que pudieran dejar los muebles mientras yo no estaba en la ciudad —explica mientras se guarda la llave en el bolsillo.

Su arrogancia se quiebra y su boca se tuerce en un puchero, dejando claro que sí, que intentaba ponerme celosa.

Pongo los ojos en blanco y sigo al resto hacia la puerta.

Las dos mujeres van por delante, echando chispas, mientras Reggie y yo caminamos un poco por detrás.

—No pensaba preguntarte por qué tenía tu llave —le digo mientras andamos—. Se está esforzando mucho por picarme, ¿verdad?

Él resopla.

—No tiene ni idea de con quién se la está jugando. —Me rodea los hombros con un brazo y me besa la coronilla—. Y no tienes nada de qué preocuparte. —Sonrío ante eso, pero sé que se equivoca. Tengo mucho de lo que preocuparme.

Para empezar, ¿cómo demonios voy a proteger mi corazón y el de Alaiya cuando ya me estoy enamorando perdidamente de él otra vez? Le paso el brazo por la cintura.

Quizá la lógica pueda esperar un poco más.

El viaje hasta mi piso es de un silencio glacial. Tanto Reina como la señora Marin protestan por tener que sentarse en el asiento trasero mientras yo voy delante con Reggie, pero él no está para sus tonterías. Me coge de la mano durante todo el trayecto, y siento una oleada de orgullo al ver que me reclama como suya de una forma tan definitiva delante de dos personas muy importantes en su vida.

Cuando paramos delante de mi edificio, veo dos caras conocidas que se acercan desde el parque. La felicidad florece en mi pecho mientras salgo a toda prisa del coche y corro a su encuentro.

—¡Alaiya! —chillo, igualando su alegría desbordante cuando se da cuenta de mi presencia. Extiende los brazos hacia mí, alternando gemidos y chillidos, como si intentara reñirme por haberla dejado, pero estuviera demasiado feliz de verme como para mantener el enfado. La cojo en brazos, la acuno y le susurro para calmar sus abrumadoras emociones.

—Echaba de menos a su mamá —dice Lacey con cariño.

—Mamá también te ha echado de menos a ti, cariño —le digo, meciéndola en mis brazos.

Estoy a punto de darle las gracias a Lacey por millonésima vez, pero el rostro de Lacey se ensombrece al mirar por encima de mi hombro.

—¿Amiga tuya? —pregunta.

Me doy la vuelta y me encuentro a la señora Marin de pie, justo detrás de mí. Reggie sale disparado del coche, apresurándose a rescatarme de su madre, pero ella no parece tan amenazadora en este momento.

Está mirando a Alaiya con una expresión que no sabría describir. Sus ojos recorren los rizos de un rojo cobrizo de Alaiya, su piel bronceada, sus brillantes ojos verdes y su sonrisa, que es un calco de la de Reggie. De repente, la señora Marin parece más pequeña, más frágil y menos segura de sí misma. Me lanza una mirada que no llega a ser de disculpa, pero que tiene un atisbo de ella.

—Es preciosa —dice la señora Marin en voz baja—. ¿Cómo…? Sé que lo dijiste, es solo que… cosas de la edad, ya sabes… ¿cómo se llama?

—Se llama Alaiya —le digo.

—Alaiya. —La observo memorizar en silencio la sensación de las sílabas en su boca, de la misma manera que lo había hecho Reggie cuando le dije su nombre por primera vez.

Me pregunto si Alaiya memorizará los nombres de la gente de la misma manera.

Lacey se acerca para ponerse a mi lado, sin dejar de mirar a la señora Marin con recelo.

Reggie se acerca por detrás de su madre y se coloca a mi otro lado, saludando a la bebé, que le sonríe. Él le devuelve la sonrisa, y el parecido en sus expresiones es completamente innegable.

Mientras estamos ahí de pie, veo que Reina ha salido por fin del coche para ver a qué viene tanto alboroto.

Estoy charlando con la señora Marin, contándole todas las pequeñas cosas que la gente pregunta sobre los bebés: qué edad tiene, lo bien que habla para su edad, todas esas cositas que conectan a las madres. Mientras tanto, Reina se acerca.

Por cómo estamos colocados, en una especie de círculo alrededor de Alaiya, no hay ningún sitio para que Reina se una a nosotros sin abrirse paso a empujones. Sin embargo, no importa. En cuanto está lo bastante cerca como para ver bien la cara de Alaiya, su expresión cambia. Se queda ahí, paseando la mirada en silencio de Alaiya a Reggie, y de Reggie a mí.

Nunca he visto a nadie con una expresión de traición tan absoluta en el rostro. Se da la vuelta y se aleja sin decir una palabra, pasando de largo el coche de Reggie.

Al mirar a Reggie, veo que él también se ha dado cuenta. Aprieta la mandíbula, con aspecto decepcionado.

Imagino que no es fácil que una amistad de una década termine así, pero en ese momento no le da mayor importancia. En lugar de eso, me sonríe y me besa en la mejilla.

—Parece que por el momento nos llevamos todos bien —dice—. ¿Por qué no invito a todo el mundo a comer y así nos conocemos mejor?

Miro a Lacey, que me dedica una sonrisa de ánimo.

Siento que me deslizo cuesta abajo y sin frenos, pero, de alguna manera, no me asusta tanto como pensaba. Ya se ha descubierto el pastel, las conexiones se están estableciendo, y todo lo que tengo que hacer es dejarme llevar… por ahora.

—Me parece genial —le digo, y lo digo en serio. Quizá esta situación no sea tan imposible, después de todo.

CINCUENTA Y NUEVE

Reggie

Disfrutamos de una comida muy agradable, aunque no puedo evitar preocuparme por lo que Reina esté tramando.

No es propio de ella abandonar una misión así como así. Está claro que ha traído a mi madre en una especie de desacertada intervención, y me molesta que se haya ido sin decir ni una palabra.

Me doy cuenta de que estoy divagando durante la conversación, planeando un comunicado de prensa por si acaso sale a la luz una historia sobre mí, Nayla y Alaiya. Lacey también se ha excusado de la comida, y una parte de mí espera que esté actuando de parapeto, aunque no tengo ni idea de si sabe lo suficiente como para reconocer la amenaza.

—Presta atención, Reagan —dice mamá, devolviéndome a la realidad de un chasquido—. ¡Alaiya está a punto de cumplir un año y Nayla me dice que no has planeado ninguna fiesta para ella! Eso no puede ser.

Nayla me lanza una mirada entre desesperada y divertida.

—Todavía no me siento muy cómoda organizando una gran fiesta —dice Nayla—. Había pensado que podíamos hacer una pequeña reunión con una tarta para que la destroce y unas fotos.

Mamá intenta rebatirla de inmediato, pero la interrumpo.

—Estoy de acuerdo —digo con firmeza—. Alaiya es demasiado pequeña. Una fiesta grande será abrumadora para ella. Además, apenas me conoce. Meterla en medio de un montón de gente que no conoce o que apenas ha visto no será muy divertido para ella, ¿verdad?

Mamá suspira.

—Oh, está bien —murmura—. Dime que al menos le haréis fotos.

—¡Por supuesto! —dice Nayla—. Su cumpleaños es el lunes. ¿Seguirá usted aquí para entonces?

Mamá parece desconcertada por un momento, y al principio temo que vaya a encontrar alguna manera de ofenderse por la pregunta. En lugar de eso, sonríe.

—Puedo quedarme todo el tiempo que quieras —dice—. Ahora que sé que tengo una nieta en esta ciudad, los gastos del hotel ya no me parecen tan elevados.

Me lanza una mirada significativa y me remuevo en mi asiento.

—Puedo hacer que traigan algunos muebles a mi habitación de invitados, si así vas a estar más cómoda. Me gustaría tenerte en casa. —No es del todo cierto, pero tampoco es una mentira total.

—¡Oh, no! Si llenas tu segunda habitación con muebles para mí, ¿dónde demonios vas a poner el cuarto del bebé? A menos que… —Se le ocurre una idea y pone una expresión agria—. A menos que no penséis casaros.

Nayla se atraganta con la bebida. Una vez que se controla y se limpia, se niega a mirarnos a ninguno de los dos y prefiere ayudar a Alaiya con su comida. La mirada de mamá se me clava en el cráneo.

—Bueno, Reagan, ¿vas a permitir que tu hija y su madre vivan en ese feo edificio de empleados para siempre? ¿Piensas criar a tu hija en esa triste cajita que llamas hogar? ¿O piensas seguir quedando a dormir en su casa para siempre sin casarte con ella como Dios manda?

Nayla sigue fingiendo ignorar la conversación, pero puedo ver el rubor que le sube por la nuca.

—Yo… no hemos tenido mucho tiempo para hablar de todo eso —le digo, sintiéndome acorralado—. No… no lo hemos…

—No tienes ni idea de lo que haces —dice mi madre con desdén —. Escucha. Nayla, cariño. —Nayla vuelve a regañadientes a la conversación, visiblemente incómoda. Mi mente se acelera, buscando una forma de salir de esta con elegancia—. Escucha. Sé que mi hijo puede ser absolutamente exasperante. Está casado con su trabajo, es poco fiable en el plano personal y ha cogido la mala costumbre de desaparecer por completo durante meses desde que falleció su difunta esposa. Sin embargo… —levanta un dedo mientras yo sigo sentado, deseando que la tierra me trague con silla y todo—, es un buen hombre. Un hombre leal. Leal hasta la médula, de hecho. Cuando Andie falleció…

—¡Mamá! —¿Por qué saca eso ahora?

—Chitón, esto es importante. —Prácticamente me ignora y se inclina para tomarle las manos a Nayla—. Cuando Andie falleció, no pensé que volvería a enamorarse. Había perdido la esperanza de ser abuela. Ya sé, ya sé, en los tiempos que corren, se supone que ser abuela no es tan importante. Pero para mí lo es. Me esforcé mucho por no cargarlo con esa presión. Andie era una persona increíble, la quería como a una hija, y mi conciencia no me permitía culparlo si nunca conseguía superarlo.

Respira hondo y, para mi sorpresa, veo lágrimas de verdad en sus ojos.

¿Era de ahí de donde venían todas sus nuevas neuras después de lo de Andie? ¿De que nunca sería abuela, de que me perdería por el duelo y tendría que replantearse todo su futuro a su edad?

Por primera vez, su exasperante comportamiento empieza a tener un mínimo de sentido y no sé qué pensar al respecto.

—No conozco vuestra historia —admite mi madre—. No me imagino que haya sido un camino de rosas, con el duelo, el cierre de su negocio y sus problemas con el alcohol.

—Mamá, por favor. —Ni siquiera se molesta en mandarme callar. Es como si yo hubiera desaparecido por completo—. Pero en el fondo, es un buen hombre. Un hombre leal. Y sé que va a ser un padre increíble. —Se echa hacia atrás, soltando las manos de Nayla, y suspira—. Sé que no tengo derecho a dictar los términos de vuestra relación de ahora en adelante. Pero está claro que todavía

os gustáis, o yo no sabría de qué color era el sujetador que llevabas ayer.

El rubor de Nayla se intensifica y suelta una risita nerviosa, luego abre la boca para disculparse.

Mi madre la interrumpe con un gesto antes de que las palabras se hayan formado del todo.

—No intento avergonzarte —dice—. Lo que intento decir es que tenéis una hija en común. Y, como mínimo, os gustáis. Por el momento, ambos vivís en unos pisos pequeños y tristes a kilómetros de distancia, y ninguno de los dos es un entorno ideal para criar a un bebé. Es importante que los bebés se sientan queridos, que vean el amor a su alrededor, que se les dé un buen ejemplo. ¿Cómo pensáis hacer eso si no estáis casados y vivís separados? No sois adolescentes, ¿sabéis? No podéis permitiros el lujo de ir por ahí a ver qué pasa, no si vais a criarla como es debido.

—¿Estás sugiriendo que nos casemos este fin de semana? —pregunto bruscamente.

Siento cómo mis defensas se erigen de golpe y noto la agitación de un adolescente rebelde en el pecho.

Mi madre no puede decirme qué hacer con mi vida amorosa. No es asunto suyo. Y, de todos modos, ¿ella qué sabrá?

Me lanza una mirada de fastidio.

—Por supuesto que no. Se necesita un mínimo de seis meses para planear una boda. Lo que sugiero es que los dos resolváis esto como adultos para que yo sepa con quién hablar cuando quiera saber cosas de mi nieta. Lo que sugiero es que hagáis vuestros planes de futuro con *ella* en mente, no con vuestros propios sentimientos y miedos insignificantes. Tú… —me señala con el dedo —, tienes que aprender a lidiar con tus emociones fuertes sin coger un avión y largarte al otro lado del país. Ahora eres padre. Las emociones fuertes van en el lote.

Mis labios se aprietan en una fina línea. Tiene razón, sé que tiene razón, pero no quiero admitirlo. Me está dejando en evidencia en público como si fuera un niño malcriado, justo delante de la mujer a la que estoy intentando convencer de que se vuelva a enamorar de

mí. Es vergonzoso, me trata como a un niño y, me lo merezca o no, no creo que pueda quedarme aquí sentado y aguantarlo.

Echo la silla hacia atrás.

—Creo que deberíamos irnos —digo, dirigiéndome a la mesa en general—. Yo pago la cuenta.

No quiero sentarme a escuchar más de su regañina ni sus descripciones condescendientes de mis problemas.

Ya había decidido que iba a sincerarme con Nayla sobre todo eso, y odio que mi madre se haya tomado la libertad de exponerme de esa manera.

Ya tengo los nervios de punta pensando en lo que Reina podría estar revelando en este mismo instante; no necesito que mi madre se sume a la fiesta y arruine mis posibilidades de tener una relación de verdad con Nayla.

Pago la cuenta en el mostrador de la entrada.

Cuando vuelvo a la mesa, la expresión de Nayla es indescifrable. Ya ha limpiado a Alaiya y la está abrochando en su cochecito, asintiendo a lo que sea que mi madre le esté diciendo ahora.

—…pero yo cuidaré de ti. No te preocupes, déjamelo todo a mí. El dinero no es un problema, seguro que eso ya lo sabes.

—¿Nos vamos? —digo con una alegría forzada. Mi madre le lanza una mirada significativa a Nayla. Ella se limita a asentir y luego me dedica una sonrisa tensa. Salimos del restaurante y caminamos de vuelta hacia el edificio de Nayla.

Mi madre me coge del brazo mientras Nayla empuja el cochecito justo delante de nosotros.

—Me gusta —dice en voz baja—. Hace muy buena pareja contigo.

—No estoy seguro de que ella esté de acuerdo contigo —respondo, igual de bajo—. Sobre todo ahora que conoce todos mis trapos sucios. Gracias por eso, por cierto.

Ella resopla ante la amargura de mi tono.

—Vamos, hijo. ¿De verdad esperas construir una relación a base de medias verdades y omisiones? No es una mujer cualquiera a la que intentas impresionar. Es la madre de tu hija. Te permita casarte

con ella o no, va a estar en tu vida para siempre. Más os vale ser sinceros con ella desde el principio.

Pongo los ojos en blanco.

—Esto, viniendo de la reina de las indirectas y las ambigüedades.

—No con tu padre —dice con firmeza—. Nunca con tu padre. No se puede andar con politiqueos con tu círculo más íntimo. —Se enfrenta a mi mirada de incredulidad con una expresión sombría—. Y no, cariño, tú no cuentas. Quizá deberías haber contado. Pero soy tu madre y, como tal, mi trabajo siempre ha sido guiarte, no ser tu amiga.

—¿Me estás guiando ahora? —pregunto, sintiendo que mi mal genio vuelve a encenderse.

—Preferiría no tener que hacerlo —dice—. Me sentiría mucho mejor si pudiera confiar en que te guiaras tú solo. Y esta situación no es que me tranquilice, precisamente.

Señala con un gesto a Nayla, que camina unos pasos por delante de nosotros.

—Nunca dejé que te criaras en una familia desestructurada, por mucho que tu padre y yo chocáramos. Siempre antepusimos tus necesidades a las nuestras. Todo lo que te pido es que hagas lo mismo por tu hija.

Un caos de emociones se agita en mi pecho, pero tengo la cabeza despejada. Puede que mi madre esté metiendo mucha presión, pero sus objetivos coinciden con los míos. Solo que no estoy dispuesto a presionar a Nayla. Esta tiene que ser su elección, su decisión. No voy a tenerla atada a mí durante toda la infancia de Alaiya solo porque mi madre haya decidido que es lo que hay que hacer.

Por fin llegamos al edificio de Nayla y le abro la puerta para que pueda pasar con el cochecito. Alaiya se ha quedado dormida por el camino.

—Voy a acostarla —dice Nayla, mirando por encima de mi hombro a mi madre, que sigue esperando en la acera—. ¿Me llamas luego?

—Claro —le digo. Le miro los labios por un momento, preguntándome si me dejará besarla para despedirme.

Antes de que pueda hacer ningún movimiento, ella presiona sus labios contra los míos.

—Luego —dice, guiñándome un ojo mientras empuja el cochecito hacia el ascensor.

Salgo sonriendo, hasta que veo la sonrisita de suficiencia en la cara de mi madre. Con el ceño fruncido, vuelvo a ponerme a su lado y la guío hacia mi coche.

—Y bien —pregunto—. ¿Hotel o a comprar muebles?

—Hotel —dice con firmeza—. A menos que vayamos a comprar para la habitación del bebé.

Mi primer impulso es suspirar, poner los ojos en blanco y llevarla a un hotel. A medio camino del coche, sin embargo, se me ocurre una idea.

—¿Sabes qué? Hagámoslo.

Abre los ojos como platos, sorprendida, y entonces una sonrisa sincera le ilumina el rostro.

—Sabía que eras capaz —dice con orgullo—. Sé exactamente adónde ir.

SESENTA

Nayla

Intento que no me afecten las palabras de la señora Marin, pero mientras meto el carrito en mi diminuto piso, sus palabras no dejan de darme vueltas en la cabeza.

Cuando acuesto a Alaiya en su pequeña habitación, donde apenas cabe la cuna, me pongo a pensar en el futuro.

¿Cómo voy a meter aquí una cama de niña mayor? Estoy segura de que la empresa me daría un piso más grande si lo solicitara, pero el edificio parece estar llenándose muy deprisa. Mi propia habitación está abarrotada. Hice que me enviaran las cosas de mi madre en cuanto tuve las llaves en la mano, y ahora todos sus objetos de valor sentimental están apilados en cajas y más cajas en mi pequeño cuarto.

Me he acostumbrado a vivir esquivándolas, a guardar la ropa en el cesto que tengo junto a la cama en lugar de colgarla en el armario, que está a reventar.

Más allá de todo eso, pienso en Alaiya. Me sentía cómoda siendo madre soltera cuando no sabía dónde estaba Reggie. Cuando Alaiya no lo conocía y no podía echarlo de menos, no me preocupaba ser madre soltera en un piso diminuto.

Pero el panorama desolador que pintó la madre de Reggie —la custodia compartida, tener que llevarla de un lado a otro de la ciudad cada vez que le tocara a él, yo sentada en mi piso vacío esperando a que volviera a casa— me llenó de un pavor helado.

Pasar una noche lejos de ella ya había sido bastante duro. ¿De verdad puedo comprometerme a diecisiete años echándola de menos? ¿Puedo condenarla a ella a diecisiete años oscilando entre echar de menos a mamá y echar de menos a papá?

La sola idea es tan abrumadora que se me llenan los ojos de lágrimas. No quiero eso para ella. Mamá y yo éramos las mejores amigas, solo ella y yo contra el mundo. ¿Cómo de diferente habría sido nuestra relación si hubiera pasado la mitad de mi infancia con otra persona, sin ella a mi lado para guiarme? ¿Cómo habría funcionado eso? ¿Y cómo va a funcionar ahora?

No puedo fingir que Reggie y yo vamos a estar de acuerdo en todo por arte de magia, ni que vayamos a poder discutir cada decisión antes de actuar.

¿Cuánto tiempo voy a pasar arreglando líos, estableciendo límites y discutiendo por normas que quizá funcionen en un piso pero no en el otro?

Para cuando suena mi móvil y veo el número de Reggie, Alaiya ya se ha despertado, ha jugado, ha cenado, se ha bañado y ha vuelto a la cama. Mientras tanto, yo he seguido ese hilo de pensamientos hasta caer en un pozo muy deprimente, uno sin mis rituales nocturnos para mantenerme cuerda.

—¿Sí?

—Hola —dice, con la voz un poco entrecortada—. ¿Te importa si me paso?

La descarga eléctrica que me recorre la espalda me obliga a volver al presente. Nada de eso ha sucedido todavía. Aún tenemos la oportunidad de cambiar el futuro.

—Por favor, ven —le digo.

Diez minutos después, está en mi puerta con un ramo de flores.

Sonrío, inhalando su aroma fresco, y pienso que quizá, después de todo, un futuro feliz sea posible.

—Siéntate —le digo, señalando mi diminuto sofá—. Voy a ponerlas en agua.

Todos los jarrones de mamá siguen guardados en cajas, así que las flores acaban adornando un tarro de cristal vacío. Le va que ni pintado al aspecto bohemio e improvisado de mi piso.

—Ha llamado Reina —me dice.

Se me hiela la sangre. Dudo un instante, jugueteando con las flores mientras controlo los nervios.

—¿Ah, sí? ¿Y qué quería?

—Se ha ofrecido voluntaria para encargarse del proyecto de California —dice en voz baja—. Eso, suponiendo que le levante la suspensión cuando se cierre la investigación. Aún está por ver si infringió alguna ley. Si no lo hizo, sigo teniendo media docena de razones para despedirla.

El corazón me late desbocado mientras cruzo lentamente el salón y me siento a su lado.

—¿Quieres despedirla?

Niega con la cabeza.

—No. No a menos que haya hecho algo ilegal, cosa que dudo. Se mueve en la jerga legal como pez en el agua; habría encontrado un vacío legal si quisiera hacer algo turbio. Y no me malinterpretes, hizo cosas muy turbias, pero… en cierto modo lo entiendo.

—¿Puedes ayudarme a entenderlo? Porque ahora mismo solo parece que te compadeces de una mujer que lleva tanto tiempo colada por ti que se ha vuelto loca.

Pone esa expresión de labios apretados que le estaba dedicando a su madre en el restaurante.

—En realidad, nunca estuvo colada por mí —dice—. Siempre ha tenido un plan para su vida. Una carrera de prestigio, un marido rico, uno o dos hijos brillantes y una vida codeándose con los ricos y famosos. Sacrificó esos objetivos para ayudarnos a Andie y a mí a alcanzar los nuestros. En cierto modo, me hacía responsable de algunas oportunidades perdidas. Quería que yo lo arreglara.

—¿Esa es tu interpretación, o la suya?

—De ambos —dice.

—¿Pero te dijo esas cosas en voz alta, sin que viniera a cuento?

—Dijo que en el segundo en que vio a Alaiya, todo encajó para ella. No quiere ser madrastra. Ahora que no encajo perfectamente en su plan, ya no me quiere.

Le estudio el rostro, buscando signos de dolor. Una confesión así podría herir los sentimientos de cualquiera, incluso si nunca hubiera deseado esa atención. Su expresión es neutra, indescifrable.

—Odio no saber qué piensas a veces —digo en voz alta—. No sé cómo apoyarte ahora mismo.

Parece sorprendido.

—¿Apoyarme a mí?

—Una de tus amigas más antiguas acaba de decirte que ya no te quiere porque no cumples todos sus requisitos. ¿Eso no duele?

Frunce el ceño, lo piensa un momento y luego se encoge de hombros.

—La verdad es que no. Yo nunca fui la persona que ella quería. Siempre pensó que podría ignorar las partes de mí que no encajaban, y no se cortaba a la hora de despreciarlas. Es una de mis amigas más antiguas, sí, pero no de las más cercanas. Sabe cómo funciona mi mente para los negocios y sabe qué clase de marido fui para Andie, pero la imagen que ha construido en su mente juntando esas dos cosas no tiene mucha base en la realidad.

—Eres un hombre lógico —le digo con una sonrisa—. A mucha gente le habría herido en su orgullo.

—Hoy, desde luego, mi orgullo se ha sentido herido, pero no por eso.

Enarco las cejas, invitándolo en silencio a que se explique.

—El restaurante —dice, sin más—. La forma en que mi madre soltó todo aquello sobre la mesa.

Me encojo de hombros.

—Tampoco es que no hubiera atado cabos ya. Sé quién eres, Reggie. Sé contra qué estás luchando. Lo que no sabía, antes de hoy, es que tienes una madre tan lógica como tú. Su pragmatismo me asustó. Me recordó a mi madre. —Me río y me apoyo en él—. ¿Sabías que estuve a punto de tirar todo ese dinero? Mamá vino a ver cómo estaba después de que me pasara días revolcándome en la

autocompasión. Le dije que iba a quemar tu dinero manchado de sangre y me abofeteó para hacerme entrar en razón.

Me pasa un brazo por los hombros y se ríe entre dientes mientras me acerca a él.

—Me alegro de que no lo hicieras —dice—. En un momento dado, me pregunté cómo usarías el dinero. Temía que lo malgastaras todo en remedios homeopáticos que tu madre no querría. Aunque nunca pensé que simplemente lo quemarías.

—Supongo que a los dos nos cuesta un poco lidiar con nuestras emociones —me río, deslizando mi mano en la suya—. Quizá podamos hacer algo al respecto.

—¿Cómo qué?

—Como un pacto. Prometo no volver a prenderle fuego a tu dinero si tú prometes no volver a desaparecer en mitad de la noche.

—Tu dinero —insiste él—. Te lo di a ti, era tuyo.

—Vale —digo, riéndome—. Prometo no prenderle fuego a ningún dinero.

—Y yo prometo no volver a desaparecer. —Su voz suena tan solemne como la de un cura en misa de domingo.

Lo miro y me encuentro con sus ojos brillantes. Me inclino y le doy un beso firme en la boca. Me devuelve el beso, profundo. Hablamos hasta las tantas de la madrugada, poniéndonos al día de todo lo que ha pasado, todo lo que hemos aprendido, cada ganancia y cada pérdida que habíamos experimentado en los últimos dos años.

Me cuenta más cosas sobre Andie y su madre. Me habla de la ansiedad clínica que ella siempre había sufrido, lo que la hacía comportarse de forma errática, y de cómo esa ansiedad se disparó a niveles terribles desde que Andie murió.

Me explica que su madre se comportó en el restaurante como él la recordaba de niño, cuando su ansiedad estaba más controlada. Dice que eso le hizo sentir de nuevo como un crío y que por eso reaccionó de una forma tan desmesurada a sus críticas.

Hablamos hasta que no podemos mantener los ojos abiertos y luego nos susurramos bajo las sábanas.

A ninguno de los dos nos quedan fuerzas para hacer el amor, pero me abraza con fuerza mientras nos quedamos dormidos.

Podría acostumbrarme a la sensación de dormirme a su lado.

Cuando me despierto por la mañana, no está a mi lado. Se me encoge el corazón y siento un peso en el estómago, como si me hubiera tragado un puñado de plomo.

Supongo que debería haberlo esperado, pero no lo hice. Después de habernos acostado juntos, de haber hablado, de habernos presentado a las personas importantes de nuestras vidas..., una parte de mí pensó que la pesadilla había terminado. Que ya podía confiar en que se quedaría.

Las lágrimas asoman a mis ojos y me las seco rápidamente porque oigo a Alaiya balbucear, llamándome.

Tengo que sacarla de la cuna y empezar el día. No tengo tiempo para lamentarme por haber tenido razón.

Salgo de la cama y me pongo la bata. Mientras me la ato a la cintura, oigo algo que me deja helada.

—Mamá se levantará dentro de un ratito, pequeñaja. Tienes que dejarla descansar, ha tenido un par de noches muy largas. —La suave voz de Reggie atraviesa las paredes de papel de fumar, derritiendo al instante los muros de hielo que se habían levantado alrededor de mi corazón en el momento en que vi la cama vacía.

Me acerco sigilosamente a la puerta y la entreabro con el mayor silencio posible. Reggie sostiene a Alaiya sobre la cadera, meciéndola suavemente mientras saca ingredientes de mis diminutos armarios.

—Pero vamos a prepararle un buen desayuno, ¿a que sí? Creo que se lo merece, ¿no crees? —le responde Alaiya con balbuceos, y sus gorjeos, que casi parecen palabras, suenan como una continuación natural de su conversación—. Es una mamá especial, estoy completamente de acuerdo. ¿Qué te parece, tortitas o huevos?

Alaiya emite un sonido muy decidido con su vocecita de bebé.

—¡Las dos cosas! Sí que quieres a tu mami, ¿eh? Tienes razón, hagamos las dos cosas.

Sonriendo, vuelvo a la cama. Parece que lo tiene todo controlado, y no seré yo quien se interponga entre una princesa y su papá.

Mi cuerpo entero se derrite de alivio mientras me acurruco de nuevo en la cama para disfrutar de la primera mañana de relax que recuerdo en mi vida.

Media hora más tarde, un golpecito ligero y tímido me saca de mi delicioso sopor. Me levanto y abro la puerta para encontrar a Reggie y a Alaiya sonriéndome radiantes.

—¿Desayunamos? —pregunta, señalando mi pequeña mesa donde esperan tres platos de tortitas y huevos. Las tortitas de Alaiya son diminutas, ideales para ella; las nuestras están increíblemente esponjosas, y los huevos se parecen sospechosamente a los huevos revueltos de mamá.

—Esto tiene una pinta deliciosa —exclamo mientras me siento—. Debiste de tener una buena maestra.

—La mejor —dice con una sonrisa—. Aprendí tarde, pero aprendí bien.

Sonriendo más de lo que lo he hecho en mucho tiempo, me siento y bebo un sorbo de café, observando cómo Reggie se las arregla con la trona. Hago un ademán para ayudarle a darle de comer, pero él me detiene con un gesto.

—Déjame a mí —dice—. Has tenido todo un año para darle de comer.

—Si insistes —digo encogiéndome de hombros, pero no puedo borrar la sonrisa de mi cara—. Podría acostumbrarme a esto.

—¿Podrías? —pregunta. Su voz es más seria de lo que el momento desenfadado puede soportar.

—Podría. —Respondo en el mismo tono serio, tragándome una risita al ver que se le vuelven a poner las orejas rojas—. Despertarme con una cama vacía porque estás preparando el desayuno es mucho mejor de lo que me esperaba encontrar esta mañana.

Por un momento, parece avergonzado. Me siento mal por él, pero también me alegro. No quiero que piense que puede dar por sentado mi perdón solo porque he decidido apostar por él.

—Mi madre y yo fuimos de compras ayer —dice, como si tal cosa —. Quería que fuera una sorpresa, pero le dije que te reirías en mi cara si intentaba sorprenderte con un gran gesto de película.

—¿Ah, sí? ¿Y qué estuvisteis comprando?

Parece un poco incómodo, pero sigue adelante.

—Empezó con muebles para el cuarto de la niña. Cada cosa que me gustaba, ella decía: «¿Pero dónde vas a poner eso?», o «¿Cómo crees que va a quedar en ese apartamento tan feo que tienes?».

—Vaya, sí que te está dando caña, ¿no?

—Me la estaba dando —admite—. Así que me convenció para que mirara anuncios inmobiliarios.

Doy un bocado a las tortitas (que están deliciosas) para no interrumpirle. Tengo tantos pensamientos agolpándose en mi mente que no quiero cortarle antes de que llegue a lo bueno.

—Así que —dice, y suena como si le costara pronunciar las palabras—, vimos algunas casas adosadas. Hay una… está justo al lado del parque… tiene un balcón en el dormitorio principal y un pequeño patio vallado detrás. No es grande, pero hay un árbol, un porche y espacio suficiente para unos columpios. No está muy lejos de la oficina, pero sí lo bastante como para que podamos desconectar del todo del trabajo cuando termine la jornada.

Eso último casi hace que me atragante con las tortitas. Lo bajo con un sorbo de café.

—No esperaba que quisieras desconectar del todo del trabajo —confieso.

Me dedica una mirada larga y tierna.

—Lo hice, una vez —dice—. Fue una de las épocas más plenas de mi vida. Me gustaría traer un poco de esa plenitud a mi día a día. Darme algo a lo que volver corriendo a casa, en lugar de tener que huir para intentar encontrar de nuevo esa sensación.

Siento un calor en el corazón que se extiende hasta los dedos de los pies.

—¿Qué harás cuando esto deje de ser una novedad? —pregunto con voz temblorosa.

—Averiguar por qué —dice lentamente—. Y entonces, si caemos en la más absoluta rutina, nos cogeré a los tres y nos llevaré volando a algún lugar mágico donde todos podamos descansar y recuperarnos. Juntos. Como una familia. —Las lágrimas brotan de mis ojos y se me hace un nudo en la garganta.

—Buena respuesta —digo, y mi voz no es más que un susurro—. Es una muy buena respuesta.

—¿Significa eso que firmarás conmigo la compra de la casa? — Pienso muy detenidamente en esa pregunta mientras me como lentamente el desayuno.

Firmar con él me hace tan responsable del lugar como a él. Si volviera a largarse y a desaparecer, me quedaría atrapada con una casa adosada y con unos impuestos que no podría pagar ni de broma si tuviera que hacerlo sola. Pero, si se marchara, supongo que podría venderla. Además, solo tengo que mirarlo para ver lo feliz que está. ¿Qué posibilidades hay de que realmente vuelva a irse y desaparecer? No sé la respuesta, por mucho que me gustaría fingir que sí.

Pero confío en que quiere estar aquí, con nosotras. Si no quisiera, simplemente no estaría. Se está esforzando mucho por ser el mejor padre que puede ser, aunque, a fin de cuentas, solo lleva siéndolo unos diez minutos.

No insiste con la pregunta, sino que centra su atención en sus deberes de padre mientras yo reflexiono. Verlos juntos me ayuda a decidirme. Es un riesgo, claro..., pero es un riesgo que puedo asumir.

—Deja que me vista —le digo finalmente—. Y luego, vamos los tres a ver la casa.

Se le ilumina la cara y sonríe tan ampliamente que provoca un ataque de risa en Alaiya. Prácticamente floto hasta el dormitorio, incapaz de contener la felicidad que me desborda.

—No es una tontería —me digo—. No se trata solo del romance. Esto es pragmático. Práctico. —Me río de mí misma mientras me pongo un conjunto que es favorecedor, alegre y práctico a la vez. Porque, al final, esto es ambas cosas: un gesto romántico y, a la vez, una decisión sensata.

EL FIN



ACERCA DEL AUTOR

¡Gracias por leer!

Muchísimas gracias por leer *[Inserta aquí el título del libro]*. ¡Espero que hayas disfrutado de cada segundo de tensión, de los suspiros y, por supuesto, del final feliz!

Si te ha gustado esta historia y quieres que sigamos en contacto, me encantaría darte la bienvenida a mi comunidad de lectoras. Estas son las mejores formas de no perdernos la pista:

💌 **Únete a la lista de correo VIP** ¿Quieres ser la primera en enterarte cuando salga mi próximo libro? ¡Apúntate a mi newsletter! Recibirás *sneak peeks* exclusivos, revelaciones de portadas y avisos el mismo día del lanzamiento directamente en tu correo. 👉 **Apúntate a la newsletter aquí**

🎬 **Encuéntrame en TikTok** Si te encanta BookTok, los *aesthetics* de *tropes* y los vídeos divertidos del detrás de escena, ¡tienes que seguirme! Podremos *fangirlear* juntas sobre nuestros *book boyfriends* ficticios favoritos. 👉 **Sígueme en TikTok aquí**

👍 **Dale a "Me gusta" a mi página de Facebook** Para noticias oficiales, promociones y actualizaciones diarias, asegúrate de darle a "Me gusta" y seguir mi página oficial de autora en Facebook. 👉 **Dale a "Me gusta" a la página de Facebook aquí**

⭐ **Sigue mi página de autora en Amazon** ¡No te pierdas ningún lanzamiento! Haz clic en el botón "Seguir" en mi página de autora de Amazon y te enviarán un correo electrónico en el instante exacto en que mi próxima novela romántica esté disponible. 👉 **Sigue mi página de autora en Amazon aquí**

Un último favorcito... Si tienes un minuto libre, dejar una breve reseña en Amazon o Goodreads significa el mundo para autoras indies como yo. Incluso unas

pocas palabras o una simple valoración con estrellas ayuda muchísimo a que otras lectoras descubran mis libros.

¡Gracias de nuevo por tu increíble apoyo!

Felices lecturas, **Amelia Gates**
